

LA UNICA MANCHA

Sir Thomas Doughty, ejecutado en St. Julian's Bay, 1578

Le llevaron a la árida playa donde murieron los capitanes de la rebelión;
en la orilla donde aún permanecen las horcas que levantó Magallanes,
y las gaviotas chillan a las olas que bañan la solitaria extensión.

Drake se situó frente a todos como un león en guardia, con su feroz cabeza erguida:
“¿Alguien osa desafiar mi palabra de ley, diciendo que este traidor no debe morir?”, dijo.

Sus capitanes no se atrevieron a sostenerle la mirada, y nadie dejó la pregunta respondida.

Solomon Kane dio un paso al frente; era un hombre escueto de una sombría herencia:

“Bien puede él merecer la muerte, pero vuestro juicio fue una auténtica farsa.

Escondisteis vuestro rencor en una parodia en la cual la Justicia no tuvo vigencia.

“Hubiera sido más noble sacar a bordo vuestra espada limpiamente de su funda,

cegado por una enérgica furia, y hundirla en él hasta la empuñadura...

antes que cobijaros tras la palabra de una Justicia que Dios confunda”.

El infierno estalló por los ojos de Drake. “¡Bellaco puritano!”, maldijo.

“¡Verdugo, entrégale el hacha a él! ¡Cortará la cabeza de aquel traidor!”

Solomon Kane se cruzó de brazos y, con tono sombrío, dijo:

“No soy ningún esclavo para haceros de carnicero”. “¡Atadlo con un nudo triple!”,

rugió Drake enfurecido, y los hombres le obedecieron vacilando, pues estaban asustados,

pero Kane ni se movió mientras le desarmaban y sujetaban sus manos invencibles.

Obligaron al reo a arrodillarse, a aquel que iba a ser ejecutado;

observaron la extraña sonrisa de sus labios; le vieron dirigir una larga mirada

a Drake, su juez y antaño su amigo, que no osó encaramarse con el condenado.

El hacha resplandeció plateada al sol, un arco rojo fustigó la arena;

una voz chilló al rodar la cabeza, y los presentes sintieron un estremecimiento,

pero no era más que un ave marina revoloteando sobre la solitaria escena.

“¡Que éste sea el fin de todo traidor!”, gritó y volvió a gritar Drake;

lentamente sus capitanes se fueron, y la expresión del almirante era torva y ausente;

el frío desprecio se mezcló con la ira en los ojos de Solomon Kane.

Cayó la noche sobre las olas susurrantes; la puerta del almirante estaba cerrada;

Solomon estaba echado en la hedionda bodega; sus cadenas chocaban con el vaivén del barco,

y su guardián, cansado y temerario, había abatido su pica y dormitaba.

Despertó con una mano en su garganta que le sujetaba como un tornillo;
entregó temblando la llave, y el oscuro puritano se irguió libre,
la ira asesina que en breve ha de surgir habitaba en sus ojos con su brillo.

Solomon fue hasta el camarote del almirante sin que nadie le pudiera divisar,
a través de la noche y del silencio del barco, aferrando la daga afilada del guardián;
ninguno de los torpes tripulantes lo vio deslizarse por la puerta que tenía el cerrojo sin
echar.

Drake estaba sentado solo a la mesa, la cara hundida en sus manos fuertes;
levantó la vista, como despertándose... pero sus ojos estaban vacíos de llorar,
como si no viera, arrastrándose hacia él, las sueltas arenas de la muerte.

No intentó detener la mano de Kane, ni hizo ningún ademán defensivo,
ni siquiera pareció ser capaz de ver u oír, perdido en las negras brumas del recuerdo;
el afecto se convirtió en odio y traición, y en un amargo dolor corrosivo.

Solomon Kane se quedó quieto un momento, con la daga sostenida delante,
como un cóndor cerniéndose sobre un pájaro, y Drake ni hablaba ni se movía;
Kane se marchó por su camino sin decir palabra, cerrando la puerta del almirante.

(Título original: THE ONE BLACK STAIN. The Howard Collector, primavera, 1962).
Traducción: Héctor RAMOS.

EL REGRESO DE SIR RICHARD GRENVILLE

Un hombre dormía en la penumbra del ramaje,
envuelto en la reptante neblina insegura;
Sir Richard Grenville, sin tocar sus ropajes,
le tiró de la muñeca con medida.

La noche reinaba en el bosque en calma
donde malignas sombras acechaban;
Solomon Kane despertó sin alarma
y contempló el cadáver que le tocaba.

Habló con sorpresa, no con temor:
“¿Cómo es que camina alguien que ha muerto?
¿Qué buscáis, amigo de un tiempo mejor,
si hace ya tiempo que vi caer vuestro cuerpo?”

Dijo Sir Richard: “Levantaos, levantaos,
pues andan sueltos los sabuesos del mal.
Vienen asesinos para decapitaros,
y colgar vuestra testa del árbol tribal.

“Pies raudos recorren la ciudad enlodada
donde pisar las sombras es temeridad,
y bebedores de sangre en manada
vienen a través de la oscuridad”.

Solomon se levantó y desenvainó su espada,
y tan rápidamente como lo había escuchado,
la oscuridad vomitó una horda pintada
como infernales formas de un macabro hado.

Un trueno de pistolas brotó de sus manos,
y en medio de aquel llameante estallido
vio ojos enrojecidos de odio malsano
y figuras avanzando, como había oído.

Con furia de cobra su espada atacaba
y con ella la muerte silbaba su canción;

su brazo al acero y al roble imitaba
bañado en lunar iluminación.

Pero a su lado cantaba otra espada
y una enorme presencia le daba aliento,
y desplomándose sobre la tierra mojada
los salvajes caían como hojas al viento.

Su ataque había sido en silencio de muerte,
en silencio de noche habían huido,
y en el claro sólo se veía la suerte
de cuerpos sin vida y miembros partidos.

Solomon se giró con la mano extendida,
mas, sorprendido, la detuvo al instante,
pues no había ningún hombre con arma blandida
bajo el árbol iluminado por la luna distante.

(Título original: THE RETURN OF SIR RICHARD GRENVILLE). Traducción: Héctor RAMOS

CRANEOS EN LAS ESTRELLAS

El narró como los homicidas recorren la tierra
Sometidos a la maldición de Caín,
Con un velo carmesí nublando su mirada
Y la mente cercada por llamas:
Porque la sangre ha dejado en sus almas
Su eterna mácula.

Hood

I

Hay dos caminos hacia Torkertown. Uno, la ruta más corta y directa, se adentra en un páramo baldío y la otra, mucho más larga, serpentea entre los morones y cenagales de los pantanos, bordeando las bajas colinas del este. Constituía un paseo aburrido y peligroso; por eso, Solomon Kane se detuvo asombrado cuando un jadeante muchacho, procedente de la población que acababa de dejar atrás, le alcanzó implorando por amor de Dios que tomase el camino de los pantanos.

-¡El camino de los pantanos! -Kane miró inquisitivamente al muchacho.

Un hombre alto y fibroso, así era Solomon Kane; de pálido semblante y ojos de honda melancolía, más sombríos si cabe gracias a su lúgubre atavío de puritano.

-Sí señor, es mucho más seguro -respondió el jovencito a su sorprendida exclamación.

-Entonces, el mismísimo Satanás debe acechar en el camino del páramo, porque tus paisanos me recomendaron no atravesar el otro.

-Es por los cenagales, señor, que no pueden verse en la oscuridad. Haríais mejor en volver al pueblo y continuar vuestro viaje por la mañana, señor.

-¿Por el camino de los pantanos?

-Sí, señor

Kane se encogió de hombros y sacudió la cabeza.

-La luna saldrá poco después del crepúsculo. A su luz puedo alcanzar Torkertown en pocas horas, cruzando el páramo.

-Señor, haríais mejor en absteneros. Nadie utiliza esa ruta. No hay ni una casa en todo el páramo, mientras que en el pantano está el hogar del viejo Ezra, que vive allí completamente solo desde que su perturbado sobrino, Gideón, se extraviase en el pantano, donde murió sin que pudieran nunca encontrarle... y, aunque el viejo Ezra sea un avaro, no podrá negarse a hospedaros si decidís deteneros antes del amanecer. Puesto que debéis partir, mejor haríais tomando el camino del pantano.

Kane observó atentamente al muchacho. El chico se sonrojó y arrastró los pies.

-Si el camino del páramo es tan arduo para los caminantes -dijo el puritano-. ¿Por qué la gente del pueblo no me dijo lo mismo, en vez de parlotear sin sentido?

-A la gente le disgusta hablar de ello, señor. Esperábamos que tomarais el camino del pantano, siguiendo el consejo de los hombres, pero al observar que no volvíais hacia la bifurcación me enviaron tras vos para rogaros que reflexionéis.

-¡En el nombre del Demonio! -saltó Kane, con un juramento inusual que demostraba su irritación-. El camino del pantano y el camino del páramo... ¿Qué es lo que me amenaza y por qué debo desviarme durante millas de mi camino, y arrostrar ciénagas y fangales?

-Señor -musitó el muchacho, bajando la voz y arrimándose-, somos sencillos aldeanos a

los que no gusta mencionar estas cosas para evitar que la mala suerte caiga sobre nosotros, pero el camino del páramo es una ruta maldita y no ha sido atravesada por ningún lugareño desde hace al menos un año. Resulta mortal atravesar esos páramos durante la noche, como han podido comprobar una veintena de infortunados. Alguna clase de horror rabioso acecha en el camino y busca a sus víctimas entre los hombres.

-¿Sí, eh? ¿Y cómo es ese ser?

-Nadie lo sabe. Nadie que lo haya visto ha logrado sobrevivir, pero los viajeros atrasados han escuchado terribles risotadas alejándose por el erial y la gente ha oído los horribles alaridos de sus víctimas. Señor, en el nombre de Dios, volved al pueblo, pasad allí la noche y mañana tomad el camino del pantano hacia Torkertown.

En lo más hondo de los melancólicos ojos de Kane, una brillante luz había comenzado a refulgir, como una antorcha de bruja alumbrando bajo brazas de helado hielo gris. Su pulso se aceleró. ¡Aventura! ¡El señuelo del riesgo personal y el peligro! Sin embargo, Kane no consideraba que sus sensaciones fueran tales. Creía expresar sus verdaderos sentimientos al proclamar:

-Tales cosas deben ser producto de algún poder maligno. Los príncipes de las tinieblas han lanzado una maldición sobre el condado. Se necesita un hombre fuerte para combatir a Satán y su poder. Por tanto acudiré, quien tantas veces le he retado.

-Señor -comenzó el muchacho, pero después cerró la boca como comprendiendo la futilidad de sus argumentos. Tan sólo añadió:- Los cuerpos de las víctimas son golpeados y despedazados, señor.

Se detuvo en la encrucijada, suspirando apesadumbrado mientras observaba la alta y robusta figura adentrándose por el camino que llevaba a los páramos.

El Sol se ponía cuando Kane cruzó la cumbre de los cerros que circundaban el alto erial. Inmenso y ensangrentado, se hundía tras el sombrío horizonte de los páramos pareciendo incendiar los pastizales; por un instante, el observador creyó contemplar un mar de sangre. Luego, las sombras se derramaron desde el este, el resplandor a occidente se marchitó, y Kane se internó audazmente en la creciente oscuridad.

El camino se había difuminado por la falta de uso, pero aún estaba claramente definido. Kane avanzó rápida pero prudentemente, pistola y espada en mano. Las estrellas titilaban y la brisa nocturna susurraba entre la hierba como un plañidero espectro. La luna comenzaba a salir, carcomida y macilenta, como un cráneo entre las estrellas.

Repentinamente, Kane se detuvo en seco. En alguna parte frente a él, resonó un extraño y espectral eco... o algo parecido a un eco. Otra vez, más fuerte. Kane reinició su marcha. ¿Le engañaban sus sentidos? ¡No!

A lo lejos, retumbó el rumor de una risa espantosa. Y otra vez, esta vez más cerca. Jamás ser humano alguno rió así... no había júbilo en aquella risa, sólo odio y horror, y un terror que encogía el alma. Kane se detuvo. No tenía miedo, pero durante un instante estuvo en un tris de amilanarse. Entonces, alzándose sobre la espantosa risa, llegó el sonido de un grito indudablemente humano. Kane se lanzó hacia delante, forzando su marcha. Maldijo las engañosas luces y las sombras fluctuantes que tapizaban el páramo bajo la luna naciente y hacían imposible una visión certera. Las carcajadas continuaban, creciendo en

intensidad, lo mismo que los gritos. Luego se escucharon débilmente el atronar de unos frenéticos pies humanos. Kane se lanzó a la carrera.

Algún ser humano estaba siendo cazado a muerte en el erial, y sólo Dios sabía en que horrible forma. El sonido de los pies fugitivos se detuvieron abruptamente y el aullido se alzó insoportablemente, entremezclado con otros sonidos indescriptibles y horrorosos. Evidentemente, el hombre había sido capturado y Kane, con la piel de gallina, vislumbró Un espantoso demonio de las tinieblas agazapado. sobre su víctima... agazapado y desgarrando.

Entonces el sonido de un corto y terrible combate llegó claramente a través del abismal silencio nocturno y las pisadas volvieron a sonar, ahora titubeantes y desiguales. El griterío continuaba, pero con un estertor gorgoteante. El sudor frío cubrió la frente y el cuerpo de Kane. El horror se sumaba al horror de una forma intolerable.

¡Dios, dame un instante de claridad! El espantoso drama se estaba desarrollando a muy corta distancia de él, a juzgar por la nitidez con la que los sonidos llegaban hasta él. Pero esos contraluces infernales entrevelaban todo con sombras tornadizas, convirtiendo los páramos en una bruma de turbios espejismos donde los árboles raquíticos y los matorrales parecían gigantes.

Kane vociferó, esforzándose por aumentar la velocidad de su carrera. Los gritos del desconocido se quebraron en un agudo alarido; nuevamente resonó una lucha y, desde las sombras de los altos pastizales, algo llegó tambaleándose... algo que habla sido un hombre... un algo espantoso y ensangrentado que cayó a los pies de Kane y se retorció, se arrastró y alzó su terrible rostro hacia la luna naciente, y farfulló, borboteó, se derrumbó nuevamente y murió revolcándose en su propia sangre.

La luna había ascendido y la luz había aumentado. Kane se inclinó sobre el cuerpo, que yacía muerto por indescriptibles mutilaciones, y se estremeció... algo raro en él, que había visto las proezas de la Inquisición Española y las de los cazadores de brujas.

Algún viajero, supuso. Entonces, Una mano helada pareció rozar su espalda, al percatarse de que no estaba solo. Alzó la vista, escrutando con sus ojos fríos las sombras de las que había surgido tambaleándose el difunto. No vio nada, pero supo, sintió, que otros ojos le devolvían la mirada, ojos terribles y ultraterrenos. Se enderezó y empuñó una pistola, esperando. La luz lunar se derramaba como un lago de pálida sangre sobre el páramo, y los árboles y herbazales retornaron a su tamaño real.

¡Las sombras se esfumaron y Kane vio! Al principio supuso que era tan solo una sombra de bruma, un retazo de neblina que remoloneaba sobre la hierba ante él. Observó con mayor atención. Más espejismos, creyó. Entonces, la cosa comenzó a perfilarse, vaga e indistinta. Dos espantosos ojos llameaban ante él -ojos que reflejaban la esencia de ese horror que ha sido heredad del hombre desde las temibles eras del amanecer-, ojos terribles e insanos, con una locura que transcendía la demencia humana. La forma del ente era vaga y brumosa, una parodia enloquecedora de la forma humana, similar pero horriblemente distinta. La hierba y los matorrales se distinguían claramente a su través.

Kane sintió rugir la sangre en sus sienes, pero se mantuvo frío como el hielo. Como un ser tan etéreo como el que fluctuaba frente a él podía dañar a un hombre en el plano físico era algo que no podía comprender, pero el rojo horror a sus pies era un mudo testigo de que el

demonio podía obrar con terribles efectos materiales.

De una cosa estaba seguro Kane: no sería cazado a través de los lúgubres páramos, ni gritaría y huiría para ser abatido una y otra vez. Si debía morir lo haría a su manera, enfrentando a su enemigo.

Ahora, una informe y horripilante boca se abrió y la risotada demoníaca resonó nuevamente, pero esta vez, estremeciendo el espíritu en su proximidad. Y, en medio de este peligro de muerte, Kane apuntó su pistolón y abrió fuego. Un maníaco aullido de rabia y burla respondió al disparo, y la cosa se abalanzó sobre él como un retazo volante de humo, con largos y fantasmales brazos tendidos para derribarle.

Kane, con la velocidad de un lobo famélico, disparó la segunda pistola con escasos resultados, desenvainando su largo estoque y lanzándose contra el centro del brumoso atacante. La hoja zumbó como si lo atravesara sin encontrar resistencia sólida, y Kane sintió dedos helados aferrando sus miembros y garras bestiales desgarrando su ropaje y piel.

Hizo a un lado su inservible espada y trató de luchar contra su enemigo. Era como pelear contra un banco de brumas, una sombra flotante armada con zarpas como dagas. Sus golpes salvajes se perdían en el aire, sus musculosos brazos, en cuyo abrazo habían perecido hombres fuertes, golpeaban la nada y asían el vacío. Nada era sólido o real a excepción de los lacerantes y simiescos dedos de garras curvas, y los ojos enloquecidos que ardían en las espantosas profundidades de su alma.

Kane supo que estaba en un brete verdaderamente desesperado. Sus ropajes colgaban en jirones y sangraba por una docena de profundas heridas. Pero nunca se arredró ni la idea de escapar pasó por su cabeza. Nunca había rehuído a un solo enemigo, y la idea, de habersele ocurrido, le habría hecho sonrojar de vergüenza.

No encontraba otra salida, excepto la de yacer junto a los restos de la otra víctima, pero esa idea no le atemorizaba. Su único deseo era dar todo de sí antes de caer, y, si tal era posible, infligir algún daño a su sobrenatural enemigo.

Sobre el cadáver despedazado, el hombre combatió al demonio bajo la pálida luz de la luna en ascensión, con todas las ventajas de parte del demonio, salvo una. Y esa era capaz de imponerse a todas las demás. Si el odio abstracto podía materializarse como un ente fantasmal, ¿por qué el coraje, igualmente abstracto, no podía ser un arma concreta para combatir a ese fantasma?

Kane luchó con piernas, brazos y manos y al final constató que el espectro retrocedía ante él, y la espantosa risa se trocó en gritos de desconcertada furia. Porque el único arma de un hombre es el coraje que no cede ni ante las mismísimas puertas del Infierno, y contra el cual nada pueden ni las propias legiones infernales.

De todo esto, Kane nada supo; solo fue consciente de que las zarpas y que le desgarraban y laceraban parecían flojear y oscilar mientras una luz salvaje crecía y crecía en los horribles ojos. Y tambaleándose y resollando, embistió abalanzándose contra el ente, logrando al fin asirle y derribarle, y mientras rodaban sobre el páramo y ello retorció y curvaba sus miembros como una serpiente de humo, su carne se estremeció y sus cabellos se erizaron, puesto que comenzó a entender lo que aquello farfullaba.

No escuchó ni comprendió como un hombre escucha y comprende el habla de otro, pero el espantoso secreto que le fue transmitido en forma de susurros, gemidos y silencios significativos hundió dedos de hielo en su alma, y él supo.

II

La choza del avaro Ezra se alzaba junto al camino, en mitad del pantano, medio oculta por los sombríos árboles que crecían junto a ella. Las cercas se pudrían, el tejado estaba desmoronado y unas grandes, pálidas y verdosas fungosidades se asían a éste y serpenteaban sobre las puertas y ventanas, como tratando de escudriñar en el interior. Los árboles se inclinaban sobre ella y sus grises ramas se entrelazaban de tal forma que parecía agazapada en la semioscuridad, como un enano monstruoso sobre cuyos hombros acechasen ogros.

El camino que se abría paso a través del pantano, sorteando podridos tocones, colinas fragosas, infectos estanques y ciénagas madrigueras de serpientes, serpenteaba junto a la cabaña. En esos días, muchos hombres recorrían la senda, aunque pocos vieron al viejo Ezra, salvo un atisbo de rostro amarillento espiando a través de las ventanas infectadas de hongos, él mismo parecido a un feo hongo.

El viejo Ezra, el usurero, compartía muchas de las características del pantano: nudoso, encorvado, sombrío; sus dedos eran como zarcillos de plantas parásitas y los mechones de su cabello colgaban como triste musgo sobre sus ojos acostumbrados a la penumbra de los pantanales. Sus ojos eran como los de un cadáver, insinuando profundidades y tan repugnantes como los lagos muertos del cenagal.

Esos ojos escrutaron al hombre que se detuvo junto a su cabaña. Ese hombre era alto, flaco y moreno, su rostro estaba macilento y arañado, y brazos y piernas vendados. Junto a este hombre permanecía un grupo de aldeanos.

-¿Eres tú Ezra del camino del pantano?

-Cierto, ¿Qué deseáis de mí?.

-¿Dónde está vuestro sobrino Gideón, el joven trastornado que vivía contigo?

-¿Gideón?

-Eso es.

-Se internó en el pantano y nunca volvió. Sin duda se perdió y fue presa de lobos o murió en un tremedal, o picado por una víbora.

-¿Cuánto hace de eso?

-Más de un año.

-Cierto. Atiende, Ezra, el avaro. Poco después de la desaparición de tu sobrino, un lugareño, volviendo a casa a través del páramo, fue presa de un atacante desconocido y despedazado, y, desde entonces, cruzar esos páramos significó la muerte. Primero el lugareño luego forasteros que recorrían el erial, cayeron bajo las garras de ese ente. Varios hombres han muerto ya, desde el primero.

“La noche pasada crucé los páramos, y escuché la huida y persecución de otra víctima, un forastero que nada sabía sobre el engendro de los páramos. Ezra, el avaro, fue algo espantoso, puesto que el desdichado se zafó dos veces de su agresor, malherido, y, cada

vez, el demonio lo apresó y lo abatió nuevamente. Al final cayó muerto a mis mismos pies, muerto de una forma que podría helar la estatua de un santo.”

Los aldeanos se removieron inquietos y murmuraron atemorizados entre ellos, y los ojos del viejo Ezra les espionaron furtivamente. Sin embargo, la sombría expresión de Solomon Kane no se alteró y su mirada de cóndor parecía traspasar al avaro.

-¡Sí, sí! -musito apresuradamente el viejo Ezra-, ¡un mal asunto, un mal asunto! ¿pero por qué me cuentas a mí todo esto?

-Cierto, un triste asunto. Escucha otro poco, Ezra. El demonio surgió de las sombras y yo le combatí, sobre el cuerpo de su víctima. Cierto, cómo le vencí, no lo sé, pero la lucha fue larga y reñida, y los poderes del bien y la luz estaban de mi parte, esos que son más poderosos que el poder del infierno.

“Al final fui mas fuerte, se zafó de mí y huyó, y yo le seguí en vano Pero antes de escapar me susurró una monstruosa revelación.”

El viejo Ezra se sobresaltó, mirándole salvajemente; pareció encogerse sobre si mismo.

-Terrible ¿pero por qué me lo cuentas a mí? -musitó.

-Volví al pueblo y conté mi historia -dijo Kane-. Porque supe que tenía entonces el poder de liberar a los páramos de su maldición por siempre. ¡ Ezra, acompáñanos!

-¿Dónde? -boqueó el avaro.

-Al roble podrido de los páramos.

Ezra se tambaleó como si hubiera recibido un golpe; gritó incoherentemente y trató de escapar.

En ese momento, a una afilada orden de Kane, dos fornidos aldeanos saltaron adelante y asieron al avaro. Arrancaron la daga de su mano consumida e inmovilizaron sus brazos, estremeciéndose cuando sus dedos se hundieron en la pegajosa carne.

Kane hizo un ademán para que le siguieran y se volvió para abrir la marcha, seguido por los aldeanos, que hubieron de emplear toda su fuerza en el empeño de llevar á su prisionero con ellos. Serpentearon a través del pantano, por un desusado sendero que llevaba sobre los cerros hasta desembocar en los páramos.

El sol declinaba y el viejo Ezra lo observó con ojos desorbitados... mirándolo como si no lo hubiera visto bastante. En la lejanía de los páramos se alzaba el gran roble, como un patíbulo, ahora reducido a una carcasa marchita. Allí se detuvo Solomon Kane.

El viejo Ezra se debatió en la presa de sus captores y prorrumpió en sonidos inarticulados.

-Hace más de un año -dijo Solomon Kane- tú, temeroso de que tu retrasado sobrino Gideón pudiera delatar a alguien tus crueldades con él, le trajiste contigo desde el pantano por el mismo camino que acabamos de recorrer y le diste muerte aquí, al amparo de la noche.

El viejo Ezra se encogió y refunfuñó.

-¡No tienes pruebas de tal embuste!

Kane cambió unas palabras con un ágil aldeano. El mozo trepó por el podrido tronco del árbol y de una grieta alta, extrajo algo que cayó estrepitosamente a los pies del avaro. Ezra flaqueó con un terrible alarido.

El objeto era un esqueleto humano con el cráneo hendido.

-Tú... ¿Cómo sabes tú esto? ¡Eres el mismísimo Satanás! -barbotó el viejo Ezra.

Kane se cruzó de brazos.

-El ente que combatí anoche me lo contó mientras luchábamos, y lo seguí hasta este árbol. Porque el demonio es el espectro de Gideón.

Ezra volvió a vociferar y luchó con fiereza.

-Lo sabías -dijo sombríamente Kane-, tu conocías las consecuencias que acarrearán estos sucesos. Temías al fantasma del perturbado y es por eso que optaste por dejar su cuerpo en los eriales, en lugar de ocultarlo en los pantanos. Porque tú sabías que el fantasma merodearía en el lugar de su muerte. Estaba perturbado en vida y una vez muerto no supo como encontrar a su asesino; de otro modo habría ido por ti a tu cabaña. No odia a ningún hombre sino a ti, pero su espíritu confundido no puede distinguir a un hombre de otro y da muerte a todos, para no dejar escapar a su asesino. No obstante, podrá reconocerte y, después, descansar en paz por toda la eternidad. El odio hizo de este fantasma un ente sólido que puede lacerar y matar; aunque te temió cervicalmente en vida, en la muerte no te teme tanto.

Kane hizo una pausa. Observó el sol.

-Todo esto lo supe por el espíritu de Gideón, entre balbuceos, susurros y significativos silencios. Ninguna otra cosa, excepto tu muerte, puede exorcizar a este espectro.

Ezra escuchó en un jadeante silencio y Kane pronunció las palabras de sentencia.

-Resulta muy duro -dijo Kane sombríamente- condenar a un hombre a sangre fría y de la forma que tengo en la cabeza, pero tú debes morir para que otros vivan... y Dios es testigo de que mereces la muerte.

“No morirás por soga, bala o espada, sino bajo las garras de aquel a quien diste muerte... Porque ninguna otra cosa le aplacará.”

A estas palabras, Ezra perdió la cabeza, sus piernas flaquearon y cayó arrastrándose y pidiendo a gritos la muerte, ser quemado en la hoguera, ser desollado vivo. El rostro de Kane era tan inflexible como la muerte y los aldeanos, con el miedo azuzando su crueldad, ataron al aullante infeliz al roble y uno de ellos le instó a ponerse en paz de Dios. Pero Ezra no respondió, ululando con un alto aullido de insufrible monotonía. Entonces el aldeano quiso abofetear al avaro, pero Kane le contuvo.

-Déjale ponerse en la paz de Satanás, con quien seguramente se reunirá -dijo hoscamente el puritano- el sol está a punto de ponerse. Aflojad las cuerdas para que pueda desasirse en la oscuridad, puesto que es mejor que afronte la muerte libre y desencadenado que atado como en un sacrificio.

Cuando se volvieron para dejarle, el viejo Ezra gimoteó y farfulló sonidos inhumanos y después guardó silencio, escrutando al sol con terrible intensidad.

Caminaron a través del erial, y Kane lanzó una última ojeada a la grotesca forma amarrada al árbol, similar, bajo la luz incierta, a un gran hongo crecido en el tronco. Y, repentinamente, el avaro gritó horriblemente.

-¡Muerte! ¡Muerte! ¡Hay cráneos en las estrellas!

-La vida fue buena con él, aunque fue torcido, hosco y malvado -suspiró Kane-. Quizás Dios tenga un sitio, para estas almas donde la llama y el sacrificio puedan purificarlas de sus impurezas, tal como el fuego limpia el bosque de hongos. No obstante, el corazón pesa en mi pecho.

-No, señor -habló uno de los aldeanos-. No habéis hecho más que la voluntad de Dios y sólo bien saldrá de los sucesos de esta noche.

-No -dijo apenado Kane- No sé...no sé.

El sol se había puesto y la noche caía con sorprendente rapidez, como si grandes sombras afluyesen desde desconocidos vacíos para embozar el mundo bajo una apresurada oscuridad. A través de la espesa noche llegó un eco espantoso y los hombres se detuvieron mirando hacia el camino que habían dejado atrás.

No pudieron ver nada. El páramo era un océano de sombras y las altas hierbas de los alrededores oscilaban en largas ondas bajo la brisa, rompiendo la mortal quietud con jadeantes susurros.

Entonces, lejos, el disco rojo de la luna se alzó sobre el erial y durante un momento una deforme silueta se perfiló en negro contra ella. Una figura huía cruzando la faz lunar... una monstruosa, grotesca cosa cuyos pies parecían tocar apenas el suelo; y cerca, algo como una sombra volante... un horror indescriptible, informe.

Por un momento, los dos corredores se recortaron nítidamente contra la luna, después, se fundieron en una masa indefinible y amorfa, desvaneciéndose en las sombras.

Lejos, sobre el erial, estalló un solo alarido de terrible risa.

(Título original: SKULLS IN THE STARS. Weird Tales, enero 1929). Versión de León ARSENAL

LA MANO DERECHA DE LA MALDICION

-¡Y al alba, será colgado! ¡Jo! ¡Jo!

Quien así hablaba palmeó sonoramente su muslo y se carcajeó con áspero vozarrón. Ojeó jactanciosamente a su auditorio y trasegó el vino que tenía a mano. El fuego brincaba y crepitaba en la chimenea del mesón, y nadie le respondió.

-¡Roger Simón, el nigromante! -se burló la voz áspera-. ¡Adepto de las artes diabólicas y practicante de la magia negra! ¡caramba! Todo su estúpido poder no le libró cuando los soldados del rey rodearon su cueva y le apresaron. Huyó cuando la gente comenzó a apedrear sus ventanas, y pensó ocultarse y escapar a Francia. ¡Jo! ¡Jo! Su fuga estará al

extremo de una soga. A esto llamo yo un día bien aprovechado.

Lanzó una pequeña bolsa sobre la mesa, haciéndola tintinear musicalmente.

¡El precio de la vida de un hechicero! -alardeó-. ¿Y vos que decís, mi antipático amigo?

Esto último iba dirigido a un hombre alto y silencioso sentado junto al fuego. Este hombre, fibroso, fornido y sombríamente vestido, volvió su rostro macilento hacia el orador fijando en él un par de ojos profundos y helados.

-Yo digo -repuso con voz profunda- que habéis cometido un acto condenable en este día. Aquel nigromante quizás mereciera morir, pero confiaba en vos, creyendoos su único amigo, y le habéis vendido por un puñado de cochinas monedas. Tengo para mí que algún día, os reuniréis con él en el Infierno.

El primer hombre, un tipo rechoncho y malencarado, abrió la boca como disponiéndose a replicar enfurecido, y luego vaciló. Los ojos helados se clavaron en él por un momento, luego el hombre alto se alzó con la suavidad de un gato y se alejó de la chimenea con largas y elásticas zancadas.

-¿Quién es ese? -preguntó resentido el fanfarrón-. ¿Quién es él para apoyar a hechiceros contra la gente honesta? ¡Por Dios que tiene suerte de cruzar tales palabras con John Redly y conservar el corazón en el pecho!

El tabernero se inclinó para arrimar un ascua a su larga cachimba y replicó secamente:

-Y también sois vos afortunado, John, por haber sabido cerrar esa boca vuestra. Ese es Solomon Kane, el puritano, un tipo tan peligroso como un lobo.

Redly resopló musitando un juramento, y devolvió con gesto sombrío la bolsa a su cinturón.

-¿Haréis noche aquí?

-Así es -respondió sombríamente Redly-. Quisiera presenciar la ejecución de Simeón mañana en Torkertown, pero debo marcharme a Londres al alba.

El tabernero rellenó sus copas.

-Esto es por el alma de Simeón. Dios se apiade de ese infeliz y haga fracasar la venganza que ha jurado tomar sobre vos.

John Redly se sobresaltó, juró y por último se carcajeó atolondradamente. La risa subió huecamente y se quebró en una nota falsa.

Solomon Kane despertó repentinamente y se incorporó en el lecho. Tenía el sueño ligero, como corresponde a un hombre que habitualmente tiene la vida en sus propias manos. Y en algún lugar de la casa, un ruido le había despertado. Escuchó. En el exterior, como pudo ver a través de los postigos, el mundo clareaba bajo las primeras luces del alba.

De repente, el ruido se repitió débilmente. Era como si un gato trepara por el exterior de la pared. Kane escuchó y llegó un sonido, como si alguien manipulara los postigos. El puritano se alzó espada en mano, cruzó repentinamente la habitación y abrió de golpe las persianas. El mundo dormitaba ante su escrutinio. Una luna tardía colgaba sobre el

horizonte occidental. Ningún intruso acechaba bajo la ventana. Se asomó escudriñando la ventana de la alcoba contigua. Los postigos estaban abiertos.

Kane cerró sus persianas y cruzó la habitación, saliendo al corredor. Actuaba movido por un impulso, como era habitual en él. Eran tiempos turbulentos. Esta taberna distaba varias millas de la ciudad más próxima... Torkertown. Los bandidos eran algo común. Alguien o algo había entrado en la alcoba contigua y su dormido ocupante podía encontrarse en peligro. Kane no se detuvo ante convenciones, fue directo a la puerta de la alcoba y la abrió.

La ventana estaba de par en par y la luz entraba iluminando la habitación, aunque lo hacía como filtrada a través de una bruma fantasmal. Un hombre roncaba en el lecho y, en él, Kane reconoció a John Redly, el sujeto que había traicionado al nigromante ante los soldados.

Después, su mirada se posó en la ventana. Sobre el antepecho se agazapaba algo parecido a una gigantesca araña y, mientras Kane observaba, bajó al suelo y comenzó a arrastrarse hacia el lecho. La cosa era ancha, peluda y oscura, y Kane se percató de que había dejado una mancha sobre el alfeizar. Se desplazaba sobre cinco patas gruesas y curiosamente articuladas, y tenía cierta siniestra apariencia de conjunto que fascinó a Kane por un momento. Ahora, había alcanzado el lecho y trepaba por el armazón de forma extrañamente desmañada.

Ya se balanceaba directamente sobre el durmiente, colgando del armazón, y Kane se abalanzó con un grito de advertencia. En ese instante, Redly despertó y miró hacia arriba. Sus ojos se desorbitaron, un grito terrible nació de sus labios y, simultáneamente, la cosa-araña se descolgó posándose directamente sobre su cuello. Mientras Kane alcanzaba el lecho vio cerrarse la presa de las patas y escuchó el chasquido de los cartílagos en la garganta de John Redly. El hombre se envaró y quedó yerto, su cabeza vencida grotescamente sobre el cuello roto. La cosa cayó del cuerpo y yació inerte sobre la cama.

Kane se inclinó sobre el espantoso espectáculo, sin poder dar crédito a sus ojos. La cosa que había abierto los postigos, se había deslizado por el suelo y había dado muerte a John Redly en esa cama era ¡una mano humana!

Ahora yacía flácida y sin vida. Kane la atravesó cautelosamente con la punta de su estoque y la levantó a la altura de los ojos. La mano pertenecía a un hombre grande, aparentemente, puesto que era ancha y gruesa, tan cubierta de vello como la zarpa de un mono. Había sido seccionada a la altura de la muñeca y estaba cubierta de sangre. El segundo dedo ostentaba un delgado anillo de plata, un curioso ornamento forjado como una serpiente enrollada.

Kane estaba estudiando la odiosa reliquia cuando llegó el tabernero, cubierto con su camión, con una vela en una mano y en la otra el tabuco.

-¿Qué es esto? -rugió cuando sus ojos se posaron sobre el cuerpo del lecho.

Entonces descubrió lo que Kane tenía espetado en su espada y su rostro perdió el color. Como si fuera presa de un hechizo, se aproximó... sus ojos se desorbitaron. Se tambaleó hacia atrás y se desplomó en una silla, tan lívido que Kane pensó que iba a desvanecerse.

-En el nombre de Dios, señor -boqueó- ¡no deje que esa cosa viva! aún habrá fuego en el

hogar, señor...

Kane llegó a Torkertown antes de que la mañana declinara. En los arrabales del pueblo encontró a un joven parlanchín que le abordó.

-Señor, como a todo hombre honrado, os complacerá saber que Roger Simeón, el mago negro, fue colgado al alba, justo al salir el sol.

-¿Murió con entereza? -preguntó sombríamente Kane.

-Así es, señor, no se arrendó, pero un suceso fantástico tuvo lugar. Escuchad, señor. ¡Roger Simeón subió a la horca con una sola mano!

-¿Y cómo es eso?

-La noche pasada, señor, mientras estaba sentado en su celda como una gran araña, llamó a uno de sus guardianes y le solicitó un último deseo ¡le rogó que le seccionara la mano derecha! El hombre se negó al principio, pero tuvo miedo de la maldición de Roger y al final empuñó su espada y cortó la mano a la altura de la muñeca. Entonces Simeón, con la mano izquierda, la arrojó a través de los barrotes de su prisión, pronunciando algunas extrañas y dementes palabras mágicas. El guardia temió por su vida, pero Roger prometió no dañarle, manifestando que tan sólo odiaba a John Redly, quien le había traicionado.

“Aferró el muñón de su brazo para detener el flujo de sangre y permaneció el resto de la noche sentado como un hombre en trance, al tiempo que refunfuñaba para sí mismo como quien sin querer habla en alto. Y ‘a la derecha’ susurraba, y ‘ve hacia la izquierda’ y ‘adelante, adelante’.

“Oh, señor, ¡era espantoso escucharle, dicen, y verle acurrucado sobre el muñón sangrante! Al rayar el alba, vinieron, le sacaron al patíbulo, y pusieron la soga alrededor de su cuello; repentinamente se retorció y tensó como haciendo un terrible esfuerzo, y los músculos de su brazo derecho, el manco, se hincharon y crujieron ¡como si estuvieran quebrando el cuello de un hombre!

“Entonces, cuando los guardias se abalanzaron para sujetarle, se detuvo y comenzó a reír, una risa odiosa y terrible que continuó hasta que se cerró el lazo y él colgó oscuro y silencioso bajo el ojo rojo del sol naciente.”

Solomon Kane guardó silencio, reflexionando sobre el espantoso terror que había retorcido los rasgos de John Redly el último y fugaz instante de lucidez y vida, antes de que la maldición golpeará. Y una tenue escena tomó forma en su mente... una mano peluda correteando sobre sus dedos como una gran araña, ciegamente, cruzando los bosques nocturnos para escalar un muro y franquear un par de postigos de alcoba. Ahí se detuvo la visión, dando paso a la continuación de ese oscuro y sangriento drama. Qué terribles fuegos de odio habían ardido en el alma del condenado nigromante y qué horrendo poder había poseído, como para enviar su mano ensangrentada tanteando en su misión, dirigida por el mago ¡y qué férrea voluntad la de esa mente ardiente!

Pero, para asegurarse, Solomon preguntó:

-¿Pudo ser hallada la mano?

-Por cierto que no, señor. La gente descubrió el lugar donde cayó al ser arrojada desde la celda, pero había desaparecido dejando un rastro que llevaba a la espesura Sin duda, un lobo la devoró.

-Sin duda -respondió Solomon Kane- ¿acaso eran las manos de Roger Simeon grandes y peludas, con un anillo en el segundo dedo de la diestra?

-Cierto, señor Un anillo de plata enrollado como una serpiente.

(Título original: THE RIGHT HAND OF DOOM). Versión de León ARSENAL

SOMBRAS ROJAS

I. La llegada de Solomon

La luz de la luna rielaba turbiamente, creando brumas engañosas entre los árboles sombríos. Una débil brisa susurraba valle abajo, agitando una sombra que no era parte del espejismo lunar. Un leve olor a humo flotaba en el ambiente.

El hombre, cuyos largos y elásticos miembros le habían llevado, sin prisa pero sin pausa, durante muchas millas desde el alba, se detuvo bruscamente. Un movimiento entre los árboles había captado su atención y se desplazó silenciosamente hacia las sombras, con una mano sobre la empuñadura de su largo y delgado estoque.

Avanzó prudentemente, tratando de taladrar con la mirada la oscuridad cobijada al pie de los árboles. Era un país salvaje y peligroso; la muerte podía acechar bajo aquellos árboles. Entonces, apartó su mano de la empuñadura y se adelantó. Verdaderamente, la muerte estaba allí, pero no en una forma que pudiera amedrentarle.

-¡Por los fuegos de Hades! -musitó-. ¡Una chica! ¿Qué te ha dañado, niña? No tengas miedo de mí.

La muchacha alzó la vista hacia él, con un rostro como una frágil rosa en la oscuridad.

-Tú... ¿quién eres... tú? -sus palabras llegaban entrecortadas.

-Tan sólo un vagabundo, un hombre sin tierra, pero un amigo de cualquier necesitado -de alguna manera, la voz amable sonaba incongruente en aquel hombre.

La joven intentó alzarse sobre sus codos e inmediatamente él se arrodilló y la colocó en una posición sentada; la cabeza de ella se apoyó contra su hombro. La mano del hombre tocó su pecho y se retiró húmeda y enrojecida.

-Cuéntame -su voz era suave, tranquilizadora, como si hablara con un niño.

-Le Loup -musitó con voz que se debilitaba rápidamente- él y sus hombres... cayeron sobre nuestra aldea... a una milla valle arriba. Robaron... mataron... incendiaron...

-Entonces, ese era el humo que olfateé -murmuró el hombre- continua, niña.

-Corrí. El, el Lobo, me persiguió... y... me atrapó... -las palabras se desvanecieron en un súbito silencio.

-Entiendo, niña. ¿Entonces...?

-Entonces... él... él... me apuñaló con su daga... ¡oh, santos benditos!... compasión...

Bruscamente, la frágil figura quedó inerte. El hombre la depositó sobre la tierra, y frunció ligeramente el ceño.

-¡Muerta! -murmuró.

Se alzó lentamente, limpiando maquinalmente sus manos en la capa. Un mal gesto torcía su ceño sombrío. Con todo, no hizo una promesa salvaje y temeraria, ni juró por santos o diablos.

-Morirán hombres por esto -dijo fríamente.

II. El cubil del lobo

- ¡Eres un imbécil! -las palabras eran un gruñido helado que cuajaban la sangre de su interlocutor.

Quien acababa de ser llamado de esa forma bajó sombríamente los ojos, sin responder.

-¡Tú y todos cuantos mando! -quien hablaba se inclinó hacia adelante aporreando acaloradamente la tosca mesa situada ente ellos. Era un hombre alto, de robusta constitución y facciones rapaces. Sus ojos bailoteaban y chispeaban con temerario desdén.

Su interlocutor le replicó con tono sombrío.

-Te digo que ese Solomon Kane es un demonio del infierno.

-¡Bah! ¡Necio! es un hombre... puede morir de un tiro o una estocada.

-Eso pensaron Jean, Juan y La Costa -respondió el otro hoscamente-. ¿Dónde están ahora? Pregunta a los lobos de la montaña que desgarraron la carne de sus huesos muertos. ¿Dónde se oculta ese Kane? Hemos rastreado las montañas y los valles durante leguas, sin hallar ni una pista. Te lo digo, Le Loup, viene del infierno. Se que no fue buena cosa colgar a ese monje hace una luna.

El Lobo golpeó impacientemente sobre la mesa. Su agudo semblante, a despecho de las huellas de vida salvaje y disipaciones, era el rostro de un hombre inteligente. Las supersticiones de sus seguidores no le afectaban.

-¡Bah! Te lo vuelvo a decir. Ese ha encontrado alguna cueva o valle secreto que desconocemos y allí se oculta durante el día.

-Y por la noche lo abandona para asesinarlos -comentó crudamente el otro-. Nos da caza como un lobo a los venados... Por Dios, Le Loup, te llamas a ti mismo Lobo, ¡pero temo que has topado al final con un lobo más fiero y astuto que tu! Lo primera noticia que tuvimos de este hombre fue cuando encontramos a Jean, el peor de los bandidos, clavado a un árbol con su propia daga atravesándole el pecho y las letras S.L.K. grabadas en sus mejillas yertas.

“Luego cayó Juan el Español y, cuando le encontramos, vivió lo suficiente para decimos que su matador es un inglés, Solomon Kane ¡Que ha jurado destruir a toda nuestra banda! ¿qué más? La Costa, un espadachín inferior tan solo a ti mismo, partió en busca de ese Kane. Por los demonios de la perdición ¡Creo que este le encontró a él!, puesto que hallamos su cadáver acuchillado sobre un risco. ¿Ahora qué? ¿debemos caer todos ante este inglés del demonio?”

-Cierto, ha dado muerte a nuestros mejores hombres -reflexionó el jefe de bandidos-. Los demás volverán pronto de esa pequeña visita al ermitaño; entonces veremos. Kane no puede ocultarse por siempre. Entonces... eh, ¿qué es eso?

Ambos giraron rápidamente, cuando una sombra cayó sobre la mesa. En la entrada de la gruta que era cubil del bandido, un hombre se tambaleaba. Sus ojos desorbitados miraban fijamente; vacilaba sobre piernas temblorosas y una oscura mancha roja salpicaba su túnica. Dio unos pocos pasos bamboleantes hacia adelante y cayó sobre la mesa,

deslizándose hasta el suelo.

-¡Demonios infernales! -maldijo el Lobo, poniéndole en pie y colocándole sobre una silla-. ¿Dónde están los demás, maldito seas?

-¡Muertos! ¡Todos muertos!

-¿Cómo? ¡Satanás te maldiga! ¡Habla! -el Lobo sacudió salvajemente al hombre, mientras el otro bandido observaba con ojos desorbitados por el horror.

-Llegamos a la choza del ermitaño al salir la luna -musitó el hombre-. Permanecí fuera... vigilando... los otros entraron... para torturar al ermitaño... para hacerle revelar... el escondrijo... de su oro.

-¡Sí, sí! ¿Y entonces qué? -el Lobo rabiaba de impaciencia.

-Entonces, el mundo se volvió rojo... la choza reventó y una lluvia roja sumergió el valle... a través de ella vi... el ermitaño y un hombre alto vestido todo de negro... viniendo desde los árboles...

-¡Solomon Kane! -boqueó el bandido-. ¡Lo sabía! Yo...

-¡Calla, idiota! gruñó el jefe-. ¡Sigue!

-Escapé... perseguido por Kane... me hirió... pero le dejé atrás... llegué... antes... aquí...

El hombre se derrumbó sobre la mesa.

-¡ Santos y demonios! -rugió el Lobo-. ¿Cómo es ese Kane?

-Como... Satanás...

La voz se desvaneció en el silencio. El muerto se deslizó desde la mesa hasta yacer en el suelo como un fardo enrojecido.

-¡ Como Satanás! -balbuceó el otro bandido-. ¡Te lo dije! ¡Es el mismísimo Lucifer! Te dije...

Se detuvo cuando un rostro atemorizado se asomó a la boca de la cueva.

-¿Kane?

-Así es -el Lobo estaba más perplejo de lo que admitía-. Monta guardia La Mon; el Rata y yo nos reuniremos contigo en un instante.

El rostro desapareció y el Lobo se volvió hacia el otro.

-Esto acaba con la banda -dijo-. Tu y ese ladrón de La Mon es cuanto queda. ¿Qué propones?

Los pálidos labios del Rata deletrearon una simple palabra:

-¡Huir!

-Tienes razón Tomemos las joyas y el oro de los baúles y huyamos por el pasadizo secreto.

-¿Y La Mon?

-Puede vigilar mientras preparamos la huida. Luego... ¿por qué dividir el tesoro en tres

partes?

Una débil sonrisa cruzó las facciones malévolas del Rata. Entonces, una idea le ensombreció.

-El -señaló al cuerpo del suelo- dijo: “llegué antes aquí”. ¿Significa que Kane venía persiguiéndole? -como el Lobo cabeceaba impacientemente, el otro volvió a los baúles con parloteos apresurados.

La vacilante vela sobre la tosca mesa alumbraba una extraña y salvaje escena. La luz, incierta y danzante, relucía enrojecida en el creciente lago de sangre sobre el que yacía el muerto; bailaba sobre las pilas de joyas y monedas apresuradamente vertidas desde los cofres con herrajes de bronce que se alineaban en las paredes; y centelleaba en los ojos del Lobo con fulgor similar al que brotaba de su daga envainada.

Los cofres quedaron vacíos, su tesoro desparramado en una pila reluciente sobre el suelo manchado de sangre. El Lobo se detuvo y escuchó. Fuera, reinaba el silencio. No había luna y la viva imaginación del Lobo se representó al asesino oscuro, Solomon Kane, deslizándose en las tinieblas, una sombra entre las sombras. Esbozó una mueca aviesa; el inglés vería frustrados sus designios.

-Queda un cofre sin abrir -dijo señalando.

El Rata, con una contenida exclamación de sorpresa, se giró hacia el cofre señalado. Con un sencillo y felino movimiento el Lobo saltó sobre él, introduciendo su daga hasta la empuñadura en la espalda del Rata, entre los omóplatos. El Rata se desplomó sin un sonido.

-¿Por qué dividir en tres partes el tesoro? -murmuró el Lobo, limpiando su hoja sobre el par de muertos-. Ahora, a por La Mon.

Avanzó hacia la puerta; entonces se detuvo y retrocedió.

Al primer vistazo pensó que era la sombra de un hombre lo que había en el umbral; luego comprobó que era un hombre mismo, aunque tan oscuro e inmóvil que el resplandor de la vela le prestaba la fantástica apariencia de una sombra.

Un hombre alto, tanto como el mismo Le Loup, vestido de negro de pies a cabeza, sin adornos, con ropas ajustadas que de alguna manera cuadraban con el rostro sombrío. Largos brazos y amplias espaldas denotaban al espadachín, tanto como el largo estoque en su mano. Las facciones del hombre eran saturninas y sombrías. Un continente macilento le prestaba una apariencia espectral bajo la luz incierta, acentuada por la satánica oscuridad de su ceño fruncido.

Ojos amplios, hundidos e inmóviles, clavados al bandido; mirando en ellos, Le Loup fue incapaz de determinar cual era su color. Extrañamente, la mefistofélica factura de sus facciones inferiores se compensaba con una frente alta y ancha, parcialmente oculta por un sombrero sin adornos.

Esa frente denotaba al soñador, el idealista, el introvertido, tal y como los ojos y la nariz recta y delgada delataban al fanático. Un observador podría haber sido golpeado por la

mirada de los dos hombres que allí se encaraban. Los ojos de ambos delataban incalculables abismos de poder, aunque ahí terminaba la semejanza.

Los ojos del bandido eran duros, casi opacos, con una extraña y brillante superficialidad que reflejaba un millar de luces y reflejos cambiantes; había burla en esos ojos, crueldad y temeridad.

Por el contrario, los ojos del hombre vestido de negro, hundidos y avizores bajo las cejas prominentes, eran fríos y profundos; observándolos, uno tenía la impresión de divisar incontables brazas de hielo.

Ahora los ojos se enfrentaban, y el Lobo, acostumbrado a ser temido, sintió una extraña frialdad en su espina dorsal. La sensación era nueva para él... una nueva emoción para quien había vivido para las emociones, y rió bruscamente.

-Supongo que sois Solomon Kane -preguntó, tratando de hacer que la pregunta sonara cortésmente desinteresada.

-Soy Solomon Kane -la voz era poderosa y resonante-. ¿Estáis listo para reuniros con vuestro Dios?

-¿Por qué, Monsieur? -respondió zalameramente Le Loup-. Os aseguro que estoy tan listo como pueda estar. Pero, podría plantear a Monsieur la misma cuestión.

-Sin duda, hice mal la pregunta -dijo Kane sombríamente-. La cambiaré: ¿Estáis listo para encontraros con vuestro amo, el Diablo?

-Respecto a eso, Monsieur -Le Loup estudió sus uñas con elaborada indiferencia-. Debo decir que, en el presente, puedo rendir una más que satisfactoria cuenta a su Excelencia Astada, aunque realmente no tengo ninguna intención de hacerlo... por un tiempo al menos.

Le Loup no se preguntó sobre el fin de La Mon; la

presencia de Kane en la cueva era suficiente respuesta, sin necesidad de restos de sangre en su estoque para verificarlo.

-Cuanto deseo saber, Monsieur -dijo el bandido-, es ¿por qué, en nombre del diablo, habéis acosado a mi banda de esa forma, y cómo habéis destruido a ese hatajo de estúpidos?

-Esa ultima pregunta es fácil de responder, señor -replicó Kane-. Yo mismo hice correr el rumor de que el ermitaño poseía un depósito de oro, sabiendo que esto atraería a vuestra escoria como la carroña atrae a los buitres.

“Día y noche he vigilado la choza y, anoche, cuando vi llegar a vuestros villanos, avisé al ermitaño y juntos fuimos a los árboles tras la cabaña. Entonces, cuando los rufianes estaban dentro, apliqué pedernal y acero a la mecha que había tendido, y la llama corrió a través de los árboles como una serpiente roja, hasta que alcanzó la pólvora que había colocado bajo el suelo de la cabaña. La choza y trece pecadores fueron al infierno con una gran explosión de llama y humo. Cierto, uno huyó, pero le habría dado muerte en el bosque de no haber tropezado con una raíz rota y caído, lo que le dio tiempo para escapar de mi.”

-Monsieur -dijo Le Loup con otra leve reverencia-os concedo la admiración que debo rendir a un rival valiente y astuto. Sin embargo, decidme: ¿Por qué me habéis perseguido como un lobo acosa al ciervo?

-Lunas atrás -dijo Kane, su entrecejo frunciéndose amenazadoramente- vos y vuestros amigos asaltasteis una pequeña aldea valle abajo. Los detalles los conocéis mejor que yo. Habla una chica allí, un simple niña, que, tratando de escapar de vuestra lujuria, huyó valle arriba; pero vos, chacal infernal, vos la cogisteis y acabasteis con ella, violándola y asesinándola. Allí la encontré, y sobre su cadáver me prometí daros caza y mataros.

-Humm -musitó el Lobo-. Sí, recuerda a la moza. Mon Dieu, ¡entonces, hay asuntos del corazón por medio! Monsieur, no os habla tomado por un hombre enamorado; no estéis celoso, compadre, hay muchas más mujeres.

-Cuidado, Le Loup -exclamó Kane con terrible amenaza en su voz-. Nunca di muerte a un hombre mediante tortura, pero por Dios, señor, me tentáis.

El tono y más especialmente el inesperado juramento, viniendo de alguien como Kane, contuvo ligeramente a Le Loup; sus ojos se estrecharon y su mano se acercó al estoque. El aire se enrareció durante un instante; luego, el Lobo se relajó elaboradamente.

-¿Quién era la chica? -inquirió ociosamente- ¿vuestra mujer?

-Nunca la había visto antes -respondió Kane.

-¡Nom d'un nom! -juró el bandido-. ¿Qué clase de hombre sois, Monsieur, que toma una venganza de esta clase, simplemente para vengar a una muchacha que os es desconocida?

-Eso, señor, es asunto mío; es suficiente con que lo haga.

Kane no podría haberlo explicado, ni siquiera a si mismo, nunca había buscado una explicación dentro de su interior. Un verdadero fanático, sus dictados eran razones suficientes para sus acciones.

-Sois justo, Monsieur -Le Loup estaba ganando tiempo; solapadamente, retrocedía pulgada a pulgada, con tal maña que no despertaba sospechas ni siquiera en aquel halcón que le vigilaba.

-Monsieur -dijo- quizás pretendáis ser simplemente un noble caballero, vagabundeando como un verdadero Gallahad, protegiendo a los débiles; pero ambos sabemos que no es así. Aquí, sobre el suelo, reposa el equivalente a la fortuna de un emperador. Partámoslo en paz; si no gustáis de mi compañía, ¿por qué no... ¡nom d'un nom!... podemos seguir nuestros caminos separados?

Kane se inclinó hacia adelante, con una terrible amenaza creciendo en sus ojos fríos. Parecía un gran cóndor a punto de caer sobre su víctima.

-Señor ¿me consideráis un villano tan grande como vos?

Repentinamente, Le Loup echó atrás la caben, sus ojos bailoteando y saltando con sutil burla y cierta insensata temeridad. Sus risotadas despertaron ecos.

-¡Dioses del Infierno! ¡No, estúpido, no os considero de mi especie! Mon Dieu, Monsieur Kane, ¡tenéis delante una gran tarea, si intentáis vengar a todas las mozas que han conocido mis favores!

-¡Sombras de muerte! ¡Debo malgastar mi tiempo hablando con este granuja infame! - rugió Kane con voz repentinamente sedienta de sangre, y su figura inclinada se abalanzó como arco súbitamente liberado.

En el mismo instante, Le Loup, con una risa salvaje, saltó atrás con un movimiento tan rápido como el de Kane. Su cálculo fue perfecto: sus manos, extendidas atrás, golpearon la mesa y la voltearon, sumiendo a la cueva en la oscuridad cuando la vela se volcó y apagó.

El estoque de Kane cantó como una saeta en la oscuridad mientras este atacaba ciega y ferozmente.

-¡Adieu, Monsieur Galahad! -la puya llegó desde algún lado frente a él, pero Kane, lanzándose hacia el sonido con la furia salvaje de la cólera insatisfecha, chocó contra una inesperada pared que no cedió ante su empuje. De alguna parte pareció llegar el eco de una risa burlona.

Kane giró sobre si mismo, los ojos fijos en la tenuemente perfilada entrada, pensando que su enemigo podía intentar escabullírsele y salir de la cueva; pero ninguna forma abultó allí y cuando sus manos, a tientas, encontraron la vela y la encendieron, la gruta estaba vacía, a excepción de él mismo y los dos hombres muertos del suelo.

III. El canto de los tambores

A través de las oscuras aguas llegó el rumor ¡boom, boom, boom!... una sombría reiteración. Lejos y más débilmente sonaba otro rumor de timbre diferente: ¡Trum, Trum, trum!. Adelante y atrás iban las vibraciones, como si los palpitantes tambores hablaran uno con el otro. ¿Qué historias llevaban? ¿Qué monstruosos secretos susurraban entre las hoscas, umbrías extensiones de jungla sin cartografiar?

-¿Esta, estás seguro, es la bahía donde el barco español le desembarcó?

-Sí, Senhor: el negro jura que ésta es la bahía donde el hombre blanco abandonó el barco y se internó en la jungla

Kane cabeceó sombríamente.

-Entonces, desembárcame aquí, sólo. Espera siete días, pasados los cuales, si no he vuelto ni has tenido noticias mías, serás libre de navegar donde desees.

-Sí, Senhor.

Las olas golpeaban perezosamente contra los costados del bote que llevaba a Kane hasta la orilla. El poblado que buscaba estaba en la margen del río, aunque apartado de la orilla de la bahía, oculto por la jungla de la vista del barco.

Kane había adoptado lo que parecía la táctica más azarosa, desembarcando de noche, sabiendo que si el hombre que buscaba estaba en la aldea, nunca le alcanzaría de día. Por eso, había elegido un método más desesperado, aventurándose en la jungla nocturna, pero toda su vida había corrido albuces desesperados. Ahora, se jugaba la vida con la débil esperanza de alcanzar la aldea indígena al amparo de la oscuridad y sin ser descubierto por los nativos.

En la playa abandonó el bote murmurando algunas órdenes y, cuando los remeros retrocedieron hacia el barco que permanecía anclado a alguna distancia, en la bahía, se volvió internándose en la negrura de la jungla. Espada en una mano, daga en la otra, se deslizó hacia delante tratando de orientarse en la dirección desde donde los tambores murmuraban y gruñían.

Avanzó con los movimientos fáciles y furtivos de un leopardo, haciendo camino cautelosamente, cada nervio alerta y en tensión, pero la travesía no fue fácil.

Lianas le estorbaban y golpeaban su rostro entorpeciendo su avance; se vio obligado a palpar su camino entre los gigantescos troncos de árboles inmensos y en la maleza circundante sonaban vagos y amenazadores crujidos, y se insinuaban movimientos. Tres veces su pie tocó algo que se removió bajo él y se retorció alejándose, y una vez atisbó el funesto resplandor de los ojos de un felino entre los árboles. Estos se desvanecieron, no obstante, cuando avanzó.

Trum, trum, trum, llegaba el incesante retumbo de los tambores: guerra y muerte (decían); sangre y codicia; ¡sacrificio humano y humano festejo! El alma de África (decían los tambores); el espíritu de la jungla; el canto de los dioses de la oscuridad exterior, los dioses que braman y farfullan, los que los hombres conocieron en el albor de los tiempos,

con ojos bestiales, bocas cavernosas, panzas prominentes, manos ensangrentadas, los Dioses Negros (cantaban los tambores).

Todo esto y más rugían y bramaban los tambores a Kane mientras éste se abría camino a través del bosque. En algún lugar de su alma una cuerda sensible era pulsada y respondía. También tú perteneces a la noche (cantaban los tambores); ésta es la fuerza de la oscuridad, la fuerza de lo primitivo en ti; retrocede atrás en las edades; permítenos enseñarte, permítenos enseñarte (cantaban los tambores).

Kane abandonó la selva cerrada y alcanzó un camino claramente perfilado. Más allá, entre los árboles, se filtraba el resplandor de los fuegos del poblado, llamas fulgurando entre las estacadas. Kane recorrió rápidamente el sendero.

Fue silencioso y prudente, la espada extendida hacia delante, los ojos esforzándose en captar cualquier atisbo de movimiento en la oscuridad frente a él, en los árboles agazapados a ambos lados como hoscas gigantes; en ocasiones, las grandes ramas se entrelazaban sobre el camino y sólo podía discernir un corto trecho ante él.

Como un fantasma oscuro recorrió la senda en tinieblas, ojos y oídos alertas; pero ningún indicio le avisó cuando una silueta grande e indefinida brotó de las sombras y le abatió, en completo silencio.

IV. El Dios Negro

¡Trum, trum, trum! En alguna parte, con enloquecedora monotonía, una cadencia se repetía, una y otra vez, repitiendo el mismo son: “Loco... loco... ¡loco!”. Ora estaba lejos, ora podía extender sus brazos y casi tocarla. Ahora se fundía con el latido en su cabeza hasta que las dos vibraciones eran una: “Loco... loco... loco... loco...”.

Las nieblas menguaron y se desvanecieron. Kane trató de llevar su mano a la cabeza, pero descubrió que estaba atado de pies y manos. Yacía sobre el suelo de una choza... ¿sólo? Se contorsionó para reconocer el lugar. No, dos ojos le escrutaban desde la oscuridad. Una silueta tomó forma y Kane, todavía confundido, creyó estar viendo al hombre que le había derribado inconsciente. Pero no; este hombre nunca hubiera podido abatirle de un golpe. Era magro, marchito y arrugado. Lo único que parecía vivo en él eran sus ojos, parecidos a los de una serpiente.

El hombre se acuclilló en el suelo de la choza, cerca de la entrada, desnudo a excepción de un taparrabos y la usual parafernalia de brazaletes tobilleras y ajorcas. Extraños fetiches de marfil, hueso y cuero, humano y animal, adornaban sus brazos y piernas. Repentina e inesperadamente habló en inglés.

-Ja, ¿tú despierto? ¿Por qué tu venir aquí, eh?

Kane hizo la inevitable pregunta.

-Tu hablas mi idioma... ¿cómo es posible?

El nativo sonrió.

-Yo esclavo... hace mucho, cuando joven. Yo, N'Longa, hombre juju, gran hechicero. ¡Nadie como yo! ¿Tu... tu buscas hermano?

Kane refunfuñó.

-¡Yo! ¡Hermano! Busco a un hombre, sí.

El nativo asintió.

-Quizás tu encontrar. ¿Eh?

-¡Morirá!

Nuevamente, el nativo sonrió.

-Yo poderoso hombre juju -dijo a propósito de nada; se inclinó aproximándose-. El hombre blanco que cazas, ojos como un leopardo ¿eh? ¿sí? ¡Ja, ja, ja, ja! Escucha: hombreo-con-ojos-de-leopardo, él y Jefe Songa hacer poderoso pacto; ahora hermanos de sangre. Di nada, yo ayudarte; tu ayudarme, ¿eh?

-¿Por qué querrías ayudarme? -preguntó suspicazmente Kane.

El hombre juju se aproximó y susurró.

-Hombre blanco ser mano derecha de Songa; Songa mas poderoso que N'Longa. ¡Hombre blanco poderoso juju! Hermano blanco de N'Longa matar hombre-con-ojos-de-leopardo,

ser hermano de sangre de N'Longa. N'Longa ser mas poderoso que Songa; hagamos pacto.

Y, como un fantasma oscuro se deslizó fuera de la choza, tan rápido que Kane no estuvo seguro de que todo el asunto no hubiera sido un sueño.

Fuera, Kane pudo ver el resplandor de los fuegos. Los tambores todavía retumbaban, pero tan cerca que los tonos se fundían y mezclaban, y las vibraciones de impulso y respuesta se perdían. Todo parecía un clamor bárbaro sin rima ni razón, aunque subsistía un subtono de burlón allí, salvaje y regocijado.

-Embustes -reflexionó Kane, su mente todavía flotando- la jungla miente como una mujer silvestre que atrae a un hombre a su perdición.

Dos guerreros invadieron la estancia... gigantes salvajes, grotescamente pintarrajeados y armados con rústicas lanzas. Levantaron al inglés y le sacaron de la choza. Le transportaron a través de un espacio abierto, apoyándole contra un poste y amarrándole a él. A su alrededor, atrás y a los lados, un gran semicírculo de rostros oscuros le sonreía maliciosamente y se desvanecía al resplandor del fuego, al compás del subir y bajar de las llamas. Enfrente se levantaba una figura odiosa y obscena... un ser negro y deforme, una parodia grotesca de humanidad. Inmóvil, meditabundo, manchado de sangre, como el informe espíritu de África, el horror, el Dios Negro.

Y enfrente y a cada lado, sobre rústicamente tallados troncos de teca, se sentaban dos hombres. El aposentado sobre el principal era un nativo: enorme, desgarrado, una masa gigantesca y fea de carne y músculos. Pequeños ojos porcinos parpadeaban sobre mejillas marcadas por los abusos; sus inmensos y flácidos labios rojos se fruncían con mundana arrogancia.

El otro...

-Ah, Monsieur, volvemos a encontrarnos -quien hablaba estaba lejos de ser el gallardo villano que se había mofado de Kane en la cueva de las montañas. Sus ropas estaban ajadas y tenía más surcos en su rostro; había envejecido más tiempo del transcurrido. Aún así, sus ojos todavía resplandecían y bailaban con su vieja temeridad, y su voz conservaba el mismo tono burlón.

-La última vez que oí esa voz execrable -dijo serenamente Kane- fue en una cueva, en la oscuridad, desde donde huisteis como una rata acosada.

-Así fue, en diferentes circunstancias -respondió imperturbable Le Loup-. ¿Qué hicisteis tras andar tropezando como un elefante en la oscuridad?

Kane dudo, después:

-Dejé la montaña...

-¿Por la entrada frontal? ¿Sí? Debiera haber sabido que erais demasiado estúpido para encontrar la puerta secreta. Pezuñas del Diablo, haber empujado el cofre con el cerrojo dorado que estaba contra la pared, la puerta se habría abierto para vos, revelando el pasaje secreto a través del que me marché.

-Os rastree hasta el puerto más próximo y allí tomé barco y os seguí a Italia, donde

encontré que os habíais marchado -dijo Kane.

-Cierto, por los santos, estuvisteis a punto de acorralarme en Florencia. ¡Jo, jo, jo! Yo estaba trepando a través de una ventana trasera mientras Monsieur Gallahad derribaba la puerta frontal de la taberna. Y de no haber estado vuestro caballo cojo podríais haberme dado alcance en el camino de Roma.

“De nuevo, el barco en el que dejé España acababa de hacerse a la mar cuando Monsieur Gallahad se presentó en los muelles. ¿Por qué me habéis seguido así? No lo entiendo.”

-Porque sois un rufián a quien mi destino es matar -respondió fríamente Kane. No lo entendía. Toda su vida había vagabundado por el mundo ayudando al débil y combatiendo la opresión; nunca se había cuestionado por qué. Era su obsesión, la fuerza conductora de su vida. La crueldad y la tiranía al débil provocaban una llamarada roja de furia, fiera y duradera, en su alma. Cuando el fuego de su odio se despertaba y desencadenaba, no descansaba hasta consumir su venganza. Si reflexionaba sobre todo esto, se consideraba a sí mismo como el ejecutor de la voluntad de Dios, un cántaro de ira destinado a verterse sobre las almas de los inicuos. En el pleno sentido de la palabra, Solomon Kane no era completamente un puritano, aún cuando se considerara a sí mismo de esa manera.

Le Loup encogió sus hombros.

-Puedo entender que me he equivocado al catalogaros. ¡Mon Dieu! Yo también podría seguir a un enemigo alrededor del mundo, pero, aunque podría haberos matado alegremente y robaros, nunca oí hablar de vos hasta que me declarasteis la guerra.

Kane guardó silencio, agobiado por una sorda furia. Aunque él no lo reconociese, consideraba al Lobo más que un simple enemigo; el bandido simbolizaba para Kane todo aquello que el Puritano había combatido toda su vida: crueldad, ultraje, opresión y tiranía.

Le Loup interrumpió sus vengativas meditaciones.

-¿Qué hicisteis con el tesoro, el que... ¡Dioses del Hades!... me llevó años acumular? El Diablo lo lleve, tan solo tuve tiempo de arrebatarse un puñado de monedas y baratijas cuando escapé.

-Tomé cuanto necesitaba para perseguiros. El resto lo entregué a los aldeanos que vos habíais expoliado.

-¡Por los santos y el diablo! -juró Le Loup-. Monsieur, sois el mayor loco que me haya jamás encontrado. Arrojar ese enorme tesoro en manos de bajos campesinos, ¡viles aldeanos! Además ¡Jo, jo, jo, jo! ¿no se robarán y matarán unos a otros por él? Porque tal es la naturaleza humana.

-¡Sí, maldito seáis! -estalló repentinamente Kane, mostrando que su conciencia no estaba del todo tranquila-. Sin duda lo harán, esos necios. ¿Pero que otra cosa podía hacer? De haberlo dejado allí, la gente podría haber muerto de inanición y desamparo por falta de él. Además, podría haber sido encontrado y hubiera habido robo y matanza de todos modos. Vos sois el culpable, puesto que si este tesoro hubiera sido dejado con sus legítimos dueños ningún problema se hubiera presentado.

El Lobo gesticuló sin responder. Kane no era un hombre profano, sus escasas maldiciones

tenían un doble efecto y siempre sobresaltaban a sus oyentes, no importaba cuán viciosos o endurecidos pudieran ser.

Fue Kane quien habló nuevamente.

-¿Por qué habéis huido de mí alrededor del mundo? Vos no me teméis realmente.

-No, estáis en lo cierto. Realmente no lo sé; quizás huir es un hábito difícil de romper. Cometí mi error cuando no os di muerte aquella noche en las montañas. Estoy seguro de poder mataros en una lucha limpia, aun así nunca traté, antes de ahora, de emboscaros. De algún modo no he tenido intención de encontraros, Monsieur... un capricho, un simple capricho. Entonces... ¡Mon Dieu!... quizás he gozado de una nueva sensación... y he descubierto que estoy cansado de las emociones de la vida. Un hombre puede a la vez ser cazador y presa. Incluso ahora, Monsieur, soy la presa, pero comienzo a estar cansado de ese papel... he pensado en quitaros de mi camino.

-Un esclavo, traído de esta vecindad, habló al capitán de un buque portugués sobre un inglés que desembarcó de un buque español para internarse en la jungla. Escuché eso y fleté el barco, pagando al capitán para traerme aquí.

-Monsieur, admiro vuestro intento, pero vos debéis admirarme a mi también. Llegue solo a este poblado y sólo entre salvajes y caníbales yo... con un ligero conocimiento del lenguaje, aprendido de un esclavo a bordo del barco... me gané la confianza del rey Songa y suplanté a ese mascarón, N'Longa. Soy más valiente que vos, Monsieur, pues carecía de barco donde refugiarme mientras que uno os aguarda a vos.

Reconozco vuestro coraje -dijo Kane-, pero os contentáis con gobernar entre caníbales... vos, el más vil de todos. Yo trataré de volver a mi propio pueblo cuando os haya dado muerte.

-Vuestra confianza puede ser admirable, aunque no es divertida. ¡Gulka, aquí!

Un salvaje gigante entró en el espacio entre ellos. Era el hombre más enorme que Kane hubiera visto jamás, aunque se movía con la facilidad y flexibilidad de un gato. Sus brazos y piernas eran como árboles, y los grandes y sinuosos músculos se combaban a cada movimiento. Su cabeza simiesca estaba encajada entre inmensos hombros. Sus grandes y oscuras manos eran como las zarpas de un simio y su entrecejo se sesgaba atrás sobre ojos bestiales. Nariz chata y grande, y gruesos labios rojos completaban esta pintura del salvajismo primitivo y pasional.

-Este es Gulka, el matador de gorilas -dijo Le Loup-. Fue él quien guardaba la senda y quien os derribó. Sois como un lobo, Monsieur, pero desde que vuestro buque apareció a la vista habéis sido observado por multitud de ojos y, aún habiendo tenido las facultades de un leopardo, no habríais visto ni oído a Gulka. Él caza la más terrible y astuta de las bestias en sus espesuras nativas, lejos hacia el norte, la bestia-que-anda-como-un-hombre... como esa, que maté hace algunos días.

Kane, siguiendo el dedo de Le Loup, descubrió un ser curioso y humanoide colgando de un poste en el techo de una cabaña. Un extremo afilado atravesaba el cuerpo del ser, sujetándole. Kane pudo apenas distinguir sus características al resplandor del fuego, pero aquel ser deforme y peludo tenía una terrible parentesco con la humanidad.

-Un gorila hembra que Gulka mató y trajo al poblado -dijo Le Loup-.

El gigante se acercó a Kane y escudriñó en los ojos del inglés. Kane devolvió la mirada con gesto sombrío y, al poco, los ojos del salvaje cedieron hoscamente y retrocedió unos pasos. Escrutando los temibles ojos del puritano había hendido las brumas primitivas del alma del cazador de gorilas y, por primera vez en su vida temió. Para resarcirse, lanzó una mirada desafiante alrededor; luego, con súbita brutalidad, aporreó su pecho bestial, bramó y tensó sus brazos hercúleos. Nadie habló. Imperaba la brutalidad primordial y los tipos más evolucionados le observaron con diversos sentimientos de diversión, tolerancia o desprecio.

Gulka miró furtivamente a Kane para cerciorarse de que el inglés le observaba y con un rugido bestial se abalanzó, arrebatando a un hombre del semicírculo. Mientras la aterrada víctima suplicaba piedad, el gigante lo arrojó sobre el tosco altar ante el tenebroso ídolo. Una lanza se alzó y golpeó, y los chillidos cesaron. El Dios Negro observaba, sus monstruosas facciones parecían sonreír en el saltarín resplandor del fuego. Había libado; era el Dios Negro complacido con el incidente... ¿con el sacrificio?

Gulka reculó y se detuvo frente a Kane, blandiendo su lanza ensangrentada ante el rostro del hombre blanco.

Le Loup rió. Entonces, bruscamente, apareció N'Longa. Llegó desde ninguna parte en particular; repentinamente estuvo allí, cerca del poste donde Kane estaba amarrado. Una vida entera de estudio del arte del ilusionismo habían dado al hombre juju un gran conocimiento técnico sobre apariciones y desapariciones... que, después de todo, consistían sólo en distraer la atención de la audiencia.

Gesticuló junto a Gulka con grandes aspavientos y el hombre-gorila retrocedió, rehuendo evidentemente la mirada de N'Longa... entonces, con increíble ligereza, se volvió y propinó al hombre juju un terrorífico bofetón. N'Longa cayó como un buey derribado y al instante había sido apresado y amarrado a un poste junto a Kane. Un murmullo inseguro brotó de los tribeños, muriendo cuando el rey Songa miró furioso hacia ellos.

Le Loup se recostó sobre su trono y rió estrepitosamente.

-He aquí el final del camino, Monsieur Gallahad. ¡Este viejo loco pensó que ignoraba su complot! Yo estaba oculto en el exterior de la choza y escuché la interesante conversación que mantuvisteis. ¡Ja, ja, ja, ja! El Dios Negro debe libar, Monsieur, pero he persuadido al rey Songa para quemaros a vosotros dos; será mucho más divertido, aunque nos salgamos de la celebración usual, me temo. Cuando los fuegos laman vuestros pies, ni el propio diablo podrá impedir que os convirtáis en chamuscados amazonas de huesos.

Songa gritó algo imperiosamente y llegaron tribeños portando leña, que apilaron a los pies de N'Longa y Kane. El hombre juju había recobrado el conocimiento y ahora vociferaba algo en su lenguaje nativo. De nuevo renació el murmullo entre la ensombrecida multitud. Songa gruñó algo como réplica.

Kane observaba la escena como algo impersonal. De nuevo, en algún lugar de su alma, las difusas profundidades primordiales se conmocionaban, memorias concebidas en viejas edades, veladas por la bruma de los eones pasados. Eso había sucedido antes, pensó Kane; conocía todo esto de antes... las fantásticas llamas rechazando la noche oscura, los

rostros bestiales acechando expectantes, y el dios, el Dios Negro, ¡agazapado en la sombra! Siempre el Dios Negro agazapado en la sombra. Había conocido los gritos, los frenéticos cánticos de los devotos, el discurso de los rugientes tambores, los sacerdotes salmodiantes, el repelente, el condenado, el pegajoso perfume de la sangre recién derramada. He conocido todo esto, en algún sitio, en algún momento, pensó Kane; ahora soy el actor principal...

Comenzó a entender que alguien le hablaba a través del bramido de los tambores; no se había percatado que los tambores habían reiniciado a sonar. Quien hablaba era N'Longa.

-¡ Yo poderoso hombre juju! Atiende ahora: yo hacer magia poderosa. ¡Songa! -su voz se alzó en un grito que ahogó el clamor salvaje de los tambores-.

Songa sonrió ante las palabras que N'Longa le gritaba. El canto de los tambores había caído hasta un bajo, siniestro monótono y Kane pudo oír sin problemas a Le Loup cuando éste le habló.

-N'Longa dice que hará ahora tal magia que significa incluso la muerte hablar de ella. Nunca antes ha sido realizada ante los ojos de hombres vivientes; es la prohibida magia juju. Presta atención, Monsieur; quizás nos divirtamos más aún -el Lobo rió despectiva y sardónicamente-.

Un salvaje se detuvo, aplicando una antorcha a la madera a los pies de Kane. Pequeños conatos de llama comenzaron a saltar y prendieron. Otro procedió a hacer lo mismo con N'Longa, aunque más titubeante. El hombre juju se desplomó en sus ligaduras; su cabeza cayó sobre su pecho. Parecía muerto.

Le Loup brincó hacia adelante, maldiciendo.

-¡Pies del Diablo! ¿Acaso nos robará este bellaco el placer de verle debatirse entre las llamas?

El guerrero tocó cautelosamente al hechicero y dijo algo en su propio lenguaje.

-Le Loup rió.

-Ha muerto de miedo. Un gran mago, por el...

Su voz se apagó bruscamente. Los tambores se detuvieron como si los tamborileros hubieran caído simultáneamente muertos. El silencio cubrió como una losa sobre el poblado y, en él, Kane solo escuchó el agudo crepitar de las llamas cuyo calor comenzaba a padecer.

Todos los ojos se habían vuelto hacia el hombre muerto sobre el altar, ¡porque el cuerpo había comenzado a moverse!

Primero fue el tirón de una mano, luego el gesto desmañado de un brazo, un movimiento que gradualmente se extendió al cuerpo y las extremidades. Lenta, ciegame, con gestos inciertos, el hombre muerto se volvió sobre un costado y los reptantes miembros encontraron la tierra. Entonces, tan horrible como algo recién parido, como algún horroroso ente reptiliano rompiendo el cascarón de la no existencia, el cuerpo se tambaleó y acabó por enderezarse, teniéndose en pie sobre piernas muy apartadas y rígidamente tensas, braceando con inútiles e infantiles movimientos. Reinaba un completo silencio,

salvo el rápido jadeo de alguien, atronador en aquella quietud.

Kane observó, aturdido y sin habla por primera vez en su vida. Para su mente puritana aquello era una manifestación de la mano de Satanás.

Le Loup permanecía en su trono con los ojos desorbitados y clavados, la mano todavía medio alzada en un descuidado gesto a medio esbozar, congelado por mor de la increíble visión. Songa estaba sentado junto a él, boca y ojos completamente abiertos, los dedos haciendo curiosos movimientos espasmódicos sobre los tallados brazos del trono.

Ahora el cuerpo se había enderezado, bamboleándose sobre piernas como zancos, el cuerpo ladeado atrás hasta que los ojos ciegos parecieron mirar directamente en la luna roja que surgía sobre la jungla negra. La cosa se tambaleó inciertamente en un ancho y errático semicírculo, con los brazos extendidos como grotescos contrapesos, luego se giró cara a los dos tronos... y al Dios Negro.

-Ah-h-h! -de algún lugar llegó el explosivo suspiro, desde el ensombrecido semicírculo donde se acucillaban los adoradores fascinados por el terror. Paralizados, observaban al sombrío espectro. Ahora estaba a unos tres pasos de los tronos, y Le Loup, demudado de terror por primera vez en su sangrienta vida, se encogió en su asiento; mientras Songa, con un esfuerzo sobrehumano, quebrando las cadenas de honor que le tenían desamparado, rompió la noche con un grito salvaje y, saltando sobre sus pies, alzó su lanza, chillando y maldiciendo en salvaje amenaza. Entonces, como la cadavérica cosa no detenía su espantoso avance, arrojó su lanza con todo el poder de sus músculos y el arma atravesó el pecho del hombre muerto desgarrando carne y hueso. Ni un instante se detuvo el ser... puesto que un muerto no puede morir... y Songa el rey quedó helado, los brazos tendidos como tratando de defenderse del terror.

Un instante permanecieron así, la luz del fuego saltando y la espectral luz lunar grabando la escena en las mentes de los espectadores. Los ojos inmóviles del cadáver se clavaron en los desorbitados de Songa, donde se reflejaban todos los infiernos del horror.

Entonces, con un movimiento espasmódico, los brazos del ser se alzaron. Las manos muertas cayeron sobre los hombros de Songa. Al primer toque, el rey pareció encogerse y marchitarse, y, con un grito que perduró en los sueños de quienes miraban durante el resto de sus vidas, Songa se hundió y se desplomó, y el hombre muerto se tambaleó rígidamente y cayó con él. Ambos yacieron inmóviles a los pies del Dios Negro y, para la aturrida mente de Kane fue como si los grandes e inhumanos ojos del ídolo estuvieran fijos sobre ellos con una risa terrible y silenciosa.

Al caer el rey, un gran vocerío se alzó entre los nativos y Kane, despejándose gracias a las profundidades del odio, miró hacia Le Loup y le vio saltar de su trono para desaparecer en la oscuridad. Entonces, su visión fue enturbiada por un tropel de figuras que irrumpió en el espacio ante el dios. Pies esparcieron las ardientes llamas bajo cuyo calor Kane habla desfallecido y ágiles manos le liberaron; otros desataron el cuerpo del hechicero y le depositaron en tierra.

Kane entendió débilmente que los tribeños creían al ser producto de N'Longa y que le relacionaban a él mismo con la venganza del mago. Se inclinó, poniendo una mano sobre el hombro del hombre juju. No había duda, estaba muerto, el cuerpo estaba ya frío. Observó los otros cuerpos. Songa había muerto también y el ser que le habla dado muerte

yacía inmóvil.

Kane comenzó a levantarse, entonces se detuvo. ¿Soñaba o realmente había sentido un repentino calor en la carne muerta? La mente tambaleándose, volvió a inclinarse sobre el cuerpo del hechicero y sintió extenderse lentamente el calor sobre los miembros, y la sangre comenzar a latir perezosamente en las venas.

Entonces N'Longa abrió sus ojos y miró a Kane, con la expresión vacua de un bebé recién nacido. Kane observó con la carne estremecida y vio el sabio, reptiliano resplandor retornar; vio los gruesos labios del hechicero distenderse en una ancha sonrisa. N'Longa se sentó y un extraño cántico se alzó entre los tribeños.

Kane miró a su alrededor. Los guerreros estaban arrodillados, inclinando sus cuerpos adelante y atrás, y en su clamor Kane captó la palabra "N'Longa" repetida una y otra vez en una especie de espantoso y extático estribillo de terror y reverencia. Cuando el hechicero se levantó, todos cayeron postrados.

N'Longa cabeceó, como si estuviera satisfecho.

-Gran juju... ¡gran hechicero yo! -anunció a Kane- ¿tu ver? mi espíritu salir... matar Songa... ¡volver a mí! ¡Gran mago! ¡yo, gran hechicero!

Kane observó al Dios Negro erguido en las sombras y a N'Longa, que ahora alzaba sus brazos hacia el ídolo como en una invocación.

Soy eterno (creyó escuchar Kane al Dios Negro); Yo bebo, sin importar quien gobierne; jefes, matadores, magos, pasan como los fantasmas de hombres muertos a través de la jungla gris Yo permanezco, yo mando; Soy el alma de la jungla (dijo el Dios Negro).

Repentinamente Kane volvió de la bruma de ilusión en la que había estado vagabundeando.

-¡Le Loup! ¿Por dónde huyó?

N'Longa vociferó algo. Una veintena de manos señalaron y, de alguna parte, trajeron el estoque de Kane. La niebla cayó y se desvaneció; otra vez era el vengador, el azote de inicuos; con la repentina velocidad volcánica de un tigre, desenfundó la espada y partió.

V. *El final del Camino*

Lianas y zarcillos golpeaban contra el rostro de Kane. El opresivo vapor de la noche tropical se alzaba como bruma a su alrededor. La luna colgaba ahora alta sobre la jungla, perfilando las sombras negras con su blanco fulgor y trazando dibujos grotescos sobre el suelo de la selva. Kane no sabía si el fugitivo estaba ante él, pero ramas rotas y maleza pisoteada demostraban que algún hombre había recorrido ese camino, alguien que huía apresuradamente sin detenerse a seleccionar la senda.

Kane siguió esas huellas sin vacilar. Creyendo en la justicia de su venganza, no dudaba que la inescrutable fatalidad que rige los destinos humanos le encararía finalmente con Le Loup.

Tras él, los tambores atronaban y callaban. ¡Qué historia tenían para narrar esta noche! el triunfo de N'Longa, la muerte de Songa el Rey, el derrocamiento del hombre-con-ojos-como-un-leopardo, y un cuento más sombrío, un cuento para ser susurrado con bajas y sordas vibraciones: el juju innombrable.

¿Soñaba? Kane se maravillaba mientras corría. ¿Era todo esto parte de algún loco encantamiento? Había visto a un hombre muerto alzarse, matar y morir de nuevo; había visto a un hombre muerto volver a la vida. ¿Realmente había enviado N'Longa su espíritu, su alma, su esencia vital a través del vacío, apoderándose de un cuerpo para consumir su voluntad? Sí, N'Longa cayó allí en una muerte auténtica, atado a la estaca de tortura, y quien yacía muerto en el altar se alzó e hizo lo que N'Longa hubiera hecho de estar libre. Entonces, la invisible fuerza que animaba al hombre muerto decayó y N'Longa revivió.

Sí, pensó Kane, debía admitir esto como un hecho. En alguna parte de las oscuras inmensidades de la jungla y el río, N'Longa había hallado el Secreto... el Secreto de controlar la vida y la muerte, el de trascender las limitaciones y los grilletes de la carne. ¿Cómo esta oscura sabiduría, nacida en las negras y ensangrentadas sombras de esta tierra temible, había sido entregada al hechicero? ¿Qué sacrificio fue tan placentero a los Dioses Negros, qué ritual tan monstruoso, como para darle acceso al conocimiento de este conjuro? ¿Y qué ignotos, intemporales viajes había hecho N'Longa, cuando decidió enviar su ego, su espíritu, a través de lejanos y brumosos países, sólo accesibles a los muertos?

Esa es la sabiduría de las sombras (reflexionaban los tambores), sabiduría y magia; penetra en la oscuridad para alcanzar la sabiduría; la vieja sabiduría rehuye la luz; recordamos las viejas edades (susurraban los tambores), antes de que el hombre llegara a ser sabio y necio; recordamos los dioses bestias... los dioses serpientes y los dioses mono y los innombrables, los Dioses Negros, aquellos que beben sangre y cuyas voces braman a través de las colinas sombrías, los que festejan y se regocijan. Los secretos de la vida y la muerte son suyos; recordamos, recordamos (cantaban los tambores).

Kane los oía mientras se apresuraba. Podía entender el mensaje que llevaban hasta los emplumados guerreros, río arriba; pero también le hablaban a él, a su propia manera, y ese lenguaje era arcaico, más primordial.

La luna, alta en los cielos azul oscuro, iluminaba su camino y le daba una clara visión cuando penetró en un claro y descubrió a Le Loup parado allí. La hoja desnuda del Lobo

era un largo fulgor de plata bajo la luna, mientras aguardaba con los hombros desafiantes y la vieja, retadora sonrisa todavía en su rostro.

-Un largo camino, Monsieur -dijo-. Comenzó en las montañas de Francia; acaba aquí, en una jungla de África. Por fin me he cansado del juego, Monsieur... y vos moriréis. No habría huido nunca del poblado, pero esa... lo admito de buena gana... esa condenable hechicería de N'Longa me crispó los nervios. Además, vi que toda la tribu podía volverse contra mí.

Kane avanzó prudentemente, preguntándose qué débil y olvidada fibra de caballeridad en el alma del bandido le había llevado a aguardarle abiertamente. Medio sospechaba traición, pero sus agudos ojos no pudieron detectar trazas de movimiento en la jungla o en cualquier otra parte del claro.

-¡Monsieur, en guardia! -la voz de Le Loup era decidida-. Tiempo es de acabar este loco baile alrededor del mundo. Aquí estamos solos.

Los hombres estaban ahora uno dentro del alcance del otro y Le Loup, en mitad de la frase, se lanzó repentinamente adelante con velocidad relampagueante, golpeando sañudamente. Un hombre más lento hubiera muerto allí, pero Kane lo paró; su propia hoja trazó una línea plateada que rasgó la túnica de Le Loup y el Lobo retrocedió. Le Loup aceptó el fracaso de su estratagema con una risa salvaje y se adelantó con la velocidad arrolladora y la furia de un tigre, trazando con su hoja un blanco abanico de acero a su alrededor.

Estoque chocó contra estoque mientras los dos espadachines luchaban. Eran fuego e hielo opuestos. Le Loup luchaba salvaje pero hábilmente, sin dejar resquicios, sacando ventaja a cada oportunidad. Era una llama viviente, reculando, abalanzándose, fintando, lanzando estocadas, parando, golpeando... riendo como un salvaje, mofándose y maldiciendo.

La técnica de Kane era fría, calculadora, centelleante. No hacía movimientos superfluos, ningún gesto que no fuera absolutamente necesario. Parecía dedicar más tiempo y esfuerzos a defenderse que Le Loup, aunque no había titubeos en su ataque y, cuando atacaba, su acero se movía con la velocidad de una serpiente al golpear.

Había poca diferencia entre los hombres en cuestiones de altura, fuerza y habilidad. Le Loup era el más veloz por un escaso, relampagueante margen, pero el estilo de Kane denotaba un más sutil grado de perfección. La esgrima de el Lobo era fiera, dinámica, como la llamarada de un horno. Kane era más constante... menos el instintivo, más el luchador cerebral, aunque él también fuera un matador nato, con la coordinación que sólo un luchador natural posee.

Estocada, parada, una finta, un repentino remolino de aceros...

-¡Ja! -el Lobo lanzó un alarido de risa feroz cuando la sangre brotó de un tajo en la mejilla de Kane. Como si su visión le brindara una furia adicional, atacó como la fiera de la que tomaba su apodo. Kane se vio obligado a ceder ante esa embestida sedienta de sangre, pero la expresión del Puritano no se alteró.

Los minutos pasaban. El sonido y choque de aceros no disminuía. Ahora se mantenían

tenazmente en el centro del claro. Le Loup intacto, las vestiduras de Kane enrojecidas con la sangre que manaba de heridas en mejillas, pecho, brazo y muslo. El Lobo gesticulaba salvaje y burlescamente a la luz de la luna, pero había comenzado a dudar.

Su aliento silbaba acelerado y su brazo comenzaba a cansarse; ¿quién era este hombre de hielo y acero que nunca parecía flaquear? Le Loup sabía que las heridas inflingidas a Kane no eran profundas. pero, aún así, el constante flujo de sangre debería haberle restado algo de fuerza y velocidad a ese tiempo. Pero si Kane sentía menguar de su poder, no lo demostraba. Su taciturno semblante no había cambiado de expresión, y acometía el combate con una furia helada, mayor aún que al principio.

Le Loup sintió su poder marchitarse y con un postrer esfuerzo desesperado lanzó toda su furia y fuerza en un ataque decisivo. Un súbito, repentino ataque demasiado salvaje y rápido para el ojo humano, una dinámica explosión de velocidad y furia que ningún hombre podría haber aguantado, y Solomon Kane se tambaleó por primera vez y sintió el frío acero desgarrando sus carnes. Reculó y Le Loup saltó sobre él, con su enrojecida espada lista y una burla jadeante a flor de labios.

La espada de Kane, blandida con la fuerza de la desesperación, encontró al Lobo en mitad del aire; alcanzó, detuvo y laceró. El grito triunfal del Lobo murió en sus labios y su espada cayó resonando de su mano.

Por un fugaz instante se mantuvo inmóvil, los brazos en cruz, y Kane oyó su risa fiera y burlona repicar hasta el último momento, cuando el estoque del inglés trazó una línea plateada a la luz de la luna.

Lejos, llegaba el murmullo de los tambores. Mecánicamente. Kane limpió su espada sobre sus desgarrados ropajes. El camino finalizaba aquí, y Kane era consciente de un extraño sentimiento de futilidad. Siempre sentía eso tras matar a un enemigo. De algún modo, parecía como si ningún bien real hubiera sido alcanzado; como si el enemigo hubiera, después de todo, escapado a su justa venganza.

Encogiendo los hombros, Kane volvió su atención a las necesidades corporales. Ahora que había pasado el ardor de la batalla, comenzaba a sentir cansancio y debilidad por la pérdida de sangre. La última estocada había estado cerca; de no haber conseguido desviarla con una torsión del cuerpo, la hoja le habría traspasado. Aún así, el acero había golpeado oblicuamente, surcando a lo largo de sus costillas y hundiéndose en los músculos del omoplato, infligiéndole una herida larga y superficial.

Kane observó a su alrededor y vio un pequeño arroyo fluyendo en la parte más lejana del claro. Aquí tuvo el único error, de esta clase, que cometió en toda su vida. Quizás estaba aturdido por la pérdida de sangre y todavía confundido por los turbulentos sucesos de la noche; como sea, depuso su estoque y cruzó desarmado hacia el arroyo. Allí enjugó sus heridas y las vendó lo mejor que pudo, con tiras arrancadas de sus ropas.

Entonces se levantó y estaba a punto de volver sobre sus pasos cuando un movimiento entre los árboles, en el lado del claro por el que había penetrado, llamó su atención. Una monstruosa figura salió de la jungla y Kane vio, y reconoció, a su sentencia. El hombre era Gulka, el matador de gorilas. Kane recordó que no había visto al gigante entre aquellos que rindieron pleitesía a N'Longa. ¿Cómo podía conocer la habilidad y el odio ocultos tras ese cráneo sesgado, que habían llevado al salvaje luchador, huyendo de la venganza de sus

compañeros de tribu, a rastrear al único hombre que jamás hubiera temido?

El Dios Negro había sido generoso con su acólito; le había entregado a su víctima inerme y desarmada. Ahora Gulka podía matar abiertamente a este hombre... lentamente, como mata un leopardo, no abatiéndole al acecho, silenciosa y repentinamente. tal como había planeado.

Una ancha sonrisa hendió el rostro del gigante y se humedeció los labios. Kane, aguardándole, sopesaba sus oportunidades fría y racionalmente. Gulka había ya observado el estoque. Estaba mas cerca de él que Kane. El inglés sabía que no tendría oportunidad de vencer en una repentina carrera por la espada.

Una lenta y fatal rabia broto en él... la furia del desamparo. La sangre se agitó en sus sienes y sus ojos ardieron con una terrible luz mientras miraba al guerrero. Sus dedos se abrieron y cerraron como garras. Eran muy fuertes esas manos; los hombres habían muerto en su abrazo. Incluso el monstruoso pilar que formaba el cuello de Gulka podía romperse como una rama podrida entre ellas... una oleada de debilidad hizo patentes la futilidad de esos pensamientos, sin necesidad de reparar en la luz de la luna centelleando sobre la lanza esgrimida por Gulka. Kane no podría haber huido de haberlo deseado... y él nunca había escapado de un sólo enemigo.

El matador de gorilas se aproximó a través del claro. Masivo, terrible, era la personificación de lo primitivo, la Edad de Piedra. Su boca gesticulante bostezaba mostrando una caverna roja; se afirmaba a si mismo con la altiva arrogancia del poder salvaje.

Kane se aprestó para aquella lucha, que solo podía tener un final. Se esforzó en reunir sus fuerzas menguantes. En vano había perdido demasiada sangre. Al final, queda afrontar su muerte de pie y de algún modo enderezó sus rodillas combadas y se alzó. a pesar de que su visión tremoló en olas inciertas y la luz lunar parecía tamizada por una niebla roja a través de la cual apenas podía vislumbrar al hombre que se aproximaba.

Kane se detuvo, aunque el esfuerzo casi lo derribó de rostro; recogió agua con sus manos unidas y se salpicó el rostro. Esto le reanimó y se enderezó, temiendo que Gulka le atacara aprovechando su debilidad, y le abatiera.

Gulka estaba ya en el centro del claro, desplazándose con la lenta y fácil zancada de un gran gato acosando a su víctima. No se apresuraba a consumir su propósito. Buscaba jugar con su víctima, ver el temor aparecer en esos ojos temibles que le habían hecho bajar la mirada, aun cuando el dueño de ellos había estado amarrado al poste de la muerte. Deseaba matar, en fin, lentamente, saciando su tigrisco deseo de sangre y torturas.

Entonces, bruscamente, se detuvo, volviéndose rápidamente y encarando otro lado del claro. Kane, asombrado, siguió su mirada.

Al principio pareció como una sombra más negra entre las sombras de la jungla. No tenía movimiento ni sonido, pero Kane supo instintivamente que alguna terrible amenaza acechaba allí, en las oscuridades ocultas y entremezcladas bajo los silenciosos árboles. Un hosco horror se agazapaba allí, y Kane sintió como si, desde esa sombra monstruosa, ojos inhumanos laceraran su alma. Sin embargo, simultáneamente, tuvo la fantástica sensación de que esos ojos no estaban dirigidos a él. Miró al matador de gorilas.

El gigante parecía haberle olvidado; permanecía medio agazapado, lanza en alto, con los ojos clavados en esa masa de negrura. Kane observó de nuevo. Ahora, las sombras se movieron; se mezclaron fantásticamente y penetraron en el claro, tal como Gulka habla hecho. Kane parpadeó: ¿era esta la ilusión que antecede a la muerte? La figura que descubrió era como las que había vislumbrado confusamente en turbias pesadillas, cuando las alas del sueño le devolvían a través de las edades perdidas.

Al principio pensó que era algún blasfemo remedo de ser humano puesto que iba erecto y era tan alto como un hombre de gran estatura. Pero era inhumanamente ancho y fornido, y sus inmensos brazos colgaban junto a los deformes pies.

Entonces la luz lunar cayó de lleno sobre su rostro bestial y la mente aturdida de Kane pensó que aquella cosa era el Dios Negro surgiendo de las sombras, animado y sediento de sangre. Entonces vio que estaba cubierto de pelo y recordó la cosa humanoide bamboleándose del poste en el poblado nativo. Miró a Gulka.

El guerrero encaraba al gorila, lanza en ristre. No temía, pero su torpe cerebro se asombraba del milagro que había llevado a la bestia tan lejos de sus junglas nativas.

El poderoso mono se mostró a la luz de la luna y había una terrible majestad en sus movimientos. Estaba más cerca de Kane que Gulka, pero no pareció reparar en el puritano. Sus pequeños y ardientes ojos estaban clavados en el gigantesco nativo con terrible intensidad. Avanzó con un curioso paso bamboleante.

Lejos, susurraban los tambores a través de la noche, como un acompañamiento a este terrible drama de la Edad de Piedra. El salvaje agazapado en mitad del claro y el primate surgiendo de la jungla con ojos enrojecidos y sedientos de sangre. El guerrero estaba cara a cara con un ser más primitivo que él. De nuevo los fantasmas de la memoria susurraron a Kane: has visto estos sucesos antes (murmuraron), atrás en las edades oscuras, en los días del amanecer, cuando las bestias y los hombres-bestia combatían por la supremacía.

Gulka contorneó al mono en un semicírculo, agazapado, la lanza lista. Con toda su habilidad trataba de engañar al gorila para darle una súbita muerte, porque nunca antes encontró un monstruo como éste y aunque no temía había comenzado a dudar. El mono no hizo tentativas de acechar o rodear; se dirigía directamente a Gulka.

El poderoso guerrero que lo enfrentaba y el inglés que observaba no podían conocer el amor animal, el odio animal que había guiado al monstruo desde las bajas y selváticas colinas del norte en pos del rastro de quien era el azote de su estirpe... el matador de su compañera, cuyo cuerpo pendía ahora del palo en el poblado indígena.

El fin llegó rápidamente, con un movimiento repentino. Estaban cerca, ahora, bestia y hombre-bestia; y bruscamente, con un bramido que sacudió la tierra, el gorila embistió. Un gran brazo peludo apartó la lanza blandida y el mono se trabó con el guerrero. Hubo un sonido de fractura, como de muchas ramas quebrándose simultáneamente, y Gulka cayó silenciosamente a tierra, yaciendo con brazos, piernas y cuerpo en extrañas y antinaturales posturas. El mono se cernió un instante sobre él como una efigie de triunfo primordial.

Lejos, Kane escuchó el murmullo de los tambores. El alma de la jungla, el alma de la jungla: esta frase se agitó en su mente con reiteración monótona.

Los tres que habían gozado de poder ante el Dios Negro, ¿dónde estaban? Atrás, en el poblado, donde los tambores sonaban, yacía Songa... El Rey Songa, antes señor de la vida y la muerte, ahora un cuerpo marchito con el rostro congelado en una máscara de honor. Tendido a sus espaldas, en mitad del claro, yacía aquel a quien Kane había seguido muchas leguas por tierra y mar. Y Gulka, el matador de gorilas, caído a los pies de su vencedor, destrozado por el mismo salvajismo que hiciera de él un verdadero hijo de esta tierra espantosa y que al final le había arrollado.

Aún así, el Dios Negro todavía reinaba, pensó confundido Kane, acucillado en las sombras de su oscuro país, bestial, sediento de sangre, descuidado de quien vivía o moría, atento solo a libar.

Kane observó al poderoso mono, asombrándose de que el gigantesco simio tardara tanto en advertir en su presencia y atacar. Pero el gorila no dio señales de haberle visto aún.

Impulsado por algún difuso instinto de venganza aún insatisfecho, se inclinó y alzó al guerrero. Luego se volvió hacia la jungla con los miembros de Gulka arrastrando inerte y grotescamente. Cuando alcanzó los árboles, el mono se detuvo y lanzó el cadáver entre las ramas. Hubo un sonido de desgarramiento cuando una rama rota y saliente atravesó el cuerpo lanzado contra ella, y el muerto matador de gorilas se bamboleó allí de una forma horrible.

Por un momento, la clara luna bañó al gran gorila con su resplandor, mientras permanecía observando silenciosamente a su víctima; luego, como una sombra oscura, se fundió con la jungla.

Kane volvió lentamente al centro del claro y recogió su estoque. La sangre había cesado de manar de sus heridas y algo de sus fuerzas retornaba, lo suficiente para permitirle alcanzar la costa, donde el buque le aguardaba. Se detuvo al borde del claro para echar un último vistazo al rostro vuelto hacia arriba de Le Loup, una forma inmóvil, blanco bajo la luz de la luna; y a la sombra oscura entre los árboles que era Gulka, arrojado allí por algún capricho bestial, colgando como la hembra gorila colgaba del poblado.

Lejos, susurraban los tambores: “la sabiduría de nuestra tierra es antigua; la sabiduría de nuestra tierra es oscura; a quienes servimos destruimos. Huye si quieres vivir, pero nunca olvidarás nuestro canto. Nunca, nunca”, cantaban los tambores.

Kane volvió al camino que llevaba hasta la playa y al buque que esperaba allí.

Título original: RED SHADOWS. Weird Tales, Agosto, 1928).

Versión de León ARSENAL

RESONAR DE HUESOS

-¡Eh, patrón! -el grito rompió el hosco silencio, retumbando a través del oscuro bosque con eco siniestro.

-Este sitio presenta un lúgubre aspecto, a fe mía.

Había dos hombres plantados frente a la taberna del bosque. El edificio era bajo, largo y destartado, construido con pesados troncos. Sus diminutas ventanas estaban pesadamente trancadas y la puerta cerrada. Sobre ésta, un siniestro letrero mostraba medio borrada... una calavera hendida.

Esta puerta giró abriéndose lentamente y se asomó un rostro barbudo. El propietario del rostro dio un paso atrás e invitó a entrar a sus huéspedes... desganadamente, según parecía. Una vela lucía sobre la mesa, una llama latía en el hogar.

-¿Vuestros nombres?

-Solomon Kane -dijo someramente el hombre mas alto.

-Gastón l'Armon - repuso bruscamente el otro- ¿pero qué os importa eso a vos?

-Los extraños son escasos en la Selva Negra -gruñó el posadero- y los bandidos muchos. Aposentaos en aquella mesa y os traeré vuestra comida.

Los dos hombres tomaron asiento con la soltura de hombres que han viajado mucho. Uno era un hombre alto y enjuto, vestido con un sombrero sin adornos y sombrías ropas negras que acentuaban el tono macilento de su rostro lúgubre. El otro era un tipo completamente diferente, engalanado con encajes y penachos, aunque su donaire estaba algo ajado por el viaje. Era apuesto de forma audaz y sus ojos inquietos iban de un lado a otro, sin detenerse un instante.

El posadero sirvió vino y comida sobre la mesa toscamente labrada y retrocedió hacia las sombras, como una tétrica estatua. Sus facciones, ora semiocultas en la penumbra, ora fantásticamente iluminadas por el resplandor del fuego cuando éste saltaba y brincaba, estaba cubierto por una barba que, por su espesura, parecía animalesca. Una gran nariz se curvaba sobre su barba y dos pequeños ojos rojos escrutaban desvergonzadamente a sus huéspedes.

-¿Quién sois vos? -preguntó bruscamente el hombre más joven.

-Soy el posadero de la Taberna del Cráneo Hendido- replicó sombríamente el otro. Su tono parecía desafiar a su interlocutor a seguir preguntando.

-¿Tenéis muchos huéspedes? -prosiguió l'Armon.

-Pocos vienen dos veces -gruñó el posadero.

Kane respingó y observó directamente en aquellos ojillos rojos, como si hubiera adivinado algún significado oculto en las palabras del posadero. Los ojos ardientes parecieron dilatarse, luego cayeron sombríamente ante la mirada helada del inglés.

-Me retiro a la cama -dijo abruptamente Kane, dando por terminada su comida-. Debo reemprender camino al rayar el día.

-Y yo -se sumó el francés-. Patrón, mostradnos nuestras alcobas.

Sombras negras oscilaron en las paredes cuando ambos siguieron a su silencioso anfitrión por un salón largo oscuro. El cuerpo ancho y rechoncho de su guía parecía crecer y expandirse a la luz de la pequeña vela que portaba, arrojando una sombra larga y deforme

ante sí.

Se detuvo ante una puerta, indicando que debían dormir allí. Entraron. El posadero encendió una vela con la que llevaba, luego se marchó por donde había venido.

En la alcoba, los dos hombres se observaron el uno al otro. El único mobiliario de la habitación era un par de camastros, una o dos sillas y una pesada mesa.

-Veamos si existe forma de trancar la puerta -dijo Kane-. No me gusta el aspecto de nuestro patrón.

-Hay tacos en la puerta y soportes para una barra -dijo Gastón- pero no tranca.

-Podemos partir la mesa y usar sus trozos como tranca -meditó Kane.

-Mon Dieu -dijo l'Armon- sois timorato, m'sieu.

Kane frunció el ceño.

-No deseo ser muerto durante el sueño -respondió con aspereza.

-¡A fe mía! -rió el francés-. Nos hemos encontrado por casualidad... hasta que os alcancé en el camino del bosque una hora antes del ocaso, nunca nos habíamos visto.

-Yo os he visto antes en algún lugar -repuso Kane-. Aunque no puedo recordar dónde. Por otra parte, acepto que cada hombre es honrado hasta que me demuestra ser un rufián; además tengo el sueño ligero y duermo con una pistola a mano.

El francés volvió a reír.

-¡Me maravillo de que m'sieu acepte dormir en la misma habitación que un extraño! ¡Ja! ¡Ja! De acuerdo, m'sieu inglés, vamos fuera y tomemos la barra de una de las otras habitaciones.

Llevando con ellos la vela, salieron al corredor. Reinaba un completo silencio y la pequeña vela parpadeaba roja y malignamente en la densa oscuridad.

-Nuestro patrón carece de huéspedes y sirvientes -musitó Solomon Kane-; una extraña taberna, ¿cuál es ahora el nombre? Estas palabras alemanas no me son fáciles... el Cráneo Hendido. Un nombre sangriento, a fe mía.

Exploraron las habitaciones contiguas, pero ninguna tranca recompensó su búsqueda. Finalmente llegaron en la última alcoba, al final del corredor. Penetraron. Estaba amueblada como las demás, salvo que la puerta estaba provista de una pequeña tranca sujeta al exterior con un pesado cerrojo asegurado a una jamba.

Corrieron el cerrojo y pasaron.

-Debiera haber una ventana exterior, pero no la hay -murmuro Kane-. ¡Mirad!

El suelo estaba manchado de oscuro. Los muros y el único camastro estaban astillados, y grandes tiras habían sido desgajadas.

-Aquí ha muerto gente -dijo sombríamente Kane-. ¿No hay allí una barra, unida al muro?

-Sí, pero está fija -dijo el francés dando un tirón-El...

Una sección del muro giró y Gastón soltó una exclamación. Una pequeña habitación

secreta quedó a la vista, y los dos hombres pudieron ver la horrible cosa que yacía en el suelo.

-¡El esqueleto de un hombre! -exclamó Gastón-. ¡Y mirad como su pierna descarnada está encadenada al suelo! Fue aprisionado aquí y murió.

-No -dijo Kane- el cráneo está partido... a fe mía que nuestro anfitrión tuvo una siniestra razón para bautizar a esta posada infernal. Este hombre era sin duda un vagabundo, como nosotros, que cayó en manos de este malvado.

-Puede -dijo Gastón sin interés; estaba entretenido en manipular inútilmente el gran anillo de hierro de la pierna del esqueleto. Harto, esgrimió su espada y, con una notable exhibición de fuerza, cortó la cadena que unía la argolla de la pierna a otro anillo encajado en el entarimado.

-¿Por qué encadenaría un esqueleto al suelo? -musitó el francés-. ¡Monbleau! Esto es un desperdicio de buena cadena. Ahora, señor -se dirigió irónicamente al blanco montón de huesos-. ¡Os he liberado y podéis ir donde os plazca!

-¡Teneos! -la voz de Kane era profunda-. Ningún bien viene de burlar a los muertos.

-Los muertos deben defenderse ellos mismos -rió l'Armon-. De algún modo, yo daría muerte a quien me matara, aunque mi cuerpo hubiera de remontar cuarenta brazas de océano para hacerlo.

Kane se volvió hacia la puerta exterior cerrando la de la habitación secreta tras él. No gustaba de esa palabreja que sonaba a endemoniados y brujería, y tenía prisa en encarar al posadero con su crimen.

Al volverse, de espaldas al francés, sintió el toque del frío acero contra su cuello y supo que la boca de una pistola estaba apretada contra la base de su cerebro.

-¡No os mováis m'sieu! -la voz era baja y suave-. No os mováis o esparciré vuestros pocos sesos por la habitación.

El puritano, furioso consigo mismo, permaneció con las manos en alto mientras l'Armon arrebatava sus pistolas y espada de las vainas.

-Podéis volveros ahora -dijo Gastón, dando un paso atrás.

Kane clavó una hosca mirada en su apuesto compañero, que permanecía ahora destocado, en una mano el sombrero, la otra apuntando su pistolón.

-¡Gastón el Carnicero! -dijo sombríamente el inglés-. ¡Loco de mí por confiar en un francés! ¡Habéis llegado lejos, asesino! Os recuerdo ahora, con ese maldito sombrero quitado... os vi en Calais algunos años atrás.

-Cierto... y ahora no volveréis a verme nunca más. ¿Qué fue eso?

-Ratas tanteando el esqueleto -dijo Kane, espiondo como un halcón al bandido, esperando una simple desviación de la boca del arma-, el sonido era el entrechocar de huesos.

-Seguramente repuso el otro-. Ahora, m'sieu Kane, se que lleváis considerable cantidad de dinero sobre vos. Había pensado aguardar a que os durmierais y mataros, pero la oportunidad se pinta sola y yo la aprovecho. Habéis caído fácilmente.

-Estaba lejos de pensar que debía temer a un hombre con el que he compartido el pan -dijo Kane con un soterrado timbre de lenta furia resonando en su voz.

El bandido rió con cinismo. Sus ojos se desviaron cuando comenzó a retroceder hacia la puerta exterior. Los tendones de Kane se tensaron involuntariamente; se curvó como un lobo gigante presto a lanzarse en un brinco mortal, pero la mano de Gastón era como una roca y la pistola no temblaba.

-No habrá saltos mortales tras el disparo -dijo Gastón-. Permaneced quieto, m'sieu; he visto hombres morir a manos de agonizantes y deseo poner distancia entre nosotros para eliminar esa posibilidad. A fe mía... yo dispararé, vos rugiréis y cargaréis, pero moriréis antes de alcanzarme con vuestras manos desnudas. Y nuestro posadero podrá tener otro esqueleto en su nicho secreto. Esto es, si no le mato yo mismo. El idiota no me conoce, ni yo a él, por otra parte...

El francés estaba ahora en el umbral, observando la tranca. La vela, depositada en un nicho de la pared, ardía con una luz fantástica y oscilante que no sobrepasaba el umbral. Y con la brusquedad de la muerte, de la oscuridad tras Gastón, surgió una amplia y vaga forma y una centelleante hoja se abatió. El francés cayó de rodillas como un buey apuntillado, sus sesos derramándose desde su cráneo hendido. Sobre él se cernió la figura del posadero, un espectáculo salvaje y terrible, todavía esgrimiendo el sable con el que había dado muerte al bandido.

-¡Jo! ¡Jo! -rugió-. ¡Atrás!

Kane se había lanzado hacia delante al caer Gastón, pero el posadero puso ante su mismo rostro el pistolón que llevaba en su mano izquierda.

-¡Atrás! -repitió con un rugido tigresco, y Kane retrocedió ante la amenaza del arma y la insana de los ojos rojos.

El inglés guardó silencio, con la piel de gallina al sentirse ante una amenaza mas profunda y odiosa que la ofrecida por el francés. Había algo inhumano en ese hombre, que ahora oscilaba y se balanceaba como una gran bestia del bosque, mientras su risa sin regocijo resonaba nuevamente.

-¡Gastón el Carnicero! -vociferó pateando el cuerpo a sus pies-. ¡Jo! ¡Jo! Nuestro elegante bandolero no cazaré más; había oído hablar de este necio que rondaba la Selva Negra... ¡Buscaba oro y ha encontrado la muerte! Ahora vuestro oro será mío; y más que oro... ¡venganza!

-No soy vuestro enemigo -dijo sosegadamente Kane.

-¡Todos los hombres son mis enemigos! Mirad... ¡las marcas en mis muñecas! Ved... ¡las marcas en mis tobillos! Y profundo en mi espalda... ¡el beso del flagelo! Y profundas en mi cerebro, las heridas de años en las frías y silenciosas celdas ¡donde yacía purgando un crimen que nunca cometí! -la voz se rompió en un grotesco y patético sollozo-

Kane no respondió. No era el primer hombre que veía con el cerebro destruido por los honores de las terribles prisiones continentales.

-¡Pero huí! -el grito se alzó triunfalmente- y aquí hago la guerra a todos los hombres... ¿qué fue eso?

¿Vislumbró Kane un centelleo de miedo en esos espantosos ojos?

-Mi hechicero entrechoca sus huesos -susurró el posadero, luego rió salvajemente-. Moribundo, juró que sus mismísimos huesos tejerían una red de muerte para mí. Encadené su cuerpo al suelo y ahora, a altas horas de la noche, escucho su esqueleto pelado chocar y entrechocar mientras trata de liberarse ¡y yo río! ¡Jo! ¡Jo! ¡Cuánto anhela levantarse y merodear, como el viejo Rey Muerte, por esos corredores mientras duermo, para matarme en mi cama!

Repentinamente, los ojos enloquecidos relampaguearon terriblemente.

-Vos estuvisteis en esa habitación secreta, ¡vos y este necio muerto! ¿Habló con vosotros?

Kane se estremeció a su pesar. ¿Era locura o estaba oyendo un leve resonar de huesos, como si el esqueleto se moviera un poco? Kane se encogió de hombros; las ratas rebuscan entre los huesos polvorientos.

El posadero reía nuevamente. Contorneó a Kane manteniendo al inglés siempre cubierto y con su mano libre abrió la puerta. El interior estaba en tinieblas, de forma que Kane no pudo ver el resplandor de huesos en el suelo.

-Todos los hombres son mis enemigos -musitó el posadero, a la manera incoherente de los locos- ¿por qué debo exceptuar a nadie? ¿Quién alzó una mano en mi ayuda cuando yací durante años en las infames mazmorras de Karlsruhe... y por una muerte jamás probada? Algo ocurrió en mi cerebro entonces. Me convertí en un lobo... hermano de esos de la Selva Negra ante los cuales huí cuando escapaba.

-Ellos han festejado, mis hermanos, con todos cuantos han descansado en mi taberna... todos excepto éste que ahora hace crujir sus huesos, este mago venido de Rusia. Para evitar que volviera entre las negras sombras, cuando la noche cubre el mundo, y me dé muerte... ¡porque quién puede matar a un muerto!... descarné sus huesos y le encadené. Su brujería no fue lo bastante poderosa para salvarle de mí, pero todos saben que un mago muerto es más temible que uno vivo. ¡No os mováis inglés! Depositaré vuestros huesos en esta habitación secreta junto a este otro, a...

Ahora, el maníaco permanecía parcialmente en el umbral de la habitación secreta, con su arma todavía amenazando a Kane. Repentinamente pareció caer hacia atrás y desvanecerse en la oscuridad; y, en el mismo instante, una repentina ráfaga de viento cerró la puerta tras él. La vela en el muro vaciló apagándose. Kane tanteó el suelo encontrando una pistola, y se enderezó cara a la puerta por donde el maníaco había desaparecido. Permaneció en completa oscuridad, la sangre helada, mientras un espantoso y amortiguado grito llegaba desde la habitación secreta, mezclado con el seco y temible resonar de huesos descarnados. Después se hizo el silencio.

Kane encontró pedernal y acero, y encendió la vela. Luego, sosteniendo ésta con una mano y con la pistola en la otra, abrió la puerta secreta.

-¡Gran Dios! -musitó mientras un sudor frío cubría su cuerpo-. ¡Esto está más allá del entendimiento, aunque los vea con mis propios ojos! Dos juramentos se han cumplido, porque Gastón el Carnicero prometió que incluso muerto se vengaría de su enemigo, y suya fue la mano que liberó a este monstruo descarnado. Y él...

El posadero del Cráneo Hendido yacía sin vida sobre el suelo de la habitación secreta, con su rostro bestial distorsionado por un espanto terrible; y en su cuello roto estaban hundidos los dedos descarnados del esqueleto del hechicero.

(Título original: RATTLE OF BONES. Weird Tales, Junio, 1929). Versión de León ARSENAL

LUNA DE CALAVERAS

I-Un hombre llega buscando.

Una gran sombra negra cruzaba la tierra hendiendo el rojo resplandor del ocaso. Para el hombre que se afanaba en cruzar la selva representaba un símbolo de muerte y horror, un peligro agazapado y terrible, como la sombra de un sigiloso asesino arrojada sobre un muro por el resplandor de una vela.

Pero sólo era la sombra del gran risco erguido ante él, la avanzada de las hoscas estribaciones que constituía su meta. Creyó haber captado indicios de movimiento en la cima cuando miró haciendo sombra con la mano sobre los ojos, pero el menguante resplandor le deslumbraba y no pudo estar seguro. ¿Era un hombre que trataba de ocultarse?, ¿un hombre o...?

Se encogió de hombros y bajó la vista para examinar el traicionero camino que guiaba hacia arriba por el frontal del risco. Al primer vistazo parecía como si sólo una cabra montesa pudiera escalarlo, pero una investigación más detallada mostraba numerosas incisiones talladas en la roca viva. Sería una tarea que probaría sus fuerzas hasta el límite, pero no había recorrido un millar de millas para volverse ahora.

Descolgó la gran talega que portaba al hombro y se despojó del pesado mosquete, conservando tan sólo su largo estoque, daga y una de sus pistolas. Los aseguró y, sin otra mirada hacia el cada vez más oscuro camino por donde había venido, comenzó el largo ascenso.

Era un hombretón de largos brazos y músculos de hierro; aun así, una y otra vez se vio obligado a detener su ascenso y descansar un momento, aferrado como una hormiga a la escarpada pared del risco. La noche caía rápidamente y el peñasco sobre él era un borrón por el que se veía forzado a tantear ciegamente, buscando los agujeros que le servían de precaria escalera.

Abajo, estallaron los ruidos nocturnos de la jungla tropical, aunque le pareció que hasta esos sonidos eran amortiguados y acallados, como si las grandes colinas negras tejieran un manto de silencio y temor incluso sobre las criaturas de la jungla.

Se afanó hacia arriba y el ascenso se endureció con el risco proyectándose hacia fuera cerca de la cumbre, y la tensión de músculos y nervios comenzó a minar sus fuerzas. Más de una vez resbaló en su asidero, librándose por un pelo de caer. Pero cada fibra de su

cuerpo fornido estaba perfectamente coordinada y sus dedos eran como garras de acero con el apretón de un torno. Su progreso se hizo más y más lento, pero prosiguió hasta que pudo ver la cima del risco hendiendo el firmamento, a escasos veinte pies sobre él.

Y, mientras miraba, un bulto indefinido apareció y rebasó el borde cayendo hacia él con gran agitar de aire. Con la piel de gallina, se apretó contra la cara del risco sintiendo una gran turbulencia que estuvo a punto de arrancarle de su asidero y, mientras luchaba desesperadamente por enderezarse, escuchó un choque atronador entre las rocas, muy abajo. Con la frente perlada de sudor frío, miró hacia arriba. ¿Quién...? ¿qué...? había arrojado aquella roca sobre el borde del risco? Era un hombre valiente, como atestiguaban los huesos en muchos campos de batalla, pero sentirse como un chivo propiciatorio, inerme y sin posibilidad de defensa, le heló la sangre.

Luego, una oleada de furia suplantó su miedo y reinició el ascenso con temeraria velocidad. Pero la segunda roca que esperaba no llegó y su mirada no halló ningún ser viviente al rebasar el borde y erguirse desenvainando su espada.

Se encontró en una especie de altiplanicie que desembocaba en una región fragosa, una media milla hacia el oeste. El risco que acababa de remontar sobresalía del resto de las alturas como un hosco promontorio, descollando sobre el mar de ondulante follaje inferior, ahora oscuro y misterioso en la noche tropical.

Imperaba el silencio. Ninguna brisa agitaba las sombrías profundidades de abajo, ni se escuchaban pisadas entre los raquíuticos arbustos que cubrían la planicie, aunque esa roca lanzada mientras escalaba, buscando su muerte, no había caído por casualidad. ¿Qué seres se movían entre esas hoscas colinas? La oscuridad tropical rodeaba al solitario vagabundo como un pesado velo a través del que las estrellas amarillentas brillaban malévolamente. Los vapores de la putrefacta vegetación ascendían hasta él, tan tangibles como una densa niebla; torciendo el gesto se alejó del peñasco adentrándose audazmente en la planicie, espada en una mano y pistola en la otra.

Había en el aire un incómodo sentimiento de ser observado. El silencio era total a excepción del suave susurro que señalaba el paso felino del extraño entre los altos herbazales de la planicie, aunque el hombre sentía que seres vivos le espiaban delante, detrás y a cada lado. Fuera hombre o bestia lo que acechara, él no lo sabía ni le importaba demasiado, estaba listo para luchar contra cuantos hombres y demonios se cruzaran en su camino. Ocasionalmente se detenía escrutando a su alrededor, pero sus ojos no encontraban nada excepto los arbustos, agazapados junto a la senda como fantasmas chaparros, mezclados y apelotonados en aquella espesa y caliente oscuridad a través de la que las estrellas parecían combatir rojamente.

Al fin, llegó al lugar donde la planicie cedía ante las estribaciones superiores y vio una masa de árboles sólidamente agrupados en las sombras inferiores. Se acercó cautelosamente deteniéndose cuando su mirada, cada vez más acostumbrada a la oscuridad, vislumbró una vaga forma entre los sombríos troncos. Dudó. La figura ni avanzaba ni huía. Una silenciosa amenaza, de clase desconocida, se agazapaba acechante. Un inmóvil horror pendía sobre aquella silenciosa arboleda.

El extraño avanzó prudentemente, con el acero tendido. Llegó forzando sus ojos en busca de algún indicio de movimiento hostil. Decidió que la figura era humana, pero se sentía

intrigado por su inmovilidad. Entonces, descubrió la razón... era el cuerpo de un hombre negro lo que había entre esos árboles, erguido por las lanzas que atravesaban su cuerpo ensartándole a los troncos. Un brazo estaba extendido frente a él, sujeto a una gran rama por la daga que atravesaba su muñeca, el dedo índice tendido como si el cadáver apuntara rígidamente... atrás, al camino por el que el extraño había llegado.

El significado era obvio; este mudo y siniestro indicador no podía obedecer más que a un motivo... la muerte aguarda más allá. El hombre plantado ante el espantoso aviso raramente reía, pero ahora se permitió el lujo de una sonrisa sardónica. Un millar de millas por tierra y mar... a través de océano y jungla... y ahora esperaban hacerlo retroceder con aquella tontería... quienes quiera que fuesen.

Resistió la tentación de saludar al cadáver, como una acción contraria al decoro, y continuó audazmente por la arboleda, medio esperando un ataque desde atrás o una emboscada.

Empero, nada de esto ocurrió y, saliendo de los árboles, se encontró al pie de una abrupta ladera, la primera de una serie de cuestras. Avanzó impasible en la noche, sin detenerse a pensar lo inusual que su acción podía parecer a un hombre sensato. Un hombre normal habría acampado al pie del despeñadero, esperando hasta el alba para escalar los riscos. Pero él no era un hombre común. Cuando tenía un objetivo, seguía la línea recta hacia éste, sin reparar en obstáculos, ya fuese de día o noche. Haría lo que debía hacer. Había alcanzado la frontera del reino del miedo y el polvo, invadiendo sus íntimos dominios durante la noche, como siguiendo una maldición.

Cuando alcanzó las rocosas cuestras, la luna se alzaba dándolas un aspecto ilusorio y, a su luz, las colinas rotas del frente acechaban como los negros chapiteles de castillos de magos. Mantuvo sus ojos fijos en el borroso camino, porque no sabía cuando podía llegar otro pedrusco cuesta abajo. Aguardaba un ataque de alguna clase y, naturalmente, no esperaba lo que realmente sucedió.

Súbitamente, un hombre surgió tras una gran roca; era un gigante de ébano bajo la pálida luz lunar, con la hoja de una larga lanza reluciendo plateada en su mano y su cofia de plumas de avestruz flotando sobre él como una nube blanca. Alzó la lanza en un elaborado saludo y habló en el dialecto de las tribus del río.

-Esta no es la tierra del hombre blanco. ¿Quién es mi hermano blanco en su propio kraal y por que viene a la Tierra de los Cráneos?

-Mi nombre es Solomon Kane -repuso el blanco en el mismo lenguaje-. Busco a la reina vampiro de Negari.

-Poca búsqueda. Pronto encontrar. Nunca volver -respondió crípticamente el otro.

-¿Me llevarás hasta ella?

-Llevas un largo cuchillo en tu mano derecha. No hay leones aquí.

-Una serpiente hizo caer una piedra. Pienso encontrar serpientes en los arbustos.

El gigante aceptó este intercambio de sutilezas con una sonrisa aviesa y hubo un significativo silencio.

-Tu vida -dijo al poco el negro- está en mis manos.

Kane sonrió levemente.

-Yo llevo la vida de muchos guerreros en las mías.

La mirada del negro recorrió indecisa la reluciente longitud de la espada del inglés. Entonces, encogió sus poderosos hombros y abatió la punta de su lanza a tierra.

-No llevas presentes -dijo- pero sígueme y te guiaré hasta la Terrible, la Señora del Destino, la Reina Roja, Nakari; que rige la tierra de Negari.

Se hizo a un lado indicando a Kane que le precediera, pero el inglés, temiendo un lanzazo por la espalda, movió la cabeza.

-¿Por qué debo preceder a mi hermano? Somos dos jefes... caminemos hombro con hombro.

En su corazón, Kane se dolía de usar esa desagradable diplomacia con un guerrero salvaje, pero no lo demostró. El gigante se inclinó con cierta majestad bárbara y juntos partieron en silencio por el camino de la colina. Kane sabía que había hombres saliendo de escondites y agrupándose a sus espaldas; una disimulada mirada sobre el hombro le mostró dos docenas de guerreros caminando tras ellos en dos líneas con forma de caña. La luz de la luna resplandecía en los cuerpos bruñidos de tocados ondulantes y en las lanzas de largas y crueles hojas.

-Mis hermanos son como leopardos -dijo cortésmente Kane-, acechan en los arbustos bajos y los ojos no los ven, se deslizan entre la alta hierba y los oídos humanos no oyen su llegada.

El jefe negro aceptó el cumplido con una cortés inclinación de su cabeza leonina que hizo susurrar las plumas.

-El leopardo montañés es nuestro hermano, oh caudillo. Nuestros pies son como humo flotante, pero nuestros brazos son como el hierro. Cuando golpean, la sangre brota roja y los hombres mueren.

Kane notó un matiz de amenaza en su tono. No había indicio de peligro en el que basar su sospecha, pero la siniestra nota menor estaba allí. No dijo más por un tiempo y la extraña banda avanzó bajo la luz lunar como una cabalgata de espectros.

El camino se volvió más escarpado y rocoso, serpenteando entre riscos y peñascos gigantescos. Repentinamente, una gran sima se abrió ante ellos, salvada por un puente de roca natural al pie del cual se detuvo el guía.

Kane observó con curiosidad el abismo. Tenía más de cincuenta pies de anchura y mirando abajo, su visión se sumía en una oscuridad impenetrable, centenares de pies de profundidad, supuso. Del otro lado se alzaban riscos oscuros y temibles.

-Aquí -dijo el jefe- comienzan los verdaderos confines del reino de Negari.

Kane se percató de que los guerreros se acercaban a él. Instintivamente, sus dedos se apretaron sobre la empuñadura del estoque, que no había envainado. El aire estaba cargado de tensión.

-Aquí, también -dijo el jefe guerrero-. Aquellos que no portan presentes para Negari... ¡Mueren!

La última palabra fue un alarido, como si el pensamiento hubiera transformado al orador en un demente, y, a su grito, el gran brazo se balanceó combando los músculos poderosos y la larga lanza saltó hacia el pecho de Kane.

Solo un luchador nato podría haber evitado ese golpe. La instintiva acción de Kane le salvó la vida... la gran hoja rozó sus costillas y él se apartó devolviendo el golpe con una relampagueante estocada que mató a un guerrero que, en aquel instante, se interpuso entre el jefe y él.

Las lanzas centellearon a la luz de la luna y Kane, bloqueando una y esquivando otra, saltó sobre el angosto puente, donde sólo cabía un hombre a la vez.

Nadie quiso ser el primero. Permanecieron en el borde atacando, avanzando cuando él retrocedía, reculando cuando él respondía. Sus lanzas eran mas largas que su estoque, pero el compensaba la diferencia y el número dispar con su destreza centelleante y la fría ferocidad de su ataque.

Ondulaban adelante y atrás, y repentinamente un gigante se abrió paso entre sus compañeros y cargó sobre el puente como un búfalo salvaje: hombros combados, lanza tendida, los ojos fulgurando con una luz insana. Kane retrocedió ante la embestida, reculó otra vez tratando de esquivar el lanzazo y encontrar un resquicio para su punta. Saltó a un lado y se encontró balanceándose al borde del puente con la eternidad abriéndose a sus pies. Los salvajes aullaron en salvaje exultación mientras se tambaleaba tratando de equilibrarse, y el gigante en el puente bramó y se lanzó sobre su bamboleante enemigo.

Kane bloqueó con todas sus fuerzas... algo que muy pocos espadachines podrían haber hecho, desequilibrado como estaba... vio la hoja cruel de la lanza relampaguear junto a su mejilla... sintiéndose caer de espaldas en el abismo. Se aferró al astil de la lanza con un desesperado esfuerzo, enderezándose y atravesando al lancero. La gran caverna roja de la boca del gigante expulsó sangre y, con un esfuerzo moribundo, se lanzó ciegamente contra su enemigo. Kane, con sus talones sobre el borde del puente, no pedía evitarle y chocaron, desapareciendo silenciosamente en las profundidades inferiores.

Sucedió tan rápidamente que los guerreros quedaron anonadados. El rugido de triunfo del gigante había apenas muerto en sus labios cuando ambos ya caían a la oscuridad. Ahora, los demás nativos se acercaron al puente para mirar abajo con curiosidad, pero ningún sonido llegó desde el oscuro vacío.

II El pueblo de la Muerte Acechante

Mientras caía, Kane siguió su instinto de luchador, girando en el aire de forma que al chocar abajo, fueran diez pies o ciento, aterrizase sobre el hombre que caía con él.

El fin llegó súbitamente... mucho más de lo que el inglés esperaba. Permaneció aturdido durante un momento, luego, mirando hacia arriba, vislumbró el angosto puente dividiendo el cielo sobre él y las siluetas de los guerreros, perfiladas por la luz de la luna y grotescamente inclinados mientras atisbaban desde el borde. Permaneció inmóvil sabiendo que el resplandor de la luna no atravesaba las profundidades donde se hallaba oculto y que era invisible para esos observadores. Cuando desaparecieron de la vista comenzó a estudiar el aprieto en el que se encontraba. Su contrincante estaba muerto y, de no haber absorbido su cadáver el impacto, Kane hubiera muerto también, puesto que habían caído desde una altura considerable. Aún así, el inglés estaba rígido y contusionado.

Arrancó su espada del cuerpo del nativo, agradeciendo que no se hubiera roto, y comenzó a tantear en la oscuridad. Su mano encontró el borde de lo que parecía un risco. Había creído estar en el fondo de la sima y que su impresión de gran profundidad había sido un ilusión, pero luego decidió que habían caído en un reborde, parte de la escarpadura. Lanzó un canto y, tras lo que pareció mucho tiempo, escuchó el débil sonido de su choque muy abajo.

Un tanto desconcertado de cómo proceder, extrajo pedernal y acero de su cinto y los golpeó sobre yesca, resguardando prudentemente la llama con sus manos. La débil luz mostró un largo anaquel sobresaliendo de la pared del risco, esto es, el lado próximo a las colinas que había tratado de cruzar. Había caído junto al borde y sólo por el margen más estrecho posible había escapado de deslizarse fuera; ahora ya sabía su situación.

Acuclillándose, tratando de adaptar sus ojos a las tinieblas del abismo, descubrió lo que parecía una sombra más oscura en la sombra de la pared. Con un examen más detallado, descubrió que era una abertura lo suficientemente ancha como para permitir que su cuerpo permaneciera erguido. Una cueva, supuso, y, pensando que su aspecto era oscuro y temible en extremo, entró tanteando el camino cuando la yesca se consumió.

Naturalmente, no tenía ni idea de a donde conducía, pero cualquier acción era preferible a sentarse inmóvil mientras los buitres de la montaña descarnaban sus huesos. El suelo de la cueva -roca sólida bajo sus pies- se inclinaba hacia arriba durante un largo trecho y Kane avanzó con cierta dificultad sobre la resbaladiza pendiente, resbalando y deslizándose una y otra vez. La cueva parecía ancha, puesto que al poco de entrar pudo tocar el suelo pero no fue capaz, con una mano en una pared, de alcanzar el otro lado.

Por fin el suelo se niveló y Kane sintió que la cueva era mucho más ancha allí. El aire parecía mejor, aunque la oscuridad continuaba siendo impenetrable. Se detuvo repentinamente. Desde algún lugar al frente llegó un susurro extraño e indescriptible. Sin previo aviso, algo le golpeó el rostro lacerándolo salvajemente. A su alrededor resonaban los fantásticos aleteos de pequeñas alas y, bruscamente, Kane sonrió aviesamente, divertido, aliviado y mortificado. Murciélagos, claro. La cueva hervía de ellos. Aún así, era una terrible experiencia, y mientras avanzaba las alas susurraban a través del vasto

vacío de la gran cueva. La mente puritana de Kane encontró tiempo para perder en un truculento pensamiento... que, por medios extraños, había arribado al Infierno y ¿eran realmente murciélagos, o eran almas perdidas aleteando a través de la noche eterna?

Entonces, se dijo Solomon Kane, me enfrentaré al mismísimo Satanás... y mientras pensaba esto, su nariz fue asaltada por un aroma horrible, fétido y repelente. El olor creció mientras se acercaba lentamente, y Kane juró quedamente, a pesar de no ser un hombre profano. Sintió que el hedor procedía de alguna oculta amenaza, alguna malevolencia no vista, inhumana y mortífera y su sombría mente saltó a sobrenaturales conclusiones. Sin embargo, tenía total confianza en su habilidad para medirse con cualquier diablo o demonio, armado como estaba con una inquebrantable confianza en su credo y el conocimiento de la justicia de su causa.

Lo que siguió sucedió repentinamente. Continuaba su camino cuando dos angostos ojos amarillos se alzaron en la oscuridad frente a él... ojos que eran fríos e inexpresivos, demasiado juntos para ser ojos humanos y demasiado altos para pertenecer a algún cuadrúpedo. ¿Qué horror se alzaba así frente a él?

Este es Satanás, pensó Kane mientras los ojos oscilaban sobre él, y al momento siguiente estaba luchando por su vida con la oscuridad que parecía haber tomado forma tangible enroscándose con anillos traicioneros sobre su cuerpo y miembros. Esos anillos aprisionaron el brazo de la espada, inmovilizándolo; con la otra mano tanteó en busca de daga o pistola, estremeciéndose cuando sus dedos resbalaron sobre lisas escamas, mientras el siseo del monstruo colmaba la cueva con un frío himno de terror.

Allí, en la negra oscuridad, acompañado por el susurro de las alas membranosas de los murciélagos, Kane luchó como una rata en el abrazo de una serpiente ratonera; y pudo sentir sus costillas ceder y su pecho hundirse antes de que su frenética mano alcanzase la empuñadura de su daga.

Entonces, con una volcánica contorsión y distensión de su cuerpo acerado, liberó parcialmente su brazo izquierdo y hundió la afilada hoja hasta la empuñadura, una y otra vez, en el sinuoso horror que le envolvía, sintiendo al fin que los temblorosos anillos aflojaban resbalando de sus miembros para yacer alrededor de sus pies como gigantescos cables.

La gigantesca serpiente azotaba salvajemente en sus estertores de muerte y Kane, evitando sus golpes quebrantahuesos, se alejó tambaleante en la oscuridad, tratando de respirar. Si su antagonista no fue el mismo Satanás, había sido uno de sus acólitos cercanos, pensó Solomon, confiando sinceramente en no tener que luchar de nuevo en esa oscuridad.

Le parecía haber caminado a través de la negrura durante eras y comenzaba a preguntarse si la caverna tendría final cuando el resplandor de una luz puntuó la oscuridad. Pensó que sería una entrada exterior un gran camino fuera, y se encaminó allí rápidamente pero, para su asombro, tras recorrer unos pasos se topó con un muro sólido.

Entonces percibió que la luz llegaba a través de una hendidura en el muro y, palpando, descubrió que era de diferente material que el resto de la cueva y formado, visiblemente, por bloques regulares de piedra unidos con mortero de alguna clase... una obra indudablemente humana.

La luz se filtraba entre dos de esas piedras, donde el mortero se había desprendido. Kane tanteó la superficie con un interés que iba mas allá de sus necesidades actuales. El trabajo parecía muy antiguo y superior a lo que podría esperarse de una tribu de salvajes ignorantes.

Sintió el escalofrío del explorador y descubridor. Verdaderamente, ningún hombre blanco había visto este lugar y vivido para contarlo, porque cuando había desembarcado en la malsana Costa Occidental meses atrás, preparándose para viajar al interior, no había tenido noticias de un país como éste. Los pocos blancos que sabían algo de África y con los que había hablado jamás mencionaron la Tierra de los Cráneos, o la diablesa que lo regía.

Kane golpeó cautelosamente el muro. La estructura parecía debilitada por la edad... un vigoroso empujón y cedería perceptiblemente. Se lanzó contra él con todas sus fuerzas y una sección íntegra de la pared se derrumbó estrepitosamente, conduciéndole a un corredor tenuemente iluminado entre un montón de piedra, polvo y mortero.

Saltó en pie y miró alrededor, esperando que el ruido atrajera a una horda de salvajes lanceros. Reinaba silencio total. El corredor donde ahora estaba era casi como otra estrecha caverna, excepto que era obra humana. Tenía varios pies de ancho y el techo estaba algunos pies sobre su cabeza. El polvo tenía tal profundidad que cubría sus tobillos como si ningún pie lo hubiera hollado por siglos incontables, y la tenue luz, decidió Kane, se filtraba en algún lugar del techo o el cielo raso, aunque no pudo distinguir puertas o ventanas. Al final decidió que la fuente estaba en el techo mismo, que tenía una cualidad de peculiar fosforescencia.

Siguió el corredor, sintiéndose tan incómodo como un fantasma gris desplazándose por los cenicientos salones de la muerte y decadencia. La evidente antigüedad de su abandono le deprimía, haciéndole sentir vagamente la fugacidad y fútil existencia de la humanidad. Creyó estar a ras de suelo, porque una alguna clase de luz le llegaba, pero de dónde, no pudo conjeturar. Esta era una tierra de hechizos... un país de horror y misterios espantosos, según decían los nativos de la jungla y el río, y había escuchado susurrar las insinuaciones de sus terrores desde que diera la espalda a la Costa de los Esclavos y se aventurara a solas en el interior.

Antes y ahora había captado un murmullo bajo e indefinido que parecía llegar a través de uno de los muros y dedujo de que había tropezado con un pasadizo secreto en algún castillo o morada. Los nativos que osaron hablarle de Negari, habían susurrado sobre una ciudad juju edificada en piedra, erguida entre de los temibles riscos negros de las colinas embrujadas.

Entonces, pensó Kane, debo haberme equivocado en mis apreciaciones y me encuentro en medio de esta ciudad de terror. Se detuvo eligiendo un lugar al azar y comenzó a arrancar el mortero con su daga. Mientras trabajaba volvió a escuchar aquel murmullo bajo, que crecía en volumen como traído a través del muro, y en un instante la punta atravesó el muro, y mirando a través de la abertura lograda, vio una extraña y fantástica escena.

Estaba contemplando una gran estancia con muros y suelos de piedra, y cuyo poderoso techo estaba sostenido por gigantescas columnas de piedra extrañamente esculpidas. Líneas de emplumados guerreros negros se alineaban a lo largo de los muros y una doble columna de ellos permanecían como estatuas ante un trono emplazado entre dos dragones

de piedra tan grandes como elefantes. Los reconoció, por su porte y general apariencia, como compañeros de tribu de los guerreros que había combatido en la sima. Pero su mirada fue irresistiblemente atraída por el gran, grotescamente ornado trono. Allí, empequeñecida por el barroco esplendor que la rodeaba, se reclinaba una mujer. Era una mujer leonina, joven y de una belleza tigresca. Estaba desnuda a excepción de un casco emplumado, brazaletes, ajorcas y un ceñidor de plumas de avestruz coloreados, y se arrellanaba sobre sedosos almohadones con sus miembros tendidos en voluptuoso abandono.

Aún a esa distancia, Kane pudo distinguir que sus facciones eran reales pero bárbaras, altaneras e imperiosas pero sensuales, y con un toque de inexorable crueldad en la comisura de sus labios rojos y plenos. Kane sintió acelerar su pulso. No podía ser otra que aquella cuyos crímenes se habían convertido en mito... Nakari de Nergali, reina demonio de una ciudad demonio, cuya monstruosa sed de sangre había estremecido a medio continente.

Con todo, ella parecía humana; los cuentos de las timoratas tribus del río la habían dotado de aspecto sobrenatural. Kane medio esperaba ver un monstruo semihumano y repugnante brotado de alguna pretérita edad demoníaca.

El inglés observó, fascinado y repelido. Nunca se había visto esa grandeza en las Cortes de Europa. La estancia y todos sus equipamientos, desde las esculpidas serpientes retorciéndose en las bases de los pilares a los entrevistados dragones del cielorraso en sombras, estaban concebidos a escala gigantesca. El esplendor era imponente, elefantino, de proporciones inhumanas, y casi aturdían la mente que trataba de medir y concebir sus magnitudes. Kane imaginaba que tales cosas debían ser trabajo de dioses más que hombres, puesto que esa estancia sola podía empequeñecer a la mayoría de los castillos que había conocido en Europa.

Los guerreros que abarrotaban esa gigantesca habitación parecían grotescamente incongruentes. Ellos no eran los arquitectos de este antiguo palacio.

Cuando Kane reparó en esto, la siniestra importancia de la reina Nakari disminuyó. Retrepada en el augusto trono, en mitad de la terrorífica gloria de otra edad, parecía asumir su verdadera proporción... una muchacha consentida y petulante jugando a aparentar y usando un juguete descartado por sus mayores. Y, al mismo tiempo, un pensamiento invadió la mente de Kane... ¿Quiénes eran esos mayores?

Aún así, la niña podía ser mortífera en ese juego, como el inglés pronto sabría.

Un guerrero alto y masivo avanzó entre las filas hasta el trono y, tras postrarse cuatro veces, permaneció arrodillado, evidentemente esperando permiso para hablar. La reina abandonó el aire de perezosa indiferencia y se enderezó con un movimiento elástico que recordó a Kane el brinco de un leopardo. Ella habló, y las palabras llegaron débilmente hasta él cuando aguzó el oído. Utilizaba una lengua muy similar a la de las tribus del río.

-¡Habla!

-Grande y Terrible -dijo el arrodillado guerrero y Kane le reconoció como el jefe que le había abordado en el altiplano... el jefe de la guardia de los riscos-. No permitas que vuestra furia consuma a vuestro esclavo.

Los ojos de la moza se estrecharon perversamente.

-¿Sabes por qué has sido convocado, hijo de un buitre?

-Fuego de Hermosura, el extranjero llamado Kane no traía presentes.

-¿Presentes? -ella recalcó las palabras-. ¿Para qué quiero presentes?

El jefe titubeó, viendo ahora que habla algo de especial importancia en este extraño.

-Gacela de Negari, llegó escalando los riscos en la noche, como un asesino, con un cuchillo en su mano, tan largo como el brazo de un hombre. La roca que le lanzamos no le alcanzó y nos reunimos con él en el altiplano y le llevamos hasta el Puente-Cruzando-El-Cielo, donde, según costumbre, tratamos de matarle; pues fue vuestra palabra que estabais harta de hombres que llegan cortejándoos.

-¡Necio! -gritó ella-. ¡Necio!

-Vuestro esclavo nada sabía, Reina de Belleza. El extraño luchó como un leopardo montañés. Dio muerte a dos hombres y cayó con el último a la sima y entonces pereció, Estrella de Negari.

-Sí-el tono de la reina era venenoso-. ¡El más grande hombre que nunca llegara a Negari! Aquel que podría... ¡Levanta, idiota!

El hombre se puso en pie.

-Poderosa Leona, no podría haber llegado buscando...

La frase no llegó a completarse. Mientras aún se enderezaba, Negari hizo un rápido ademán. Dos guerreros salieron de las silenciosas filas y dos lanzas atravesaron el cuerpo del jefe antes de que pudiera volverse. Un grito gorgoteante nació en sus labios, la sangre saltó al aire y el cuerpo cayó inerte al pie del gran trono.

Las filas no se inmutaron, pero Kane captó un oblicuo relampagueo de extraños ojos rojos y el involuntario humedecer de los gruesos labios. Nakari se había medio incorporado cuando las lanzas relampaguearon y ahora volvió a hundirse, con una expresión de cruel satisfacción en su hermoso rostro y un extraño centelleo en sus brillantes ojos.

Un indolente ademán y el cuerpo fue retirado por los talones, los muertos brazos arrastrando débilmente por el ancho reguero de sangre dejado por el desplazamiento del cuerpo. Kane pudo ver otras manchas cruzando el suelo de piedra, algunas medio borradas, otras menos débiles. ¿Cuántas escenas de sangre y cruel frenesí hablan contemplado los cincelados ojos de los grandes dragones de piedra del trono?

No dudaba, ahora, sobre las historias que le habían contado las tribus del río. Aquel pueblo se había criado en la rapiña y el horror. Su habilidad había quemado sus cerebros. Había extraños resplandores en aquellos ojos que los iluminaban, cada cierto tiempo, con las móviles llamas y sombras del Infierno. ¿Qué habían dicho las tribus del río sobre aquel pueblo montañés que los había asolado durante siglos incontables?

“Que ellos eran secuaces de la muerte que merodea entre ellos y a la que ellos reverencian.”

Mientras observaba, un pensamiento revoloteaba todavía en la mente de Kane... ¿Quién

construyó este lugar y como llegó este pueblo a poseerlo? Un pueblo guerrero como ellos no podían haber alcanzado la cultura denotada por aquellas esculturas. Pero las tribus del río no habían hablado sobre más hombres que los que ahora contemplaba.

El inglés se liberó con esfuerzo del embrujo de la bárbara escena. No tenía tiempo que perder; cuanto más tiempo lo consideraran muerto, mayor oportunidad de burlar a los posibles guardias y encontrar lo que había venido buscando. Se volvió encaminándose por el tenebroso corredor. No tenía ningún plan en mente y una dirección era tan buena como otra. El pasadizo no corría recto; giraba y serpenteaba siguiendo la línea de los muros, supuso Kane, y tuvo tiempo de asombrarse ante el visible y enorme grosor de esos muros. Esperaba toparse en cualquier momento con un guardia o un esclavo, pero como los corredores se desplegaban vacíos ante él, con los polvorientos suelos intactos de pisadas, decidió que o bien los pasadizos eran desconocidos para la gente de Negari o por alguna razón no los usaban nunca.

Emprendió una minuciosa búsqueda de puertas

secretas hasta dar con una, asegurada al interior por un oxidado cerrojo montado en una ranura del muro. Lo manipuló precavidamente y, al fin, la puerta giró hacia dentro con un crujido que pareció terriblemente estruendoso en aquella quietud. Espió sin ver a nadie y, saliendo cautelosamente por la abertura, cerró tras de sí la puerta, percatándose de que se había convertido en parte de un fantástico mural pintado en la tapia. Marcó con su daga el punto donde creía que se encontraba, al otro lado, el resorte oculto, porque no sabía cuándo podía volver a necesitar el pasadizo.

Estaba en un gran salón a través del que corría un laberinto de gigantescos pilares muy parecidos a los de la sala del trono. Entre ellos, se sintió como un niño en un gran bosque, por más que le dieran una ligera sensación de seguridad porque pensaba que, deslizándose entre ellos como un fantasma por la jungla, podría eludir a los guerreros a pesar de su habilidad.

Partió eligiendo su dirección al azar y moviéndose cautelosamente. En una ocasión escuchó un murmullo de voces y saltó sobre la base de una columna, aferrándose a ella mientras dos mujeres pasaban justo bajo él, pero fuera de ellas no se encontró con nadie. Fue una sensación extraordinaria, pasar por ese vasto salón que parecía vacío de vida humana, si bien en otra parte de lo que Kane conocía podía haber muchedumbres ocultas por los pilares.

Por fin, tras lo que pareció una eternidad de deambular entre aquellos monstruosos laberintos, llegó hasta un inmenso muro que parecía ser un lateral del salón, o un tabique, y siguiéndolo avistó enfrente un zaguán ante el que había plantados dos lanceros como estatuas negras.

Kane espizó desde la esquina del pedestal de una columna, divisando dos altas ventanas en el muro, una a cada lado de la puerta, y reparando en las ornadas tallas que cubrían los muros, tomó una desesperada resolución.

Sintió que era imperativo que pudiera ver lo que había en el interior de la habitación. El

hecho de estar custodiada sugería que la estancia tras la puerta podría ser una cámara del tesoro o una mazmorra, y estaba seguro de que su meta final podría ser una mazmorra.

Kane retrocedió hasta un punto fuera de la vista de los guardias y comenzó a escalar el muro, usando los profundos bajorrelieves como asideros para manos y pies. Resultó más fácil de lo esperado y, habiendo ascendido hasta el nivel de las ventanas, se deslizó cautelosamente en línea horizontal, sintiéndose como una hormiga en una pared.

Los guardianes de abajo no alzaron nunca la vista y finalmente alcanzó la ventana más próxima, deslizándose sobre el alfeizar. Observó una larga estancia, vacía pero equipada de una forma bárbara y suntuosa. Divanes plateados y cojines cubrían profusamente los suelos y pesados tapices bordados en oro colgaban de los muros. El cielorraso estaba también guarnido de oro.

Incongruentemente, toscos adornos de madera y marfil, de innegable factura salvaje, se esparcían por el lugar, como el paradigma de este reino extraño donde los signos de barbarie se codeaban con los de una extraña cultura. La puerta de salida estaba emplazada en el muro y en la pared opuesta había otra puerta, también cerrada.

Kane bajó de la ventana deslizándose por el borde de un tapiz, tal y como un marino se descuelga por una jarcia y cruzó la puerta. Sus pies no despertaban ruidos en el grueso tejido de la alfombra que cubría el suelo, y que, al igual que los demás muebles, parecía antigua hasta el punto de la decadencia.

Se detuvo ante la puerta. Penetrar en la siguiente habitación podía ser una acción desesperada; podía estar repleta de guerreros y su retirada cortada por los lanceros más allá de la otra puerta. Pero estaba acostumbrado a usar métodos drásticos y, espada en mano, abrió la puerta tratando aturdir con la repentina sorpresa a cualquier enemigo que pudiera estar del otro lado.

Kane se abalanzó en el interior, listo para cualquier cosa... luego se detuvo repentinamente, mudo e inmovilizado por un instante. Había recorrido miles de millas buscando algo y ahora, ante él, estaba el objeto de su búsqueda.

III. Lilith

Había un diván en mitad de la estancia y en su plateada superficie reposaba una mujer... una mujer de piel clara con el cabello dorado rojizo cayendo alrededor de sus hombros desnudos. Ella se enderezó abriendo espantada sus hermosos ojos grises, y los labios entreabiertos para lanzar un grito que contuvo repentinamente.

-¡Vos! -exclamó-. ¿Cómo habéis...?

Solomon Kane cerró la puerta tras de sí y se acercó con una extraña sonrisa en su rostro oscuro.

-¿No me recordáis , Marylin?

El miedo había ido desvaneciéndose en los ojos de la mujer mientras él hablaba, reemplazado por una mirada de increíble asombro y aturdida perplejidad.

-¡Capitán Kane! no entiendo... parecía que nadie podría nunca llegar...

Pasó una pequeña mano por su frente, tambaleándose repentinamente.

Kane la tomó en sus brazos -era sólo una niña- y la depositó gentilmente en el diván. Allí, tomando amablemente sus muñecas, habló en un tono bajo y apresurado, con un ojo puesto en la puerta todo el tiempo... dicha puerta, por supuesto, parecía la única entrada o salida de la habitación. Mientras hablaba, mecánicamente observaba la habitación, notando que era casi un duplicado de la habitación exterior en cuanto a ornamentos colgados y mobiliario en general.

-Primero -dijo- antes de entrar en otras materias, decidme, ¿estáis estrechamente vigilada?

-Muy estrechamente, señor -murmuró desanimada- no se como habéis llegado aquí, pero no podremos escapar.

-Dejadme deciros brevemente como he llegado hasta aquí y quizás tendréis mayores esperanzas, cuando os hable de las dificultades que he superado. Guardad silencio, Marylin, y os contaré como he llegado buscando a una heredera inglesa en la ciudad demonio de Negari.

“Di muerte a sir John Taferal en duelo. Por qué, no viene al caso, pero hay por medio calumnias y negra mentira. Antes de morir confesó haber cometido un vil crimen años atrás. ¿Recordáis, seguro, el afecto que os profesaba vuestro primo el viejo lord Hildred Taferal, el tío de sir John? Sir John temía que el viejo lord, muriendo sin herederos, pudiera dejaros a vos las grandes posesiones de Taferal.

“Años atrás desaparecisteis y sir John hizo correr el rumor de que os habíais ahogado. Pero cuando yacía moribundo, atravesado por mi estoque, boqueó que os había secuestrado y vendido a un pirata berberisco, al que nombró... un sangriento pirata cuyo nombre no ha sido desconocido en las costas inglesas en tiempos pasados. Entonces partí a buscaros y ha sido un largo y fatigoso camino, pródigo en largas leguas y años amargos.

“Primero surqué los mares buscando a El Gar, el corsario berberisco mencionado por sir John. Le encontré entre el estrépito y el bramido de una batalla naval; murió, pero

mientras yacía moribundo me dijo haberos vendido a un mercante de Estambul. Partí hacia Levante y por casualidad di con un marino griego a quien los moros habían crucificado por pirata en la playa. Le descolgué y le hice la pregunta que había hecho a tantos hombres... si en sus correrías vio a una cautiva moza niña inglesa con rizos amarillos. Supe que había sido un tripulante del mercante de Estambul y que en el viaje de vuelta había sido abordado por un esclavista portugués y hundido... este renegado griego y la niña estaban entre los pocos que subieron a bordo del esclavista.

“Luego, este esclavista puso rumbo al sur en busca de marfil negro, había sido emboscado en una pequeña bahía de la Costa Oeste Africana, y de vos y vuestro postrer destino nada supo el griego, porque escapó de la matanza y, haciéndose a la mar en un bote, había sido recogido por un filibustero genovés.

“Partí entonces a la costa Oeste, con la débil esperanza de que aún estuvierais con vida, y oí decir a los nativos que, años atrás, una niña blanca había sido tomada de un buque, cuya tripulación fue asesinada, y llevada tierra adentro como parte del tributo que las tribus ribereñas pagan a los jefes de río arriba.

“Después desaparecieron los rastros. Durante meses vagabundé sin un indicio de vuestro paradero, no, sin señal de que aún vivierais. Entonces pude oír entre las tribus del río acerca de la ciudad demonio de Negari y la reina diablo que guardaba a una mujer extranjera como esclava. y aquí vine.”

El tono flemático de Kane, su narración sin adornos, no daban indicios del pleno significado de esta historia, lo que subyacía tras esas palabras calmas y mesuradas; las luchas por tierra y mar, los años de privación y esfuerzos descorazonadores, el incesante peligro, el perenne vagabundear a través de tierras desconocidas y hostiles, la labor tediosa y mortífera de arrancar la información deseada a los ignorantes, hoscos y poco amistosos salvajes.

-Llegué aquí -dijo simplemente Kane. ¡Pero qué mundo de coraje y esfuerzo estaba representado en esa frase! Un largo y rojo camino, sombras negras y carmesíes bailando una danza demoníaca, marcada por espadas centelleantes y el humo de la batalla, de palabras titubeantes cayendo como gotas de sangre desde los labios de moribundos-.

Solomon Kane no era ciertamente un dramatizador. Contaba su historia de la misma forma que había superado obstáculos terroríficos... fría y sumariamente, y sin gestos heroicos.

-Ved, Marylin -concluyó gentilmente- no he llegado tan lejos ni hecho tanto para rendirme ahora. Valor, chiquilla. Encontraremos una salida de este espantoso lugar.

-Sir John me puso en su arzón -dijo aturdida la chica, hablando lentamente, como si su idioma natal le resultara extraño por años de desuso, mientras rememoraba con palabras titubeantes una tarde inglesa de hacía muchos años-. Me llevó a la orilla del mar, donde aguardaba el bote de una galera tripulada por hombres fieros, oscuros y bigotudos y con cimitarras y grandes anillos en los dedos. El capitán, un musulmán con cara de halcón, me tomó, yo lloré de miedo y él me llevó a su galera. Pero fue amable a su manera conmigo, yo era poco más que una niña, y al final me vendió a un mercante turco. Este mercante se le reunió en la costa sur de Francia, tras muchas singladuras.

“Este hombre no me causó mal, aunque yo le temía porque era un hombre de continente

cruel, y me hizo entender que sería vendida a un sultán negro de los moros. Sin embargo, el mercante fue abordado por un esclavista de Cádiz y todo sucedió como habéis dicho.

“El capitán esclavista me creyó el retoño de alguna rica familia inglesa y pensaba conseguir un rescate de mí, pero en una horrible y oscura bahía de la costa africana pereció con todos sus hombres, excepto el griego que habéis mencionado, y fui cautiva de un salvaje caudillo.

“Tuve mucho miedo y pensé que me mataría, pero no me causó daño y me envió al interior con una escolta, junto con mucho del botín tomado al barco. Este botín, incluida yo misma, como sabéis, estaba destinado a un poderoso rey de los pueblos del río. Pero nunca lo recibió, pues una banda de saqueadores de Negari cayó sobre los guerreros de la costa y mataron a todos. Entonces fui traída a esta ciudad, siendo desde entonces esclava de la reina Nakari.

“Cómo he sobrevivido entre todas estas escenas de batalla, crueldad y muerte, no lo se.”

-La providencia os ha guardado, niña -dijo Kane- el poder que cuida de débiles mujeres y niños desamparados; el que me guió a pesar de todos los estorbos y el que nos conducirá fuera de este lugar. Dios mediante.

-¡Mi gente! -exclamó repentinamente, como despertando de un sueño-, ¿qué es de ellos?

-Todos con buena salud y fortuna. niña. excepto aquel que os ha perjudicado durante estos largos años. Bueno, el viejo sir Taferal tiene la gota y jura tan de seguido que temo por su alma. Aunque para mí que viéndoos, pequeña Marylin, se enmendará.

-Aguardad, capitán Kane -dijo la chica- no puedo entender por qué habéis venido solo.

-Vuestros hermanos quisieron venir conmigo, niña, pero no era seguro que vivierais, y yo detestaba que ningún otro Taferal pudiera morir en tierras lejos del buen suelo inglés. Libré el país de un mal Taferal... justo era que restaurara a su lugar a un buen Taferal, si aún vivía... Yo y sólo yo.

El propio Kane creía esta explicación. Nunca trató de analizar sus motivos y nunca titubeaba cuando su mente se decidía. Aunque siempre actuaba por impulsos, creía firmemente que todas sus acciones estaban gobernadas por razonamientos fríos y lógicos. Era un hombre nacido fuera de tiempo... una extraña mezcla entre puritano y caballero con un toque de antiguo filósofo, y más de un rasgo de pagano, aunque la última afirmación le hubiera dejado mudo. Un atavismo de los días de audaz caballería, un caballero errante en las sombrías ropas de un fanático. Un hambre en su alma le conducía adelante y adelante, una urgencia de enderezar todos los entuertos, proteger a todos los seres desvalidos, vengar todos los crímenes contra la rectitud y la justicia. Voluntarioso y desaforado como el viento, era constante en un sólo asunto... estaba seguro de sus ideales de justicia y rectitud. Así era Solomon Kane.

-Marylin -dijo ahora bondadosamente, tomando sus pequeñas manos entre sus dedos encallecidos por la espada-. A fe mía que habéis cambiado mucho en estos años. Erais una pequeña doncella mofletuda y sonrosada cuando os sentaba en mis rodillas en la vieja Inglaterra. Ahora parecéis cansada y pálida de rostro, aunque sois tan bella como las ninfas de los libros paganos. Hay fantasmas escondidos en vuestros ojos niña... ¿os han maltratado aquí?

Ella se tumbó sobre el diván y la sangre se retiró lentamente de su ya pálida faz, tomando hacia un blanco mortal. Kane comenzó a acercarse. Su voz llegó en un susurro.

-No me preguntéis. Hay hechos que es mejor que queden ocultos por la oscuridad de la noche y el olvido. Hay visiones que hieren los ojos y dejan su ardiente marca por siempre en el cerebro. los muros de antiguas ciudades, no alzadas para los hombres, han contemplado escenas que no deben hablarse, ni aun en susurros.

Sus ojos se cerraron fatigados y Kane sintió preocupación, sus sombríos ojos siguieron inconscientemente las finas líneas azules de las venas resaltadas por la antinatural blancura de su piel.

-Aquí hay algo demoníaco -musitó-. Un misterio...

-Cierto -murmuró la chica- ¡un misterio que era viejo cuando Egipto era joven! Una maldad innombrable más antigua que la oscura Babilonia... que se incubaba en terribles ciudades negras cuando el mundo era joven y extraño.

Kane frunció el ceño preocupado. A las extrañas palabras de la chica sintió un extraña sacudida de temor en las profundidades de su cerebro, como si la débil memoria racial se agitara en los golfos de eones de profundidad, conjurando espantosas y caóticas visiones, ilusorias y pesadillescas.

Repentinamente, Marylin se sentó erguida con los ojos desorbitados y fulgurando atemorizados. Kane oyó abrirse una puerta en algún lugar.

-¡Nakari! -susurró ella con urgencia-. ¡Rápido! ¡No debe encontraros aquí! ¡Ocultaos rápidamente y -mientras Kane se giraba- guardad silencio suceda lo que suceda!

Se recostó en el diván, fingiendo dormitar mientras Kane cruzaba la habitación y se ocultaba tras unos tapices que colgaban sobre el muro, ocultando un nicho que podía haber contenido alguna vez algún tipo de estatua.

Acababa de hacerlo cuando la única puerta del cuarto se abrió y una extraña y bárbara figura apareció en ella. Nakari, reina de Negari, visitaba a su esclava.

La mujer vestía como cuando la había visto en el trono y los coloreados brazaletes y tobilleras tintinearón mientras cerraba la puerta tras de sí y entraba en la habitación. Se movía con los movimientos fáciles y sinuosos de un felino y, a su pesar, el observador sintió admiración ante aquella elástica belleza. Pero al mismo tiempo sufrió un estremecimiento de repulsión, porque sus ojos relucían con un maldad vibrante y magnética tan vieja como el mundo.

“¡Lilith!”, pensó Kane. “Es tan bella y terrible como el purgatorio. Es Lilith... esa enloquecida y amorosa mujer de la antigua leyenda.”

Nakari se detuvo junto al diván, observando a su cautiva durante un instante y, con una enigmática sonrisa, se inclinó y la sacudió. Marylin abrió los ojos, se sentó y se deslizó del diván arrodillándose ante su salvaje ama... algo que hizo maldecir a Kane para sí. La reina rió sentándose sobre el diván, indicando a la chica que se levantara, y pasó un brazo por su talle sentándola en su regazo. Kane observó confundido mientras Nakari acariciaba a la

chica con ademanes divertidos e indolentes. Podía ser afecto, pero a Kane le recordaba un leopardo ahíto jugueteando con su víctima. Había un aire de mofa y crueldad estudiada en todo el asunto.

-Eres muy dulce y hermosa, Mara -murmuró perezosamente Nakari- más hermosa que las otras chicas que me sirven. Se acerca el momento, pequeña, de tus nupcias. Y nunca novia más hermosa ha sido llevada hasta las Escaleras Negras.

Marylin comenzó a temblar y Kane pensó que estaba a punto de desvanecerse. Los ojos de Nakari refulgían extrañamente bajo sus párpados de largas y rizadas pestañas, y sus labios rojos y llenos se curvaban en una débil sonrisa tentadora. Cada una de sus acciones parecía premeditada con algún siniestro propósito.

Kane comenzó a sudar profusamente.

-Mara -dijo la reina- has sido honrada sobre las otras chicas, pero no estás contenta. Piensa cuanto te envidiarán las muchachas de Negari, cuando los sacerdotes entonen la canción nupcial y la Luna de Calaveras asome sobre la cresta negra de la Torre de la Muerte. Piensa, pequeña novia-del-amor, ¡cuantas muchachas han dado su vida para ser esta novia!

Y Nakari rió a su odiosa y musical manera, como en una broma extraña. Entonces se interrumpió bruscamente. Sus ojos se estrecharon hasta convertirse en hendiduras mientras recorrían el cuarto y todo su cuerpo se tensó. Su mano fue al ceñidor y empuñó una daga larga y fina. Kane espió a lo largo del cañón de su pistola, con el dedo sobre el gatillo. Sólo una renuencia natural a disparar contra una mujer le impidió enviar la muerte al salvaje corazón de Nakari, porque pensó que estaba a punto de matar a la chica.

Luego, con un movimiento felino y elástico, ella lanzó a la chica de sus rodillas y retrocedió por la habitación con los ojos clavados con llameante intensidad en el tapiz tras el que estaba Kane. ¿Le habían descubierto esos ojos? Pronto lo sabría.

-¿Quién está ahí? -interpeló con fiereza-. ¿Quién se esconde detrás de esos colgantes? No te veo ni oigo ¡pero se que hay alguien ahí!

Kane guardó silencio. El instinto de bestia salvaje de Nakari le había traicionado y estaba inseguro sobre el camino a seguir. Su próxima acción dependía de la reina.

-¡Mara! -la voz de Nakari chasqueó como un látigo-. ¿Quién está tras esas colgaduras? ¡Responde! ¿Debo volver a hacerte probar el azote?

La chica parecía incapaz de hablar. Se acurrucaba donde había caído, sus hermosos ojos llenos de terror.

Nakari, sin apartar su ardiente mirada, buscó tras sí con su mano libre asiendo un cordón que colgaba del muro. Lo sacudió sañudamente. Kane sintió que los tapices se abrían a cada lado descubriéndole.

Durante un instante la extraña escena no varió... el sombrío aventurero, con sus raídas vestiduras manchadas de sangre, esgrimiendo en la mano derecha un pistolón... al otro lado de la habitación la reina salvaje con su refinamiento bárbaro, un brazo todavía asiendo al cordón, la otra mano manteniendo una daga frente a ella... la chica prisionera temblando en el suelo.

Luego, habló Kane.

-¡Guarda silencio, Nakari, o morirás!

La reina pareció aturdida y sin habla por la súbita aparición. Kane salió de entre los tapices y se aproximó lentamente.

¡Tú! -ella encontró al fin la voz-. ¡Debes ser aquel de quien hablaban los guardianes! ¡No hay otro hombre blanco en Negari! ¡Dijeron que caíste a la muerte! ¿Cómo entonces...?

-¡Silencio! -la voz de Kane cortó con dureza sus balbuceos asombrados; sabía que la pistola no significaba nada para ella, pero comprendía la amenaza del largo acero en la mano izquierda- Marilyn -dijo, todavía hablando inconscientemente en el lenguaje de las tribus del río-. Coge cordones de las colgaduras y áatala...

Estaba aproximadamente en mitad de la habitación ahora. El rostro de Nakari había perdido mucho de su perplejidad desamparada y en sus ojos ardientes surgió un reflejo astuto. Dejo caer deliberadamente su daga como gesto de rendición y entonces, repentinamente, alzó sus manos sobre la cabeza y tironeó de otro cordón. Kane escuchó el grito de Marilyn pero antes de que pudiera apretar el gatillo o incluso pensar, el suelo cedió bajo sus pies y se precipitó en una negrura abismal. No cayó mucho y aterrizó sobre sus pies; pero la fuerza de la caída le hizo doblar la rodilla y mientras lo hacía sintió una presencia en la oscuridad tras de sí, algo chocó contra su cráneo y se desplomó en un abismo aún más oscuro de inconsciencia.

IV. Sueños de imperio

Lentamente, Kane volvió de los brumosos reinos a los que el invisible cachiporrazo le había arrojado. Algo estorbaba el movimiento de sus manos y hubo un tintineo metálico cuando trato de levantarlas hasta su dolorida y palpitante cabeza.

Yacía en la total oscuridad, pero no pudo determinar si se debía a la ausencia de luz o estaba aún cegado por el golpe. Ofuscado, trató de reunir sus sentidos dispersos y llegó a la conclusión que estaba tumbado sobre un suelo de piedra húmeda, encadenado por muñecas y tobillos con pesadas cadenas de hierro que, al tacto, eran bastas y oxidadas.

Cuánto tiempo llevaba allí, no lo sabía. El silencio sólo era roto por el tamborileante pulso de su dolorida cabeza y los correteos y arañazos de las ratas. Al fin, un brillo rojo surgió en la oscuridad, creciendo ante sus ojos. Bajo la hosca luz apareció el siniestro y sardónico rostro de Nakari. Kane agitó la cabeza tratando de librarse del espejismo. Pero la luz aumentó y, mientras sus ojos se acostumbraban a ella, vio que procedía de una antorcha en la mano de la reina.

A la luz, pudo ver que estaba en una pequeña y malsana celda cuyos muros, techo y suelo eran de piedra. las pesadas cadenas que le mantenían preso estaban aseguradas a anillos de metal hundidos en el muro. Sólo había una puerta, al parecer de bronce.

Nakari emplazó la antorcha en un nicho cercano a la puerta y avanzó inclinándose sobre el cautivo, observándole de una forma más especulativa que burlona.

-Tu eres el que luchó con mis hombres en el risco -la frase era más bien una afirmación que una pregunta-. Dijeron que caíste al abismo... ¿mintieron? ¿ Les sobornaste? ¿O cómo huiste? ¿Eres un mago y volaste sobre el borde de la sima hasta mi palacio? ¡Habla!

Kane guardó silencio. Nakari maldijo.

-¡Habla o te haré arrancar los ojos! ¡Cortaré tus dedos y quemaré tus pies!

Ella le conminó sañudamente, pero Kane guardó silencio con sus ojos profundos y sombríos clavados en su rostro, mientras el salvaje resplandor se desvanecía en los ojos de ella, sustituido por un interés ávido y asombrado.

Ella tomó asiento en un banco de piedra, apoyando los codos en las rodillas y el mentón en las manos.

-Nunca antes vi un hombre blanco -dijo-. ¿Son todos tan blancos como tú? ¡Bah! ¡No es posible! La mayoría de los hombres son necios, sean blancos o negros. Se que los blancos no son los dioses que dicen las tribus del río... son sólo hombres. Yo, que conozco todos los antiguos misterios, digo que son solo hombres.

“Pero los blancos tienen extraños misterios también, me dijeron... los vagabundos de las tribus del río y Mara. Tienen palos de guerra que rugen como el trueno y matan a distancia... eso que llevabas en la mano derecha ¿era uno de esos palos?”

Kane se permitió una ácida sonrisa.

-Nakari, si conoces todos los misterios, ¿cómo puedo contarte algo que tu no sepas

todavía?

-¡Cuán profundos y fríos y extraños son tus ojos! -dijo la reina como si él no hubiera hablado- ¡Qué apariencia más extraña... y tienes el porte de un rey! No tengas miedo de mí. No debes temerme nunca, pero aprenderás a amarme. Mírame, audaz..., ¿No soy hermosa?

-Eres hermosa. -aceptó Kane.

Nakari sonrió y luego frunció el ceño.

-De la forma que lo dices no suena a galantería. Me odias ¿no es así?

-Como un hombre a una serpiente -replicó hoscamente Kane-.

Los ojos de Nakari relampaguearon con algo parecido a la locura furiosa. Sus manos se cerraron hasta clavar las largas uñas en las palmas; luego, su furia se desvaneció tan rápido como había llegado.

-Tienes corazón de rey -dijo con calma-. Otro en tu lugar me temería. ¿Eres un rey en tu tierra?

-Sólo soy un vagabundo sin país.

-Aquí podrías ser un rey -dijo lentamente Nakari-.

Kane rió con aspereza.

-¿Me ofreces la vida?

-¡Te ofrezco mucho más que eso!

Los ojos de Kane se estrecharon mientras la reina se inclinaba hacia él, temblando de excitación contenida.

-Kane, ¿Qué es lo que más deseas en el mundo?

-La chica blanca a la que tú llamas Mara y marcharme.

Nakari saltó atrás con una exclamación de impaciencia.

-No puedes tenerla. Es la novia prometida del Amo. Ni siquiera yo puedo salvarla, aunque lo deseara. Escucha, ¡escucha las palabras de Nakari, reina de Negari! ¡Te daré el mundo como juguete!

-¡No, no! ¡Calla hasta que halla acabado! -continuó precipitadamente, apelotonando las palabras en su ansiedad. Sus ojos relampagueaban, su cuerpo temblaba intensamente-. He hablado con viajeros, prisioneros y esclavos, hombres de muchas tierras. Se que esta tierra de montañas, ríos y junglas no es todo el mundo. Hay naciones y ciudades aún más lejanas, y reyes y reinas para ser aplastados y rotos.

“Negari se marchita, su poder se desmorona, pero un hombre fuerte y su reina pueden alzarlo nuevamente... pueden devolverle toda su gloria perdida. ¡Escucha, Kane! ¡Busca entre tu gente tubos del trueno para armar a mis guerreros! Mi nación aún enseño a África Central. Juntos, podemos acaudillar a las tribus conquistadas... ¡volver a los días en que los dominios de la antigua Negari comprendían toda la tierra de mar a mar! Subyugaremos a todas las tribus del río, el llano y la costa, y en vez de aniquilarlos

¡haremos de ellos un ejército poderoso! Y entonces, cuando toda África esté bajo nuestra férula, ¡barreremos el mundo como un león hambriento, desgarrando, rasgando y destruyendo!”

La cabeza de Solomon daba vueltas. Quizás era la magnética personalidad de la mujer, el dinámico poder que inyectaba en sus fieras palabras, pero en ese momento su temible plan no pareció tan salvaje e imposible. Visiones caóticas y seductoras llenaron la cabeza del puritano... la Europa desgarrada por luchas civiles y religiosas, tambaleándose... sí, Europa estaba en aquel momento en un trance desesperado, y podía ser una víctima fácil para cualquier raza fuerte de conquistadores; verdaderamente ¿Qué hombre podía saber que en su corazón no se agazapaba un anhelo de poder y conquista?

Durante un instante, el Diablo inflamado tentó a Solomon Kane. Pero luego, ante los ojos de su mente, se levantó el rostro melancólico y pensativo de Marilyn Taferal, y Solomon maldijo.

-¡Atrás hija de Satanás! ¡Retrocede! ¿Soy acaso una bestia del bosque para guiar a tus demonios salvajes contra mi propia gente? ¡Márchate! si deseas mi amistad, déjame partir libre en compañía de la chica.

Nakari saltó sobre sus pies como una pantera, sus ojos ardiendo con furia apasionada. La daga relampagueó en su mano y se lanzó sobre el pecho de Kane con un felino aullido de odio. Durante un instante se cernió como una sombra de muerte sobre él; luego su arma se retiró y ella rió.

-¿Libertad? Tendrá la libertad cuando la Luna de Calaveras se asome al Altar Negro. Y tú, tú te pudrirás en esta mazmorra. Eres un tonto; la mayor reina de África te ha brindado su amor y el imperio del mundo... ¡y la has injuriado! Amas a la esclava, ¿verdad? Hasta la Luna de calaveras es mía y te dejo pensar lo siguiente: la castigaré como ya la he castigado antes... ¡colgada por las muñecas, desnuda y azotada hasta que pierda el sentido!

Nakari rió mientras Kane tironeaba salvajemente de sus grilletes. Cruzó la puerta, la abrió y dudando, se volvió para hablar.

-Este es un mal lugar, audaz, y puede ser que me odies más por encadenarte aquí. Quizás en el hermoso trono de Nakari, con opulencia y lujo ante ti, podrías mirarme con mejores ojos. Muy pronto enviaré a buscarte, pero primero te dejaré un rato para reflexionar. Recuerda... ama a Nakari y el trono del mundo será tuyo; odiándola... esta celda serán tus dominios.

La puerta bronceína resonó siniestramente pero aún más temible, para el inglés, fue la risa argentina y maligna de Nakari.

El tiempo pasaba lentamente en la oscuridad. Tras lo que pareció largo tiempo, la puerta volvió a abrirse, esta vez para dar paso a un guerrero enorme que llevaba comida y una especie de vino ligero. Kane comió y bebió vorazmente y después durmió. El esfuerzo de los últimos días le había minado, física y mentalmente, pero cuando despertó se sentía fresco y fuerte.

De nuevo se abrió la puerta y dos grandes guerreros salvajes entraron. A la luz de las antorchas que portaban, Kane vio que eran gigantes vestidos con taparrabos y tocados de plumas de avestruz que llevaban largas lanzas en las manos.

-Nakari desea que vayas a ella, hombre blanco -dijeron librándole de sus grilletes. Se alzó contento de su relativa libertad, con su aguda mente buscando ferozmente una forma de escapar.

Evidentemente, la fama de sus proezas se había extendido, porque los dos guerreros le mostraban gran respeto. Le indicaron que les precediera y caminaron precavidamente tras él, con las puntas de sus lanzas pegadas a su espalda. A pesar de ser dos contra uno, y éste desarmado, no querían correr riesgos. Las miradas que le dirigían estaban llenas de prudencia y sospecha.

Fueron por un largo y oscuro corredor con sus captores guiándole a puyazos, subieron una escalera estrecha y serpenteante, otro pasadizo, otra escalera, y salieron al gran laberinto de pilares gigantescos ya conocido por Kane. Mientras recorrían el inmenso salón, los ojos de Kane encontraron súbitamente una pintura extraña y fantástica trazada en el muro de enfrente. Su corazón dio un vuelco y se desvió imperceptiblemente hacia el muro hasta que sus guardias y él estuvieron caminando muy cerca de él.

Los guerreros que seguían a Kane se asombraron cuando al escucharle boquear como un hombre alanceado. Su paso vaciló y comenzó a bracear en el aire buscando un asidero.

Se miraron dudosos y le punzaron, pero él gritó como un moribundo y se deslizó lentamente hasta el suelo. donde quedó tumbado en una posición extraña y antinatural, una pierna doblada bajo él y un brazo medio soportando su cuerpo caído.

Los guardias le miraron intimidados. Todo indicaba que agonizaba, pero no había heridas en su cuerpo. Le amenazaron con sus lanzas, pero él no se inmutó. Entonces bajaron sus armas desconcertados y uno se inclinó sobre él.

Entonces sucedió. Mientras el guardia estaba delante, Kane saltó como un resorte de acero bruscamente liberado. Su puño derecho siguió el movimiento en un gancho desde la cadera y alcanzó la mandíbula del guerrero. Lanzado con todo el peso de cuerpo y brazo, con el empuje de las fornidas piernas de Kane mientras este se enderezaba, el golpe fue como un tiro de honda. Las rodillas del guardia cedieron y se derrumbó inconsciente.

El otro guerrero se abalanzó con un rugido, pero antes incluso de que su víctima cayese, Kane saltó a un lado y su frenética mano encontró el resorte en el mural y lo apretó.

Todo sucedió en una fracción de segundo. Rápido como era el guerrero, Kane lo era más, y se movió con la relampagueante velocidad de un lobo famélico. Durante un momento, el cuerpo inconsciente del guardia, al caer, estorbó el golpe del otro guerrero, y en ese instante, Kane sintió abrirse la puerta secreta. Con el rabillo del ojo vislumbró un relámpago de acero buscando su corazón. Se retorció y se lanzó contra la puerta, introduciéndose mientras el lanzazo rasgaba la piel de su hombro.

Para el aturdido y perplejo guerrero, plantado y con su arma alzada para otro golpe, fue como si el prisionero simplemente se hubiera desvanecido en el muro sólido, puesto que su escrutinio sólo encontró una fantástica pintura y ésta no cedió ante su empuje.

V. Durante un millar de años...

Kane cerró a sus espaldas la puerta secreta, bloqueando el resorte y durante un instante se apoyó contra ella con todos los músculos en tensión, aguardando la embestida de una horda de lanceros. Pero no sucedió nada de eso. Oyó al guardia tanteando fuera durante un tiempo, luego ese sonido también cesó. Parecía imposible que esa gente hubiera vivido durante tanto tiempo en el palacio sin descubrir las puertas y los pasajes secretos, pero era la única conclusión posible a ojos de Kane.

Al fin, decidió que estaba a salvo de la persecución por un tiempo y, volviéndose, se encaminó por el largo y estrecho corredor, con su polvo de eones y su tenue luz gris. Se sentía confundido y furioso a pesar de estar libre de los grilletes de Nakari. No tenía idea de cuanto tiempo había pasado en el palacio; parecían eras. Ahora podía ser de día, puesto que había luz en los salones exteriores y no había visto antorchas desde que abandonara las mazmorras subterráneas.

Se preguntó si Nakari habría cumplido su amenaza de vengarse sobre la chica indefensa y juró acaloradamente. Libre de momento, sí; pero desarmado y acosado como una rata en este palacio infernal. ¿cómo podría ayudar a Marylin y ayudarse a sí mismo? Pero su confianza nunca flaqueó. Estaba en el camino correcto, el único que podía plantearse.

Bruscamente, una escalera angosta se bifurcó a partir del pasadizo principal y él la ascendió con la luz aumentando y aumentando, hasta encontrarse ante el resplandor del sol africano. La escalera remataba en una especie de pequeño rellano y, justo enfrente, había un ventanuco pesadamente barrado. A través de él vio el cielo azul, teñido de oro por la ardiente luz solar. Esa visión fue como vino para él e, inspirando hondamente, se empapo de aire limpio e inmaculado, como tratando de limpiar sus pulmones del aura de polvo y decaída grandeza a través del que había estado deambulando.

Estaba ante un áspero y extraño paisaje. Lejos, a diestra y siniestra, se alzaban grandes riscos negros y bajo ellos se levantaban castillos y torres de piedra, de extraña arquitectura... como si gigantes de otro planeta los hubieran arrojado en un salvaje y caótico frenesí de creación. Esas construcciones estaban sólidamente respaldadas contra los riscos y Kane supuso que el palacio de Nakari debía estar también construido en el interior del risco trasero. Frente a ese palacio parecía haber una especie de minarete construido en la pared exterior. Pero había una sola ventana y su perspectiva era limitada.

Muy abajo serpenteaban las tortuosas y estrechas calles de esa extraña ciudad, repletas de gente yendo y viniendo como hormigas negras a ojos del observador. Al este, norte y sur, los riscos formaban una barrera natural; sólo en el oeste había una muralla construida.

El sol se hundía hacia el Oeste. Kane dejó con renuencia la ventana barrada y bajó las escaleras. Otra vez recorrió el estrecho pasadizo gris, sin objetivo ni plan, durante lo que parecieron millas y millas. Bajó más y más en los pasadizos que había bajo los corredores. La luz se volvió más tenue y un ceno húmedo apareció sobre los muros. Kane se detuvo, atraído por un leve sonido tras la pared. ¿Qué había sido eso?, un débil resonar... el entrecocar de cadenas.

Kane se apoyó contra el tabique y, en la semioscuridad, su mano encontró un oxidado resorte. Lo manipuló con precaución, consiguiendo entreabrir la puerta oculta. Observó precavidamente.

Estaba mirando en una celda, contrapartida de aquella en la que había sido confinado. Había una mortecina antorcha fija a un nicho del muro y a su fantástica y chisporroteante luz descubrió una figura en el suelo, encadenada por tobillos y muñecas, tal y como él había estado.

Un hombre; al principio, Kane le creyó un nativo, pero un segundo vistazo le hizo dudar. Su piel era oscura, pero sus facciones estaban finamente modeladas y poseía una frente alta y magnífica, ojos duros y vibrantes, y cabello liso oscuro.

El hombre habló en un dialecto desconocido que era extrañamente distinto e incisivo, contrastando con la gutural jerga indígena a la que Kane estaba familiarizado. El inglés habló en su idioma natal y después en el lenguaje de las tribus del río.

-Has llegado por la antigua puerta -contestó el otro en el último dialecto-. ¿Quién eres? No eres un salvaje... al principio te creí uno de la Vieja Raza, pero ahora veo que no eres como ellos. ¿Cómo has llegado?

-Soy Solomon Kane -dijo el puritano- un prisionero en esta ciudad-diablo. He venido de lejos, a través del mar azul salado.

Los ojos del hombre se iluminaron ante esa frase.

-¡El mar! ¡El antiguo e imperecedero! ¡El mar que nunca he visto, pero que fue cuna de la gloria de mis antepasados! Háblame extraño, ¿tu has, como ellos, navegado sobre el pecho del gran monstruo azul y han contemplado tus ojos los chapiteles dorados de la Atlántida y los muros carmesíes de Mu?

-En verdad -respondió inseguro Kane- he surcado los mares, incluso hasta el Indostan y Catay, pero de los países que has mencionado, nada sé.

-No, claro -suspiró el otro- sueño... sueño. Ya las sombras de la gran noche rondan mi cerebro y mis palabras desvarían. Extraño, hay momentos en que esos fríos muros y suelo parecen fundirse en las verdes y agitadas profundidades y mi alma se llena con el hondo bramido del mar imperecedero. ¡Yo, que nunca vi el mar!

Kane se sobresaltó involuntariamente. Seguramente, este hombre estaba loco.

Bruscamente, el otro alzó una mano blanquecina y parecida a una zarpa, aferrando su brazo a pesar del estorbo de las cadenas.

-¡Tú, quien cuya piel es extrañamente clara! ¿Has visto a Nakari, la diablesa que rige en esta ciudad decadente?

-La he visto -dijo hoscamente Kane- y ahora escapo, como rata acosada, de sus asesinos.

-¡la odias! -gritó el otro-. ¡Ja, lo sé! ¿Buscas a Mara, la chica blanca que es su esclava?

-Así es.

-Escucha el encadenado habló con extraña solemnidad-. Me muero. El potro de Nakari ha hecho su trabajo. Muero y conmigo mueren las sombras de la gloria que fue la de mi nación. Porque soy el último de mi raza. No hay nadie como yo en todo el mundo.

Escucha pues la voz de una raza agonizante.

Y Kane se inclinó en la oscilante semioscuridad de la celda oyendo la más extraña historia que un hombre haya nunca escuchado, arrancada a las brumas de las lejanas edades del alba por los labios del delirio. Las palabras brotaron claras y audibles del moribundo y Kane ardió y se heló alternativamente mientras ingente tras ingente panorámica de tiempo y espacio se desplegaban ante él.

-Hace muchos eones... eras y eras atrás... el imperio de mi raza se alzaba orgullosamente sobre las olas. Hace tanto que ningún hombre recuerda a un antepasado que recordara este hecho. En una gran tierra al oeste se levantaban nuestras ciudades. Nuestros dorados chapiteles dividían el firmamento; nuestras galeras de proas purpúreas rompían las olas alrededor de todo el mundo saqueando al poniente por sus tesoros y al levante por sus riquezas.

“Nuestras legiones batían el norte y el sur, el Oeste y el este, y nadie podía resistírselas. Nuestras ciudades cubrían el mundo; establecimos colonias en todas las tierras para subyugar a todos los salvajes, hombres de todo color, y los esclavizamos. Ellos sufrían, a nuestro servicio, en las minas y a los remos de las galeras. El pueblo de Atlántida imperaba sobre toda la tierra. Éramos un pueblo marítimo y ahondamos en las profundidades de todos los océanos. Conocíamos todos los misterios, y los secretos de la tierra, el mar y el aire. Leíamos en las estrellas y éramos sabios. Hijos del mar, nos encubramos sobre todos los demás.

“Adorábamos a Valka y Hotah, Honen y Golgor. Muchas vírgenes, muchos mozos robustos, murieron en sus altares y el humo de los santuarios ocultaba el sol. Luego, el mar se levantó y se estremeció. ¡Bramó desde sus abismos y los tronos del mundo cayeron ante él! Nuevas tierras surgieron de las profundidades y Atlántida y Mu fueron tragadas por el golfo. El verde mar rugió entre los santuarios y los castillos y las algas medraron en los chapiteles y las torres de topacio. El imperio de la Atlántida se desvaneció y desapareció de la memoria, sumiéndose en el eterno golfo del tiempo y el olvido. Igualmente, las ciudades colonias en tierras bárbaras, privadas de su reino madre, perecieron. Los bárbaros salvajes se levantaron incendiando y destruyendo hasta que, en todo el mundo, sólo la ciudad colonia de Negari permaneció como un símbolo del imperio perdido.

“Aquí, mis antepasados reinaron como reyes y los antepasados de Nakari... ¡la gata!... doblaban la rodilla como sus esclavos. Los años pasaron convirtiéndose en siglos. El imperio de Negari menguaba. Tribu tras tribu se alzaba quebrando sus cadenas, haciendo retroceder las fronteras desde el mar, hasta que al fin los hijos de Atlántida lo perdieron todo y se retiraron a la ciudad misma... el último baluarte de la raza. Conquistadores poco antes, sitiados ahora por tribus feroces, consiguieron tener a raya a esas tribus durante un millar de años. Negari era inconquistable desde el exterior; sus muros aguantaron; pero en su interior trabajaban maléficas influencias.

“Los hijos de Atlántida habían llevado consigo a sus esclavos al interior de la ciudad. Los gobernantes eran guerreros, sabios, sacerdotes, artistas; no realizaban trabajos serviles. Para ellos dependían de los esclavos. Había más esclavos que amos. Y aumentaban mientras los hijos de la Atlántida menguaban.

“Se mestizaron y la raza degeneró hasta que al fin sólo el sacerdocio estuvo libre de la corrupción de la sangre salvaje. En el trono de Negari se sentaron gobernantes que poco tenían de la sangre de la Atlántida y eso permitió que más y más salvajes tribeños entraran en la ciudad a modo de sirvientes, mercenarios y amigos

“Entonces, llegó el día en que esos fieros esclavos se rebelaron y dieron muerte a cuantos llevaban trazas de la sangre de la Atlántida excepto los sacerdotes y sus familias. Los hicieron presos como ‘gente mágica’. Durante un millar de años han reinado los salvajes en Negari, con sus reyes guiados por sacerdotes cautivos que, aún prisioneros, fueron los amos de reyes.”

Kane escuchaba embelesado. En su fértil mente, la historia se encendía reviviendo con extraño fulgor desde tiempos y espacios cósmicos.

“Cuando todos los hijos de Atlántida, excepto los sacerdotes, hubieron muerto, un gran rey se hizo con el profanado trono de la antigua Negari. Era un tigre y sus guerreros eran como leopardos. Se llamaban a sí mismos Negari, arrebatando incluso los nombres de sus antiguos amos, y nadie pudo contenerlos. Arrasaron la tierra de mar a mar y el humo de la destrucción ocultó las estrellas. El gran río corría enrojecido y los nuevos señores de Negari pisoteaban los cuerpos de sus enemigos tribales. Luego murió el gran rey y el imperio se deshizo como el reino atlante de Negari se había desmoronado.

“Eran duchos en la guerra. Los muertos hijos de la Atlántida, sus antiguos amos, les habían entrenado bien en el arte de la batalla y eran invencibles contra los tribeños salvajes. Pero sólo habían aprendido los métodos guerreros y el imperio se estremecía con los conflictos civiles. El asesinato y la intriga rondaban con manos enrojecidas por los palacios y las calles, y los confines del imperio menguaban y menguaban. Mientras, reyes salvajes con mentes rojas y enloquecidas ocupaban el trono y entre bambalinas, invisibles pero muy temidos, los sacerdotes atlantes guiaban la nación, manteniéndola unida, guardándola de la destrucción total.

“Éramos prisioneros en la ciudad porque no había lugar en el mundo donde ir. Nos movíamos como fantasmas a través de los pasadizos secretos, en los muros y bajo tierra, espionando las intrigas y obrando magia secreta. Sostuvimos la causa de la familia real, los descendientes de aquel rey tigresco de antaño, contra los intrigantes jefes y estos silenciosos muros podrían contar siniestras historias.

“Estos salvajes no son como los otros nativos de la región. Una insania latente acecha en las mentes de cada uno de ellos. Han saboreado tanta matanza y victoria que son como leopardos humanos, siempre sedientos de sangre. Han saciado todos sus apetitos y deseos sobre miríadas de infelices esclavos hasta volverse bestias locas y terribles, buscando siempre nuevas sensaciones, tratando siempre de apagar su espantosa sed en sangre.

“Durante un millar de años han acechado, como un león, en estos riscos, acometiendo y asolando a la gente de la jungla y el río, esclavizándolos y destruyéndolos. Aún son invencibles desde el exterior, aunque sus dominios han mermado hasta los mismos muros de esta ciudad y sus grandes conquistas e invasiones de antaño se han reducido a incursiones en busca de esclavos.

“Pero mientras ellos se marchitaban, también lo hacían sus amos secretos, los sacerdotes atlantes. Murieron uno tras otro, hasta que sólo quedé yo. En el último siglo también ellos

se mestizaron con sus gobernantes y esclavos y ahora... ¡oh, qué vergüenza! yo, el último hijo de la Atlántida, llevo en mis venas el estigma de sangre bárbara. Ellos murieron y yo permanecí, obrando magia y guiando a los reyes salvajes, yo, el último sacerdote de Negari. Entonces, la diablesa, Nakari, se alzó.”

Kane se inclinó hacia delante con súbito interés. Nueva vida se agitó en el relato cuando éste llegó a su momento actual.

-¡Nakari! -escupió el nombre como el siseo de una serpiente-, ¡esclava e hija de esclava! Aún así, prevaleció cuando llegó su hora y toda la familia real murió.

“Y yo, el último hijo de la Atlántida, fui preso y encadenado por ella. No temía a los silenciosos sacerdotes atlantes, puesto que era hija de un Acólito... uno de los nativos sacerdotes menores. Aquellos que hacían los trabajos inferiores de sus amos... ejecutando los sacrificios menores, adivinando en los hígados de aves y serpientes y manteniendo siempre encendidos los fuegos sagrados. Era mucho lo que sabía de nosotros y nuestros métodos, y una diabólica ambición la consumía...

“Siendo niña, bailó en la Marcha de la Luna Nueva y siendo muchacha fue una de la Doncellas de las Estrellas. Conocía mucho sobre los misterios menores y aprendió aún más espiando los ritos secretos de los sacerdotes cuando estos ejecutaban ceremonias ocultas, que ya eran viejas cuando la tierra era joven.

“Porque los supervivientes de la Atlántida guardaban en secreto el viejo culto de Valka y Hotah, Honen y Golgor, durante mucho tiempo olvidados y negados a ese pueblo salvaje cuyos antepasados murieron gritando en sus altares. Sólo ella en la salvaje Negari no nos temía. Nakari no sólo destronó al rey y usurpó el trono, también sometió a los sacerdotes... los acólitos y los pocos superiores atlantes que quedaban. Todos ellos, salvo yo, cayeron bajo los cuchillos de sus asesinos o en sus torturas. Sólo ella, entre los millares de salvajes que hablan vivo y muerto entre estos muros, intuyó la existencia de pasadizos secretos y corredores subterráneos, secretos que los del sacerdocio habíamos guardado celosamente del populacho durante un millar de años.

“¡Ja, ja!, ¡salvajes ciegos y estúpidos! ¡Pasar una eternidad en esta ciudad sin aprender nunca de sus secretos! ¡Monos... imbéciles! Ni siquiera los sacerdotes menores sabían de los largos corredores grises iluminados por techos fosforescentes, a través de los que, en épocas olvidadas, extrañas formas se han deslizado silenciosamente. Porque nuestros antepasados construyeron Negari como construyeron Atlántida... a escala gigantesca y mediante artes desconocidas. No construyeron sólo para hombres sino también para los dioses que se movían invisibles entre nosotros. ¡Qué hondos secretos guardan estos antiguos muros!

“La tortura no pudo arrancar esos secretos de nuestros labios pero, encadenados en sus mazmorras, no pudimos utilizar más nuestros corredores ocultos. Durante años el polvo se ha enseñoreado en ellos, intocado por pies humanos, mientras nosotros, al final sólo yo, yacíamos encadenados en estas estúpidas celdas. Y entre los templos y el misterioso santuario oscuro de los antiguos se mueven los viles acólitos, elevados por Nakari a glorias que fueron mías... porque soy el último de los altos sacerdotes atlantes.

“Su destino es predecible. ¡Y roja será su ruina! Valka y Golgor, dioses perdidos y olvidados, cuya memoria morirá conmigo, ¡abatirán estos muros y los humillarán en el

polvo! Quebrarán los altares de sus dioses ciegos y paganos...

Kane supuso que el hombre desvariaba. La aguda mente comenzaba por fin a ceder.

-Dime -dijo- hablaste de la chica rubia, Mara. ¿Qué sabes de ella?

-Fue traída a Negari por incursores, años atrás -respondió el otro- pocos años después de la ascensión de la reina salvaje, cuya esclava ahora es. Casi nada se de ella puesto que, al poco de su llegada, Nakari se volvió contra mí... y los años posteriores han sido oscuros y sombríos, marcados por la tortura y la agonía. Aquí he yacido, incapaz, por mis cadenas, de huir a través de esa puerta por la que has entrado... y por cuyo conocimiento Nakari me ha sometido al potro y suspendido sobre fuego lento.

Kane se estremeció.

-¿Sabes si ellos han maltratado a la chica blanca? Sus ojos eran temerosos y ha enflaquecido mucho.

-Ha bailado con las Doncellas de las Estrellas por orden de Nakari y ha visto los ritos sangrientos y terribles del Templo Negro. Ha vivido durante años entre gentes para quienes la sangre es más barata que el agua, que se solazan en la matanza y la tortura enloquecida, y ha visto cosas que quemarían los ojos y secarían la carne de hombres fuertes. Ha visto a las víctimas de Nakura morir entre horribles tormentos y su visión arderá por siempre en la mente de quien esto contempla. Los salvajes se apropiaron de los ritos atlantes para honrar a sus propios y toscos dioses, y, aunque la esencia de tales ritos se ha perdido en los años pasados, aún son celebrados por los favoritos de Nakari, no son de la clase que un hombre deba contemplar, al menos desencadenado.

Kane pensaba; “un buen día para el mundo cuando esta Atlántida se sumergió, porque ciertamente engendró una raza de extraña y desconocida perversidad”. En voz alta, dijo:

-¿Quién es ese Amo del que Nakari habló?, ¿y por qué llamó a Mara su novia?

-Nakura... Nakura. El cráneo de la maldad, el símbolo de la Muerte que ellos veneran. ¿Qué saben esos salvajes sobre los dioses de la Atlántida insular? ¿Qué saben ellos de los dioses temibles e invisibles que sus amos reverenciaban con majestuosos y misteriosos ritos? Nada saben de la esencia incorpórea, la deidad invisible que reina sobre el aire y los elementos; ellos necesitan adorar a un objeto material dotado de forma humana. Nakura fue el último de los grandes magos de la Negari atlante. Fue un renegado que conspiró contra su propia gente y apoyó la revuelta de los salvajes. Le siguieron en vida y le deificaron en la muerte. Su cráneo descarnado descansa en lo alto de la Torre de la Muerte y sobre esta calavera reposan las mentes de toda la gente de Negari.

“No, nosotros, los de la Atlántida, adorábamos a la Muerte, pero igualmente adorábamos a la Vida. Esta gente adora a la Muerte y se llaman a sí mismos Hijos de la Muerte. Y el cráneo de Nakura ha sido para ellos durante un millar de años el símbolo de su poder, la evidencia de su grandeza.”

-¿Crees -Kane interrumpió sus divagaciones impacientemente- que sacrificarán la chica a su dios?

-En la Luna de Calaveras morirá en el Altar Negro.

-¿Qué, en nombre de Dios, es esa Luna de Calaveras? -gritó apasionadamente Kane.

-La luna llena. Al colmar cada luna, que llamamos Luna de Calaveras, una virgen muere en el Altar Negro ante la Torre de la Muerte, desde hace siglos, vírgenes muertas en honor de Golgor, el dios de la Atlántida. Ahora, desde la cara de la torre que una vez albergó la gloria de Golgor, acecha el cráneo del mago renegado y el pueblo cree que su cerebro aún vive en su interior para guiar la estrella de la ciudad. Por esto escucha extraño, cuando la luna llena reluce sobre el borde de la torre y el cántico de los sacerdotes enmudece, entonces, desde el cráneo de Nakura, retumba una gran voz entonando un antiguo cántico atlante y el pueblo humilla su rostro ante él.

“Pero escucha, hay un camino secreto, una escalera que lleva a un nicho oculto tras el cráneo y allí un sacerdote se esconde y canta. En tiempos pasados uno de los hijos de Atlántida oficiaba esto, y por todo derecho humano debiera ser mío en este día. Porque aún cuando nosotros los hijos de la Atlántida adorábamos a nuestros antiguos dioses en secreto, esos salvajes no deben tener nada de ellos. Para conservar nuestro poder fuimos devotos de sus necios dioses y cantamos y sacrificamos a aquel cuya memoria maldecíamos.

“Pero Nakari descubrió el secreto, sólo conocido por los sacerdotes atlantes, y ahora uno de sus acólitos sube las escaleras ocultas y entona el extraño y terrible cántico, que es una jerga incomprensible para él y para quienes le escuchan. Yo, y solo yo, conozco su sombrío y temible significado.”

El cerebro de Kane giraba en sus esfuerzos por idear algún plan de acción. Por primera vez en toda su búsqueda de la chica se sentía como ante un muro sólido. El palacio era un laberinto, un dédalo donde no podía determinar la dirección. Los pasillos parecían correr sin orden ni concierto ¿Y cómo podía encontrar a Marylin, prisionera sin duda en una de las miríadas de estancias o celdas?, ¿o había pasado ya la frontera de la Vida, o sucumbido a la brutal ansia de tortura de Nakari?

Apenas escuchaba los delirios y murmullos del moribundo.

-Extraño, ¿estás vivo realmente o eres uno de los fantasmas que me han acosado al final, merodeando en la oscuridad de mi celda? No, eres de carne y hueso... pero eres un salvaje, tal como la raza de Nakari es salvaje. Eones atrás, cuando tus ancestros defendían sus grutas contra tigres y mamuts con toscas lanzas de pedernal, ¡los chapiteles dorados de mi gente hendían el firmamento! Se han ido y han sido olvidados, y el mundo es un sumidero de bárbaros. Déjame, también, pasar como un sueño que es olvidado entre la bruma de las edades...

Kane se levantó y recorrió la celda. Sus dedos se cerraron como garras de acero, como empuñando una espada, y una ola ciega de roja furia inundó su cerebro. ¡Oh Dios!, tener a sus enemigos ante la afilada hoja que le había sido arrebatada... encarar a la ciudad entera, un hombre contra todos ellos...

Kane oprimió sus sienes con las manos.

-La luna estaba casi llena la última vez que la vi. Pero no se cuanto hace de eso. No se cuanto llevo en este palacio maldito ni cuanto permanecí en esa mazmorra donde Nakari me arrojó. El momento de la luna llena puede haber pasado y... ¡ por amor de Dios!...

Marylin puede estar ya muerta.

-Esta noche es la Luna de Calaveras -musitó el otro- escuché a uno de los carceleros hablar de ello.

Kane asió los hombros del moribundo con fuerza inconsciente.

-Si odias a Nakari o amas a la humanidad, en nombre de Dios, dime como salvar a la chica.

-¿Amar a la humanidad? -rió enloquecido el sacerdote-. ¿Qué puede hacer un hijo de la Atlántida, y sacerdote del olvidado Golgor, con el amor? ¿Qué son los mortales sino alimento para las fauces de los dioses? Muchachas más tiernas que tu Mara han muerto gritando bajo estas manos y mi corazón fue como hierro ante sus gritos. Pero odio -los extraños ojos ardieron con una luz espantosa-. ¡Por odio te diré cuanto deseas saber!

“Ve hasta la Torre de la Muerte mientras se alza la luna. Mata al falso sacerdote que se esconde tras el cráneo de Nakura y, cuando el cántico de los fieles decaiga y el verdugo enmascarado junto al Altar Negro alce la daga sacrificial, habla en voz fuerte para que la gente pueda entender, ordenándolos liberar a la víctima ¡y ofrendar en su lugar a Nakari, reina de Negari!

“Por lo demás, después debes confiar en tu habilidad y coraje si sales con bien.”

Kane le agitó.

-¡Rápido. ¡Dime como puedo llegar a esa torre!

-Vuelve por la puerta desde la que llegaste -el hombre agonizaba rápidamente, sus palabras brotaban en susurros-. Gira a la izquierda y recorre un centenar de pasos. Sube las escaleras hasta el final. En el corredor donde acaba, sigue recto otro centenar de pasos y cuando llegues a lo que parece muro sólido busca hasta encontrar un resorte saliente. Oprímelo y abrirás la puerta. Estarás entonces fuera de palacio, en los riscos contra los que está construido, y en el único de los corredores secretos conocidos por el vulgo de Negari. Gira a la derecha y ve recto por el pasadizo durante quinientos pasos. Llegarás a una escalera que conduce al nicho tras el cráneo. La Torre de la Muerte está construida dentro del risco y se proyecta sobre él. Hay dos escaleras...

Repentinamente, la voz se espumó. Kane se inclinó hacia delante sacudiendo al hombre y, repentinamente, el sacerdote se alzó con gran esfuerzo. Sus ojos relampaguearon con una luz terrible y sobrenatural, y extendió sus brazos aherrojados.

-¡El mar! -vociferó-. ¡Los chapiteles dorados de la Atlántida y el sol sobre las aguas azul oscuro! ¡Ya voy!

Y mientras Kane trataba de hacerle reposar de nuevo, se desplomó de espaldas, muerto.

VI La destrucción del cráneo.

Kane enjugó el sudor frío de su pálida frente mientras se apresuraba por el pasadizo en sombras. En el exterior de este horrible palacio debía ser de noche. Ahora, la luna llena,

la espantosa Luna de Calaveras, debía estar alzándose sobre el horizonte. Recorrió un centenar de pasos y llegó hasta las escaleras que el sacerdote moribundo había mencionado.

Las subió y en el corredor superior contó otro centenar de pasos, encontrándose frente a lo que aparentaba ser una pared sin puertas. Pareció transcurrir una eternidad hasta que sus dedos frenéticos dieron con una pieza de metal saliente. Hubo un crujido de bisagras oxidadas al abrirse la puerta secreta y Kane se halló ante un pasadizo más oscuro que aquel en el que se encontraba.

Entró cerrando la puerta a sus espaldas y giró a su derecha, tanteando su camino durante quinientos pasos. Allí el corredor estaba mejor iluminado por luz que llegaba del exterior y Kane vislumbró una escalera. Ascendió unos pasos y se detuvo desconcertado. La escalera se dividía en dos a partir de una especie de rellano, una hacia la derecha y otra hacia la izquierda. Kane maldijo. Sabía que no podía permitirse un error... el tiempo era demasiado precioso; ¿pero cómo saber cual le llevaría hasta el nicho donde se ocultaba el sacerdote?

El atlante estaba a punto de hablar sobre esas escaleras cuando sucumbió al delirio previo a la muerte, y Kane deseó fervientemente que hubiera vivido un poco más.

De todas formas, no había tiempo que perder; derecha o izquierda, debía decidir. Eligió la de la derecha y se lanzó velozmente hacia arriba. No tenía tiempo para tomar precauciones.

Instintivamente, sabía que el momento del sacrificio estaba próximo. Llegó a otro pasadizo y, por el cambio en la albañilería, supo que había salido de los riscos y estaba en algún edificio... probablemente la Torre de la Muerte. Esperaba llegar en cualquier momento a otra escalera y, repentinamente, su suposición se confirmó... pero en vez de arriba, llevaba abajo. En algún lugar al frente, Kane escuchó un murmullo vago y rítmico, y una mano helada oprimió su corazón. ¡El cántico de los fieles ante el Altar Negro!

Se abalanzó temerariamente inspeccionando el corredor, hallando una puerta; espió por una pequeña abertura. Su corazón palpitaba. Había elegido la escalera equivocada y llegado a otro edificio, contiguo a la Torre de la Muerte.

Contempló una escena sombría y terrible. En una ancha explanada, ante una gran torre negra cuyo chapitel rebasaba los riscos traseros, dos largas líneas de salvajes bailarines se tambaleaban y contorsionaban. Alzaban sus voces entonando un cántico extraño e incomprensible, sin moverse de sus sitios.

De rodillas para arriba sus cuerpos se bamboleaban en movimientos rítmicos y fantásticos y, en sus manos, las antorchas se sacudían y giraban, bañando la escena con una evanescente y misteriosa luz roja. Tras ellos se agolpaba una gran concurrencia de gente guardando silencio.

La luz de las antorchas relucía en un mar de ojos brillantes y rostros anhelantes. Frente a los bailarines se levantaba la Torre de la Muerte, inmensamente alta, negra y espantosa. Ninguna puerta o ventana se abría en su fachada, pero, desde una especie de ornamentado bastidor en lo alto del muro, espiaba un hosco símbolo de muerte y decadencia. ¡El cráneo de Nakura! Un resplandor débil y misterioso lo circundaba, procedente de algún lugar

interior de la torre. Kane lo reconoció, preguntándose mediante qué extrañas artes los sacerdotes habrían guardado al cráneo de la decadencia y disolución durante tanto tiempo.

Pero ni el cráneo ni la torre atraían y prendían la horrorizada mirada de Kane. Entre las líneas convergentes de fieles oscilantes y vocingleros se levantaba un gran altar negro. Una figura blanca y delgada reposaba sobre él.

-¡Marylin! -la palabra brotó de labios de Kane con un gran sollozo-.

Durante un momento permaneció congelado, inerte, cegado. No había tiempo para volver sobre sus pasos y encontrar el nicho donde el sacerdote del cráneo se agazapaba.

Ya se percibía un leve resplandor tras el chapitel de la torre, perfilándolo oscuramente contra el cielo. La luna había salido. El cántico de los bailarines culminó en un frenesí de sonido y desde los silenciosos observadores situados tras ellos se elevó un bajo y siniestro retumbar de tambores. En su ofuscación, Kane creía estar contemplando una roja tragedia en un Infierno inferior.

¿Qué culto espantoso de pasados eones simbolizaba este rito perverso y degenerado? Kane sabía que ese pueblo remedaba a su modo los rituales de sus antiguos amos, e incluso en su desesperación tuvo tiempo para estremecerse pensando en cómo podía haber sido el rito original.

Una silueta temible se cernió sobre el altar donde yacía la silenciosa muchacha. Una figura alta y totalmente desnuda a excepción de una espantosa y pintada máscara sobre su rostro y un gran tocado de ondulantes plumas.

El zumbido del cántico menguó un instante para después alzarse hasta cotas estremecedoras. ¿Era la vibración de su canto lo que hacía temblar el suelo bajo los pies de Kane?

Kane, con dedos trémulos, comenzó a desatranchar la puerta. Nada podía hacer, salvo luchar con las manos desnudas y morir junto a la chica que no pudo salvar. Luego, su mirada fue bloqueada por la espalda de un gigante situado frente a la puerta. Un hombre enorme, un jefe a juzgar por sus arreos y apariencia, recostado contra el muro mientras contemplaba la ceremonia. El corazón de Kane dio un vuelco. ¡Demasiado bueno para ser cierto! En el cinto del jefe estaba ¡la pistola que él mismo había traído! Sabía que sus armas habían sido repartidas entre sus captores. La pistola no significaba nada para el jefe, pero debía haberla tomado por su extraña factura y la portaba tal y como los salvajes acarrear adornos inútiles. O quizás pensaba que era una especie de maza de guerra. De cualquier modo, allí estaba. De nuevo, el suelo y las paredes parecían temblar.

Kane abrió silenciosamente la puerta hacia adentro y se acuclilló en las sombras tras su víctima, como un gran tigre al acecho.

Su cerebro trabajaba velozmente ideando un plan de acción. En el cinto, junto a la pistola, había una daga. El jefe estaba totalmente de espaldas a él y debía golpear a la izquierda para alcanzar el corazón y acabar rápidamente con él. Todo esto pasó como un relámpago por el cerebro de Solomon mientras se agazapaba.

El jefe no se percató de la presencia de su enemigo hasta que la mano derecha de Kane rebasó su hombro y tapó su boca, tirándole atrás. En el mismo instante, la zurda del

puritano tomó la daga del cinto y con un golpe desesperado, le hundió la afilada hoja.

El guerrero se desplomó sin un sonido y, al instante, la pistola de Kane estuvo en manos de su propietario. Una rápida revisión mostró que seguía cargada y con el pedernal en su sitio.

Nadie había visto el rápido asesinato. Los pocos que permanecían cerca de la puerta estaban vueltos hacia el Altar Negro, absortos en el drama que allí se desarrollaba. Mientras Kane pasaba sobre el cadáver, el cántico de los danzarines cesó bruscamente. En el silencio consiguiente, Kane escuchó, sobre el latido de su propio pulso, al viento nocturno agitar las plumas mortíferas del enmascarado horror junto al altar. El borde de la luna asomó sobre el chapitel.

Luego, desde lo alto de la pared de la Torre Negra, una voz profunda entonó un extraño cántico. Tal vez el sacerdote que cantaba bajo el cráneo desconociera el significado de sus palabras, pero Kane creía que al menos imitaba la verdadera entonación de aquellos acólitos atlantes muertos mucho tiempo atrás. La voz sonaba profunda, mística, resonante, como el eterno vaivén de las grandes mareas en las amplias playas blancas.

El enmascarado junto al altar se alzó en toda su altura y esgrimió una hoja larga y centelleante. Kane reconoció su propia espada mientras alzaba su pistola y disparaba.. no contra el enmascarado, sino al cráneo que brillaba en la pared de la torre. Porque en un cegador relámpago de intuición había recordado las palabras del atlante que agonizaba: “¡sus cerebros descansan en el cráneo de Nakura!”.

Simultáneamente al estrépito de la pistola llegó un crujido destructor; el seco cráneo saltó en pedazos y desapareció, y, bajo él, el cántico se quebró en un alarido de muerte. El estoque cayó de manos del sacerdote enmascarado, muchos de los bailarines se desplomaron en tierra y los otros se detuvieron como embrujados. En el silencio mortal que reinó por un instante, Kane se lanzó hacia el altar; entonces, se desató el Infierno.

Una babel de gritos bestiales se elevó hacia las temblorosas estrellas. Durante siglos, sólo su fe en el muerto Nakura había mantenido juntas las mentes sanguinarias de los Negari. Ahora su símbolo había desaparecido, volatilizado ante sus ojos. Fue como si los cielos se hubieran abierto, caído la luna y finalizado el mundo. Todas las rojas visiones que merodeaban en la oscuridad de sus corrompidos cerebros cobraron espantosa vida, y la demencia latente que era su heredad se levantó reclamando sus derechos; Kane vio a una nación entera convertirse en maniacos.

Gritando y bramando, se volvieron los unos contra los otros, hombres y mujeres, desgarrando con uñas enloquecidas, acuchillándose con lanzas y dagas, golpeándose con ardientes antorchas, todo cubierto por el rugido de bestias humanas enloquecidas.

Se abrió paso a golpes de pistola entre el agitado y batiente océano de carne, hasta el pie de las escaleras del altar. Uñas le arañaron, cuchillos le laceraron, antorchas chamuscaron sus vestiduras, pero él no les prestó atención.

Mientras alcanzaba el altar, una figura terrible se abrió paso entre la multitud y le acometió. Nakari, reina de Negari, enloquecida como cualquiera de sus súbditos, se lanzó sobre el inglés con una daga desnuda y los ojos horriblemente encendidos.

-¡Esta vez no escaparás! -gritaba, pero antes de alcanzarle un gran guerrero, sangrante y

cegado por un tajo en los ojos, se tambaleó en su camino y la aferró-.

Ella gritó como una gata herida y le apuñaló, y entonces las manos ciegas se cerraron sobre ella. El cegado gigante la arrojó en alto con un postrer esfuerzo y su último grito cortó el estrépito de batalla mientras Nakari, última reina de Negari, chocaba contra las piedras del altar y caía muerta y destrozada a los pies de Kane.

Kane saltó sobre los negros escalones, desgastados por los pies de millares de sacerdotes y víctimas, y la figura enmascarada, que permanecía como petrificada, volvió súbitamente a la vida. Se movió velozmente, recogiendo la espada que había dejado caer y lanzando una salvaje estocada contra la arremetida del inglés. Pero pocos hombres podían igualar la dinámica rapidez de Solomon Kane. Con un quiebro de su cuerpo acerado entró a la estocada, y, mientras el acero resbalaba inocuamente entre brazo y pecho, abatió el pesado cañón de la pistola contra las ondulantes plumas, quebrando tocado, máscara y cráneo de un sólo golpe.

Antes de volverse hacia la desvanecida muchacha que yacía atada en el altar, hizo a un lado su pistola rota y recuperó su robada espada de la mano inerte que aún la asía, con una impresión de renovada confianza ante el contacto familiar de la empuñadura.

Marylin yacía pálida y silenciosa, con su rostro mortecino vuelto ciegamente hacia la luz de la luna que alumbraba serenamente la enloquecida escena. Al principio, Kane pensó que estaba muerta, pero sus dedos detectaron un débil pulso.

Cortó sus ataduras y la tomó con ternura... sólo para dejarla de nuevo, cuando una enloquecida y temible figura ensangrentada brincó y ascendió farfullando las escaleras. La criatura se lanzó directamente sobre la hoja tendida de Kane y volvió al rojo remolino de abajo arañándose bestialmente la herida mortal.

Estaba teniendo lugar algún horror de la naturaleza y este hecho atravesó los cerebros desmoronados de los diablos que luchaban y gritaban abajo. Un nuevo elemento se sumó al griterío y la Torre de la Muerte se desplomó con majestad terrible y pasmosa... rompiéndose contra los riscos rocosos y deshaciéndose con un trueno que era como el de mundos en colisión. Grandes piedras y piezas de mampostería llovieron sembrando la muerte y la destrucción entre centenares de los vociferantes humanos de abajo.

Una de esas piedras pulverizó el altar junto a Kane, cubriéndole de polvo.

-¡Terremoto! -boqueó, y, espoleado por este nuevo terror, cogió a la desvanecida muchacha y se lanzó temerariamente por los tambaleantes escalones, abriéndose paso a tajos y estocadas entre los remolinos carmesíes de bestial humanidad que aún se desgarraban y despedazaban-.

El resto fue una roja pesadilla que la mente ofuscada de Kane se negó a recordar en todo su horror. Fue como si durante siglos carmesíes y rugientes se hubiera tambaleado entre serpenteantes callejuelas donde diablos luchaban y morían bramando y chillando, entre muros titánicos y columnas negras que se balanceaban contra el cielo y se derrumbaban a su alrededor, mientras la tierra se alzaba y temblaba bajos sus pies vacilantes, y el trueno de las torres entrechocando colmaba el mundo.

Farfullantes demonios con forma humana le aferraron y le arañaron, para desvanecerse ante su hiriente espada, y la caída de piedras le magullaron y golpearon. Se agazapó

tambaleándose hacia delante, cubriendo a la muchacha con su cuerpo tanto como pudo, amparándola tanto de piedras ciegas como de humanos cegados.

Al fin, cuando parecía que la resistencia humana había llegado a su límite, vio la gran muralla negra, el exterior de la ciudad que dejaba a sus espaldas, con los parapetos caídos en tierra y a punto de derrumbarse. Se deslizó por una grieta y sacó fuerzas de flaqueza para una última carrera. Apenas había salido de alcance cuando la muralla cedió, venciéndose hacia dentro como una gran ola negra.

El viento nocturno acarició su rostro y tras él se elevó el clamor de la ciudad condenada, mientras Kane se tambaleaba por el camino de la colina y éste vibraba bajo sus pies.

VII. La fe de Solomon

El alba acariciaba como una fresca mano blanca la frente de Solomon Kane. Las pesadillas se desvanecieron de su alma mientras inspiraba profundamente la brisa matutina que soplaba desde la jungla a sus pies, mucho más abajo... un viento cargado con el almizcle de la vegetación decadente. Pero era como el soplo de la vida para él, porque era el aroma de la desintegración limpia y natural de los seres al aire libre, no el detestable aura de decadente antigüedad que acechaba en los muros de aquella ciudad inmemorial... Kane se estremeció involuntariamente.

Se inclinó sobre la chica tumbada a sus pies, acomodada lo mejor posible con las pocas hojas blandas que había logrado encontrar para hacerle un lecho. Ella abrió los ojos y miró salvajemente a su alrededor durante un instante; luego, su mirada encontró a Solomon, iluminado por una de sus escasas sonrisas. y ella lanzó un leve sollozo de agradecimiento y se abrazó a él.

-¡Oh, capitán Kane! ¿De verdad hemos escapado de esa espantosa ciudad? Ahora, todo parece un sueño... después de que cayerais por la trampilla de mi alcoba, Nakari fue a vuestra mazmorra... según me dijo... y volvió de mal humor. Dijo que erais un estúpido porque os había ofrecido el reino del mundo y sin embargo la habíais insultado. Gritó, rabió y maldijo como una posesa, y juró que ella sola haría de Negari un gran imperio.

“Luego se volvió contra mí y me insultó, diciendo que vos me teníais a mí, una esclava, en mayor estima que a una reina y toda su gloria. Y, a pesar de mis súplicas, me cruzó sobre sus rodillas azotándome hasta que perdí el sentido.

“Después yací medio inconsciente durante mucho tiempo y sólo débilmente supe que los hombres acudieron a Nakari contando que habíais escapado. Dijeron que erais un mago, porque os habíais desvanecido a través de un muro sólido, como un fantasma. Pero Nakari mató a los hombres que os trajeron desde la celda, y durante horas fue como una bestia salvaje.

“Cuanto tiempo yací, no puedo saberlo. En aquellas terribles estancias y corredores donde nunca llega la luz del sol, uno pierde el sentido del tiempo. Pero, desde el momento en que fuisteis capturado por Nakari hasta el que fui colocada en el altar, debió pasar al menos un día y una noche. Fue sólo unas pocas horas antes del sacrificio cuando llegó la noticia de que habíais escapado.

“Nakari y sus Doncellas de las Estrellas vinieron para prepararme para el rito -ante el descarnado recuerdo de esa ordalía se cubrió el rostro con las manos-. Debieron drogarme... sólo recuerdo que me vistieron con la túnica blanca del sacrificio y me llevaron a una gran estancia negra repleta de horribles estatuas.

“Allí es tuve durante un tiempo como en trance, mientras las mujeres ejecutaban diversos ritos extraños y vergonzosos de acuerdo con su espantosa religión. Luego me desmayé y cuando recuperé el conocimiento estaba tumbada atada en el Altar Negro... las antorchas se balanceaban y los devotos cantaban... tras la Torre de la Muerte, la luna comenzaba a lucir... todo esto lo supe débilmente, como en un profundo sueño. Y como en sueños vi el reluciente cráneo en lo alto de la torre... y el sacerdote desnudo y enjuto blandiendo una

espada sobre mi corazón. Luego no supe más. ¿Qué pasó?”

-En ese momento -respondió Kane- salí de un edificio a donde había llegado por error y destrocé su cráneo infernal de un tiro. Entonces, toda esa gente, marcados por los demonios desde su nacimiento y como poseídos por diablos, se lanzaron a matarse los unos a los otros. En mitad del tumulto comenzó a retemblar un terremoto, derrumbando los muros. Os recogí y, corriendo al azar, pasé por una grieta en la muralla exterior y así escapé llevándoos desvanecida.

“Luego despertasteis, tras cruzar el Puente-Cruzando-el-cielo, como le llamaba la gente de Negari, que el terremoto deshacía bajo nuestros pies. Pude llegar a estos riscos, pero no me atreví a descender por ellos en la oscuridad, con la luna a punto de ponerse; vos despertasteis gritando y me abrazasteis, os calmé todo lo mejor que supe y, al rato, caísteis en un sueño natural.”

-¿Y ahora qué? -preguntó la chica-.

-¡Inglaterra! -los ojos hundidos de Kane relumbraron con la palabra-. Encontraré la manera de retornar a mi tierra natal antes de un mes; aunque pienso que estoy tocado por el afán de la vida errante, es un nombre que siempre despierta emoción en mi pecho. ¿Y vos que, chiquilla?

-¡Oh, cielos! -gritó enlazando sus manitas-. ¡El hogar! Algo con lo que había soñado... con nunca conseguir, me temo. Oh, capitán Kane, ¿cómo cruzaremos tantas leguas de jungla que hay entre este lugar y la costa?

-Marylin -dijo gentilmente Kane, agitando sus rizados cabellos- a fe mía que os falta confianza, tanto en la Providencia como en mí. No, yo sólo soy una débil criatura, sin fuerza ni poder en mí; pero en tiempos pasados Dios hizo de mí una gran copa de cólera y una espada de redención. Y, confío, así volverá a ser.

“Miraos pequeña Marylin. En las últimas horas, habéis visto el final de una raza diabólica y la caída de un loco imperio. Los hombres han muerto a millares a nuestro alrededor y la tierra se ha alzado bajo nuestros pies abatiendo torres que alcanzaban los cielos. Sin duda, la muerte cayó a nuestro alrededor como una lluvia roja, pero nosotros salimos ilesos.

“¡Aquí hay algo más que la mano del hombre! No, un Poder.., ¡el máximo Poder! El que me ha guiado alrededor del mundo, derecho a la ciudad demonio... el que me guió a vuestra alcoba... el que me ayudó a escapar de nuevo y me condujo hasta el único hombre en toda la ciudad que podía darme la información que necesitaba, el extraño y maléfico sacerdote de una raza antigua que agonizaba en una celda subterránea... el que me llevó hasta la muralla exterior mientras corría ciegamente al azar... porque de haber llegado bajo los riscos que originariamente formaban el resto de la muralla, sin duda hubiera perecido. El mismo Poder que nos puso a salvo de la ciudad moribunda, y nos llevó a salvo a través del estremecido puente... que se hundió atronadoramente en el abismo, justo cuando mi pie tocaba suelo firme!

“¿Pensáis que habiéndome guiado tan lejos, y realizando tantos prodigios, nos abatirá ahora el Poder? ¡No! la maldad florece y gobierna en las ciudades de los hombres y los corrompidos lugares del mundo, pero, de incógnito, el gran gigante que es Dios apoya y sonrío a los rectos, y ellos descansan en su fe.

“Esto digo: bajaremos salvos este risco y salvos cruzaremos la jungla malsana, y seguro que en el viejo Devon vuestra gente os recibirá, tan seguro como que aquí estáis.”

Y por primera vez Marilyn sonrió con el repentino anhelo de una chica normal, y Kane suspiró aliviado. Ya se habían desvanecido los fantasmas de aquellos ojos acosados y Kane vislumbró el día en que sus horribles experiencias serían como un sueño casi olvidado. Lanzó un vistazo tras de sí, hacia donde, más allá de las ceñudas colinas la ciudad perdida de Negari yacía abatida y silenciosa entre las ruinas de sus muros y los caídos riscos que la hicieron tanto tiempo invencible y que al final habían causado su perdición.

Un dolor momentáneo le atravesó, al pensar en los millares de formas yaciendo aplastadas e inmóviles entre aquellas ruinas. Después, la hiriente memoria de sus maldades volvió y sus ojos se endurecieron.

“Así será, el que escape al grito del terror caerá en la fosa y quien se evada de la fosa preso será de la red, pues las esclusas de las alturas se abrirán y los fundamentos de la tierra temblarán.

“Puesto que has convertido la ciudad en un montón de escombros, la fortaleza en una ruina, la ciudadela de los enemigos ya no es ciudad y jamás será reconstruida.

“Pero la masa de enemigos hacia Ti será como fino polvo y como paja aventada su multitud.

“Deteneos y pasmaos; quedad ciegos y sin vista; están ebrios más no de licor; vacilantes, pero no de licor.”

-En verdad Marilyn -dijo Kane con un gran suspiro- con mis propios ojos he visto las profecías de Isaías acontecer. ¡Estaban ebrios, pero no de vino! No, la sangre era su bebida y en ese rojo fluido se sumergían profunda y terriblemente.

Luego, tomando a la chica por la mano, se dirigió al borde del risco. En ese punto habla ascendido durante la noche... cuánto tiempo parecía haber pasado.

Las ropas de Kane pendían en jirones. Estaba lacerado, rasguñado y magullado. Pero en sus ojos relucía la tranquila luz de la serenidad mientras el sol ascendía, bañando los riscos y la jungla con una luz dorada que era como una promesa de alegría y felicidad.

Título original: THE MOON OF SKULLS. Weird Tales, Junio-Julio, 1930). Versión castellana de León ARSENAL

ACEROS DE LA HERMANDAD

La muerte es una llama azul que baila sobre cadáveres.

SOLOMON KANE

1. Fragor de espadas y llega un extraño

Con un virulento estruendo de acero, las hojas se cruzaron, centelleando en azul. Por entre los filos, miradas ardientes se desafiaron, la una de un negro pétreo y la otra de un azul volcánico. El aliento silbaba entre los dientes encajados, los pies hollaban la hierba, avanzando, retrocediendo.

El de los ojos negros fintó y atacó tan rápido como una serpiente. El joven de ojos azules desvió el golpe con medio giro de su recia muñeca y su contraataque relampagueó como una nube de tormenta.

-¡Deteneos, caballeros! -Las espadas entrechocaron y un hombre corpulento apareció entre los combatientes, con un estoque enjoyado en una mano y un sombrero de tres picos en la otra.

-¡Se acabó! ¡El asunto está resuelto y el honor satisfecho! ¡Sir George está herido!

Con un ademán de impaciencia, el duelista de los ojos negros escondió detrás suyo el brazo izquierdo, del cual fluía la sangre.

-¡Apartaos! -bramó; y añadió con un juramento-: una herida... ¡un rasguño! ¡No resuelve nada! ¡No tiene importancia! ¡Un duelo debe ser a muerte!

-Así sea, apartaos, Sir Ruperto -dijo el vencedor sosegadamente aunque sus ojos eran chispas de acero-. ¡Nuestro asunto sólo puede arreglarse con la muerte!

-¡Deponed vuestros aceros, gallitos de pelea! -gruñó Sir Rupert-. ¡Os lo ordeno como magistrado! Señor médico, acercaos a echar una mirada a la herida de Sir George. Señor Jack Hollinster, envainad vuestro filo de una vez! ¡Por el cielo que no habrá un solo asesinato en este distrito, como me llamo Rupert d'Arcy!

El joven Hollinster no respondió ni obedeció la orden del colérico magistrado, pero dejó caer la punta de su espada al suelo y permaneció en silencio, con aire melancólico, contemplando al grupo de hombres con el ceño fruncido y la cabeza levemente gacha.

Sir George había vacilado, pero uno de sus padrinos le susurró unas rápidas palabras al oído y cedió de mal humor. Entregó su espada al que se había dirigido a él y se sometió a los cuidados del médico.

La formidable escena tenía un decorado desolador. Una depresión, poblada de una hierba dispersa y marchita, se extendía hasta una ancha franja de arena blanca cubierta de restos de maderas arrojadas por la marca. Más allá de la playa, el piélago gris se agitaba sin tregua, un ser inanimado sin señal de vida sobre su inhóspito seno, salvo una sola vela

suspendida en la distancia. Tierra adentro, por encima de los lúgubres páramos podían divisarse las anodinas cabañas de una aldea.

En un paisaje tan estéril y ruinoso, la aparición del color y la vida sobre aquella playa contrastaba bruscamente. El pálido sol otoñal lanzaba destellos sobre los brillantes filos, las lujosas empuñaduras, los botones de plata de los abrigos de algunos hombres, y los adornos dorados del sombrero de Sir Rupert.

Los padrinos de Sir George le ayudaban a ponerse su abrigo, mientras el padrino de Hollinster, un vigoroso joven con ropas de elaboración casera, apremiaba a éste para que se enfundara el suyo. Pero Jack, que aún sentía rencor, le apartó con un gesto. De pronto se impulsó hacia delante todavía sujetando su arma y, con una furia desmesurada, dijo:

-¡Sir George Banway, miraos a vos mismo! ¡Un rasguño en el brazo no hará desaparecer el ultraje que ya sabéis! ¡La próxima vez que nos encontremos no habrá ningún magistrado que salve vuestro hediondo pellejo!

El aristócrata se dio la vuelta impetuosamente, blasfemando. Sir Rupert gritaba sobresaltado:

-¡Señor! ¿Cómo osáis...?

Hollinster le gruñó en la cara, les dio la espalda y se marchó a zancadas, envainando la espada de un golpe. Sir George comenzó a seguirle, la sombría expresión deformada, pero su camarada volvió a decirle algo al oído señalando el mar. Banway divisó el sencillo velero que parecía estar pendiendo del cielo y asintió con fiereza.

Hollinster recorría la playa en silencio, con el sombrero en la mano y el abrigo colgando de su brazo. El gélido viento entibiaba sus cabellos sudorosos, pero no sus desbocados pensamientos.

Su padrino, Randel, le seguía sin hacer ruido. A medida que avanzaban por la playa, el entorno se hacía más salvaje y accidentado; rocas gigantescas, grises y cubiertas de musgo, se erigían a lo largo de la orilla, formando frentes abiertos en su lucha por llegar a las olas. A lo lejos, un agresivo arrecife elevaba continuamente un rumor grave.

Jack Hollinster se detuvo, encaró el mar y se puso a maldecir iracundo un buen rato. Su aturcido oyente comprendía que la culpa de sus blasfemias recaía en el hecho de que él, Hollinster, había frustrado su intento de hundir su acero hasta la empuñadura en el negro corazón de aquel canalla, aquel perro, aquel maldito bribón, ¡Sir George Banway!

-Y ahora -gruñó- sé que el muy bellaco nunca volverá a batirse conmigo en leal combate, después de haber probado mi metal, pero por Dios...

-Cálmate, Jack -el honrado Randel se sentía incómodo; era el mejor amigo de Hollinster, pero no entendía los oscuros arrebatos de ira que se apoderaban de su compañero de vez en cuando-. Tú le has vencido ampliamente y con limpieza, él se ha llevado la peor parte. Después de todo, tu no matarías a un hombre por lo que hizo él...

-¿Que no? -saltó Jack-. ¿Que no mataría a un hombre por aquella ofensa vil? Bueno, no un hombre, sino más bien un rastrero pícaro con la apariencia de un noble, ¡cuyo corazón tendré en mis manos antes de que la luna mengüe! ¿Eres consciente de que calumnió públicamente a Mary Garvin, la muchacha que yo amo? ¿De que mancilló su nombre

mientras olisqueaba una jarra de vino en la taberna? Vaya...

-Eso lo entiendo -suspiró Randel- tras haber oído todos los detalles no menos de veinte veces. Así como sé que le arrojaste un vaso de vino a la cara, tiraste al suelo de un manotazo su plato de chuletas, le volcaste una mesa encima y le propinaste dos o tres puntapiés. ¡En verdad, Jack, ya has hecho bastante para cualquier hombre! Sir George tiene importantes influencias, y tú no eres más que el hijo de un capitán de barco retirado, incluso contando con tu reconocido valor en el extranjero. Es más, después de todo, Sir George no tenía ninguna necesidad de haberse batido contigo. Bastaría con que hubiese apelado a su rango y hubiese ordenado a sus criados que te azotaran.

-Si llegase a hacerlo -dijo severamente Hollinster, chasqueando los dientes-, le habría colocado una bala en medio de esos malditos ojos negros. Dick, déjame a solas con mis desatinos. Ya sé que tú me aconsejas siempre el camino correcto, el sendero de la tolerancia y la mansedumbre. Pero yo he vivido en lugares donde la única guía y ayuda de un hombre es la espada que lleva colgada del cinto. Mi sangre es rebelde por herencia. Ahora mismo esa sangre está hirviendo inquieta a causa de ese despojo de noble. Él sabía que yo adoraba a Mary, y sin embargo se sentó allí y la ofendió en mi presencia, ¡delante de mis narices, por Júpiter!, mirándome a mí de reojo. Y todo, ¿por qué? Porque él posee tierras, títulos, tesoros, importantes influencias, familiares y sangre noble. Yo soy un pobre e hijo de un pobre, y todo lo que tengo lo llevo conmigo dentro de la vaina que me cuelga del cinturón. ¡De haber tenido Mary o yo un origen noble, el habría respetado...!

-¡Bah! -interrumpió Randel-. ¿Es qué George Banway ha respetado algo alguna vez? Se tiene bien merecida su mala reputación en la comarca. Tan sólo respeta sus propios deseos.

-Y desea a Mary -afirmó taciturno Jack-. Muy bien, tal vez se quedará con ella igual que se ha quedado con muchas doncellas de por aquí. Pero antes tendrá que matar a John Hollinster. Mira, Dick, no quisiera parecer grosero pero quizá lo mejor será que me dejes de momento. En estos instantes no soy un compañero ideal para nadie, y me vendrá bien estar a solas con el aire frío del mar para enfriar mis sentimientos.

-No irás a buscar a Sir George... -vaciló Randel-.

-Te prometo que iré en otra dirección -respondió Jack con impaciencia-. Sir George se fue a su casa a mimar su rasguño. No se dejará ver en un par de semanas.

-Pero, Jack, sus matones son de lo peor que hay. ¿No correrás peligro?

Jack sonrió con astucia.

-No hay nada que temer. Si contraataca de ese modo, será en la oscuridad de la noche, no a la luz del día.

Randel se encaminó a la aldea, meneando dubitativamente la cabeza, y Jack enderezó sus pisadas en la dirección que marcaba la línea de la playa. Cada paso le alejaba más de las zonas habitadas y le introducía en un difuso mundo de tierras y aguas inservibles. El viento se filtraba por sus ropas, cortando como un cuchillo, pero él seguía sin ponerse el abrigo. El frío halo gris del día reposaba como un sudario sobre su alma. Maldijo la tierra y el clima.

Sus pensamientos divagaron hacia las cálidas regiones del sur que había visitado en sus viajes sin rumbo. Se le apareció un rostro aniñado, sonriente, coronado de rizos dorados, cuyos ojos inspiraban un entusiasmo que superaba el calor de lunas tropicales y era capaz de transformar en agradable y acogedor hasta aquella árida región.

Pero acto seguido surgió otra cara oscura y burlona, sus ojos de un negro profundo y su malvada boca torcida con saña bajo un bigotillo negro. Jack Hollinster le maldijo con energía.

Fue interrumpido por una voz estridente.

-Joven, tus palabras resuenan como el latón y los platillos de una orquesta, llenas de miedo y furia, pero sin significar nada.

Jack se giró rápidamente, echando la mano a la empuñadura. Sobre un enorme pedrusco gris se hallaba sentado un desconocido que se puso de pie al volverse Jack, se despojó de una ancha capa negra y la sostuvo sobre el brazo.

Hollinster lo examinó con la mirada. Era de la clase de hombres que reclaman la atención para sí, e incluso algo más. Era unos centímetros más alto que Hollinster, que ya estaba muy por encima de la altura normal. En su constitución no había un solo gramo de grasa ni un exceso de carne, y sin embargo no tenía una apariencia frágil, ni siquiera era demasiado delgado. Al contrario. Sus anchos hombros, grueso pecho y esbeltos miembros indicaban fuerza, rapidez y resistencia; todo ello era indicio de su condición de espadachín, tan claramente como lo atestiguaba el sencillo estoque que colgaba de su cinto. A Jack le recordaba, más que nada, a aquellos escualidos lobos esteparios que había visto en Siberia.

Pero fue su cara lo primero que llamó y mantuvo la atención del joven. Era algo estirada, estaba afeitada cuidadosamente y tenía una inusual palidez apagada que, juntamente con el ligero hundimiento de sus mejillas, en ocasiones le añadía un aspecto cadavérico, hasta el momento en que se fijase uno en sus ojos. Tenían el fulgor de una vitalidad dinámica y enérgica, férreamente controlada. Al mirar directamente a aquellos ojos, al sentir el golpe helado del extraño poder que emitían, Jack Hollinster fue incapaz de precisar su color. Tenían el gris del hielo eterno, pero también poseían el azul frío de las simas más hondas del mar del Norte. El efecto total del semblante, con aquellas densas cejas ceñidas sobre los ojos, era claramente mefistofélico.

Su vestimenta era estricta y apropiada. Tenía un sombrero flexible, sin plumas. Estaba cubierto por completo de ropajes ajustados de tonos sombríos, sin el contraste de ningún adorno o joya. Ningún anillo ornaba sus fuertes dedos, ningún brillante refulgía en la empuñadura de su estoque, y éste tenía por funda una sencilla vaina de cuero. Sus ropas no se abrochaban con botones de plata, ni sus zapatos con hebillas brillantes.

Lo curioso era que la monotonía de su ropa contrastaba de un modo estrafalario con un ancho fajín tejido al estilo gitano que rodeaba su cintura. Estaba hecho de seda oriental trabajada a mano. Era verde claro, y de él sobresalían unas cachas de puñal y las culatas de dos pesadas pistolas.

Hollinster se quedó contemplando la extraña imagen de aquel hombre armado hasta los dientes y con tan rara indumentaria, preguntándose cómo había podido acercarse tanto. Su

aspecto le recordaba a los puritanos, pero sin embargo...

-¿Cómo habéis venido? -inquirió secamente Jack-. ¿Y cómo es que no os he visto hasta que habéis hablado?

-Vine hasta aquí igual que vienen todos los hombres honestos, joven señor -su voz era grave; volvió a enfundarse en la negra capa y se sentó otra vez en el pedrusco-, gracias a mis piernas. Y en cuanto a lo otro, los que están absortos en sus propios asuntos hasta el punto de tomar el nombre de Dios en vano, no ven a sus amigos, para su vergüenza, ni a sus enemigos, para su perjuicio.

-¿Quién sois vos?

-Me llamo Solomon Kane, joven señor, un hombre de ningún lugar, aunque en una época fui de Devon.

Jack frunció el ceño inseguro. Sin saber dónde ni cómo, el puritano había perdido del todo el inconfundible acento de Devonshire. El sonido de sus palabras bien podría haber pertenecido a cualquier zona de Inglaterra.

-¿Habéis viajado mucho, señor?

-He conducido mis pasos por muchos países lejanos.

De pronto brotó una luz en la mente de Hollinster; se quedó mirando a su extraña compañía con un avivado interés.

-¿Acaso fuisteis capitán del ejército francés una temporada, y acaso estuvisteis en...? -mencionó un nombre-

Las cejas de Kane se ensombrecieron.

-Es cierto. Fui responsable de la desbandada de hombres impíos, dicho sea para vergüenza mía, a pesar de haber sido por una causa justa. En el saqueo del pueblo que habéis mencionado, a cobijo de la causa se cometieron muchos desafueros que me helaron el corazón. Bueno, se ha retirado más de una vez la marea bajo el puente desde entonces, y algún recuerdo bochornoso he ahogado en la mar... Y hablando de la mar, chico, ¿qué conjeturas haces tú de aquel barco que aparece a intervalos desde ayer al amanecer?

-Navega demasiado lejos. No puedo conjeturar nada de él.

La sombría mirada de Kane perforó sus ojos y a Hollinster no le cupo la menor duda de que con aquella intensidad podría atravesar la distancia y distinguir el mismo nombre del barco pintado en su proa. Todo parecía posible para aquellos ojos singulares.

-A decir verdad, está levemente retirado para alcanzarlo con la vista -dijo Kane-, pero por el corte de su jarcia creo que lo conozco. Pienso que me gustaría toparme con el dueño de esa nave.

Jack no dijo nada. No había ningún puerto en los alrededores, pero con tiempo tranquilo, un barco podía navegar pegado a la costa y fondear en el límite del arrecife. El barco probablemente pasaba contrabando. Constantemente tenía lugar un gran volumen de tráfico ilícito por aquella abandonada costa a la que rara vez se acercaban los agentes de aduanas.

-¿Alguna vez has oído hablar de Jonas Hardraker, cuyos hombres llaman el Halcón del Mar?

Hollinster se sobresaltó. Aquel espantoso nombre era bien conocido en todas las costas del mundo civilizado, y en muchas de las no civilizadas, pues el hombre que lo ostentaba lo había hecho temible y aborrecido en muchos mares. Jack intentó descifrar el rostro del extraño, pero aquellos melancólicos ojos eran inescrutables.

-¿Ese pirata mal nacido? Lo último que oí de él fue que estaba navegando por el Caribe. Kane asintió.

-Las mentiras son capaces de adelantar a un navío veloz. El Halcón del Mar navega por donde se halla su barco, y esto sólo su señor Satán lo sabe.

Se puso en pie, arrebujándose más aún en la capa.

-El Señor ha guiado mis pasos hasta muchos lugares insólitos, y por muchos senderos asombrosos -dijo sombríamente-. Algunos eran virtuosos y muchos eran pecaminosos; algunas veces daba la impresión de errar sin rumbo ni destino, mas siempre descubría un buen motivo para ello si lo buscaba con tesón. Y escucha bien lo que te digo, chico: después de las hogueras del averno, no existe fuego más caliente que la llama azul de la venganza, que calcina el corazón del hombre día y noche sin parar hasta que él lo apaga con sangre.

“En el pasado he cumplido con mi deber de aliviar de sus vidas a muchos hombres malvados... El Señor es mi cayado y mi guía, al fin y al cabo; ojalá El haya arrojado mi enemigo a mis manos.”

Diciendo esto, Kane se alejó con movimientos felinos, mientras Hollinster se quedaba mirándole perplejo.

II. Alguien llega en la noche.

Jack Hollinster despertó de un sueño atormentado. Se incorporó en la cama y contempló lo que le rodeaba. La luna aún no se había alzado, pero en la ventana de su cuarto se dibujaba la figura de una cabeza y un par de anchos hombros a la luz de las estrellas. Como el siseo de una serpiente, le llegó un “shhh” de aviso.

Deslizándose la espada fuera de su funda, se levantó y se aproximó a la ventana. Una faz barbuda con dos ojos que parecían chispas le contemplaba desde el exterior; aquel hombre jadeaba.

-Trae tu espada, chico, y sígueme -apremió a Jack en voz baja-. ¡La ha cogido!

-¿Qué pasa? ¿Quién ha cogido a quién?

-¡Sir Yor! -Un escalofrío recorrió la espalda de Jack-. El mandó ella ‘apel con tu nombre, pedirla venir a las Rocas, sus secuaces atraparón ella y...

-¿Mary Garvin?

-¡Tan cierto como la vida misma, amo!

La estancia se le echó encima a Jack. Él había previsto ser atacado, pero no se le había pasado por la cabeza que la villanía natural de Sir George fuese tan grande de raptar a una muchacha indefensa.

-Maldita sea su negra alma -gruñó para sí mientras daba un tirón a sus ropas-. ¿Dónde está ahora?

-Llevaron ella a casa Sir Yor, señor.

-¿Y tú quién eres?

-Sólo soy pobre Sam que atiende cuadra para taberna, señor. Yo ver ellos coger ella.

Ya vestido y con la espada desnuda en la mano, Hollinster saltó por la ventana.

-Te lo agradezco, Sam. Si sigo vivo, recordaré esto.

Sam sonrió de oreja a oreja, mostrando sus amarillentos colmillos, y respondió:

-Iré con ellos, amo; tengo algunas cuentas que arreglar con Sir Yor.-Estaba blandiendo una impresionante cachiporra-.

-Pues entonces, ven. Vamos derechos a la morada del canalla.

La antigua mansión de Sir George Banway, donde vivía con sólo unos cuantos sirvientes de semblante maligno y varios compinches peores incluso, se levantaba a tres kilómetros de la aldea, pegada a la playa, pero en la dirección opuesta a la emprendida por Jack en su paseo del día anterior. Se contaban muchas historias escandalosas de aquella enorme mole amenazadora. Se hallaba algo deteriorada y sus partes de madera estaban holladas por el tiempo. De los aldeanos, sólo los que eran bastante granujas para disfrutar de la confianza del propietario habían puesto el pie en su interior. No tenía muro que la rodeara; únicamente había unos setos descuidados y unos pocos árboles esparcidos aquí y allá. Tras la casa se extendían los páramos y frente a ella se observaba una franja arenosa de playa de unas doscientas yardas de ancho que la separaba del rompiente. Las rocas que se erigían ante la casa, en la orilla, eran anormalmente escarpadas y áridas. Se comentaba que existían cavernas asombrosas entre ellas, pero nadie lo sabía con exactitud, debido a que Sir George consideraba de su propiedad aquel trozo de playa en concreto, y había adquirido la costumbre de ejercitar su mosquetón con los individuos que curioseaban por él.

Ni una luz asomaba en la casa cuando Jack Hollinster y su extraño compañero atravesaron el malsano páramo. Una fina bruma había ocultado la mayor parte de las estrellas. A través de ella, el oscuro edificio se elevaba tenebroso, rodeado por deformados fantasmas que eran árboles y setos. Todo lo que estaba de la parte del mar se encontraba cubierto por una mortaja gris, pero en una ocasión a Jack le pareció oír el martilleo apagado de una cadena de amarre. Se preguntó si un barco podría fondear pegado a la temible línea de cachones. El brumoso mar gemía de continuo como si fuera un monstruo dormido que no despierta.

-¡El gallina, señor -susurró Sam-, tendrá brillos apagados, pero estar allí, da igual!

Avanzaron silenciosamente hacia la lóbrega mansión. Jack se percató asombrado de la

aparente ausencia de guardias. ¿Acaso Sir George estaba tan seguro de sí mismo que no se había molestado en poner centinelas? ¿O éstos se habían dormido faltando a su deber? Tanteó una ventana con cautela. Las contraventanas eran macizas pero se abrieron con sorprendente facilidad. Mientras esto ocurría, un relámpago de sospecha cruzó su mente, ¡todo era demasiado fácil! Se dio la vuelta justo a tiempo de ver bajar la cachiporra en la mano de Sam. No tuvo ni un segundo para golpear o esquivar. Sin embargo, en aquella imagen fugaz pudo advertir el brillo de triunfo en los rutilantes ojillos. Después, el mundo se le resquebrajó encima y todo fue absoluta negrura.

III. Esta noche la muerte hace su ronda.

Lentamente, Jack Hollinster regresó al mundo consciente. Sus ojos estaban cegados por un resplandor rojo. Pestañeó varias veces. La cabeza le retumbaba y fijar la vista le dolía. Cerró los ojos con la esperanza de apaciguar el tormento, pero el inexorable fulgor le atravesaba las pestañas hasta parecerle que llegaba a su palpitante cerebro. Una mezcla confusa de voces le molestaba en los oídos. Trató de llevarse la mano a la cabeza pero fue incapaz de revolverse. Entonces volvió a sentir la irrupción del dolor y se despertó por completo, sintiéndose enfermo.

Estaba atado de pies y manos, echado en un suelo sucio y oscuro. Se encontraba en una amplia bodega, llena hasta el techo de vasijas, toneles achaparrados y barriles negros de aspecto pegajoso. El techo, situado a una considerable altura, estaba reforzado con planchas de roble. De una de las planchas pendía un farol que emitía aquella luminosidad tan dañina para sus ojos. La bodega quedaba iluminada, pero en sus esquinas oscilaban las sombras. Unas escaleras de piedra subían desde el piso a una galería sin iluminar que llevaba a otro lugar.

Había muchos hombres en aquel sótano. Jack reconoció el sombrío y burlón semblante de Banway, la faz de Sam, enrojecida por el alcohol, y a dos o tres matones que repartían su tiempo entre la mansión de Sir George y la taberna. Al resto, unos diez o doce hombres, no los conocía. No había duda de que eran marineros: fornidos, con mucho pelo, con pendientes en las orejas y en la nariz, y vestidos con calzones embreados. Pero sus vestiduras eran estrafalarias y grotescas. Algunos tenían pañoletas de colorines atadas a la cabeza, y todos estaban armados hasta los dientes. Saltaban a la vista sus alfanjes de anchas guardas de latón, sus puñales enjoyados y sus pistolas cinceladas en plata. Jugaban a los dados, bebían y soltaban terribles improperios, mientras la luz del farol hacía brillar sus ojos.

¡Piratas! Aquellos no eran honestos marinos, con ese violento contraste de lujo y bellaquería. Vestían pantalones embreados y camisolas de marino, pero unas fajas de seda envolvían sus cinturas; no llevaban medias, pero muchos calzaban zapatos de hebillas plateadas y adornaban sus dedos con anillos de oro macizo. Enormes gemas pendían de más de un arete de oro clavado en sus orejas. No había un solo cuchillo de noble marinero entre sus armas, sino costosas dagas españolas e italianas. Su aspecto discordante, sus fieros rostros, sus modales groseros los marcaban con el sello de sus vergonzosos negocios.

Jack pensó en el barco que había visto antes del atardecer y en el traqueteo del anda en medio de la niebla. De improviso acudió a su mente aquel extraño personaje, Kane, y se sorprendió de sus palabras. ¿Sabía él que aquel barco era pirata? ¿Qué relación tenía con aquellos salvajes? ¿Ocultaba con su puritanismo siniestras actividades?

El que jugaba a los dados con Sir George se volvió de repente hacia el prisionero. Era un hombre alto, esbelto, ancho de hombros... Jack sintió cómo su corazón daba un brinco. Al punto se desengañó. A primera vista había creído que aquel hombre era Kane, pero luego advirtió que el bucanero, a pesar de asemejarse al puritano en la constitución física, era su antítesis en todo lo demás. Su ropa era escasa pero llamativa, retocada con una faja de seda, hebillas de plata y borlas doradas. Su grueso cinturón estaba erizado de empuñaduras y culatas enjovadas. Un largo estoque con artesanía de oro y gemas le colgaba de un rico tahalí. En cada fino pendiente centelleaba un rubí rojo cuyo fulgor carmesí contrastaba con la sombría faz.

Su rostro era enjuto, halconado y cruel. Un sombrero de tres picos le coronaba la alta y estrecha frente, encasquetado hasta unas cejas ralas sobre las que asomaba una vistosa pañoleta para el pelo. En la penumbra del sombrero, dos ojos danzaban osados, alternando chispas con sombras. El pico afilado que tenía por nariz se encorbaba sobre la fina cuchillada que tenía por boca, y sobre sus cruentos labios mostraba un lacio bigotillo como los que llevaban los mandarines Manchúes.

-¡Jo, jo; mira, George, nuestro huésped se ha despertado! -gritó el pirata soltando una carcajada maliciosa-. Por Zeus, Sam, creí que le habías dado su ración final. Tiene la mollera más dura de lo que pensaba.

La horda de piratas interrumpió sus pasatiempos y empezó a contemplar a Jack con curiosidad o burlándose de él. El rostro de Sir George se oscureció; sus palabras se dirigieron a Jack, mientras señalaba su brazo izquierdo con el vendaje asomando entre los jirones de la manga.

-Dijiste la verdad, Hollinster, cuando afirmaste que en nuestro próximo encuentro no intervendría magistrado alguno. Sólo que ahora creo que es tu asqueroso pellejo el que sufre.

-¡¡Jack!!

La agonizante voz dolió como un corte de cuchillo, más hondo que los sarcasmos de Banway. Jack, con la sangre convertida en hielo, trató desesperadamente de liberarse; estirando el cuello captó una imagen que por poco detuvo su corazón. Había una muchacha atada a un enorme aro que salía de un pilar de madera. Estaba arrodillada en el repugnante suelo, e intentaba inútilmente llegar a él; tenía el rostro pálido, los ojos dilatados por el miedo, los cabellos dorados en desorden...

-¡Mary... oh, Dios mío! -las palabras salieron como un estallido de los angustiados labios de Jack. Un bestial estruendo de risotadas fue el acompañamiento de su desgarrado alarido-

-¡Un trago a la salud de la pareja enamorada! -tronó la voz del alto capitán pirata, que elevaba su espumeante jarra-. ¡Bebed por los enamorados, chicos! Se me antoja que a él le estorba nuestra compañía. ¿Te gustaría estar a solas con la mocita, muchacho?

-¡Canalla del demonio! -aulló Jack, logrando incorporarse sobre sus rodillas con un esfuerzo sobrehumano-. ¡Cobardes todos, traidores, miserables, desalmados! ¡Dioses del averno, ojalá tuviera las manos libres! ¡Soltadme y sabréis todos cómo lucha un hombre! ¡Soltadme, os digo, y me arrojaré a vuestras viles gargantas con las manos desnudas! ¡Qué se me condene por mi cobardía y por mi tibieza, si no amontoño tantos cadáveres como perros hay aquí dentro!

-¡Por Judas! -exclamó uno de los bucaneros-. ¡El chico tiene agallas todavía! ¡Y qué pico de oro, por mis barbas de marino! ¡Qué me aspen, capitán, si no...!

-A callar -cortó Sir George secamente, pues su odio le comía por dentro como un animal vivo-. Hollinster, estás malgastando energías. Ahora sí que no voy a luchar contra ti con el acero nada más. Tuviste tu oportunidad y la desaprovechaste. Esta vez voy a combatir contigo usando armas más apropiadas a tu rango y posición. Nadie sabe dónde has ido ni nadie lo sabrá nunca. Mejores cuerpos que el tuyo han quedado ocultos por las aguas del mar, y otros mejores aún serán ocultados después de que tus huesos se conviertan en lodo en su fondo. En cuanto a ti -se volvió hacia la horrorizada muchacha, que gemía pidiendo compasión-, morarás conmigo un tiempo. En este mismo sótano, tal vez. Y cuando me haya cansado de ti...

-Más vale que te hayas cansado de ella para cuando yo vuelva, dentro de dos meses - interrumpió el capitán pirata con cierta jovialidad maliciosa-. Si en este viaje he de transportar un cadáver, que por Satán es un cargamento engorroso, en el próximo tengo que llevar un pasajero más agradable.

Sir George sonrió con acritud.

-Así sea -respondió-. Dentro de dos meses, es tuya... a menos que muera antes por casualidad. Partirás antes del amanecer con los despojos que deje de Hollinster envueltos en una lona, y los arrojarás al mar lo suficientemente lejos para que nunca lleguen a la orilla. Eso queda claro... después, dentro de dos meses, puedes volver por la chica.

A Jack se le encogía el corazón de oír los aterradores planes.

-Mary, amor mío -dijo con un hilo de voz-, ¿cómo viniste a parar aquí?

-Un hombre me trajo una misiva -respondió ella susurrando, demasiado atenazada por el terror para hablar más alto-. La letra se parecía a la tuya, y tenía tu firma. Decía que estabas herido, y me instaba a verte en las Rocas. Allí fui; estos hombres me atraparon y me trajeron a cuestras a través de un largo túnel.

-¡O' lo dihe, aamo! -gritaba el hirsuto Sam, recreándose en sus palabras-. ¡Confíe en vieho Sam para engañarle! ¡Vino como corderito! ¡Vaya, fue un truco formidable... para un formidable estúpido!

-Amarra el barco -sonó la voz elevada de un pirata enjuto y taciturno; se notaba que era el primer oficial-; es muy arriesgado lo que hacemos para deshacernos de nuestra presa. ¿Qué ocurre si encuentran a la chica aquí y nos delata? ¿Dónde hallaríamos un mercado a este lado del Canal para el botín que logremos en el mar del Norte?

Sir George y el capitán soltaron una carcajada.

-Tómatelo con calma, Allardine. Siempre fuiste un bribón melancólico. Pensarán que la mocita y el chaval se fugaron juntos. Al padre de ella no le cae bien él, según dice George. Ningún aldeano volverá a ver o a oír a ninguno de los dos jamás, y a nadie se le ocurrirá mirar por aquí. Estás desanimado porque estás lejos de la mar. Mi leal compañero, ¿acaso no hemos atravesado el Canal antes, voto a bríos, y no hemos robado mercantes enteros en el Báltico, ante las mismísimas narices de los buques de guerra?

-Puede ser -rumió Allardine-, pero me sentiré más seguro con estas aguas bien lejos a mis espaldas. Ya han pasado los días de la Hermandad por estos lares. El Caribe es mejor para nosotros. Intuyo que se acerca la desgracia. La muerte se cierne sobre nosotros como una tormenta, y no veo ningún canal que atravesar.

Los piratas se retorcieron con inquietud.

-Agorero, ésas son palabras aciagas -clamó uno-.

-El fondo del mar sí que es un aciago lecho -respondió otro-.

-¡Alegría! -rió el capitán, palmeando ruidosamente la espalda de su deprimido colega- ¡Bebed un trago de ron por la novia! Puede ser un mal amarradero, o el Muelle de Ejecución, pero hasta ahora hemos sabido navegar a barlovento de él. ¡Bebed por la novia! La novia de George y mía... aunque la picaruela no parece muy contenta...

-¡Quietos! -Allardine levantó la cabeza para escuchar mejor-. ¿No habéis oído un grito sofocado ahí arriba?

Se hizo el silencio. Las miradas se volvieron hacia la escalera mientras los dedos tanteaban las hojas de acero con sigilo. El capitán alzó sus musculosos hombros con impaciencia.

-Yo no oigo nada.

-Yo sí. Un grito y un cuerpo que se desplomaba... Te lo aseguro. Esta noche la muerte hace su ronda...

-Allardine -dijo el capitán con energía controlada, mientras golpeaba el cuello de una botella-, te has convertido en una vieja y te sobresaltas por sombras, a decir verdad. ¡Aprende de mi valor! ¿Alguna vez me ves inquieto por el miedo o las preocupaciones?

-Sería mejor que fueras con más cautela -respondió el abatido pirata con voz apesadumbrada-. Arriesgando tu piel hasta el límite noche y día... y con un lobo humano tras tu pista día y noche... ¿Has olvidado la promesa que te hicieron hace casi dos años?

-¡Bah! -rió el capitán, llevándose la botella a los labios-. E rastro es demasiado largo incluso para...

Una sombra negra cruzó su rostro y la botella resbaló de sus dedos para hacerse añicos en el suelo. Como alcanzado por un presagio, el pirata perdió el color y se volvió lentamente. Todos buscaron con la vista las escaleras de piedra que descendían hasta el sótano. Nadie había oído abrirse o cerrarse una puerta, pero allí, en los escalones, había un hombre alto, vestido todo de negro excepto un fajín verde que llevaba a la cintura. Bajo espesas cejas negras, desde la penumbra de un sombrero de puritano, dos frías pupilas brillaban como hielo ardiente. Cada mano sostenía una pesada pistola, ya amartillada. ¡Solomon Kane!

IV. La llama se apaga.

-¡No te muevas, Jonas Hardraker! -dijo Kane con voz inexpresiva-. ¡No te vuelvas, Ben Allardine! ¡George Banway. John Harker, Mike el Negro, Bristol Tom, las manos quietas delante vuestro! ¡Qué nadie toque espada o pistola, a menos que quiera llegar rápido al infierno!

Había casi veinte hombres en aquel sótano, pero en aquellos cañones esperaba la muerte segura de dos de ellos, y ninguno quería ser el primero en morir. De modo que nadie se movió. Sólo Allardine, con la tez del color de la nieve sobre una mortaja, habló con dificultad.

-¡Kane! ¡Lo sabía! ¡La muerte habita el aire cuando él está cerca! ¡Te lo dije hace casi dos años, Jonas, cuando él te dio su palabra, y tú te carcajaste! ¡Te dije que él vendría como una sombra y mataría como un espíritu! ¡Los indios salvajes de las nuevas tierras no son nada comparados con su astucia! ¡Dioses, Jonas, deberías haberme escuchado!

La tenebrosa mirada de Kane le hizo callar.

-Me recuerdas al viejo Ben Allardine. Tú me conocías antes de que la hermandad de bucaneros se transformara en una indeseable banda de sanguinarios piratas. Yo tenía negocios con tu anterior capitán, como ambos recordamos, en las Tortugas y en el Cuerno. Era un hombre realmente malvado, a quien el fuego del infierno habrá devorado sin duda... a lo cual le ayudé con una bala de mosquete.

“En cuanto a mi astucia... es verdad que he vivido en Darien y he aprendido algo de las artes del sigilo, la vida en la naturaleza y la estrategia, pero tus leales piratas dan las facilidades del ganado para acercarse a ellos sin ser visto. Los que montan guardia en el exterior de la casa no me vieron porque me acerqué silenciosamente a través de la densa niebla, y el intrépido pirata que vigilaba la puerta del sótano armado de espada y mosquete no supo que yo había entrado en la casa; murió en el acto con sólo un corto chillido, como un animal de matadero.”

Hardraker estalló en juramentos furiosos.

-¿Qué haces tú aquí? -preguntó-.

Solomon Kane le dedicó una mirada que helaba la sangre por su inflexible certidumbre de perdición.

-Algunos de tus hombres me conocen ya de antiguo, Jonas Hardraker, a quien llaman el Halcón del Mar -la voz de Kane era monótona, pero había una profunda ira tras ella-. Y bien sabes tú por qué te he seguido desde el mar a Portugal, y de Portugal a Inglaterra. Hace dos años hundiste un barco en el Caribe, ‘El Corazón Volador’, de Dover. En él iba una jovencita, la hija de... bueno, no importa el nombre. Tú te acuerdas de ella. El anciano, su padre, era amigo íntimo mío, y muchas veces, antaño, había tenido yo sobre mis rodillas a su hija cuando era una niña... la niña que creció para ser despedazada por tus malévolas manos, puñetero perro. Cuando el barco se rindió, aquella doncella cayó en tus garras y murió al poco tiempo. La muerte fue más amable con ella que tú. Su padre,

que supo su destino por los supervivientes de la masacre, enloqueció y hasta hoy sigue en tal estado. Ella no tenía hermanos, no tenía a nadie excepto al anciano. Nadie podía vengarla...

-¿Excepto tú, Sir Galahad? -se burló el Halcón del Mar-

-¡Sí, yo, maldito cerdo del demonio! -rugió Kane sorprendentemente. El estruendo de su poderosa voz casi hizo pedazos los tímpanos de los endurecidos bucaneros, que se sobresaltaron y empalidecieron. Nada es más impresionante ni más terrible que ver a un hombre de nervios de acero y rígido autocontrol quebrantar de repente su propio límite e inflamarse en una explosión arrolladora de furia asesina. Por un fugaz instante, mientras se oía el trueno de su voz, Kane era la aterradora imagen de la cólera personificada. Pero enseguida amainó la tormenta y él volvió a ser el que era... frío como el acero, mortal como la cobra-

Un negro cañón apuntó al centro del pecho de Hardraker, y el otro acechaba al resto de la banda.

-Ponte en paz con Dios, pirata -dijo Kane monótonamente-, pues dentro de un momento será demasiado tarde.

Por primera vez, el pirata se acobardó.

-Gran Dios -sus palabras salían casi sin voz, mientras el sudor empapaba sus cejas-, ¿me vas a matar como a un perro, sin darme una oportunidad?

-Eso es, Jonas Hardraker -contestó Kane, sin temblarle la voz ni el pulso-. Y mi corazón se alegrará. ¿No has cometido tú todos los crímenes habidos y por haber? ¿Acaso no eres un hedor que molesta al olfato de Dios y no representas un borrón en los libros de los hombres? ¿Alguna vez te has apiadado de los débiles o de los desamparados? ¿Te acobardas ante tu destino, miserable gallina?

Haciendo un esfuerzo ingente, el pirata recobró la calma.

-Pues no me acobardo. Pero tú si que eres un cobarde.

Una nube amenazadora cruzó la fría mirada. Kane parecía estar replegándose sobre si mismo, apartándose más todavía del contacto humano. Se mantuvo inmóvil en la escalera, como un meditabundo ser no humano... como un gigantesco cóndor negro a punto de arremeter y matar.

-Eres un cobarde -continuó el pirata, dándose perfecta cuenta, puesto que no era tonto, de que había puesto el dedo en la única fisura del blindaje de Kane: la vanidad. A pesar de que nunca presumía, Kane se enorgullecía del hecho de que dijeran lo que dijeran sus muchos enemigos de él, ninguno le había llamado cobarde nunca-

-Tal vez merezco morir a sangre fría -siguió diciendo el pirata, clavando su mirada en él -, pero si no me das la oportunidad de defenderme, todos te llamarán miedoso.

-La alabanza o la condena del hombre es vanidad -dijo Kane sombríamente-. Y los hombres saben si soy cobarde o no.

-¡Pero yo no! -chilló Hardraker con satisfacción-. Y en cuanto me dispaes, marcharé hacia la eternidad sabiendo que eres un pusilánime, ¡a pesar de lo que los hombres piensen

o digan de ti!

Después de todo, Kane, a pesar de ser un fanático, también era humano. Trató de obligarse a sí mismo a creer que no le preocupaba lo que aquel desgraciado dijera o pensara, pero en el fondo sabía que era tan honda su autoestima como hombre valiente que si aquel pirata moría con una mueca de desdén en los labios, él sentiría el aguijón el resto de su vida. Asintió con severidad.

-Así sea. Tendrás tu oportunidad, aunque el Señor sabe que no la mereces. Elige tus armas.

El Halcón del Mar entrecerró los ojos. La habilidad de Kane con la espada era proverbial entre los proscritos y los piratas que recorrían el mundo entero. Con las pistolas él, Hardraker, no tendría ocasión de poner en práctica ningún truco sucio ni de usar su hercúlea fuerza.

-¡Cuchillos! -dijo chasqueando los dientes.

Kane le contempló durante unos momentos con aire abatido, sin que su pistola vacilara; finalmente, una sonrisa contenida se abrió en su oscuro semblante.

-Bastante buena elección; los cuchillos no son armas de caballeros..., pero con uno se puede poner fin al asunto de una forma que no sea rápida ni inocua.

Se volvió hacia los piratas.

-Tirad al suelo vuestras armas -ordenó. Obedecieron de mala gana.

-Ahora soltad a la chica y al joven. -Así lo hicieron. Jack estiró sus miembros entumecidos, y se palpó la herida de su cabeza, cubierta de sangre seca. Cogió en sus brazos a Mary, que no paraba de lloriquear-.

-Que la chica se vaya -susurró, pero Solomon negó con la cabeza-.

-Nunca podría escapar de los guardias del exterior.

Kane le hizo señas a Jack para que se quedara en la mitad de las escaleras, con Mary tras él. Le entregó a Hollinster las pistolas y se despojó de su cinturón y de su chaqueta con presteza. Después, los depositó en el escalón más bajo. Hardraker estaba apartando a un lado sus numerosas armas y ya se había quedado en calzones.

-Vigíalos a todos -insistió Kane-. Yo me cuidaré del Halcón del Mar. Si algún otro mueve la mano hacia algún arma, dispara en el acto y al corazón. Si caigo, huye por las escaleras con la chica. ¡Pero mi mente arde con la llama azul de la venganza, y no caeré!

Los dos hombres se aproximaron el uno al otro, Kane a cabeza descubierta y en camisa, Hardraker aún luciendo su pañoleta pero desnudo hasta la cintura. El pirata iba armado con una larga daga turca que sostenía apuntando hacia arriba. Kane blandía un puñal delante suyo como se dispone un estoque. Luchadores experimentados, ninguno apuntaba con su arma hacia abajo según el estilo clásico, lo cual es poco diestro y tosco, salvo en casos especiales.

Iluminada por el apartado farol del techo, se ofrecía una extraña escena de pesadilla; el pálido joven junto a la chica acurrucada detrás de él en las escaleras, los fieros rostros

alineados en torno a las paredes, pupilas titilando con intensidad brutal... los destellos de los filos color azul mate... las espigadas siluetas del centro, rodeándose la una a la otra a medida que sus sombras acompañaban sus movimientos, cambiando de postura y de lugar según avanzaban o cedían terreno.

-Acércate y lucha, puritano -se burlaba el pirata, a pesar de retroceder ante el avance firme y precavido de Kane-. ¡Piensa en la mocita, meapilas!

-Ya pienso en ella, hez del purgatorio -contestó Kane-. Existen muchos fuegos, basura, algunos más potentes que otros -¡con qué fatal temblor relucían las hojas a la luz del farol!-, pero, excepto los fuegos del infierno... todos ellos... pueden apagarse... con... ¡sangre!

Y Kane atacó igual que salta un lobo. Hardraker paró la estocada directa y, brincando al frente, golpeó hacia arriba. La punta de Kane rechazó la acometida de la hoja. Empleando sus músculos a modo de resorte, el pirata reculó fuera del alcance de Kane. Este dio inicio a una despiadada oleada de tajos; él siempre era el atacante en todos los combates. Acosaba como una centella la cara y el cuerpo de su oponente, y por unos momentos el pirata tuvo bastante con neutralizar los raudos ataques para lanzar uno él mismo. Aquello no podía durar; una pelea a cuchillo necesariamente es breve y mortal. La naturaleza del arma evita cualquier demostración duradera de pericia en la esgrima.

De improviso Hardraker, aprovechando una oportunidad, atrapó la muñeca armada de Kane asiéndola con fuerza, y al mismo tiempo arremetió con saña contra su vientre. Kane, corriendo el riesgo de quedar malherido en la mano, agarró por la muñeca el brazo asesino de su adversario y detuvo la punta de la daga a un centímetro de su cuerpo. Durante unos momentos, ambos se quedaron como estatuas indagando los ojos del enemigo, empleando toda su fuerza.

Kane no se preocupaba por su estilo de lucha. Había preferido confiar en aquellos modos que traían una muerte más veloz... el estilo abierto, los brincos de ataque y defensa, el asalto y el quite, cuando se dependía de la propia agilidad de manos, pies y ojos, y se propiciaban las estocadas amplias. Pero si tenía que convertirse en una prueba de fuerza... ¡qué así fuera!

Hardraker ya había comenzado a vacilar. Nunca se había topado con un hombre que se le pudiera equiparar en fuerza bruta, pero en aquel momento le era imposible hacer ceder al puritano. Concentró toda su fuerza, que era descomunal, en sus muñecas y sus musculosas piernas. Kane había invertido la postura de su cuchillo para salvar la situación. En el primer agarrón, Hardraker había forzado a la mano de Kane a apuntar su cuchillo hacia lo alto. En aquellos momentos Solomon sostenía su puñal sobre el pecho del pirata, apuntando hacia abajo. Su objetivo era vencer la resistencia de la mano que sujetaba su muñeca hasta alcanzar con su arma el cuerpo de Hardraker. El Halcón del Mar tenía su daga bajada, enfilada hacia arriba; quería superar la defensa de la izquierda de Kane para abrirse paso hacia su vientre.

Así estaban el uno frente al otro, en tensión, hasta el punto de que sus músculos se endurecieron en nudos torturados por todo su cuerpo, y el sudor les brotó de la frente. Las venas se hincharon en las sienes de Hardraker. Entre el público sólo se oían respiraciones siseantes.

Por un instante estuvieron empatados. Entonces, lento pero inexorable, Kane fue obligando a Hardraker a ceder. Las manos apretadas de los dos no cambiaron sus posiciones relativas, pero el cuerpo del pirata comenzó a tambalearse. Los finos labios del malhechor se hendieron en una sonrisa de esfuerzo sobrehumano en la que no había alegría alguna. Su rostro era una calavera sonriente y los ojos se le salían de las órbitas. Implacable como la Dama de la Guadaña, la mayor fuerza de Kane se iba imponiendo. El Halcón del Mar se inclinaba poco a poco como un árbol cuyas raíces han sido levantadas y se desploma lentamente. La respiración le salía en silbidos entrecortados a causa de su denodada lucha por encontrar la resistencia suficiente, por recuperar el terreno perdido. Pero, centímetro a centímetro, retrocedía y perdía estabilidad hasta que, tras lo que parecieron horas, su espalda se apretó contra la parte superior de una mesa y Kane apareció sobre él como el emisario de la muerte.

Hardraker aún sostenía su daga, su mano izquierda todavía sujetaba la muñeca de Kane. Pero Kane, manteniendo a distancia la punta del puñal con su izquierda, dio inicio al descenso de su arma. Las venas sobresalieron de las sienes de Kane por el esfuerzo. Lentamente, igual que había obligado al Halcón del Mar a tenderse sobre la mesa, compelió su puñal a bajar. Los músculos del brazo del pirata se encogían y se estiraban como cables de acero, pero el puñal seguía su paulatina bajada. De vez en cuando el Halcón del Mar conseguía detener momentáneamente su marcha inexorable, pero en ningún instante lograba hacerlo retroceder ni un milímetro. Forcejeó a la desesperada con su mano derecha, que aún blandía la daga turca, pero la condenada mano de Kane la sujetaba como una prensa de acero.

Por fin el implacable puñal estuvo a un centímetro del pecho del pirata, que respiraba con rapidez, y la mirada fría de Kane se asemejaba al helor del metal azulado. A menos de un centímetro de aquel podrido corazón, el extremo puntiagudo se paró, controlado por la desesperación del réprobo. ¿Qué estaban viendo aquellas dilatadas pupilas? Tenían una expresión vidriosa, de lejanía, aunque estaban clavadas en la punta, como si el centro del universo se hallara ante ellas. Pero, ¿qué más veían?... ¿Barcos que se hundían, engullidos por el oscuro océano? ¿Ciudades costeras iluminadas por llamas rojas, con mujeres chillando y oscuras figuras atravesando su resplandor sangriento? ¿Aguas negras, encrespadas por los vientos y alumbradas por el fucilazo del cielo ultrajado? ¿Humo, fuego y minas... negras siluetas bamboleándose en las vergas... figuras debatiéndose al caer de una plancha tendida sobre la borda... una blanca imagen de niña cuyos pálidos labios musitaban desesperadas súplicas?

De la garganta de Hardraker brotó un terrorífico alarido. La mano de Kane dio un bandazo hacia abajo... la punta del puñal se sumergió en el pecho. Mary Garvin se dio la vuelta, apretando su cara contra la húmeda pared para no ver... tapándose los oídos para no oír.

Hardraker dejó caer su daga. Intentó liberar su mano derecha para apartar el cruel puñal, pero Kane le sujetó. Sin embargo, el boqueante pirata seguía sin soltar la muñeca de Kane. Se agarró a ella, manteniendo a raya a la muerte hasta el último extremo, pero Kane introdujo el puñal en su corazón... centímetro a centímetro. La imagen hizo brotar el sudor de las cejas de los presentes; Kane ni pestañeaba. Él también estaba pensando en una cubierta llena de sangre y en una débil muchacha que imploraba compasión en vano.

Los chillidos de Hardraker se elevaron hasta el límite, convertidos en un berrido

estremecedor; no eran los gritos de un cobarde temeroso de la oscuridad, sino el aullido ciego e inconsciente de un hombre agonizando. La empuñadura del cuchillo estaba a punto de tocar el pecho cuando los gritos se tomaron en un terrible gorgoteo ahogado antes de cesar por completo. La sangre manó de la boca lívida y la muñeca que sujetaba Kane colgó flácida. Sólo entonces se desplomaron los dedos que asían la muñeca de Kane, relajados por la muerte que tan frenéticamente habían tratado de esquivar.

El silencio lo cubrió todo como un sudario blanco. Kane desclavó su puñal de un tirón y un borbotón de sangre fluyó del lugar donde había estado, agotándose en seguida. El puritano lanzó varios tajos al aire mecánicamente para quitar las gotas rojas que se aferraban al filo. Al resplandecer a la luz del farol, a Jack Hollinster le pareció que refulgía como una llama azul... una llama que habían apagado bañándola en escarlata.

Kane estiró la mano y cogió su estoque. Hollinster, saliendo al instante de su aturdimiento, vio a Sam apuntando a traición al puritano con una pistola. Verlo y actuar fue todo uno. Al oír el estruendo del disparo de Jack, Sam gritó y se levantó espantado, lanzando su pistola por los aires. Había estado agazapado justo bajo el farol. Mientras braceaba en medio de su agonía, el cañón de su arma golpeó el farol y lo hizo añicos, sumergiendo todo el sótano en una negrura instantánea.

La oscuridad irrumpió en ruidos estridentes y blasfemos. Volaron las vasijas, los hombres se arrojaron unos sobre otros soltando maldiciones, las espadas chocaron y las pistolas retumbaron mientras los piratas las encontraban palpando a ciegas y disparaban al azar. Alguien aulló de dolor cuando uno de aquellos proyectiles invisibles encontró un blanco. Jack tiraba de la chica hacia arriba de las escaleras. Resbaló y trastabilló, pero al final llegó a la puerta y la abrió. Un débil resplandor que atravesó la abertura le permitió distinguir a un hombre pegado a su espalda y una difusa riada de figuras trepando a gatas por los peldaños inferiores.

Hollinster se giró, con la pistola que le quedaba apuntando en la dirección de la escalera, y escuchó la voz de Kane:

-Soy yo, Kane, joven señor. Afuera, rápido, con vuestra dama.

Hollinster le obedeció y Kane, cruzando la puerta tras él, se volvió y la cerró en las narices de la horda que subía desde las tinieblas. Corrió el pesado cerrojo y se echó hacia atrás. Al otro lado resonaban chillidos apagados, golpeteos y disparos, y en algunos puntos de la puerta la madera saltaba en astillas por las balas que se hincaban por el otro lado. Pero ningún balazo atravesó por completo la gruesa plancha de madera.

-¿Y ahora qué? -le preguntó Jack al espigado puritano. Se dio cuenta por primera vez del extraño bulto que se hallaba a sus pies, el cadáver de un pirata con pendiente y faja de colores, con su espada y su mosquetón tirados junto a él. Sin duda era el centinela a cuya vigilancia había puesto fin la silenciosa espada de Kane-

El puritano pateó despreocupadamente el cuerpo inerte para apartarlo del camino, e indicó por señas a los dos amantes que le siguieran. Les guió en sentido ascendente por un corto tramo de peldaños de madera, bajó por un oscuro vestíbulo, penetró en una alcoba y se

detuvo. El aposento recibía la luz de una gran vela puesta sobre una mesa.

-Esperen aquí un momento -pidió-. La mayoría de los diablos están encerrados abajo, pero hay guardias libres... unos cinco o seis. Me deslicé entre ellos cuando vine, pero ahora la luna está alta y debemos ser cautelosos. Me asomaré a una ventana a ver si puedo divisar alguno.

Solo con Mary en la cámara, Jack contemplaba a la muchacha con amor y pena. Aquella habría sido una noche agitada para cualquier chica. Y Mary, pobrecilla, nunca se había enfrentado a la violencia ni a los malos tratos. Su cara estaba tan lívida que Jack se preguntaba si alguna vez recobraría su color rosado. Sus pupilas estaban dilatadas y con expresión alerta, pero se tranquilizaban cuando miraba a su amante.

Él la tomó, tiernamente entre sus brazos.

-Querida Mary... -empezó a decir cuando, con la vista fija en las espaldas de él, ella grito de terror. Al punto se oyó la rozadura de un cerrojo oxidado-.

Hollinster se giró velozmente. Una abertura negra había surgido donde antes no había más que uno de los paneles de madera que revestían la pared. Ante ella estaba Sir George Banway con sus ojos rebosantes de ira, el traje desordenado y sus pistolas alzadas.

Jack empujó a Mary a un lado y apuntó con su arma. Los dos disparos se confundieron. Hollinster sintió el proyectil hendiendo la piel de su mejilla como el filo al rojo de una navaja. Un pedazo de ropa salió volando del torso de Sir George. Boqueando una maldición, se desplomó... y cuando Jack se volvió hacia la despavorida muchacha, Banway se incorporó. Abría y cerraba la boca como para beber el oxígeno que le hubieran arrebatado, pero parecía ileso y no había ni una mancha de sangre en su cuerpo.

Estupefacto. puesto que sabía que la bala había acertado de lleno, Jack se quedó boquiabierto, sujetando la humeante pistola, hasta que Sir George le hizo caer patas arriba de un puñetazo. En seguida Hollinster se rehizo y se puso en pie, encolerizado, pero en ese breve intervalo Banway agarró a la chica y se la llevo a tirones por donde había venido, cerrando de un golpe el panel secreto. Cuando Solomon Kane volvió, tan rápido como podían llevarle sus largas piernas, encontró a Hollinster delirando y despellejándose los nudillos contra una pared vacía.

Kane se hizo una idea de la situación después de unas cuantas palabras entrecortadas combinadas con juramentos atroces y autoreproches enérgicos.

-La diestra de Satán le acompaña -aventuró el frenético joven . Le alcancé en pleno pecho... ¡y salió indemne! ¡Seré botarate y estúpido!... Me quedé ahí como una estatua en lugar de atacarle con la pistola a modo de cachiporra... ahí parado como un bobo ciego y sordo mientras él...

-Más bobo soy yo, por no haberseme ocurrido que esta casa tendría túneles secretos -dijo el puritano-. Está claro que esta puerta secreta lleva al sótano. Pero esperad un momento... -ordenó a Hollinster, que de seguro habría arremetido contra el panel con el alfanje del marino muerto que Kane había traído-. Aunque abriéramos la puerta secreta y entrásemos

en el sótano por ahí, o regresáramos por la puerta que hemos dejado cerrada, nos acribillarán como a conejos. Así que tranquilizaos por un instante, y escuchadme:

“¿Visteis la galería que daba al exterior desde el sótano? Pues bien, me asalta la idea de que tiene que haber un túnel que lleve a las rocas a través de la costa. Banway tiene desde hace mucho tratos con contrabandistas y piratas. Sin embargo, los espías nunca han visto transportarse fardos a o desde la casa. Por consiguiente es necesario que exista un túnel que una la bodega con el mar. Y por tanto, se sigue igualmente que esos bribones, con Sir George, que nunca podrá volver a morar en Inglaterra después de esta noche, correrán por el túnel y subirán al barco. Nosotros debemos cruzar la playa y encontrarnos con ellos cuando salgan a la superficie.

-¡Pues entonces volemós, en el nombre de Dios! -suplicó el joven, secándose el sudor de la frente-. ¡Si alcanzan ese infernal navío, nunca podremos volver a recuperarla!

-Vuestra herida ha vuelto a abrirse -musitó Kane, visiblemente preocupado-.

-No importa; ¡vamos, por Dios!

V. Al alba me dirijo

Hollinster siguió a Kane, que se acercó osadamente a la puerta principal, la abrió y saltó al exterior. La bruma se había retirado y había luna llena; se podían ver los peñascos de la playa a doscientas yardas, y tras ellos, el siniestro buque fondeado cerca de la espumosa línea de cachones. De los vigías de fuera no se veía ni rastro. Si habían huido alarmados por el ruido que venía de la casa, o habían recibido algún tipo de orden, o habían tenido instrucciones de regresar a la playa antes de aquella hora, Kane y Jack nunca lo averiguaron. Pero la verdad es que no vieron a ninguno. Las rocas se alineaban tenebrosas en la playa como oscuras moradas semiderruidas, ocultando lo que pudiera estar pasando en la arena y en las aguas cercanas.

Los dos compañeros corrieron apresuradamente por el espacio que les separaba del mar. Kane no mostró indicios de acabar de atravesar un reñido encuentro entre la vida y la muerte. Parecía estar hecho de muelles de acero, y una carrera suplementaria de doscientas yardas no tenía efecto en su resistencia. Pero Hollinster renqueaba al correr. La consternación, la excitación y la pérdida de sangre le habían debilitado.

Sólo su amor por Mary y una rígida determinación le mantenían activo.

A medida que se aproximaban a las rocas, el sonido de fieras voces inspiró cautela a sus movimientos. Hollinster, casi enloquecido momentáneamente, estuvo a punto de saltar desde las rocas sobre quienquiera que se hallase al otro lado, pero Kane le contuvo. Se acercaron reptando hasta un saliente desde el que miraron hacia abajo.

La luz de la luna les mostró claramente que los bucaneros que se encontraban ya en el barco estaban preparándose para levar anclas.

Debajo de ellos había un puñado de hombres. Ya había un bote tripulado por piratas que se dirigía hacia el navío, mientras otro bote cargado esperaba impaciente su partida, con los remos bajados, hasta que sus jefes acabasen de discutir un asunto en la orilla. Saltaba a la vista que no habían perdido nada de tiempo en cruzar el túnel. Si Sir George no se hubiera detenido para atrapar a la chica, en lo cual la suerte estuvo de su lado, todos los bribones habrían estado ya embarcados. Desde arriba se podía avistar la pequeña cueva, situada tras una enorme roca, que constituía la entrada del túnel.

Sir George y Ben Allardine estaban encarados, discutiendo agriamente. Mary estaba tendida a sus pies atada de pies y manos. Al verla, Hollinster hizo un intento de levantarse, pero Kane le aferró el brazo con fuerza y se lo impidió de momento.

-¡Me llevo a la chica a bordo! -sonó la enfadada voz de Banway-.

-¡Y yo digo que no! -rugió la respuesta de Allardine-. ¡No sacaremos nada bueno de ello! ¡Mirad! ¡Allí en vuestro sótano yace el cuerpo ensangrentado de Hardraker a causa de vuestra chica! Las mujeres no traen más que problemas y disputas entre los hombres... ¡traed a la joven a bordo y tendremos una docena de pescuezos rebanados antes del amanecer! Degolladla ahora, os digo, y...

Intentó agarrar a la chica. Sir George le apartó la mano de un golpe y desenvainó su estoque, pero Jack no se percató de esa acción. Liberándose de la sujeción de Kane, se

puso en pie y saltó desde el saliente. Cuando le vieron, los piratas del bote gritaron y, creyendo que eran atacados por un grupo más numeroso, se pusieron a remar, dejando a su colega y a su patrón que cuidaran de sí mismos.

Hollinster golpeó con los pies en la blanda arena y quedó de rodillas por el impacto de la caída, pero levantándose al instante, arremetió contra los dos hombres, que se le habían quedado mirando. Allardine cayó con el cráneo partido antes de que pudiera levantar su espada, y Sir George tuvo que parar el segundo embate del feroz Jack.

Un alfanje es pesado de manejar, y no es apropiado para la esgrima o las acciones rápidas. Jack había demostrado su superioridad sobre Banway con hoja recta, pero no estaba acostumbrado al peso ni a la forma curva del arma que llevaba, y estaba débil y cansado. Banway contaba con todas sus fuerzas.

Jack todavía pudo mantener al noble a la defensiva gracias a la cruda furia de su embestida... después, a pesar de su odio y determinación, comenzó a desfallecer. Banway, sonriendo fríamente, le alcanzaba una y otra vez en cara, pecho y piernas... no heridas profundas, sino cortes que, al sangrar, acrecentaban su pérdida general de energías.

Sir George fintó vertiginosamente, preparando su estocada final. Resbaló al pisar la engañosa arena y perdió el equilibrio. El golpe le salió descompensado, abriéndose por completo. Jack, viendo la ocasión a través de sus ojos emborronados por la sangre, concentró toda la fuerza que le quedaba en un último intento desesperado. Dio un brinco frontal y golpeó de lado, haciendo crujir su filo contra el cuerpo de sir George a medio camino entre la cadera y el sobaco. Aquel golpe debería haber hundido las costillas hasta el pulmón, pero en lugar de eso, la hoja se partió en pedazos como un cristal. Jack, atónito, retrocedió tambaleándose, dejando caer la empuñadura inservible.

Sir George se recobró y atacó con un salvaje alarido de victoria. Pero justo cuando su acero rajaba el aire, derecho hacia el torso descubierto de Jack, una gran sombra surgió entre ambos. La hoja de Banway salió rechazada a un lado con insólita facilidad.

Hollinster, alejándose a rastras como una serpiente con el lomo partido, vio a Solomon Kane cerniéndose como un nubarrón de tormenta sobre Sir George Banway, al tiempo que el largo estoque del puritano, inexorable como los hados, obligaba al noble a ceder terreno, volteando la espada con desesperación.

A la luz de la luna, que arrancaba destellos plateados de los aceros, Hollinster contemplaba el combate, inclinado sobre la quejumbrosa muchacha, intentando desatar sus ligaduras con las manos temblorosas. Había oído hablar del talento de Kane con la espada. Ahora tenía oportunidad de verlo con sus propios ojos; dada su condición de espadachín nato, se descubrió deseando que Kane se enfrentase a un adversario más digno.

Esto era así, ya que a pesar de que Sir George era un espadachín cualificado y tenía fama de duelista mortal por los alrededores, Kane no hacía sino jugar con él. Junto a su gran ventaja en altura, peso, fuerza y envergadura, Kane poseía otras cualidades... su habilidad y su rapidez. Pues, con todo su tamaño, era más rápido que Banway. En habilidad, el aristócrata era un novato a su lado. Kane combatía con un ahorro de energías y una ausencia de calor que privaba a sus acciones de algo de brillantez; no efectuaba paradas

espectaculares o estocadas que quitasen el aliento. Pero cada movimiento que hacía era el acertado. Nunca salía perdiendo ni se alteraba; era una combinación de hielo y acero. En Inglaterra y en el continente, Hollinster había visto espadachines más vistosos, más espectaculares que Kane, pero a medida que observaba, se iba convenciendo de que nunca había visto uno tan técnicamente perfecto, tan mañoso, tan mortal como el alto puritano.

Le pareció que Kane podía haber traspasado a su oponente en el primer embate, pero tal no era el propósito del puritano. Se mantenía cerca del otro, siempre amenazándole la cara con su arma, y al tiempo que obligaba al noble a defenderse constantemente, conversaba en un tono carente de pasión, sin perder el hilo de la lucha ni un segundo, como si su lengua y su brazo funcionaran por separado.

-No, no, joven señor, no necesitáis desprotegeros el pecho. Vi cómo la hoja de Jack se estrellaba contra vuestro costado y no arriesgaré la mía, aunque es flexible y da mucho de sí. Bien, bien, no os avergoncéis, señor. Yo también he llevado una malla de acero bajo la camisa a veces, aunque quizás no fuera tan fuerte como la vuestra, que es capaz de desviar una bala a quemarropa. De todas formas, el Señor, en su infinita justicia y compasión, ha hecho de tal forma al hombre que no conserva todas sus partes vitales en el torso. Me gustaría que fuerais más hábil con la espada, Sir George; me siento avergonzado por mataros... pero, bueno, cuando un hombre aplasta a una víbora, no se preocupa de su tamaño.

Aquellas palabras fueron pronunciadas de una forma sincera y seria, no sardónicamente. Jack sabía que Kane no tenía la intención de decirlas como burla. Sir George estaba blanco; acto seguido, su tono se volvió ceniciento a la luz de la luna. Le dolía el brazo de cansancio y se sentía pesado como el plomo; aquel diablo vestido de negro seguía acosándole con la misma dureza, anulando sus esfuerzos más desesperados con facilidad sobrehumana.

De repente, la expresión de Kane se ensombreció, como si tuviera que realizar rápidamente un desagradable cometido.

-¡Basta! -gritó con su vibrante voz, congelando las almas de los que le escuchaban-. Este es mi acto infame... ¡sea hecho cuanto antes!

Lo que siguió fue demasiado veloz para la vista. Hollinster nunca volvió a poner en duda que el manejo de la espada de Kane podía ser brillante cuando él quería. Jack captó un vertiginoso indicio de finta hacia el muslo.. una inesperada ráfaga de acero resplandeciente... Sir George Banway yacía muerto a los pies de Solomon Kane sin una sola convulsión. Un tenue goteo de sangre rezumaba por su ojo izquierdo.

-A través del globo ocular, penetrando en el cerebro -dijo Kane algo triste, limpiando su estoque, en cuya punta brillaba una sola gota de sangre-. No supo qué le había alcanzado y murió sin dolor. Dios conceda que todas nuestras muertes sean tan dulces. Pero mi corazón está afligido, porque era poco más que un joven, aunque malvado, y no se me igualaba con el acero. Bien, el Señor juzgará entre él y yo en el Día del Juicio Final.

Mary gimoteaba en los brazos de Jack, recobrándose de su desvanecimiento. Un curioso resplandor se extendía por toda la zona y Hollinster escuchó un chisporroteo peculiar.

-¡Mirad! ¡La casa arde!

Del negro tejado de la mansión de Banway surgían llamas. Los fugitivos piratas habían provocado un incendio y el fuego brotaba con toda su furia, haciendo empalidecer a la luna. El mar lanzaba destellos sanguíneos ante el fulgor escarlata, y la nave pirata, que se dirigía al mar abierto, parecía estar navegando en sangre. Su velamen reflejaba el brillo rojo.

-¡Ella navega por un océano de sangre! gritó Kane dando rienda suelta a su superstición y a su vena poética-. ¡Ella navega en sangre y sus velas brillan mojadas en sangre! ¡La muerte y la destrucción la siguen, y el infierno va tras su rastro! ¡Qué su caída sea roja y negro su destino!

Y, cambiando de estado de ánimo, el fanático se inclinó sobre Jack y la chica.

-Curaría y vendaría vuestras heridas, muchacho -dijo con amabilidad-, pero creo que no son graves, y estoy oyendo el trote de muchos caballos que se acercan por los páramos, de forma que vuestros amigos pronto estarán aquí. Del sufrimiento adquirimos fuerza, paz y felicidad; tal vez tu sendero corra más recto después de esta noche de terror.

-Pero ¿quién sois vos? -gimió la chica-. No sé cómo agradeceros...

-Ya me habéis compensado con creces, pequeña -dijo Kane con ternura-. Es suficiente para mí veros sana y a salvo de persecuciones. Que vuestra existencia sea próspera y tengáis fuertes hijos y lozanas hijas.

-Pero ¿quién sois? ¿De dónde venís? ¿Qué buscáis? ¿A dónde vais?

-Soy un hombre de ningún lugar -una inalcanzable expresión, casi mística, relampagueó en su mirada-. Yo vengo del crepúsculo y al alba me dirijo, dondequiera que Dios guíe mis pasos. Busco... la salvación de mi alma, tal vez. Vine atraído por las huellas del sendero de la venganza. Ahora debo dejaros. Pronto saldrá el sol y no me gustaría que me hallara desocupado. Puede ser que no os vea jamás. Mi tarea está cumplida; el largo rastro de sangre ha llegado a su fin. El asesino ha muerto. Pero habrá otros asesinos, y otros rastros de venganza y compensación. Yo pongo en práctica la voluntad del Señor. Mientras florezca el mal y los crímenes prosperen, mientras los hombres sean perseguidos y las mujeres agraviadas, mientras los débiles, humanos o animales, sean maltratados, no habrá descanso para mí bajo el firmamento, ni paz en ningún lecho. ¡Hasta siempre!

-¡ Quedaos! - suplicó Jack, derramando inesperadas lágrimas-.

-¡Esperad, señor! -gritó Mary, estirando sus blancos brazos.

Pero la alta silueta se había desvanecido en la oscuridad y ninguno de los dos le oyó marcharse.

Título original: BLADES OF THE BROTHERHOOD. Traducción Héctor RAMOS.

LAS COLINAS DE LOS MUERTOS

1. Vudú

Las ramas que N'Longa arrojaba al fuego crepitaban y se rompían. Las tranquilas llamas iluminaban los semblantes de los dos hombres. N'Longa, el hechicero de la Costa de los Esclavos, era muy viejo. Su marchito y nudoso tronco era frágil y encorvado, su rostro estaba surcado por cientos de arrugas. El rojo fuego destellaba sobre los huesos de dedos humanos que formaban su collar.

El otro era un inglés y su nombre era Solomon Kane. Era alto y ancho de hombros, e iba vestido con ropas negras muy ceñidas, el atuendo del puritano. Su sencillo chambergo estaba muy calado sobre sus pobladas cejas, ensombreciendo su rostro cetrino. Sus fríos ojos parecían pensativos a la luz del fuego.

-Has vuelto, hermano -murmuró el hechicero, en la jerga que pasaba por ser la lengua común del negro y del blanco en la Costa Occidental-. Muchas lunas han brillado y muerto desde que pactamos con nuestra sangre. ¡Vas hacia donde el sol muere, pero regresas!

-Sí -la voz de Kane era profunda y casi fantasmal-. La tuya es una tierra dura, N'Longa, una tierra sanguinaria encerrada en la negra oscuridad del horror y en las ensangrentadas sombras de la muerte. No obstante, he regresado.

N'Longa reavivó el fuego sin decir nada y, tras una pausa, Kane continuó.

-Allá, en la inmensidad desconocida -dijo señalando con su largo dedo hacia la negra jungla silenciosa que se cernía al otro lado del fuego -. Allá se agazapa el misterio, la aventura y un incalificable horror. Una vez desafié a la jungla... una vez ella llegó casi a reclamar mis huesos. Algo penetró en mi sangre, algo se deslizó en el interior de mi alma como un susurro de pecado innominado. ¡La jungla! Oscura y melancólica... ella me ha arrastrado, atrayéndome sobre leguas de mar azul y salada, y al amanecer iré en busca de su corazón. Acaso halle extrañas aventuras... quizás me aguarde mi perdición. Pero mejor la muerte que el implacable e imperecedero anhelo, que el fuego que ha abrasado mis venas con amargo deseo.

-Ella llama -murmuró N'Longa-. Por la noche se enrosca como una serpiente alrededor de mi choza y susurra cosas extrañas. ¡Oh, tú!, llama la jungla. Tu y yo somos hermanos de sangre ¡ Yo, N'Longa, poderoso artesano de indescriptible magia! Como todos los hombres que escuchan su llamada, te internas en la jungla. Quizás vivas, más posible es que mueras. ¿Crees en la obra de mi magia?

-No lo comprendo -dijo Kane ceñudamente- pero te he visto sacar el alma de tu cuerpo y animar con ella a un cadáver.

-¡Cierto! ¡Yo soy N'Longa, sacerdote del Dios Negro! Ahora, mírame, voy a hacer magia.

Kane observó al viejo mago vudú que se inclinaba sobre el fuego, realizando con sus manos movimientos uniformes y murmurando encantamientos. Mientras miraba, Kane sintió sueño. Frente a él se agitó una niebla a través de la que veía tenuemente la figura de N'Longa. oscura y recortada contra las llamas. Luego, todo se desvaneció.

Kane despertó con un sobresalto, lanzando su mano hacia la pistola que llevaba en el cinturón. N'Longa le sonrió a través de las llamas y un aroma de temprano amanecer

apareció en el aire. El hechicero sostenía en sus manos un largo bastón de extraña madera negra. Este bastón estaba tallado de una singular manera, y uno de sus extremos se afilaba hasta formar una aguda punta.

-Esto, vara vudú -dijo N'Longa, poniéndola en manos del inglés-. Allá donde fallen tus pistolas y tu largo cuchillo, esto te salvará. Cuando me necesites, deposítalo sobre tu pecho, coloca tus manos sobre él y duerme. Estaré a tu lado en tus sueños.

Kane sopesó el objeto en sus manos, pues desconfiaba mucho de la brujería. No era pesado, pero parecía tener la dureza del hierro. Por lo menos era un buen arma, decidió. El amanecer apenas comenzaba a deslizarse sobre la jungla y el río.

II. Ojos Rojos.

Solomon Kane se quitó su mosquete del hombro y apoyó la culata sobre el terreno. El silencio le rodeaba como una niebla. El curtido rostro de Kane y sus destrozadas ropas mostraban los resultados del largo viaje por entre la breña. Miró a su alrededor.

A cierta distancia a sus espaldas, se alzaba la jungla verde y espesa, menguando hasta convertirse en unos bajos arbustos, árboles enanos y altas hierbas. A cierta distancia al frente, se alzaba la primera de una cadena de yermas y sombrías colinas, cubiertas de peñascos, rielando sobre el inmisericorde calor del sol. Entre las colinas y la jungla se interponía una amplia extensión de ásperos e irregulares pastizales, salpicados aquí y allá por racimos de espinos.

Un profundo silencio pendía sobre el territorio. El único signo de vida lo constituía un puñado de buitres que cruzaban las distantes colinas agitando pesadamente las alas. Durante los últimos días, Kane había notado el creciente número de aquellos desagradables pájaros. El sol se mecía bajando hacia el oeste, pero su calor no disminuyó en modo alguno.

Arrastrando el mosquete, comenzó a caminar lentamente. No tenía ningún objetivo en perspectiva. Todo aquello era territorio desconocido y una dirección era tan válida como cualquier otra. Muchas semanas atrás, se había sumergido en la jungla con una decisión nacida del coraje y la ignorancia. habiendo, merced a algún milagro, sobrevivido a las primeras semanas, había ganado en dureza y resistencia, hasta el punto de ser capaz de habérselas con cualquiera de los feroces habitantes de la fortaleza que desafiaba.

Al avanzar, percibía de vez en cuando la pista de algún león, pero no parecía haber animales en los pastos -ninguno que dejase huellas, en todo caso-. los buitres estaban posados en los árboles enanos y, de pronto, a alguna distancia al frente, vio que entre ellos había algo de actividad. Algunas de aquellas oscuras aves volaban en círculos sobre un grupo de hierba alta, descendiendo y elevándose de nuevo. Alguna bestia depredadora estaría defendiendo su caza contra ellos, decidió Kane, y se asombró de la ausencia de rugidos y gruñidos que, por regla general, acompañaban tales escenas. Se despertó su curiosidad y encaminó sus pasos en aquella dirección.

Finalmente, abriéndose paso por la hierba que se alzaba sobre sus hombros, tuvo, como a

través de un corredor cercado por las espesas y ondulantes hojas, una pavorosa vista. El cadáver de un negro yacía boca abajo y, al mirar el inglés, una gran serpiente oscura se alzó y se alejó deslizándose hasta internarse en la hierba, moviéndose tan rápidamente que Kane fue incapaz de decidir su naturaleza. Pero en esta había una enigmática sombra de humanidad.

Kane se detuvo junto al cuerpo, dándose cuenta de que mientras los miembros se veían retorcidos como si estuvieran rotos, la carne no estaba rasgada de la manera que lo habría hecho un tigre o un leopardo. Alzó la vista hacia los revoloteantes buitres y se quedó asombrado al ver a alguno de ellos que volaban rozando la tierra, siguiendo una ondulación de la hierba que marcaba la huida de la cosa que, según todos los indicios, había matado al hombre negro. Kane se preguntó por la clase de ser que las aves carroñeras, que sólo se comen a los muertos, estaban persiguiendo por los pastizales. Pero África está llena de misterios inexplicables.

Kane se encogió de hombros y alzó nuevamente su mosquete. Había corrido gran cantidad de aventuras desde que dejara a N'Longa, lunas atrás, pero aún así, aquel anhelo paranoide le había impulsado cada vez más adelante, le había hecho internarse cada vez con más profundidad por aquellos caminos sin senderos. Kane no hubiera sido capaz de analizar aquella llamada; lo habría atribuido a Satanás, que atrae a los hombres a su destrucción. Pero se trataba del temerario y turbulento espíritu del aventurero, del vagabundo... el mismo ansia que lanza a las caravanas de gitanos alrededor del mundo, la misma que impulsaba a las naves vikingas a cruzar mares desconocidos y que guía el vuelo de los pájaros salvajes.

Kane suspiró. Allí, en aquella tierra yerma, no parecía haber ni agua ni alimentos, pero se había hartado hasta la muerte del malsano y fétido veneno de la lujuriente jungla. Hasta un páramo de colinas desnudas era preferible, por lo menos una vez. Las contempló allí, en su lugar, elevándose hacia el sol, y comenzó a caminar de nuevo.

Llevaba el bastón mágico de N'Longa en su mano izquierda y, aunque su conciencia aún le creaba problemas por conservar algo tan aparentemente diabólico, nunca se había sentido capaz de decidirse a abandonarlo.

Ahora, mientras se dirigía hacia las colinas, estalló una pequeña agitación en la alta hierba frente a él, que era, en algunos lugares, más alta que un hombre. Un grito agudo y estridente se dejó oír, inmediatamente seguido de un rugido estremecedor. La hierba se dividió y una esbelta figura se acercó velozmente a él, como una pajita arrastrada por el viento... se trataba de una chica mulata, vestida sólo con una especie de falda. Tras ella, unas yardas más atrás pero ganando terreno rápidamente, se aproximaba un enorme león.

La joven cayó a los pies de Kane con un gemido y un sollozo, y se quedó allí, agarrada a sus tobillos. El inglés dejó caer el báculo-vudú, se llevó el mosquete al hombro y apuntó fríamente al rostro del feroz felino, que ganaba terreno a cada instante. Sonó una detonación. La chica gritó una vez y se desplomó de bruces. El enorme gato dio un salto elevado y salvaje, para caer y quedar inmóvil.

Kane volvió a cargar apresuradamente, antes de dedicar una mirada a la forma que yacía a sus pies. La chica estaba tan inmóvil como el león que acababa de matar, pero un rápido examen le mostró que sólo estaba desmayada.

Bañó su rostro con agua de la cantimplora y, al poco rato, ella abrió los ojos y se sentó. El miedo anegó su rostro al mirar a su salvador e intentó levantarse.

Kane extendió una mano para impedirle y ella se encogió temblando. El rugido del pesado mosquete bastaba para asustar a cualquier nativo que nunca hubiera visto con anterioridad a un hombre blanco, reflexionó Kane.

La chica era esbelta y bien formada. Tenía la nariz recta y de fino puente. Tenía un color marrón oscuro, quizás por una fuerte mezcla bereber.

Kane le habló en un dialecto ribereño, una lengua sencilla que había aprendido a lo largo de sus vagabundeos, y ella respondió dubitativamente. Las tribus del interior comerciaban en esclavos y marfil con los ribereños, y estaban familiarizados con su dialecto.

-Mi aldea está allí -dijo la chica, respondiendo a la pregunta de Kane y señalando con un brazo esbelto y redondeado hacia la jungla meridional-. Me llamo Zunna. Mi madre me azotó por romper una olla de cocina y me he escapado porque estaba enfadada. Tengo miedo. ¡Déjame regresar con mi madre!

-Puedes hacerlo -dijo Kane-, pero yo te llevaré, niña. ¿Te imaginas que aparezca otro león? Has sido muy tonta escapándote.

La chica gimió un poco.

-¿No eres un dios?

-No, Zunna. Sólo soy un hombre, aunque el color de mi piel no sea como el tuyo. Ahora, llévame a tu aldea.

Ella se alzó indecisa, mirándole aprensivamente a través de la descuidada maraña de su pelo. Para Kane, su aspecto era como el de un animalillo asustado. Ella le miró y Kane la seguía. Le indicó que su aldea estaba hacia el sureste y su ruta les acercó más a las colinas. El sol comenzó a ponerse y el rugido de los leones reverberó por los pastizales. Kane miró hacia el cielo occidental; aquel territorio abierto era mal lugar para que a uno le sorprendiera la noche. Mirando hacia las colinas, observó que se hallaban a unos pocos cientos de yardas de la más cercana. Vio lo que parecía ser una cueva.

-Zunna -dijo dubitativamente-, no podremos alcanzar tu aldea antes de que caiga la noche. Si nos quedamos aquí, nos cogerán los leones. Allí hay una caverna donde podríamos pasar la noche...

-¡En las colinas no, amo! gimió-. ¡Prefiero los leones!

-¡Tonterías! -dijo con impaciencia; ya estaba harto de supersticiones nativas-. Pasaremos la noche en aquella caverna.

Ella no discutió más y se limitó a seguirle. Subieron por una corta pendiente y se detuvieron a la entrada de la caverna, un pequeño recinto con paredes de roca sólida y un blando suelo de arena.

-Trae un poco de hierba seca, Zunna -ordenó Kane apoyando su mosquete contra el muro, a la entrada de la caverna-, pero no te alejes y estate atenta a los leones. Voy a encender aquí un fuego que nos mantendrá a salvo, esta noche, de las bestias. Trae un poco de hierba y todas las ramas que encuentres, como una buena chica, y cenaremos. Tengo carne

seca en mi morral y también agua.

Ella le dedicó una extraña y larga mirada, y luego se alejó sin una palabra. Kane arrancó la hierba que tenía a mano, notando su textura marchita y seca por la acción del sol y, tras amontonarla, golpeó una piedra contra el acero. Saltó una llama que devoró el montón en un instante. Se estaba preguntando como podría reunir hierba suficiente para mantener toda la noche un fuego encendido, cuando se dio cuenta de que tenía visita.

Kane estaba acostumbrado a las visiones grotescas, pero a la primera mirada se sobresaltó y su columna se vio recorrida por un largo escalofrío. Dos hombres se erguían ante él en silencio. Eran altos, demacrados e iban completamente desnudos. Sus pieles eran de un negro polvoriento con un matiz gris y ceniciento, como de muerte. Sus rostros eran diferentes de cualquiera que hubiera visto jamás. Las cejas eran altas y estrechas. Las narices enormes y con aspecto de hocicos; los ojos eran inhumanamente grandes y rojos. Mientras estaban allí, le pareció a Kane que sólo sus ardientes ojos estaban vivos.

El les habló, pero no le contestaron. Les invitó a comer con un movimiento de su mano y ellos se acuclillaron silenciosamente, cerca de la entrada de la caverna, tan lejos de los agonizantes rescoldos del fuego como se pudieron situar.

Kane se volvió hacia su morral y empezó a sacar las tiras de carne seca que llevaba. Una vez que miró a sus silenciosos huéspedes, le pareció que estos observaban el resplandor de las cenizas del fuego, más que a él.

El sol estaba a punto de hundirse tras el horizonte occidental. Un resplandor rojo e intenso se extendió sobre los pastizales, hasta que todas las cosas cobraron el aspecto de un agitado mar de sangre. Kane se arrodilló sobre su morral y, al alzar la vista, vio a Zunna aparecer por la ladera de la colina con los brazos llenos de hierba y ramas secas.

Al mirar, sus ojos se desorbitaron; las ramas cayeron de sus brazos y su grito atravesó el silencio, inflamado con una terrible advertencia; Kane giró sobre una de sus rodillas. Dos grandes figuras se cernieron sobre él, mientras se levantaba con el suave movimiento de un leopardo saltando. Llevaba el bastón mágico en la mano y con él atravesó el cuerpo de su más cercano antagonista, con una fuerza que hizo que la afilada punta atravesara los hombros de la figura. Entonces, los largos y enjutos brazos del otro se cerraron, rodeándole, y ambos se vinieron juntos al suelo.

Las uñas del extraño, tan largas y curvas como garras, desgarraron su rostro y sus horribles ojos rojos se clavaron en los de él con terrible amenaza; mientras, Kane se retorció girando y, repeliendo con un brazo las atezadoras manos, sacaba una pistola. Presionó la boca de ésta contra el costado del salvaje y apretó el gatillo. Al sonar la mitigada explosión, el cuerpo del desconocido saltó espasmódicamente ante la conmoción ocasionada por la bala, pero sus labios se limitaron a abrirse en una horrorosa mueca.

Un largo brazo se deslizó bajo los hombros de Kane, la otra mano le agarró el pelo. El inglés sintió que su cabeza era irresistiblemente proyectada hacia atrás. Agarró con ambas manos las muñecas del otro, pero la carne que encontró bajo sus frenéticos dedos era tan dura como la madera. El cerebro de Kane daba vueltas, su cuello parecía estar a punto de romperse con un pequeño incremento de la presión. Con un volcánico esfuerzo, echó su cuerpo hacia atrás, rompiendo la mortífera presa.

Ya tenía al otro encima y las garras se cerraban otra vez. Kane encontró y levantó su vacía pistola, y sintió el cráneo del hombre romperse como una cáscara cuando, con todas sus fuerzas, proyectó el largo cañón hacia abajo. Y, una vez más, los marchitos labios se separaron con horrible sarcasmo.

Entonces, algo muy parecido al pánico puso su mano sobre Kane. ¿Qué clase de hombre era aquel, que todavía amenazaba su vida con rasgantes dedos tras recibir un tiro y ser mortalmente aporreado? Seguramente no se trataba de un hombre, ¡sino de uno de los hijos de Satanás! Ante aquel pensamiento, Kane saltó con un fulgurante movimiento y los encarnizados combatientes cruzaron el terreno rodando, yendo a detenerse sobre las ascuas, a la entrada de la cueva. Kane apenas sintió el calor, pero la boca de su enemigo se abrió, esta vez en aparente agonía. Los espantosos dedos soltaron su presa y Kane se liberó de un salto.

El salvaje ser del cráneo partido se levantaba sobre una mano y una rodilla cuando atacó Kane, volviendo a la carga como un lobo famélico que acosara a un bisonte herido. Saltó desde un lado, aterrizando de nuevo sobre la nervuda espalda, con sus brazos de acero buscando y logrando una presa indestructible y mortal; y mientras caían junto a tierra rompió el cuello del otro, de tal manera que el espantoso rostro muerto quedó mirando por encima de uno de los hombros. El cuerpo estaba inmóvil, pero a Kane le pareció que ni siquiera entonces estaba muerto, porque los ojos rojos aún ardían con horrible luz.

El inglés se giró para ver a la joven acurrucada contra la pared de la caverna. Buscó su báculo; estaba tirado sobre un montón de polvo, sobre el que yacían unos cuantos huesos desmoronados. Se quedó mirando, con la cabeza dándole vueltas. Luego, con una zancada, levantó el bastón vudú, volviéndose hacia el hombre caído. Al hacerlo, su rostro se pobló de severas líneas; luego, lo hundió en el pecho del salvaje, atravesándolo. Y ante sus ojos, el gran cuerpo se deshizo, disolviéndose en polvo mientras el miraba horrorizado, del mismo modo que su primer oponente cuando Kane atacara con el bastón por primera vez.

III. Magia onírica.

-¡Gran Dios! -susurró Kane-. ¡Esos hombres estaban muertos! Vampiros! Esto es obra manifiesta de Satanás.

Zunna se acercó gateando hasta sus rodillas y se agarró a ellas.

-Esos son muertos que caminan, amo -gimoteó-. Tendría que haberte advertido.

-¿Por qué no saltarían sobre mí nada más llegar? -preguntó él-.

-Temían al fuego. Esperaban que los rescoldos se apagaran del todo.

-¿De dónde vienen?

-De las colinas. Los de su especie habitan por centenares entre los peñascos y las cuevas de esas colinas, y viven de los humanos, porque matan a los hombres, devorando sus espíritus cuando estos abandonan el tembloroso cuerpo. Sí, ¡son devoradores de almas!

“Amo, rodeada por las más grandes de esas colinas, hay una silenciosa ciudad de piedra y,

en los días más antiguos, en tiempo de mis antepasados, ese pueblo vivía allí. Eran humanos, pero no como nosotros, porque habían regido esta tierra durante innumerables eras. Los antepasados de mi pueblo les hicieron la guerra y mataron a muchos, y sus magos hicieron a todos los muertos como eran éstos. Al final, todos murieron.

“Y, durante eras, han hecho presa en las tribus de la jungla, bajando por las colinas a medianoche y a la puesta del sol, para frecuentar la jungla y matar, y matar. Los hombres y las bestias huyen de ellos y sólo el fuego puede destruirles.”

-Aquí está lo que les va a destruir -dijo hoscamente Kane, alzando el báculo mágico-. A la magia negra hay que combatirla con magia negra, y desconozco el hechizo que puso N'Longa en él, pero...

-Eres un dios -decidió Zunna en voz alta-. Ningún hombre podría vencer a dos de los muertos que caminan. Amo, ¿no podrías liberar a mi tribu de esta maldición? No hay ningún lugar al que podamos huir y los monstruos nos matan a su gusto, atrapando a los caminantes fuera del muro de la aldea. ¡La muerte habita en esta tierra y nosotros morimos sin esperanza!

En lo profundo de Kane se agitó el espíritu del cruzado, el fuego del implacable... del fanático que dedica su vida a combatir los poderes de la oscuridad.

-Vamos a comer -dijo-, luego encenderemos un gran fuego en la boca de la caverna. El fuego que mantiene alejadas a las bestias, hará lo mismo con los demonios.

Más tarde, Kane estaba sentado justo en el umbral de la cueva, con la mandíbula apoyada sobre su puño cerrado y los ojos mirando hacia el fuego, sin verlo. Tras él, en las sombras, Zunna le observaba atemorizada.

-Dios de los Ejércitos! -murmuraba Kane-. ¡Concédeme tu ayuda! Es mi mano la que debe levantar la antigua maldición que pesa sobre esta oscura tierra. ¿Cómo voy a pelear contra estos muertos diabólicos que no ceden ante armas mortales? El fuego los destruye, se les puede romper el cuello inutilizándoles, el báculo-vudú les hace desmoronarse convertidos en polvo. si se les atraviesa con él, pero ¿de qué sirve eso? ¿Cómo puedo vencer a los centenares que frecuentan esas colinas alimentando su vida con la esencia de la existencia humana? ¿No es cierto, como dice Zunna, que en el pasado los guerreros cargaban sobre ellos, sólo para encontrar con que habían huido a su ciudad de elevados muros, en la que ningún hombre puede atacarlos?

La noche pasaba lentamente. Zurma dormía con su mejilla apoyada sobre su brazo redondo e infantil. El rugido de los leones agitaba las colinas y Kane aun estaba sentado, mirando pensativamente el fuego. Fuera, la noche estaba llena de susurros, crujidos y pisadas furtivas y suaves. Y, a veces, Kane, al alzar la mirada interrumpiendo alguno de sus pensamientos, creía percibir el destello de grandes ojos rojos allende la parpadeante luz del fuego.

El gris amanecer se deslizaba sobre los pastizales cuando Kane agitó a Zunna para que despertase.

-Que Dios se apiade de mi alma por flirtear con magia pagana -dijo- pero quizás las

influencias demoníacas deban ser combatidas con la misma clase de influencias. Cuida el fuego y avísame si hay peligro.

Kane se tendió sobre su espalda en el suelo de arena y colocó sobre su pecho el bastón-vudú, doblando las manos sobre él. Se durmió instantáneamente y, mientras dormía, los sueños llegaron a él. A su ser invadido por el sueño, le pareció caminar a través de una gruesa niebla y, en ella, al igual que en la realidad, encontró a N'Longa. Este habló, y las palabras fueron claras y vívidas, grabándose en su conciencia con la suficiente profundidad como para salvar el abismo entre sueño y vigilia.

-Manda a la chica a su aldea inmediatamente después de la salida del sol, cuando los leones se hayan retirado a sus guaridas -dijo N'Longa-, y pídele que traiga a su amante consigo a la cueva. Una vez aquí, debes hacer que se acueste como si fuera a dormir, con el bastón-vudú agarrado.

El sueño se desvaneció y Kane se despertó de repente, asombrado. ¡Qué extraña y vívida había sido la visión, y qué extraño escuchar a N'Longa hablar en inglés sin utilizar el dialecto! Kane se encogió de hombros. Sabía que N'Longa declaraba poseer el poder de proyectar su espíritu a través del espacio, y él mismo había visto al hechicero animar el cuerpo de un cadáver. No obstante...

-Zunna -dijo Kane, dejando de pensar en la cuestión-. Voy a acompañarte hasta el borde de la jungla y tú deberás continuar hasta tu aldea y regresar aquí, a esta caverna, con tu amante.

-¿Con Kran? -preguntó ella ingenuamente-.

-No importa como se llame. Come y nos marcharemos.

El sol volvió a inclinarse, descendiendo hacia el oeste. Kane estaba sentado en la caverna, esperando. Se había encargado de que la niña llegase a salvo al lugar en que la jungla desembocaba en los pastizales y, aunque le remordía la conciencia al pensar en los peligros que podían surgir, dejó que continuara sola y regresó a la caverna. Ahora estaba sentado, preguntándose si no sería condenado a las llamas eternas por jugar con las hechicerías de un mago negro, fuera o no su hermano de sangre.

Al sonar unas ligeras pisadas, Kane cogió el mosquete; entonces entró Zunna en compañía de un joven alto y espléndidamente constituido, cuya piel marrón le mostraba como perteneciente a la misma raza que la chica. Sus suaves y soñadores ojos se fijaban en Kane con una especie de impresionada adoración. Evidentemente, la chica no había minimizado, en su relato, la gloria de aquel nuevo dios.

Pidió al joven que se tumbara mientras dirigía el báculo hacia él y se lo ponía en las manos. Zunna se acurrucó a su lado con los ojos muy abiertos. Kane retrocedió, medio avergonzado de aquella farsa, y preguntándose que saldría de todo aquello, si salía algo. ¡Entonces, para su horror, el joven jadeó una vez y se puso rígido! Zunna gritó, levantándose de un salto.

-¡Has matado a Kran! -gritó corriendo hacia el inglés, a quien la impresión había dejado sin habla-.

Entonces, la chica se detuvo de repente, vaciló, se pasó lánguidamente la mano por el

entrecejo... y se deslizó hacia el suelo, para yacer junto al cuerpo inmóvil de su amante, con los brazos alrededor de éste.

Y aquel cuerpo se movió de repente, hizo movimientos reflejos con las manos y los pies; luego se sentó, liberándose de 105 apretados brazos de la chica aún inconsciente.

Kran alzó la vista hacia Kane y sonrió, con una sonrisa sabia y astuta que, de algún modo, parecía fuera de lugar en su rostro. Kane se sobresaltó. Aquellos dulces ojos habían cambiado de expresión, haciéndose ahora duros, brillantes y arteros... ¡Los ojos de N'Longa!

-Dime -dijo a Kane con voz grotescamente familiar-, hermano de sangre, ¿no vas a saludar a N'Longa?

Kane guardó silencio. Su carne hormigueaba a pesar de sí mismo. Kran se levantó extendiendo los brazos de forma insegura, como si sus miembros fueran nuevos para él. Se palmeó con aprobación el pecho.

-¡Yo, N'Longa! -dijo en su viejo y jactancioso estilo-. ¡Poderoso hechicero! Hermano de sangre, ¿no me conoces, eh?

-Eres Satanás -dijo Kane con sinceridad-. ¿Eres Kran o N'Longa?

-Yo N'Longa -aseguró el otro-. Mi cuerpo duerme en la cabaña del hechicero, en la Costa, a muchas jornadas de viaje de aquí. Yo tomar prestado por un tiempo el cuerpo de Kran. Mi espíritu cubrir diez días de marcha en un suspiro, veinte días en el mismo tiempo. Mi espíritu salir de mi cuerpo y expulsar el de Kran.

-¿Y Kran está muerto?

-No, el no muerto. Yo enviar su espíritu durante un tiempo a la tierra de las sombras... enviar también el espíritu de la chica para hacerle compañía; ellos poder regresar a su debido tiempo.

-Esto es obra del Diablo -dijo Kane con franqueza-, pero te he visto hacer una magia aún más perversa... ¿Debo llamarte N'Longa o Kran?

-Kran... ¡bah! Soy N'Longa... ¡cuerpos como vestidos! ¡Yo, N'Longa, en éste ahora! -dijo golpeándose en el pecho-. Kran volverá a su debido tiempo.. entonces, él, Kran, y yo, N'Longa, misma forma que antes. Kran no existir ahora; ser N'Longa quien ocupar este cuerpo de un semejante. ¡Hermano de sangre, soy N'Longa!

Kane asintió. Aquella era, en verdad, una tierra de horror y brujería; cualquier cosa era posible, incluso que la aguda voz de N'Longa hablara desde el gran pecho de Kran, y que los arteros ojos de N'Longa le mirasen centelleando desde el rostro atractivo y juvenil de Kran.

-Yo conocer esta tierra desde hace mucho -dijo N'Longa, abordando el problema-. ¡Poderosa magia la de esos muertos! No tener momento que perder... ya saber... yo haberte hablado en sueños. Mi hermano de sangre querer aniquilar a esos paisanos difuntos, ¿eh?

-Se trata de algo opuesto a la naturaleza -dijo Kane sombrío- en mi tierra se les conoce por el nombre de vampiros... Nunca esperé encontrarme con toda una nación de ellos.

IV. La ciudad silenciosa

-Ahora, nosotros encontrar esa ciudad de piedra -dijo N'Longa-.

-¿Sí? ¿Por qué no mandas tu espíritu a matar a esos vampiros? -preguntó consecuentemente Kane-.

-Espíritu necesitar cuerpo de semejante con el que trabajar -respondió N'Longa-. Duerme ahora, empezamos mañana.

El sol se había puesto, el fuego brillaba y parpadeaba en la boca de la caverna. Kane miró a la inmóvil figura de la chica, que yacía donde había caído, y se dispuso a dormir.

-Despiértame a medianoche -le exhortó Kane- y yo vigilaré desde ese momento hasta el amanecer.

Pero cuando finalmente N'Longa sacudió su brazo, Kane despertó para ver la tierra enrojecida por la primera luz del amanecer.

-Es hora de comenzar- dijo el hechicero

-Pero la chica... ¿Estás seguro de que vive?

-Ella viva, hermano de sangre.

-Entonces, en nombre de Dios, no podemos abandonarla aquí, dejándola a merced de cualquier diablo merodeador. O cualquier león que podría...

-No venir ningún león. Aún huele a vampiro por aquí, olor mezclado con el de hombre. Hermano león no gusta de olor a hombre y él temer cadáveres caminantes. Ninguna bestia venir y -concluyó alzando el bastón-vudú y depositándolo cruzado sobre la entrada de la cueva- ningún muerto cruzar ahora tampoco.

Kane le miró sombríamente, sin entusiasmo.

-¿Cómo va a protegerla ese bastón?

-Eso, poderosa ju-ju -dijo N'Longa-. ¡Tu ver criatura-vampiro convertirse en polvo ante ese bastón. Ningún vampiro atreverse a tocarlo ni acercarse a él. Yo dártelo porque, cerca de Colinas de Vampiros, hombres a veces encontrarse con cadáveres caminando por la jungla cuando sombras oscuras. No todos muertos que caminan estar aquí. Y todos tener que absorber vida de hombres... si no, pudrirse como madera muerta.

-Entonces, fabrica muchos bastones de éstos y arma a la gente con ellos.

-¡No poder ser! -el cráneo de N'Longa se agitó violentamente-. ¡Ese bastón ju-ju ser poderosa magia! ¡Viejo, viejo! Ningún hombre viviente podría decir lo viejo que ser ese bastón mágico. Yo hacer dormir a mi hermano de sangre y hacer magia con él para protegerle aquella vez que conversar en la aldea de la Costa. Hoy nosotros explorar y correr; no necesitarlo. Dejarlo aquí para guardar chica.

Kane se encogió de hombros y siguió al hechicero, después de volverse para mirar a la inmóvil figura que yacía en la caverna. Nunca habría consentido en abandonarla tan despreocupadamente, de no haber sabido en el fondo de su corazón que estaba muerta; la

había tocado y su carne estaba fría.

Ascendieron por entre las yermas colinas mientras se elevaba el sol. Subieron muy alto, por empinadas pendientes de arcilla, abriéndose camino entre barrancos y grandes peñascos. Las colinas estaban acribilladas de oscuras y amenazadoras cavernas que dejaron cautelosamente atrás, y la carne de Kane hormigueó ante el pensamiento de sus siniestros ocupantes. Ya que N'Longa dijo:

-Vampiros dormir en cuevas la mayor parte del día, hasta puesta del sol. Cuevas contener un cadáver cada una.

El sol se elevó más, haciendo hervir las desnudas pendientes con un calor intolerable. El silencio se cernía sobre la tierra como un monstruo maligno. No habían visto nada, pero Kane, a veces, podría haber jurado que una sombra negra se deslizaba tras una roca ante su proximidad.

-Vampiros permanecer escondidos durante día -dijo N'Longa con una risa contenida-. ¡Tener miedo de hermano buitre! ¡Buitre no tonto! ¡Reconocer muerte al verla! ¡Saltar sobre cadáver y desgarrarlo y comerlo, tanto si estar echado como si caminar!

Un fuerte escalofrío hizo estremecer a su compañero.

-¡Gran Dios! -gritó Kane golpeándose el muslo con su sombrero-. ¿Es qué no hay fin para el horror en esta tierra execrable? ¡Este lugar está verdaderamente consagrado a los poderes de la oscuridad!

Los ojos de Kane ardían con luz peligrosa. El terrible calor, la soledad y la certeza de los horrores ocultos a uno y otro lado estaban llegando a afectar incluso sus nervios acerados.

-Mantener hermano sombrero sobre la cabeza, hermano de sangre -le previno N'Longa con un bajo y divertido gorjeo-. El hermano sol te matará si no tener cuidado.

Kane movió el mosquete que había insistido en traer y no respondió. Al final subieron a una eminencia y se quedaron mirando hacia abajo, a una especie de altiplano. Y, en el centro de esta elevación, había una silenciosa ciudad de piedra gris y desmoronada. ¡Al mirar Kane se sintió golpeado por una impresión de edad increíble! Los muros y las casas estaban hechos de grandes bloques de piedra pero, aún así, estaban derrumbándose convertidos en ruinas. La hierba crecía en el altiplano y, muy alta, en las calles de la ciudad muerta. Kane no percibió ningún movimiento en las ruinas.

-Esa es su ciudad... ¿por qué prefieren dormir en las cavernas?

-Por si caerles encima un hermano pedrusco del tejado y aplastarles. Las cabañas de piedra acaban derrumbándose. Quizás tampoco gustarles estar juntos... Tal vez comerse también los unos a los otros.

-¡Qué silencio! -susurró Kane-. ¡De qué forma se cierne sobre todas las cosas!

-Vampiros no hablar ni gritar; ellos muertos. Dormir en cavernas, salir a la puesta del sol y durante la noche. También, tal vez, hermanos tribus de la jungla venir a atacarles con lanzas, vampiros ir a kraal de piedra y pelear tras muros.

Kane asintió. los desmenuzados muros que rodeaban la ciudad eran suficientemente altos y sólidos como para resistir el ataque de los lanceros... especialmente si los defensores

eran aquellos demonios con narices como hocicos.

-Hermano de sangre -dijo solemnemente N'Longa-, ¡habérseme ocurrido magia poderosa! Guarda silencio un momento.

Kane se sentó sobre un peñasco y contempló meditabundo los desnudos riscos y las pendientes que les rodeaban. Muy alejado hacia el sur veía el frondoso océano verde de la jungla. La distancia prestaba cierto encanto a la escena. Mucho más cerca, se perfilaban las oscuras manchas que eran las bocas de las cavernas del horror.

N'Longa estaba acucillado dibujando una extraña figura en la arcilla, con la punta de los dedos. Kane le miraba, pensando lo fácilmente que podrían convertirse en víctimas de los vampiros, si tan solo tres o cuatro de aquellos demonios saliesen de sus cavernas. Y, a la par que este pensamiento pasaba por su cabeza, una negra y horrible sombra cayó, cruzando el vacío, sobre el agachado hechicero.

Kane actuó inconscientemente. Salió disparado del peñasco, donde se sentaba, como una piedra arrojada por una catapulta y su mosquete golpeó hasta destrozar el rostro del espantoso ser que les había sorprendido. Kane hizo retroceder a su enemigo cada vez más, haciéndole tambalearse, sin darle tiempo a defenderse ni contraatacar, vapuleándole con la violencia de un tigre enloquecido.

En el mismo borde del acantilado, el vampiro vaciló, luego perdió el equilibrio, cayendo hacia atrás durante un centenar de pies, para yacer retorciéndose sobre las rocas del altiplano inferior. N'Longa estaba en pie señalando; las colinas dejaban ver a sus muertos.

Salían a montones de las cuevas, figuras silenciosas, negras y terribles que subían por la pendiente y gateaban por encima de los peñascos, dispuestas a atacar, con sus rojos ojos vueltos hacia la pareja de seres humanos situados sobre la silenciosa ciudad. Las cavernas los escupían como en un impío día del juicio.

N'Longa señaló hacia un risco que había a cierta distancia de allí y, con un grito, echó a correr velozmente hacia él. Kane le siguió. Desde detrás de los peñascos, surgían garras que les atacaban rasgando sus ropas. Pasaron corriendo ante unas cuevas y, de la oscuridad, surgían monstruos con aspecto de momias que mascullaban en silencio, uniéndose a la persecución.

Las manos muertas se hallaban muy cerca de sus espaldas cuando treparon por la última pendiente y se detuvieron sobre un saliente situado en la cima del risco. Los demonios se pararon un momento, en silencio, luego continuaron tras ellos. Kane agarró su mosquete como si se tratase de un garrote y, con él, aplastó los rostros de ojos rojos, desviando a un lado las manos que saltaban a su encuentro. Los monstruos se encrespaban como una gran ola, él volteaba su mosquete con una silenciosa furia que igualaba a la de ellos. La ola se rompió, retirándose vacilante; luego, volvió a la carga.

¡No... podía... con... ellos! Estas palabras golpeaban su cerebro como un martillo sobre un yunque, mientras destrozaba carne sarmentosa y huesos muertos con sus demoledores golpes. Los arrojaba al suelo, les hacía retroceder a empujones, pero se levantaban y volvían a la carga de nuevo. Aquello no podía durar... ¿Qué hacía N'Longa, en nombre de Dios? Kane lanzó una rápida y dolorosa mirada por encima del hombro. El hechicero estaba en la parte más alta del saliente, con la cabeza echada atrás y los brazos levantados,

como en una invocación.

La visión de Kane se emborronó ante la cantidad de horribles rostros de ojos fijos y carmesíes. Los que tenía enfrente, ahora eran espantosos de ver, porque sus cráneos estaban destrozados, sus rostros hundidos y sus miembros rotos. Pero aún perseveraban y los que estaban detrás rodearon sus hombros para agarrar al hombre que les desafiaba.

Kane estaba manchado de rojo, pero toda la sangre era suya. Ni una sola gota de sangre surgía de las, desde largo tiempo atrás, marchitas venas de aquellos monstruos. De repente, un largo y penetrante lamento sonó a sus espaldas: ¡N'Longa! Sonaba alto y claro sobre el estrépito de la implacable culata del mosquete y el resquebrajarse de huesos... la única voz que se escuchó en aquella pavorosa refriega.

La oleada de vampiros se amontonó a los pies de Kane, arrastrándole hacia abajo. Se sintió lacerado por afiladas garras, mientras unos labios flácidos bebían de sus heridas. Tambaleándose, volvió a levantarse, maltrecho y ensangrentado, y se hizo un espacio libre con un arrollador movimiento de su destrozado mosquete. Luego, volvieron a rodearle y cayó al suelo.

-¡Es el fin -pensó, pero, en aquel mismo instante, la presión aflojó y el cielo se llenó repentinamente de un aletear de grandes alas-

Entonces se vio libre y se levantó tambaleándose, ciego y mareado, preparándose para reanudar la refriega. Pero la horda vampírica huía pendiente abajo y, sobre sus cabezas y pegados a sus hombros, volaban enormes buitres, rasgando y desgarrando con avidez, hundiendo sus picos en la carne muerta. Devorando a las criaturas en su huida.

Kane se rió con ademanes casi enfermizos.

-¡Podéis desafiar a Dios y al hombre, pero no podéis engañar a los buitres, hijos de Satanás! ¡Ellos saben cuándo un hombre está vivo o muerto!

N'Longa se erguía en la cima como un profeta y las grandes y oscuras aves volaban en círculos a su alrededor. Sus brazos aún ondeaban y el gemido penetrante de su voz aún recorría las colinas. Y, sobre el horizonte llegaron, horda tras horda interminable... ¡Buitres, buitres, buitres!, llegados al banquete que tanto tiempo se les había negado. Ennegrecían el cielo con su número, anegaban el sol, y una extraña oscuridad descendió sobre la tierra. Dispuestos en largas y oscuras filas, zambulléndose en las cavernas con un zumbido de alas y un entrechocar de picos. Sus garras rasgando los malignos horrores vomitados por aquellas cuevas.

Ahora todos los vampiros huían hacia su ciudad. La venganza, contenida durante eras, se había abatido sobre ellos y su última esperanza estaba en los grandes muros que habían mantenido alejados a los desesperados enemigos humanos. Bajo aquellos tejados derruidos podrían hallar refugio. Y N'Longa miró cómo se introducían en su ciudad formando un río, y se carcajeó hasta que los riscos devolvieron su risa.

Ahora, todos estaban dentro y las aves formaron una nube sobre la ciudad condenada, posándose en sólidas hileras a lo largo de los muros, y afilándose los picos y las garras en las torres.

Y N'Longa entrechocó piedra contra acero, acercándolos a un haz de hojas secas que

había traído consigo. Este prendió instantáneamente y él se enderezó, arrojando el llameante objeto hacia lo lejos, por encima de los acantilados. Con una lluvia de chispas, éste cayó como un meteoro sobre el altiplano inferior y la alta hierba se incendió.

El Miedo fluía en olas invisibles desde la silenciosa ciudad bajo ellos, como una niebla blanca. Kane esbozó una feroz sonrisa.

-La hierba está marchita y quebradiza por la sequía... esta estación ha llovido incluso menos de lo normal; arderá rápidamente.

Como una serpiente escarlata, el fuego recorrió la alta hierba muerta. Se extendió más y más, y Kane, desde su lugar en lo alto, aún sentía la temible intensidad de los cientos de pupilas rojas que observaban desde la ciudad de piedra.

La serpiente escarlata ya había alcanzado los muros y se levantaba como para enroscarse y cerrarse a su alrededor. Los buitres se elevaron con su pesado aleteo y planearon reluctantes. Una errabunda ráfaga de viento avivó la llama y se extendió como una larga y roja sábana alrededor del muro. Ahora, la ciudad se hallaba rodeada por todas partes con una sólida barricada de llamas. El rugido llegó hasta los dos hombres que estaban en el alto risco.

Las llamaradas cruzaban volando por encima del muro, prendiendo en la alta hierba de las calles. Un grupo de llamas saltó, creciendo con terrorífica velocidad. Calles y edificios quedaron envueltos por un velo rojo y, a través de aquella giratoria niebla carmesí, Kane y N'Longa vieron cientos de oscuras siluetas corretear y contorsionarse, para desvanecerse de repente en rojas explosiones de llamas. Un intolerable hedor de carne descompuesta y ardiente se elevó hacia lo alto.

Kane miraba asombrado. Aquel era, verdaderamente, un infierno sobre la tierra. Como en una pesadilla, recorrió con la mirada aquel caldero rojo y rugiente en el que unos oscuros insectos peleaban contra su condenación, pereciendo. Las llamas saltaron subiendo en el espacio unos centenares de pies y, de súbito, por encima del rugido se alzó un grito bestial e inhumano, como un chillido que llegara cruzando golfos sin nombre de espacio cósmico, cuando un vampiro, en su muerte, rompió las cadenas de silencio que le habían mantenido preso durante siglos sin cuento. Alto y obsesionante, se elevaba como el canto de cisne de una raza evanescente.

Entonces, las llamas desaparecieron de repente. El incendio había sido un fuego de rastrojos, corto y voraz. Ahora, el altiplano mostraba una extensión ennegrecida y la ciudad era una masa carbonizada y humeante de piedra desmenuzada. No había ni un cadáver a la vista, ni siquiera un hueso calcinado. Sobre todo ello giraban las oscuras bandadas de buitres, pero también estos comenzaban a diseminarse.

Kane miró fija y ávidamente hacia el limpio cielo azul. Aquella visión era, para él, como la de un fuerte viento marino disipando una niebla de horror. Desde algún sitio le llegó el velado y lejano rugir de un león en la distancia. Los buitres se alejaban, aleteando en líneas negras y desordenadas.

V. ¡Asunto cerrado!

Kane estaba sentado en la entrada de la caverna en la que yacía Zunna, sometida a un cuidadoso vendaje por parte del hechicero.

Las ropas del puritano colgaban en andrajos alrededor de su torso; sus miembros y pecho presentaban profundas heridas y oscuras magulladuras, pero no había sufrido ninguna herida mortal durante la letal pelea del risco.

-¡Hombres poderosos, nosotros! -declaró N'Longa con profunda satisfacción-. Ciudad de vampiros ahora en silencio. ¡Ya lo creo! Ningún muerto caminante vivo por estas colinas.

-No lo entiendo -dijo Kane, apoyando el mentón en su mano-. Dime N'Longa, ¿cómo has hecho esas cosas? ¿Cómo hablaste conmigo en mis sueños? ¿Cómo te metiste en el cuerpo de Kran? ¿Cómo convocaste a los buitres?

-Mi hermano de sangre -dijo N'Longa, renunciando a su jactanciosa manera de expresarse en mal inglés, para hacerlo en el dialecto del río conocido por Kane-. Soy tan viejo que me llamarías mentiroso si te dijera mi edad. He hecho magia durante toda mi vida 'buckra' y aprendí más... Hermano mío, ¿cómo puedo abarcar todos estos años en un momento y hacerte comprender con una palabra lo que me ha costado tanto tiempo aprender? Ni siquiera podría hacerte comprender cómo esos vampiros preservaron sus cuerpos de la ruina bebiendo las vidas de los hombres.

“Duermo y mi espíritu viaja por la jungla y los ríos para hablar con los espíritus durmientes de mis amigos. Hay una magia poderosa en el bastón vudú que te di... una magia surgida de la Vieja Tierra que atrae mi espíritu hacia él, como la magia del hombre blanco atrae el metal.”

Kane escuchaba en silencio, viendo por primera vez, en los relucientes ojos de N'Longa, algo más fuerte y profundo que el ávido destello del que trabaja con magia negra. A Kane casi le parecía mirar en el interior de los clarividentes y místicos ojos de un profeta de la antigüedad.

-Yo te dirigí la palabra en sueños -continuó N'Longa- y atraje un poderoso sueño sobre las almas de Kran y Zunna, trasladándolos a una tierra lejana y sombría de la que pronto regresarán sin recordar nada. Todas las cosas se inclinan ante la magia, hermano de sangre, y las bestias y las aves obedecen sus palabras de dominio. Obré un fuerte hechizo, magia vultúrida, y el pueblo volador del aire se reunió acudiendo a mi llamada.

“Yo conozco estas cosas y formo parte de ellas, pero ¿cómo podría hablarte sobre su esencia? Hermano de sangre, eres un poderoso guerrero, pero en los caminos de la magia eres como un niño perdido. Y lo que a mí me ha llevado largos y oscuros años conocer, no lo puedo explicar de forma que lo comprendas. Amigo mío, tu solo piensas en malos espíritus; pero, si mi magia fuera siempre mala, ¿no tomaría este espléndido y joven cuerpo en lugar del mío, viejo y arrugado, y me quedaría con él? Pero Kran recuperará su cuerpo a salvo.

“Quédate con el báculo vudú, hermano de sangre. Posee un enorme poder contra todos los hechiceros, serpientes y criaturas malignas. Ahora regreso al poblado de la costa donde

duerme mi verdadero cuerpo. ¡Y tú, mi hermano de sangre!”

Kane señaló silenciosamente hacia el este.

-La llamada no se debilita. Me marchó.

N’Longa asintió y extendió la mano. Kane la estrechó. La expresión de misticismo había huido del rostro del hechicero y los ojos centelleaban con una especie de alegría reptiliana.

-Yo marchar ahora, hermano de sangre -dijo el hechicero, volviendo a su adorada jerga, de cuyo conocimiento se sentía más orgulloso que de todos sus conjuros-. Tu cuidarte...

¡Porque hermana jungla poder aún arrancarte los huesos!... Recordar ese báculo vudú, hermano. Así ser, ¡asunto cerrado! -Cayó hacia atrás sobre la arena y Kane vio la expresión aguda y maliciosa de N’Longa desvanecerse del rostro de Kran. Su carne volvió a hormiguar. En algún lugar de la Costa de los Esclavos, el cuerpo de N’Longa, marchito y arrugado, se retorció en la choza ju-ju y se levantaba, como de un sueño muy profundo. Kane se estremeció.

Kran se incorporó sentándose, bostezó, se estiró y sonrió. A su lado, la joven Zunna se levantó frotándose los ojos.

-Amo -dijo Kran disculpándose- nos hemos debido quedar dormidos.

(Título original: THE HILLS OF THE DEAD. Weird Tales, agosto, 1930). Versión en castellano de Juan Carlos GARCIA.

ALAS EN LA NOCHE

1. El horror en la estaca.

Solomon Kane se apoyó en su bastón extrañamente tallado y observó con ceñudo asombro el misterio que se extendía silencioso ante él. En los meses trascurridos desde que pusiera rumbo este, desde la Costa de los Esclavos, para perderse en los laberintos de junglas y ríos, Kane había visto muchas aldeas abandonadas, pero nunca una como aquella.

No había sido el hambre lo que había ahuyentado a sus habitantes, puesto que, más allá, el arroz silvestre aún crecía fértil y descuidadamente en los incultos campos. No había esclavistas árabes en aquella tierra perdida y, mientras contemplaba taciturno los huesos diseminados y los cráneos sonrientes, Kane decidió que la aldea había sido assolada por una guerra tribal. Aquellos huesos estaban aplastados y destrozados, y Kane vio chacales y una hiena escabulléndose entre las ruinosas cabañas. Pero, ¿por qué habrían dejado los asaltantes abandonado el botín? Había lanzas de guerra, con las astas desmoronándose bajo el ataque de las hormigas blancas. Había escudos deshaciéndose por efecto del sol y las lluvias. Había ollas de cocina y, en el cuello de un destrozado esqueleto, centelleaba un collar de piedras de color llamativo mezclado con conchas... sin duda, un botín

excepcional para cualquier conquistador salvaje.

Observó la chozas, preguntándose por qué estarían tantos techos de paja hendidos y rotos, como si unos seres provistos de garras hubieran penetrado en ellos a la fuerza. Entonces, algo le hizo entornar sus fríos ojos con sobresaltada incredulidad. Justo al lado del desmoronado montículo que una vez fuera el muro de la aldea, se alzaba un gigantesco baobab, desprovisto de ramas en sus primeros sesenta pies y con un tronco demasiado grueso para aferrarse y subir por él. Aún así, en las ramas superiores se balanceaba un esqueleto, aparentemente empalado en una rama rota.

La fría mano del misterio tocó el hombro de Solomon Kane ¿Cómo habrían llegado aquellos lastimosos restos hasta ese árbol? ¿Habrían sido arrojados allí por la mano inhumana de algún monstruoso ogro?

Kane encogió sus anchos hombros e, inconscientemente, tocó con la mano las negras culatas de sus pistolones, la empuñadura de su estoque y el puñal que llevaba en su cinturón. Ante lo Desconocido y lo Ominoso, Kane no sentía el miedo de un hombre normal. Años de vagabundeo por extrañas tierras y de peleas con extrañas criaturas le habían dejado, en cuerpo, mente y alma, desprovisto de todo cuanto no fuera firmeza y temperamento acerado. Era un hombre alto y delgado, casi demacrado, constituido con la salvaje economía del lobo. De hombros amplios y largos brazos, era tanto un matador instintivo como un espadachín nato.

Las zarzas y espinas de la jungla le habían maltratado; llevaba la ropa hecha jirones, su indeformable sombrero desprovisto de adornos estaba rasgado y sus botas de cuero cordobés arañadas y gastadas. El sol había tostado su pecho y sus miembros hasta darles un profundo bronceado, pero su rostro ascéticamente delgado era impenetrable para sus rayos. Su tez, pese a éstos, tenía una extraña y lúgubre palidez que le daba una apariencia casi cadavérica, sólo desmentida por sus ojos fríos y centelleantes.

Y ahora Kane, barriendo una vez más la aldea con su penetrante mirada, tiró de su cinturón hasta colocárselo en una posición más cómoda, se cambió a la mano izquierda el bastón con cabeza de gato que le diera N'Longa y retomó su camino.

Hacia el oeste había un franja de ralo bosque que descendía hasta un amplio cinturón de sabanas, un ondulante mar de hierba en el que un hombre podría hundirse hasta la cintura o aún más. Más allá se alzaba otra estrecha franja de bosque que se resolvía rápidamente en una densa jungla. De ella había huido Kane como un lobo acosado, con unos hombres de dientes afilados pisándole los talones. Incluso en aquellos momentos, una brisa errabunda le hacía llegar, muy amortiguado, el latido de un tambor salvaje que susurraba su grosero relato de odio, sed de sangre y lujuria, a través de millas de jungla y pastizales.

El recuerdo de su fuga y la difícil evasión estaban frescos en la mente de Kane, pues fue tan sólo el día anterior cuando descubrió, demasiado tarde, que se encontraba en territorio de caníbales y había pasado toda aquella tarde, inmerso en el apestoso hedor de la frondosa jungla, arrastrándose, corriendo, escondiéndose, doblándose y retorciéndose con los feroces cazadores siempre pisándole los talones; hasta que, a la caída de la noche, ganara los pastizales, cruzándolos al amparo de la oscuridad.

Ahora, a última hora de la mañana, no veía ni oía a sus perseguidores, aunque no había razones para creer que hubieran abandonado la caza. Estaban casi encima cuando había

alcanzado las sabanas.

Entonces, Kane inspeccionó la tierra que se extendía frente a él. Hacia el este, describiendo una curva de norte a sur, se extendía una desordenada hilera de colinas, en su mayor parte secas y yermas, que se alzaban en las tierras meridionales hacia un horizonte negro y dentado que le recordó a Kane las negras colinas de Negari. Entre él y estas colinas se extendía una amplia porción de campo suavemente ondulado y densamente poblado, sin llegar nunca a la profusión de la jungla. Kane tuvo la impresión de una alta y elevada meseta unida por el este a las curvas colinas y por el Oeste a las sabanas.

Kane se puso en camino hacia las colinas con su largo, oscilante e incansable paso. Seguramente, en algún lugar a sus espaldas, los salvajes demonios estarían arrastrándose tras él y no sentía ningún deseo de que lo acorralasen. Un disparo podría hacerles huir, presos de un repentino temor, pero, por otra parte, su nivel en la escala de la humanidad era tan bajo que pudiera ser que aquello no transmitiera ningún terror sobrenatural a sus obtusos cerebros. Y ni siquiera Solomon Kane, a quien sir Francis Drake se había referido como el rey de espadas de Devon, tendría posibilidades de ganar trabando batalla con toda una tribu.

La silenciosa aldea, con su carga de muerte y misterio, se desvaneció tras él. Un profundo silencio se enseñoreó de aquellas misteriosas altiplanicies donde no cantaban los pájaros y tan sólo un aura silenciosa revoloteaba entre los grandes árboles. Los únicos sonidos eran producidos por los felinos pasos de Kane y por aquella brisa embrujada por los tambores.

Y entonces Kane vio algo entre los árboles que hizo saltar su corazón con un horror repentino e indescriptible, y pocos momentos después se encaró con el mismísimo Horror, rígido y espantoso. En un amplio claro, en una pendiente bastante acentuada, había un macabro poste y, a éste, había atado algo que una vez fue un hombre. Kane había remado encadenado al banco de una galera turca, realizado trabajos forzados en los viñedos de Berbería, había combatido a los indios rojos del Nuevo Mundo y languidecido en las mazmorras de la Inquisición española. Sabía muchas cosas de la crueldad a la que podía llegar el hombre en su falta de humanidad, pero en aquel momento se estremeció enfermando. Aún así, no fue tanto el horror de las mutilaciones, por muy espantosas que éstas fueran, lo que sacudió el alma de Kane, sino el descubrimiento de que aquel desgraciado todavía vivía.

Porque, al acercarse, la ensangrentada cabeza que colgaba del pecho destrozado se alzó bamboleándose, salpicando sangre por los muñones de las orejas, al tiempo que un gemido bestial y enloquecedor surgía de sus fragmentados labios.

Kane habló al espantoso ser y éste gritó de manera insoportable, retorciéndose en increíbles contorsiones, mientras su cabeza subía y bajaba espasmódicamente con las contracciones de los destrozados nervios, y las abiertas y vacías cuencas oculares parecían esforzarse en ver desde su vacuidad. Y quejándose silenciosa y enloquecedoramente acurrucó su cuerpo ultrajado contra el poste al que estaba atado, levantando la cabeza con pavorosa atención, como esperando algo de los cielos.

-Escucha -dijo Kane en el dialecto de las tribus del río-. No tengas miedo de mí... no te voy a hacer daño, ni nada te lo hará más. Voy a soltarte.

Mientras hablaba, Kane fue amargamente consciente de la futilidad de sus palabras Pero

su voz se había filtrado en el retumbante cerebro, destrozado por la agonía, del hombre que tenía delante. Las palabras se derramaron entre las esquirlas de sus dientes, vacilantes e inseguras, mezcladas y confundidas con las babeantes insensateces de la imbecilidad. Hablaba un idioma emparentado con los dialectos que Kane había aprendido, a lo largo de sus vagabundeos, de ribereños amistosos, y éste dedujo que llevaba mucho tiempo atado al poste -muchas lunas- puesto que gemía en el delirio de la cercana muerte; y, durante todo aquel tiempo, cosas monstruosas e inhumanas habían actuado para imponer su voluntad sobre él. Llamó a aquellos seres por su nombre, pero Kane no lo pudo discernir, pues utilizaba un vocablo desconocido que sonaba como 'akaana'. Pero no habían sido estos seres quienes le habían atado al poste, porque aquel pobre y torturado prisionero barbotaba el nombre de Goru, un sacerdote que le había atado tensando la cuerda con demasiada fuerza, y Kane se maravilló de que el recuerdo de este pequeño dolor se abriese paso por los rojos laberintos de agonía con la suficiente fuerza como para que el moribundo se quejase de él.

Y, para horror de Kane, el hombre habló de su hermano, que había ayudado a atarle, y lloró con infantiles sollozos. Las vacías cuencas se empañaron formando lágrimas de sangre. Y murmuró algo sobre una lanza, rota mucho tiempo atrás en una cacería de recuerdo borroso; y, mientras murmuraba en su delirio, Kane cortó gentilmente las ligaduras, depositando cuidadosamente su cuerpo roto sobre la hierba. Pero incluso bajo el cuidadoso contacto del inglés, el pobre desgraciado se retorció y aullaba como un perro moribundo, mientras la sangre volvía a manar de una veintena de horribles cuchilladas que, según notó Kane, parecían más heridas ocasionadas por garras y fauces que causadas por cuchillo o lanza. Pero al fin estuvo hecho y el ser desgarrado y ensangrentado descansó sobre la suave hierba con el viejo sombrero chambergo bajo su cráneo cadavérico, respirando con largos y chirriantes jadeos.

Kane vertió agua de su cantimplora entre los deformados labios e, inclinándose más, dijo:

-Háblame más de esos demonios pues, por el Dios de mi gente, que esta maldad no quedará sin venganza aunque el mismo Satanás se interponga en mi camino.

Era dudoso que el moribundo le oyera. Pero sí oyó otra cosa. Un loro, con la curiosidad de los de su especie, surgió de una arboleda y pasó tan cerca que sus grandes alas casi rozaron el cabello de Kane. Y, al sonido de aquellas alas, el destrozado hombre se incorporó gritando con una voz que resonaría en los sueños de Kane hasta el día de su muerte.

¡Las alas! ¡Las alas! ¡Aquí vuelven! ¡Ahhh, misericordia, las alas!

Y con un torrente de sangre surgiendo a borbotones de sus labios, le llegó la muerte.

Kane se alzó enjugando el sudor frío que resbalaba por su frente. El elevado bosque rielaba por efecto del calor meridiano. El silencio cubría la tierra con un hechizo de ensoñaciones. La taciturna mirada de Kane se desplazó hacia las negras y malévolas colinas agazapadas en la distancia, y de éstas hacia las misteriosas sabanas. Una antigua maldición se cernía sobre esa misteriosa tierra y su sombra tocó el alma de Solomon Kane.

Con ternura, levantó la roja ruina que una vez latiera con vida, juventud y vitalidad, y la

transportó hacia el borde del claro donde, disponiendo los fríos miembros lo mejor que pudo, y estremeciéndose una vez más ante las indescriptibles mutilaciones, amontonó piedras sobre ella hasta que incluso para un chacal merodeador resultase difícil acceder a la carne que había debajo.

Y apenas había terminado, cuando algo le arrancó, con un sobresalto, de sus sombríos pensamientos, para devolverle a la realidad de su propia situación. Un leve ruido -o quizás su propio instinto lobuno- le hizo girar.

Al otro lado del claro captó un movimiento entre la alta hierba: la momentánea visión de un rostro espantoso con un aro de marfil en su aplastada nariz, gruesos labios separados mostrando dientes cuyas afiladas puntas se podían distinguir incluso a aquella distancia, ojos pequeños y redondos, y una frente estrecha y sesgada, coronada por rizadas greñas. En el instante en que el rostro se perdía de vista, Kane retrocedió de un salto buscando refugio en el anillo de árboles que rodeaban el claro y echó a correr como un galgo, moviéndose de árbol en árbol, y esperando a cada momento oír la algarabía de los guerreros y verlos salir tras él.

Pero pronto decidió que se conformarían con acorralarle al modo en que ciertas alimañas rastrea a sus presas, lenta e implacablemente. Se apresuró a cruzar el elevado bosque, aprovechando, por pequeño que fuera, cada uno de sus refugios y sin ver ni un indicio más de sus perseguidores, aunque sabía, como lo sabe un lobo acosado, que rondaban muy cerca de él, aguardando el momento en que pudieran abatirle sin riesgo para sus propios pellejos.

Kane sonrió con frialdad y sin alegría. Si aquello iba a ser una prueba de resistencia, podría comprobar como competían los músculos de los salvajes contra su valor y la elasticidad de sus miembros de acero. Tan sólo con que llegara la noche, tendría aún la posibilidad de darles el esquinazo. Si no... Kane sabía en el fondo que la salvaje esencia de su mismo ser, que se exaltaba cada vez más con la huida, pronto le llevaría a hacerles frente, aunque sus perseguidores le sobrepasaran en cien a uno.

El sol se hundió hacia el oeste. Kane estaba hambriento, porque llevaba sin comer desde primera hora de la mañana, momento en que devorara su última ración de carne seca. Una fuente ocasional le había proporcionado agua y una vez había creído ver el tejado de una gran choza a lo lejos, en lo profundo de la arboleda. Pero se apartó de aquel camino. Era difícil creer que aquella silenciosa planicie estuviera poblada, pero de estarlo, sus habitantes eran, sin duda, tan feroces como los que le perseguían.

Vio que el terreno que tenía delante se había hecho más accidentado, lleno de rotos peñascos y empinadas pendientes, mientras se acercaba a los tramos menos accidentados de las lúgubres colinas. Y aún no se veía rastro de sus perseguidores, a excepción de leves vislumbres captados mediante cautelosas miradas por encima del hombro... una sombra furtiva, la hierba inclinada, el repentino enderezarse de una rama aplastada, un crujir de hojas; ¿por qué se mostraban tan cautelosos? ¿Por qué no le rodeaban y terminaban con aquello?

Cayó la noche y Kane alcanzó las primeras largas pendientes que le conducirían hacia arriba, hasta el pie de las colinas que ahora descollaban negras y amenazadoras sobre él. Estas constituían su meta, el lugar donde esperaba librarse de sus persistentes enemigos de

una vez por todas; pero, aún así, una incomprensible repugnancia le impulsaba a mantenerse alejado de ellas.

Estaban preñadas de solapada maldad, repelían como la cola de una gran serpiente, vislumbrada entre la alta hierba.

La noche se cerró opresivamente. Las estrellas centelleaban con fulgor carmesí en el agobiante calor de la noche tropical. Y Kane, deteniéndose durante un momento en una arboleda desmesuradamente densa, más allá de la cual los árboles clareaban en su ascenso a las colinas, escuchó el sonido de un sigiloso movimiento que no era producto del viento nocturno... ya que ningún viento agitaba las grandes hojas. Y, mientras se daba la vuelta, percibió un rápido y brusco movimiento en la oscuridad, bajo los árboles.

Una sombra que se confundía con las demás se arrojó sobre Kane con un alarido bestial acompañado de un ruido metálico y el inglés, esquivando el arma gracias al destello de las estrellas sobre ésta, distinguió a su atacante abalanzándose sobre él y le recibió a pecho descubierto. Unos brazos enjutos y fuertes se cerraron sobre él, y unos puntiagudos dientes rechinaron frente a su rostro, al devolver a su vez el fiero abrazo. Su andrajosa camisa se desgarró bajo una mellada hoja y, por puro azar, Kane encontró y apresó la mano que sostenía el cuchillo de hierro, extrayendo su propio puñal con un hormigueo en su carne que anticipaba un lanzazo en la espalda.

Pero mientras el inglés se preguntaba por qué los demás no acudían en ayuda de su camarada, concentraba toda la potencia de sus férreos músculos en el combate. Enzarzados cuerpo a cuerpo, oscilaban y se retorcían en la oscuridad, cada uno esforzándose por hundir su hoja en la carne del otro y, cuando la fuerza superior del puritano comenzó a imponerse, el caníbal aulló como un perro rabioso, mordido y desgarrado.

Un convulsivo movimiento les proyectó al claro iluminado por las estrellas, donde Kane vio el aro de marfil y los puntiagudos dientes que se agarraban bestialmente a su garganta. Y, simultáneamente, tiró con fuerza y hacia atrás de la mano que asía el cuchillo y lo hundió en los codillos del salvaje. El guerrero gritó y el crudo y agrio hedor de la sangre inundó el aire nocturno. Y, en ese instante, Kane quedó aturdido por la acometida repentina y salvaje de un batir de alas que le arrojó violentamente al suelo, dejando libre de su presa al caníbal, que se desvaneció con un alarido de mortal agonía. Estremecido hasta los huesos, Kane se puso en pie de un salto. El menguante chillido del desgraciado salvaje sonaba muy amortiguado y por encima de su cabeza.

Forzando la vista, miró hacia los ciclos creyendo distinguir vagamente Algo horroroso e informe que cruzaba las lejanas estrellas -en el que los retorcidos miembros de un humano se mezclaban indescriptiblemente con unas grandes alas y una oscura forma- pero desapareció tan rápidamente que no pudo estar seguro.

Y ahora se preguntaba si todo aquello no sería una pesadilla. Pero, buscando a tientas en el bosquecillo, encontró el bastón ju-ju con el que bloquease la corta y punzante lanza que había junto a éste. Y allí, por si necesitaba más pruebas, estaba su largo puñal aún manchado de sangre.

¡Alas! ¡Alas en la noche! El esqueleto en la aldea de los tejados rotos... el guerrero mutilado cuyas heridas no habían sido hechas con cuchillo ni lanza, y que muriera

gritando algo sobre las alas. Era seguro que aquellas colinas servían de guarida para pájaros gigantes que hacían presa en los seres humanos. Aún así, si se trataba de aves, ¿por qué no habían devorado por completo al hombre destrozado atado al poste? Y en lo más profundo, Kane supo que ningún ave verdadera proyectaría jamás una sombra como la que había visto cruzar las estrellas.

Desconcertado, se encogió de hombros. La noche era silenciosa. ¿Dónde estarían los demás caníbales del grupo que le había perseguido desde la distante jungla? ¿Les habría asustado el destino de su camarada hasta el punto de ponerlos en fuga? Con o sin caníbales, no se internaría aquella noche en esas oscuras colinas.

Ahora, aunque todos los demonios del Mundo Ancestral anduviesen tras su rastro, debía dormir. Un profundo rugido procedente del oeste le avisó de que había bestias de presa en las cercanías y descendió rápidamente por las onduladas pendientes hasta llegar a un tupido bosquecillo, a cierta distancia de aquel en el que pelease contra el caníbal. Trepó hasta lo alto por entre las grandes ramas, hasta encontrar una gruesa horquilla capaz de acomodar su largo esqueleto. Las ramas superiores le protegerían de una repentina acometida que pudiesen llevar a cabo cualquiera de los seres alados y, si había salvajes acechando en los alrededores, percibiría su presencia al escucharles subir al árbol, ya que su sueño era tan ligero como el de un gato. En cuanto a las serpientes y los leopardos, eran riesgos que había corrido un millar de veces.

Solomon Kane se durmió y sus sueños fueron imprecisos, caóticos, frecuentados por una sombra de maldad prehumana que acabó cobrando unos relieves tan vívidos como los de una escena de la vigilia. Solomon soñó que se despertaba con un sobresalto, sacando una pistola... Su vida había sido la de un lobo durante tanto tiempo que el buscar un arma se había convertido en su reacción natural ante un repentino despertar.

En su sueño, un ser sombrío y extraño se había posado sobre una gran rama próxima a él y se había puesto a mirarle con unos ávidos ojos de color amarillo luminoso que abrasaban su cerebro. El ser del sueño era alto y flaco, con una deformidad extraña en su constitución, tan confundido con las sombras que él mismo parecía una sombra, con la única cualidad material de los estrechos ojos amarillos. Y Kane soñó que aguardaba hechizado mientras la incertidumbre aparecía en aquellos ojos, luego la criatura salió caminando erecta, como un hombre, saltó hacia el espacio y desapareció.

Kane se incorporó de un salto, las nieblas del sueño desapareciendo. A la pálida luz de las estrellas, bajo las arqueadas ramas de formas góticas, el árbol estaba vacío con su sola excepción. Entonces, después de todo, había sido un sueño, aunque muy vívido y cargado de inhumana vileza, pero incluso en aquellos momentos, un vago hedor como el exudado por las aves de presa parecía demorarse en el aire. Kane aguzó el oído. Oyó el suspiro del viento nocturno, el susurro de las hojas, el lejano rugir de un león, pero nada más. Solomon se quedó otra vez dormido... mientras muy alto, por encima de él, una sombra giraba contra las estrellas trazando círculos y más círculos, como un buitre sobre un lobo moribundo.

II. La batalla en el cielo.

El amanecer se extendía pálido sobre las colinas occidentales cuando Kane despertó. En la memoria, su pesadilla nocturna regresó a él y nuevamente se asombró de su realismo, mientras descendía del árbol abandonando su amparo. Un cercano manantial apagó su sed y un poco de fruta, muy apreciada en esas montañas, alivió su apetito.

Luego volvió de nuevo su rostro hacia las colinas. Solomon Kane era un luchador de pies a cabeza. Algún maligno enemigo de los hijos del hombre habitaba en aquel siniestro horizonte, y ese mero hecho era un desafío tan serio como un guante arrojado a su rostro por algún impulsivo valiente de Devon.

Reconfortado por su noche de sueño, se puso en camino con su largo y pausado paso, dejando atrás el bosquecillo que presenciase la batalla nocturna, y alcanzando la región donde los árboles raleaban al pie de las pendientes. Ascendió por éstas, deteniéndose un momento para observar el camino por el que había llegado. Ahora que se encontraba sobre el altiplano, pudo distinguir fácilmente una aldea en la distancia: un racimo de chozas de bambú y barro seguidas, a corta distancia, por otra choza desusadamente grande situada sobre una especie de bajo montículo.

¡Y mientras miraba, con una súbita acometida de espantosas alas, el terror cayó sobre él! Kane giró galvanizado. Todos los indicios habían señalado la hipótesis de un ser alado que cazaba por la noche. No había esperado un ataque a plena luz del día... pero tenía encima a un monstruo con aspecto de murciélago, abalanzándose en su dirección como surgido del mismo ojo del sol naciente. Kane vio una extensión de poderosas alas, desde la que destacaba un rostro horriblemente humano; entonces sacó su arma y disparó con puntería infalible, haciendo que el monstruo girase salvajemente entre cielo y tierra para descender formando espirales, hasta estrellarse a sus pies.

Kane se inclinó hacia delante, con la humeante pistola en su mano, y se quedó mirando con los ojos muy abiertos. De seguro que aquella cosa era un demonio surgido de las simas del infierno, le dijo al puritano su sombría mente; aún así, una bala de plomo había acabado con él. Kane se encogió de hombros desconcertado; nunca había visto nada parecido a aquello, aunque toda su vida había caminado por extraños senderos.

El ser era antropoide, inhumanamente alto y delgado; la cabeza era larga, estrecha y calva -la cabeza de un depredador-. Las orejas eran pequeñas, muy juntas y extrañamente puntiagudas. Los ojos, fijos en la muerte, eran angostos, oblicuos y de un extraño color amarillento. La nariz era fina y ganchuda, como el pico de un ave de presa; la boca era un tajo amplio y cruel, y sus labios finos, fruncidos por la emisión de un gruñido mortal y salpicados de espuma, revelaban unas fauces de lobo.

La criatura, desnuda y calva, no era en otros sentidos diferente de un ser humano. Tenía los hombros anchos y poderosos, y el cuello largo y esbelto. Los brazos eran musculosos y de buena longitud, y los pulgares estaban colocados junto a los demás a la manera de los grandes monos. Tanto unos como otros estaban armados de grandes garras curvas. El pecho era curiosamente deforme, con el esternón sobresaliendo como la quilla de un barco y las costillas alrededor de esta línea curva. Las piernas eran largas y enjutas, con enormes pies prensiles en forma de manos, y dedos gordos opuestos al resto, como el pulgar de un ser humano. Las garras de los dedos de los pies no eran más que uñas largas.

Pero la característica más curiosa de esta sorprendente criatura se hallaba sobre su espalda.

Un par de grandes alas muy parecidas a las de una mariposa, sólo que con estructura ósea y de una sustancia correosa, sobresalían de sus hombros, naciendo en la parte superior de la espalda, donde los brazos se unían a los hombros, y terminando a medio camino de las estrechas caderas. Kane calculaba que esas alas debían medir unos dieciocho pies de punta a punta.

Agarró a la criatura, estremeciéndose involuntariamente ante el tacto resbaladizo, duro y correoso de su piel, y la levantó a medias. Su peso era un poco superior a la mitad de lo que hubiese pesado un hombre de la misma estatura -unos seis pies y medio-. Evidentemente, los huesos eran de una estructura peculiarmente similar a la de las aves e iban recubiertos de una carne que constaba casi por completo de correosos músculos.

Kane dio un paso atrás, inspeccionando de nuevo al ser. Entonces, su sueño no había sido tal, después de todo -aquella cosa odiosa u otra parecida había, con espantosa certeza, estado observándole a su lado en el árbol-. ¡ Un zumbido de poderosas alas! ¡ Un repentino ataque desde el cielo! Mientras giraba, Kane se percató de que había cometido el crimen más imperdonable de la jungla... había permitido que el asombro y la curiosidad le hiciesen bajar la guardia. Ya tenía en la garganta a tiro de los demonios alados y no tenía tiempo de sacar y disparar la otra pistola. En un laberinto de azotadoras alas, Kane vio un diabólico rostro semihumano -sintió como aquellas alas le golpeaban y las crueles garras al hundirse en su pecho-; luego, fue alzado del suelo y percibió el espacio vacío bajo él.

El hombre alado había rodeado con sus miembros las piernas del inglés y las garras que había hundido en el pecho se asían como tornillos dentados. Las fauces lobunas se dirigieron a la garganta de Kane, pero el puritano agarró la huesuda garganta y empujó hacia atrás la horrible cabeza, mientras su mano derecha forcejeaba tratando de sacar el puñal. El hombre-pájaro subía lentamente y una breve mirada mostró a Kane que ya se hallaban muy por encima de los árboles. El inglés no esperaba sobrevivir a aquella batalla en el cielo, ya que, aún en el caso de matar a su enemigo, moriría destrozado por la caída. Pero, con la innata ferocidad del luchador, se propuso implacablemente arrastrar consigo a su captor.

Manteniendo a raya aquellas afiladas fauces. Kane consiguió sacar el puñal y lo hundió profundamente en el cuerpo del monstruo. El hombre murciélago efectuó un salvaje giro y un chillido penetrante y enloquecedor surgió como un estallido de su garganta medio estrangulada. Forcejeó bestialmente, golpeando frenético con sus salvajes alas, doblando la espalda y retorciendo la cabeza con fiereza, en un vano esfuerzo por liberarla, para que sus fauces mortales alcanzaran su objetivo. Hundía las garras de una de sus zarpas agónicamente, con más y más profundidad en los músculos del pecho de Kane, mientras con la otra desgarraba la cabeza y el cuerpo de su enemigo. Pero el inglés, herido y sangrante, con el silencioso y tenaz salvajismo de un dogo, hundió más profundamente sus dedos en el magro cuello y enterró el puñal en su objetivo, una y otra vez, mientras, muy por debajo, unos ojos asustados observaban la diabólica batalla que se recrudecía a aquella vertiginosa altura.

Habían sido arrastrados hasta situarse sobre la meseta y las alas del hombre murciélago, debilitándose por momentos, apenas soportaban su peso. Estaban cayendo rápidamente a tierra, pero Kane, cegado por la sangre y la batalla, ignoraba todo aquello. Con un gran pedazo de su cuero cabelludo separado del cráneo, y el pecho y hombros cortados y

desgarrados, el mundo se había convertido en algo ciego y rojo donde sólo era consciente de una única sensación... el impulso del daga de matar a su enemigo.

Ahora, el débil y espasmódico batir de alas del monstruo moribundo les mantuvo suspendidos durante un instante sobre un grueso bosquecillo de árboles gigantescos, mientras Kane sentía debilitarse la presa de las garras y los retorcidos miembros, y el golpear de las zarpas transformarse en sacudidas inútiles.

Con un último estallido de poder, hundió su enrojecido puñal directamente en el esternón y captó un convulsivo estremecimiento que recorría el cuerno de la criatura. Las grandes alas cayeron flácidas y vencedor y vencido se precipitaron de cabeza a tierra con la celeridad del plomo.

Por entre una ola roja, Kane vio las ondeantes ramas apresurándose a su encuentro... sintió cómo azotaban su rostro y rasgaban su ropa, mientras, aún aprisionado por aquel mortal abrazo, se precipitaba hacia abajo entre hojas que eludían su inútilmente ávida mano; luego, su cabeza se estrelló contra una gran rama y se vio sumergido en un interminable abismo de negrura.

III. El pueblo de la sombra.

A través de colosales corredores nocturnos de un negro basáltico, cruzó Solomon Kane durante un millar de años. Gigantescos demonios alados, horriblos en la profunda oscuridad, le atacaron con una acometida de grandes alas de quiróptero, y en la negrura peleó con ellos, como una rata acorralada contra un murciélago vampiro, mientras unas descarnadas mandíbulas babeaban espantosas blasfemias y horribles secretos en sus oídos, y los cráneos de los hombres pasaban rodando bajo sus inseguros pies.

Solomon Kane regresó de repente de la tierra del delirio y su primera visión de cordura fue la de un rostro gordo y bondadoso inclinado sobre él. Kane vio que se hallaba en una amplia choza, limpia y bien ventilada, mientras en el aire flotaba un sabroso aroma procedente de una olla que burbujeaba en el exterior. Kane se dio cuenta de que tenía un hambre voraz. Y se sentía extrañamente débil. La mano que llevó a su vendada cabeza temblaba y su bronceado se había difuminado.

El gordo y otro hombre, un guerrero alto, delgado y de rostro feroz, se inclinaron sobre él, y el gordo habló:

-Está despierto, Kuroba, y su mente funciona.

El hombre delgado asintió y dijo algo en voz alta que fue respondido desde el exterior.

-¿Qué lugar es este? -preguntó Kane en una lengua que conocía y era similar al dialecto que acababan de usar-. ¿Cuánto llevo aquí echado?

-Esta es la última aldea de Bogonda -dijo el gordo, haciéndole volver a tumbarse con unas manos tan suaves como la de una mujer-. Te encontramos tirado bajo los árboles que cubren las pendientes, malherido y sin conocimiento. Has estado delirando durante muchos días. Ahora come.

Un joven y ágil guerrero entró con una fuente de madera llena de humeante comida y Kane comió con voracidad.

-Es como un leopardo, Kuroba -dijo admirativamente el gordo-. Ni uno entre mil hubiera sobrevivido a las heridas que tiene.

Sí -repuso el otro-. Y mató al akaana que le hirió, Goru.

Con un esfuerzo, Kane se incorporó apoyándose sobre los codos.

-¿Goru? -gritó con fiereza-. ¿El sacerdote que ata hombres a los postes para que se los coman los demonios?

Y luchó por levantarse para estrangular al gordo, pero su debilidad se extendió por su ser como una ola, la cabaña dio vertiginosas vueltas ante sus ojos y se hundió hacia atrás jadeando, cayendo al instante en un sueño sano y natural.

Cuando despertó. más tarde, se encontró con una esbelta joven llamada Nayela, que le observaba. Esta le dio de comer y, sintiéndose mucho más fuerte, Kane le hizo preguntas que ella respondió tímida pero inteligentemente.

Aquello era Bogonda, regida por Kuroba, el jefe, y Goru, el sacerdote. Nadie en Bogonda había visto ni oído hablar anteriormente de un hombre blanco. Ella había contado los días que Kane yaciera desvalido y éste quedó asombrado. Pero una batalla como la que había librado era suficiente para matar a un hombre normal. Se maravilló también de no tener ningún hueso roto, pero la chica dijo que las ramas habían amortiguado su caída y que había tomado tierra sobre el cuerpo del akaana. El preguntó por Goru y el grueso sacerdote se presentó ante él portando sus armas.

-Encontramos algunas junto a ti, donde habías caído-dijo Goru- y otras junto al cuerpo del akaana que mataste con el arma que habla palabras de fuego y humo. Debes ser un dios... aunque los dioses no sangran y tu acabas de hacerlo hasta casi morir. ¿Quién eres?

-No soy ningún dios -respondió Kane- sino un hombre como tú. Procedo de una tierra lejana situada en mitad del mar que, para tu conocimiento, es la más bella y noble de todas las tierras. Me llamo Solomon Kane y soy un aventurero sin hogar. Tu nombre lo oí por primera vez de labios de un moribundo. Aún así, tu rostro me parece bondadoso.

Una sombra cruzó por los ojos del chamán y bajó la cabeza.

-Descansa y recupera las fuerzas, oh hombre. o dios, o lo que seas -repuso- y, a su debido tiempo. sabrás de la antigua maldición que pesa sobre este antiguo territorio.

Y, en los días que siguieron, mientras Kane se recuperaba y fortalecía con la vitalidad de la bestia que le era propia, Goru y Koruba se sentaron y le hablaron con todo detalle, relatándole muchas cosas interesantes.

Su tribu no era nativa de aquel territorio, sino que habían llegado al altiplano ciento cincuenta años atrás, dando a éste el nombre de su antiguo hogar. Habían sido una vez una tribu poderosa en el viejo Bogonda, en un grande y lejano río que quedaba hacia el sur. Pero su poder quedó roto por las guerras tribales y, por fin, ante una gran sublevación, la tribu entera huyó, y Goru repitió leyendas que hablaban de la gran huida de miles de millas a través de junglas y pantanos, acosados a cada paso por crueles enemigos.

Por fin, abriéndose paso por un país de feroces caníbales, se encontraron a salvo de los ataques del hombre... pero presos en una trampa de la que ni ellos ni sus descendientes podrían escapar nunca. Se encontraban en el pavoroso país de Akaana, y Goru dijo que sus antepasados llegaron a comprender la burlona risa de los devoradores de hombres que los habían acosado hasta los mismos límites del altiplano.

Los Bogondi hallaron una tierra fértil con agua potable y mucha caza. Había rebaños enteros de cabras y una clase de cerdos salvajes que se criaban allí en abundancia. Al principio, la gente se comía a los cerdos, pero luego acabaron respetándolos por una buena razón. Los pastizales situados entre el altiplano y la jungla eran un hervidero de antílopes y búfalos, y había muchos leones. Estos también se movían por el altiplano, pero Bogonda significaba 'matador de leones' en su lengua y no pasaron muchas lunas para que el resto de los grandes gatos se retirasen a los niveles inferiores. Pero no era a los leones a los que debían temer, como pronto entenderían los antepasados de Goru.

Habiendo comprobado que los caníbales no traspasarían las sabanas para aproximarse a ellos, descansaron de su largo viaje y construyeron dos poblados -la Bogonda superior y la inferior-. Kane se encontraba en la Bogonda superior y lo que había visto eran los restos del poblado del nivel inferior. Pero no tardaron en comprender que se habían perdido en un país de pesadillas armadas de garras y fauces goteantes. En la noche escuchaban el batir de unas poderosas alas y veían horribles sombras cruzar las estrellas y perfilarse contra la luna. Los niños comenzaron a desaparecer y, por fin, un joven cazador se extravió en las colinas donde le sorprendió la noche. Y, bajo la luz gris del amanecer, un cadáver destrozado y medio comido cayó de los cielos sobre la calle del poblado, y el susurro de una risa monstruosa dejó helados a los horrorizados espectadores. Luego, algo más tarde, todo el horror de la situación estalló sobre los Bogondi.

Al principio, los hombres alados tenían miedo de los recién llegados. Se escondieron y sólo por la noche salían de sus cavernas. Luego se hicieron más osados. Un guerrero le disparó una flecha a uno de ellos, a plena luz del día; pero los diablos habían aprendido que se podía matar a los humanos, y su grito de agonía atrajo a una veintena de ellos, que descendieron de los cielos e hicieron pedazos al ejecutor ante toda la tribu.

Entonces, los Bogondi se prepararon para abandonar aquel diabólico país y un centenar de guerreros subieron a las colinas para buscar un paso. Hallaron escarpadas paredes difíciles de escalar y los acantilados donde moraban los hombres alados

Fue entonces cuando se libró la primera batalla armada entre humanos y hombres-murciélago, resolviéndose en una aplastante victoria a favor de los monstruos. Los arcos y jabalinas de los nativos demostraron ser inútiles ante las arremetidas de esos demonios con garras, y de aquel centenar que subió hasta las colinas, no sobrevivió ni uno sólo; porque los akaanas persiguieron y dieron caza a los huidos, rastreando hasta al último de ellos a un tiro de flecha de la aldea superior.

Sucedió entonces que los Bogondi, viendo que no tenían esperanza de atravesar las colinas, procuraron volverse a abrir paso luchando por el camino que habían venido. Pero una gran horda les salió al encuentro en los pastizales y en una gran batalla que duró casi todo el día, fueron rechazados, deshechos y destrozados. Y Goru dijo que, mientras la batalla se recrudecía, los cielos se llenaron de horribles formas que dibujaban círculos en

lo alto y se reían con pavorosa alegría viendo morir a los hombres a diestro y siniestro.

Así que los supervivientes de aquellas dos batallas, lamiéndose las heridas, se inclinaron ante lo inevitable con la filosofía fatalista del salvaje. Quedaron unos quince mil hombres, mujeres y niños.,y éstos construyeron sus chozas, cultivaron las tierras y vivieron imperturbables a la sombra de la pesadilla.

En aquellos días había muchos hombres alados y, de haberlo deseado, podrían haber barrido por completo a los Bogondi. No había ningún guerrero que pudiera enfrentarse a un akaana, porque estos eran más fuertes que los humanos, atacaban como los halcones y, si fallaban, sus alas les ponían fuera del alcance de cualquier contraataque.

En este punto. Kane le interrumpió para preguntar por qué los bogondi no combatieron a los demonios con flechas. Pero Goru respondió que hacía falta un arquero rápido y preciso para acertar de cualquier forma a un akaana en vuelo, y que su piel era tan dura que, a menos que la flecha golpeará en ángulo recto, no penetraría. Kane sabía que los nativos eran arqueros muy poco cualificados y que las puntas de sus flechas eran fabricadas con piedras astilladas, hueso o hierro batido, casi tan blando como el cobre; pensó en Poitiers y en Azincourt y deseó torvamente tener a su lado una fila de firmes arqueros ingleses o una tropa de mosqueteros.

Pero Goru dijo que los akaanas no parecían querer destruir del todo a los Bogondi. Su principal alimento lo constituían los pequeños cerdos que, a la sazón, hormigueaban por el altiplano, y las cabras jóvenes. Algunas veces salían a las sabanas en busca de antílopes, pero desconfiaban del campo abierto y tenían miedo de los leones. Tampoco frecuentaban las junglas ulteriores, porque los árboles crecían demasiado juntos como para poder extender sus alas. Se limitaban a las colinas y el altiplano... y, fuera lo que fuese, lo que había más allá de esas colinas. nadie lo conocía en Bogonda.

Los akaanas permitían a los Bogondi habitar en el altiplano en una forma muy parecida a como los hombres dejan crecer a los animales salvajes o abastecen los lagos de pescado... para su propio provecho. El pueblo-murciélago, dijo Goru, tenía un extraño y espantoso sentido del humor que se estimulaba por los gritos de padecimiento de un humano quejándose. Esas macabras colinas habían repetido estertores capaces de helar el corazón de los hombres.

Pero durante muchos años, dijo Goru, cuando los hombres hubieron aprendido a no oponerse a sus amos, los akaanas se conformaron con secuestrar un bebé de vez en cuando, devorar alguna joven de la aldea que se hubiese extraviado o algún chico a quien la noche sorprendiera fuera de los muros. El pueblo murciélago desconfiaba de la aldea; volaban en círculos muy por encima de ella, pero nunca se aventuraban en el interior. Allí, los Bogondi vivieron a salvo, hasta años recientes.

Goru dijo que los akaanas estaban desapareciendo rápidamente; existía la esperanza de que los restos de su raza les sobrevivieran... en cuyo caso, dijo con fatalismo, los caníbales subirían sin duda de la jungla y meterían a los supervivientes en sus ollas. Dudaba de que a la sazón hubiera más de ciento cincuenta akaanas en total. Kane preguntó por que no emprendían entonces los guerreros una gran cacería y destruían por completo a los demonios, y Goru sonrió amargamente, repitiendo sus comentarios acerca de la habilidad desplegada en batalla por el pueblo-murciélago. Además, dijo, la tribu

entera de Bogonda contaba tan sólo con cuatrocientas almas en aquel momento, y el pueblo-murciélagos constituía su única protección contra los caníbales del oeste.

Goru dijo que la tribu se había reducido más en los pasados treinta años que en todos los anteriores. A medida que el número de akaanas disminuía, aumentaba su infernal salvajismo. Cada vez atrapaban a más de los Bogondi para torturarlos y devorarlos en sus horribles cavernas negras en lo alto de las colinas, y Goru habló de ataques repentinos a partidas de caza y a trabajadores de los campos de plátanos, de noches entenebrecidas por horribles aullidos e incomprensibles letanías procedentes de las oscuras colinas, de la semihumana y estremecedora risa; de miembros arrancados y sonrientes cabezas ensangrentadas arrojadas desde los cielos sobre la horrorizada aldea, y de los espantosos festejos celebrados entre las estrellas.

Luego llegó la sequía, dijo Goru, y una gran carestía. Muchos de los manantiales se secaron y las cosechas de arroz, batatas y plátanos se perdieron. Los ñus, ciervos, y búfalos que habían formado la mayor parte de la dieta carnívora de Bogonda se retiraron a la jungla en busca de agua, y los leones, con el miedo al hombre superado por el hambre, se extendieron hasta las tierras altas. Muchos murieron en la tribu y el resto se vio impelido por el hambre a comerse los cerdos que eran la presa natural del pueblo-murciélagos. Esto enfureció a los akaanas y redujo el número de cerdos. El hambre, los Bogondi y los leones destruyeron a todas las cabras y la mitad de los cerdos.

El hambre acabó pasando, pero el daño estaba hecho. De todas las grandes manadas que un día abarrotaran el altiplano, sólo quedó un vestigio difícil de atrapar. Los Bogondi se habían comido a los cerdos, así que los akaanas se comieron a los Bogondi. La vida se convirtió en un infierno para los humanos y la aldea inferior, contando a la sazón con tan sólo ciento cincuenta almas, se sublevó. Llevados al frenesí por sucesivos ultrajes, se volvieron contra sus amos. Un akaana que se posó en las mismas calles para robar un niño, fue atacado y acribillado a flechazos hasta la muerte. Y la gente de la Baja Bogonda se encerró en sus chozas aguardando su destino.

Y en la noche, dijo Goru, llegó. Los akaanas habían superado la inquietud que les inspiraban las chozas. Toda la bandada descendió de las colinas y la Bogonda superior despertó para escuchar el horrible cataclismo de gritos y blasfemias que acompañaron el fin de la otra aldea. El pueblo de Goru había yacido toda la noche sudando de terror, sin atreverse a mover, escuchando los aullidos y las extrañas letanías que taladraban la noche. Al fin, estos sonidos cesaron, dijo Goru, enjugándose el frío sudor del entrecejo, pero los sonidos de un espantoso y obscuro festejo taladraron la noche con demoníaca burla.

A primera hora del amanecer, el pueblo de Goru vio que la bandada infernal regresaba volando a sus colinas, como demonios que volvían al infierno cruzando el amanecer. Volaban lenta y pesadamente, como buitres ahitos. Más tarde, la gente se atrevió a llegar con sigilo hasta la aldea maldita y lo que allí encontraron hizo que se alejaran gritando. Y hasta el presente, dijo Goru, ningún hombre pasó a menos de tres tiros de flecha del silencioso horror. Y Kane asintió comprendiendo, con sus fríos ojos más lúgubres que nunca.

Durante muchos días después de aquello, dijo Goru, la gente se quedó aguardando muerta

de miedo. Finalmente, en un paroxismo de terror, que engendra una crueldad indescriptible, la gente de la tribu echó a suertes quién debía ser atado a una estaca entre los dos pueblos, esperando que los akaanas viesan en aquello una ofrenda de sumisión y la gente de Bogonda pudiera sustraerse al destino de sus parientes. Según dijo Goru, habían tomado prestada aquella costumbre de los caníbales, que en tiempos pasados adoraban a los akaanas ofreciéndoles un sacrificio humano cada luna. Pero la casualidad les había mostrado que se podía matar a los akaanas, así que dejaron de adorarles... al menos, esa era la deducción de Goru, y explicó con mucho detalle que ningún ser mortal era merecedor de verdadera adoración, por maligno o poderoso que pudiera ser.

Los propios antepasados habían realizado sacrificios esporádicos para aplacar a los demonios alados, pero aquello no se había convertido en una práctica regular hasta fecha reciente. Ahora era algo necesario; los akaanas lo esperaban, y cada luna elegían de entre su menguante población a un joven fuerte o a una chica a quien atar a la estaca.

Kane observó atentamente el rostro de Goru mientras éste hablaba de su pena por aquella indescriptible necesidad y el inglés se dio cuenta de que el sacerdote era sincero. Kane se estremeció ante la idea de una tribu de seres humanos acabando de aquella manera, tan lenta como segura, en las fauces de una raza de monstruos.

Kane habló sobre el pobre hombre que había visto y Goru asintió, con dolor en su tierna mirada. Había permanecido allí colgado durante un día y una noche, mientras los akaanas saciaban su asquerosa sed de tortura en su temblorosa y agonizante carne. Hasta ese momento, los sacrificios habían alejado la maldición de la aldea. Los cerdos restantes proporcionaban sustento a los cada vez más escasos akaanas, junto con el ocasional secuestro de algún bebé, y se contentaban con ejercer su indescriptible deporte cada luna con su única víctima.

Un pensamiento llegó hasta Kane.

-¿Nunca se han internado los caníbales en el altiplano?.

Goru negó con la cabeza; sintiéndose seguros en su jungla, en ninguna de sus incursiones llegaban más allá de la sabana.

-Pero me persiguieron hasta el mismo pie de las colinas.

Goru negó de nuevo con la cabeza. Sólo había un caníbal, habían encontrado sus huellas. Evidentemente, se trataba de un sólo guerrero, más valiente que el resto, que habla permitido que su pasión por la caza superase su miedo hacia el espantoso altiplano, y había pagado el precio. Los dientes de Kane se apretaron con fuerte crujido, gesto que en él solía sustituir a una blasfemia. Se sentía herido por el pensamiento de haber huido tanto tiempo ante un sólo enemigo. No era entonces de extrañar que aquel enemigo le hubiese seguido tan cautelosamente, esperando la noche para atacar. Pero, preguntó Kane, ¿por qué el akaana había atrapado al caníbal en vez de a él... y por qué no le había atacado el horrible murciélago que se posó en su árbol aquella noche?

El caníbal sangraba, respondió Goru. El olor provocó el ataque del demonio-murciélago, porque eran capaces de olfatear la sangre cruda desde la misma distancia que los buitres. Y se mostraban muy cautelosos. Jamás habían visto a un hombre que, como Kane, no mostrara miedo. Seguramente habrían decidido espíarle, cogerle desprevenido antes de

atacar.

¿Quiénes eran aquellas criaturas?, preguntó Kane. Goru se encogió de hombros. Ya estaban allí cuando llegaron sus antepasados y éstos jamás habrían oído hablar de ellos antes de llegar. No tuvieron ninguna relación con los caníbales, por eso no pudieron aprender de ellos. Los akaanas vivían en cavernas, desnudos como bestias; no sabían nada del fuego y sólo comían carne fresca y cruda. Pero tenían alguna clase de idioma y reconocían a un rey entre ellos. Muchos murieron en la gran carestía, cuando los más fuertes se comieron a los más débiles. Estaban desapareciendo rápidamente; en los últimos años no se había observado entre ellos ninguna hembra ni ningún espécimen joven. Cuando estos machos murieran por fin, ya no habría más akaanas; pero Bogonda, observó Goru, ya estaba condenada, a menos que... se detuvo lanzando una extraña y ansiosa mirada a Kane. Pero el puritano estaba profundamente sumido en sus pensamientos.

De entre la multitud de leyendas nativas que había escuchado en sus vagabundeos se destacaba una. Mucho, mucho tiempo atrás, un hechicero muy viejo le había hablado de demonios alados que salieron volando desde el norte y pasaron sobre su país, desapareciendo en el laberinto del meridián, repleto de junglas encantadas. Y el hechicero le contó una leyenda muy antigua acerca de estas criaturas: que una vez habían habitado a millares en un lejano y gran lago de aguas amargas, situado a muchas lunas hacia el norte, y, que, muchas edades atrás, un caudillo junto con sus guerreros las combatió con arcos y flechas, y mató muchos, haciendo que los demás se retiraran hacia el sur. Aquel jefe se llamaba N'Yasunna y poseía una gran canoa con muchos remos, con los que cruzaba rápidamente las aguas amargas.

Y entonces un viento helado comenzó a soplar de repente sobre Solomon Kane, como si una puerta se hubiera abierto repentinamente en los golfos Exteriores del Espacio y el Tiempo. Porque ahora comprendía la verdad de aquel mito desvirtuado y la verdad de una leyenda más antigua y terrible. Porque, ¿qué lago amargo era ese sino el Mediterráneo y quién era el jefe N'Yasunna sino el héroe Jasón, que conquistó a las arpías y las condujo, no sólo hacia las islas sino también hacia África? Entonces el viejo relato pagano era cierto, pensó Kane mareado, mientras se evadía horrorizado del extraño reino de espantosas posibilidades, surgió esta en su mente. Porque si este mito de las arpías era una realidad, ¿qué decir de las otras leyendas... la de la Hidra, los centauros, la Quimera, Medusa, Pan y los sátiros?

¿Habría realidades de pesadilla acechando agazapadas tras todos aquellos mitos de la antigüedad, realidades dotadas de fauces babeantes y garras impregnadas de estremecedora maldad? ¡África, el Continente Negro, tierra de sombras y horror, de brujería y encantamientos, hacia la que todo lo maligno se había replegado desapareciendo, ante el creciente esplendor del mundo occidental!

Con un sobresalto, Kane abandonó sus ensueños. Goru le estaba tirando tímida y suavemente de la manga.

-¡Sálvanos de los akaanas! -dijo Goru-. ¡Aunque no seas un dios, en tu interior vive el poder de un dios! En tu mano llevas el poderoso bastón mágico que, en tiempos, pasó por ser el cetro de caídos imperios y báculo de poderosos sacerdotes. Y tienes armas que escupen muerte de fuego y humo.. .porque nuestros jóvenes, observando, te vieron matar

dos akaanas. Te nombraremos rey... dios... ¡lo que quieras! Ha pasado más de una luna desde que llegaste a Bogonda y el momento del sacrificio ha pasado, pero el poste ensangrentado está vacío. Los akaanas rehuyen la aldea por tu presencia; ya no nos roban bebés. ¡Nos hemos librado de su yugo porque confiamos en ti!

Kane se apretó las sienes con las manos.

-¡No sabes lo que me pides! -gritó-. Dios sabe que mi mayor deseo es liberar la tierra de esta maldad, pero no soy ningún dios. Puedo matar con mis pistolas a unos cuantos demonios, pero sólo me queda un poco de pólvora. De tener una gran provisión de pólvora y balas, y el mosquete que destruí en aquella tierra de vampiros llamada Colina de los Muertos, entonces, desde luego, haría una excelente cacería. Pero incluso aunque matara a todos los demonios, ¿qué pasaría con los caníbales?

-¡También ellos te temerían! -gritó el viejo Kuroba, mientras la niña Nayela y el muchacho, Loga, que iban a ser los siguientes en ser sacrificados, le miraban con el alma asomándoles a los ojos-.

Kane dejó caer su barbilla sobre el puño y suspiró.

-Entonces, me quedaré aquí, en Bogonda, el resto de mi vida, si creéis que puedo servir de protección a la gente.

De esta forma, Solomon Kane se quedó en la aldea de Bogonda de la Sombra. La gente era un pueblo amable de natural energía y espíritu amante de la diversión que se encontraban subyugados y entristecidos por el prolongado morar en la Sombra. Pero ahora habían cobrado nuevos ánimos con la llegada del inglés, y a Kane se le encogía el corazón al percibir la patética confianza que habían puesto en él. Cantaban en los campos de plátanos y danzaban alrededor del fuego, mirándole con ojos llenos de arrebatada fe. Pero Kane, maldiciendo su propio desamparo, sabía lo inútil que resultaría su imaginaria protección si los demonios alados surgieran de repente de los cielos.

Pero se quedó en Bogonda. En sus sueños, las gaviotas revoloteaban sobre los acantilados del viejo Devon recortados en los limpios y azules cielos azotados por el viento y, durante el día, la llamada de las tierras desconocidas allende Bogonda desgarraba su corazón con fiera avidez. Pero habitó en Bogonda y se devanó los sesos en busca de un plan. Se sentaba y se quedaba mirando durante horas el bastón mágico, deseando desesperadamente que le ayudase la magia negra, allá donde fracasaba su mente. Pero el antiguo regalo de N'Longa no le prestaba ninguna ayuda. En una ocasión, había hecho que el chaman de la Costa de los Esclavos llegara hasta él a través de leguas de espacio intermedio... pero N'Longa sólo podía acudir a él cuando se enfrentaba con manifestaciones de lo sobrenatural, y aquellas arpías no lo eran.

En lo profundo de la mente de Kane, comenzó a germinar una idea, pero la descartó. Tenía algo que ver como una trampa... ¿Y cómo se le podía tender trampas a los akaanas? El rugido de los leones servía de siniestro acompañamiento a sus meditaciones. A medida que el hombre desaparecía del altiplano, las bestias depredadoras, que sólo temían a las lanzas de los cazadores, comenzaban a agruparse. Kane rió con amargura. No era con

leones, a los que simplemente había que dar caza y matar, con lo que tenía que tratar.

A corta distancia de la aldea, se alzaba la gran cabaña de Goru, que una vez fuera sala de consejos. Esta cabaña estaba llena de muchos extraños fetiches que, había dicho Goru con un desesperado movimiento de sus gordas manos, encerraban una fuerte magia contra los espíritus malignos, pero servían de escasa protección contra malignos gigantes alados de carne, hueso y cartílago.

IV. La locura de Solomon.

Kane se despertó de repente de su sueño sin sueños. Una horrible confusión de gritos estalló horrorosamente en sus oídos. Fuera de su cabaña, la gente moría en la noche de forma horrible, como ganado en el matadero. Había dormido, como siempre, con sus armas ceñidas. Saltó hacia la puerta y algo cayó a sus pies con una babeante mueca, agarrándose a sus rodillas y farfullando incoherentes súplicas.

A la tenue luz de las ascuas de una hoguera cercana, Kane reconoció lleno de horror el rostro del joven Loga, ahora horriblemente destrozado y empapado en sangre, congelándose ya en la máscara de la muerte. La noche estaba llena de pavorosos sonidos, inhumanos aullidos entremezclados con el susurro de poderosas alas, el desgarrarse de los tejados de paja y una risa horrorosa y demoníaca. Kane se liberó de los crispados brazos del muerto y saltó hacia el evanescente fuego de la hoguera. Sólo pudo distinguir un confuso y vago laberinto de formas que huían y siluetas que salían disparadas, así como el movimiento y la agitación de unas alas negras recortadas en las estrellas.

Tomó rápidamente una tea y la arrojó contra el techo de su cabaña... y, al saltar la llama, se quedó helado de espanto. Una sangrienta maldición aullante había descendido sobre Bogonda. Monstruos alados corrían gritando por sus calles, revoloteaban sobre las cabezas de las gentes despavoridas o destrozaban los techos de las cabañas para acceder a las balbuceantes víctimas del interior.

Con un ahogado grito, el inglés despertó de su trance de horror, sacó y disparó contra una rápida sombra de ojos llameantes, que cayó a sus pies con el cráneo destrozado. Y Kane lanzó un fiero y profundo rugido, lanzándose de un salto a la batalla, con toda la demencial furia de sus paganos antepasados sajones cobrando terrible vida.

Aturdidos y desconcertados por el repentino ataque, intimidados por largos años de sumisión, los Bogondi eran incapaces de ofrecer una resistencia organizada y en su mayor parte morían como ovejas. Algunos contraatacaban enloquecidos por la desesperación, pero sus flechas eran disparadas al azar o rebotaban en las duras alas, mientras que la diabólica agilidad de las criaturas hacía que el lanzamiento de jabalina y los golpes de hacha resultasen de una efectividad incierta. Saltando desde el suelo, esquivaban los golpes de sus víctimas y, cayendo sobre sus hombros, los arrojaban sobre el terreno, donde fauces y garras hacían su sangriento trabajo.

Kane vio al viejo Kuroba, demacrado y manchado de sangre, acorralado contra la fachada de una choza, con su pie sobre el cuello de un monstruo que no había sido suficientemente rápido. El viejo y malencarado jefe blandía un hacha de gran tamaño, lanzando fuertes y

arrolladores golpes que, por el momento, mantenían a raya el ataque de media docena de vociferantes demonios. Kane acudía de un salto en su ayuda, cuando un sonido bajo y lastimoso le detuvo. La pequeña Nayela se retorció débilmente, tumbada boca abajo en el ensangrentado suelo, mientras sobre su espalda se acuclillaba dando zarpazos un ser parecido a un buitre. Sus opacas pupilas buscaron el rostro del inglés en una angustiada súplica.

Kane lanzó un amargo juramento y disparó a bocajarro. El alado demonio fue arrojado hacia atrás con un repugnante alarido y una salvaje agitación de alas moribundas, y Kane se inclinó hacia la agonizante joven. Esta sollozó y le besó las manos con labios inseguros, mientras él le mecía la cabeza con sus manos. Luego, sus ojos se cerraron.

Kane depositó suavemente el cuerpo en el suelo, buscando a Kuroba. Al ver sólo un arracimado montón de horrorosas formas que mordían y rasgaban algo que tenían rodeado, Kane se volvió loco. Con un grito que taladró aquel infierno, saltó comenzando a matar mientras se incorporaba. En el mismo acto de saltar, enderezando su rodilla doblada, sacó su estoque y se tiró a fondo, atravesando una garganta de ave carroñera. Luego, sacando su estoque de un tirón, mientras el ser forcejeaba y se contraía en su estertor agónico, el enfurecido puritano cargó de frente en busca de nuevas víctimas.

A todo su alrededor, las gentes de Bogonda morían de forma horrible. Peleaban inútilmente o huían y los demonios los cazaban como un halcón a una liebre. Entraban corriendo en las cabañas y los demonios arrancaban el techo o tiraban la puerta abajo, y lo que en aquellas cabañas tenía lugar quedó misericordiosamente oculto de los ojos de Kane.

Y al cerebro enloquecido de horror del frenético puritano le parecía que sólo suya era la responsabilidad. Los Bogondi habían confiado en él como en su salvador. Se habían negado al sacrificio, desafiando a sus crueles amos. Ahora estaban pagando por ello un horrible precio y él era incapaz de salvarlos. En los ojos nublados por la agonía que se volvían hacia él, Kane apuró las negras heces de aquella amarga copa. No se trataba de ira ni del resentimiento del miedo, sino dolor y un aturdido reproche. El era su dios y les había fallado.

Ahora atravesaba la masacre en busca de una presa y los demonios le evitaban, volviendo su atención a las víctimas fáciles. Pero Kane no estaba dispuesto a que le ignorasen. Envuelto en una niebla roja que no procedía de la choza en llamas, vio la culminación del horror; una arpía tenía agarrado a un ser desnudo y retorcido que había sido una mujer, y sus lobunas fauces engullían con gula. Cuando Kane saltó en una acometida, el hombre-murciélago dejó caer su lloriqueante y destrozada presa y remontó el vuelo. Pero Kane soltó su espada y, con el salto de una pantera sanguinaria, agarró al demonio por la garganta, rodeando la parte baja del cuerpo con sus férreas piernas.

Una vez más se vio peleando en pleno vacío, pero esta vez más cerca de los tejados de las chozas. El terror había penetrado en el frío cerebro de la arpía. No peleaba para agarrar y matar; sólo quería desembarazarse de aquel ser silencioso e implacable que con tanto salvajismo le arrancaba la vida a puñaladas. Forcejeó violentamente, con horribles chillidos y batir de alas, luego, cuando el puñal de Kane penetró con más profundidad, descendió de repente en diagonal, cayendo de cabeza.

La caída fue detenida por el tejado de una cabaña y Kane, y la agonizante arpía, lo atravesaron estrepitosamente hacia tierra, formando una retorcida masa en el suelo de la choza. A la lívida y parpadeante luz de la choza en llamas donde habían caído, Kane contempló una escena de enloquecedor espanto llevada a cabo a la sazón... unas fauces que chorreaban sangre en una boca abierta como una herida y la ensangrentada parodia de un ser humano que aún se retorcía en la agonía. Entonces, en el laberinto de demencia que le dominaba, sus dedos de acero se cerraron sobre la garganta del demonio, en una presa que ningún ataque de garras o martilleo de alas podía deshacer, hasta que sintió que la horrible vida escapaba bajo sus dedos, cuando el óseo cuello colgó roto.

Fuera continuaba la sanguinaria locura de la matanza. Kane se levantó de un salto, con su mano cerrándose a ciegas sobre la empuñadura de un arma y, al arrojarse hacia el exterior de la cabaña, una arpía se alzó bajo sus mismos pies. El arma que Kane había arrebatado era un hacha, y le propinó tal golpe que los sesos del diablo saltaron salpicando como agua. Dio un salto hacia delante, tropezando con cuerpo y fragmentos humanos, con la sangre manándole de media docena de heridas. Entonces se detuvo, gritando de rabia y frustración.

Los seres murciélago remontaban el vuelo. Ya no querían enfrentarse a aquel extraño demente cuya locura le hacía más terrible que ellos mismos. Pero no se iban solos a las regiones superiores. En sus ávidas garras transportaban retorcidas y vociferantes formas y Kane, desplazándose furioso de acá para allá con su ensangrentada hacha, se quedó solo en una aldea atestada de cadáveres.

Echó hacia atrás la cabeza, para gritarles su odio a los demonios que volaban sobre él y sintió gotas cálidas y gruesas que le caían sobre el rostro, mientras los ensombrecidos cielos se llenaban con gritos de agonía y la risa de los monstruos.

Cuando los sonidos de aquel espantoso festín en el firmamento llenaron la noche y la sangre que llovía de las estrellas le mojó el rostro, el último vestigio de razón que quedaba en Kane desapareció. Fue balbuceando de acá para allá, vociferando caóticas blasfemias.

¿No era él un símbolo del hombre, tambaleándose entre los huesos marcados a dentelladas y las sonrientes cabezas cortadas de seres humanos, esgrimiendo un hacha inútil y gritando su odio incoherente a las horribles y aladas formas de la Noche que hacían presa en él, riéndose sobre su cabeza en diabólica victoria y arrojando sobre sus ojos enloquecidos la lastimosa sangre de sus víctimas humanas?

V. El conquistador.

Un amanecer pálido y escalofriante se arrastró sobre las negras colinas para flamear sobre la sangrienta carnicería que una vez fuera el poblado de Bogonda. Las cabañas estaban intactas, a excepción de las que se habían desmoronado en ardientes ascuas, pero muchos de los tejados estaban arruinados. Huesos desmembrados, desprovistos a medias o por entero de carne, yacían tirados en la calle, algunos de ellos astillados como si hubieran sido arrojados desde una gran altura.

Era un reino de muerte donde había un único signo de vida. Solomon Kane se inclinó

sobre su hacha cuajada de sangre y contempló la escena con sombríos y enloquecidos ojos. Estaba medio cubierto por la sangre seca de las profundas heridas que cubrían su pecho, rostro y hombros, pero a las que no prestaba demasiada atención.

Las gentes de Bogonda no habían muerto solas. Diecisiete arpías yacían entre los huesos y, de éstas, seis habían sido muertas por Kane. El resto habían caído ante el desesperado miedo a morir de los Bogondi. Pero era un insignificante precio frente al pagado por ellos. De las más de cuatrocientas personas de la Bogonda superior, no había quedado ni una para ver el amanecer. Y las arpías se habían ido... regresando a sus cavernas en las colinas negras, llenas hasta la saciedad.

Con pasos lentos y mecánicos, Kane recorrió aquello, reuniendo sus armas. Encontró su espada, su puñal, sus pistolas y el bastón mágico. Abandonó el centro de la aldea y subió por la pendiente hasta la gran choza de Goru. Y allí se detuvo, agujoneado por un nuevo horror. El detestable humor de las arpías había improvisado una exquisita broma. Sobre la puerta de la cabaña, la cercenada cabeza de Goru le miraba con fijeza. Las gordas mejillas estaban hundidas, los labios colgaban en gesto de horrorizada idiotez y la mirada de sus ojos era la de un niño herido. Y, en aquellos ojos, Kane vio asombro y reproche.

Kane miró hacia las ruinas que habían sido Bogonda y a la mortal máscara de Goru. Y levantando los puños apretados sobre la cabeza, maldijo, con llameantes ojos alzados y retorcidos labios llenos de espuma, al cielo y a la tierra, y las esferas superiores e inferiores. Maldijo a las frías estrellas, al ardiente sol, a la burlona luna y al susurro del viento. Maldijo todos los sinos y destinos, todo cuanto había amado u odiado, a las ciudades silenciosas bajo los mares, a las edades pasadas y los eones futuros. Con una aterradora explosión de blasfemias, maldijo a los dioses y a los demonios que hacen de la humanidad su juguete, y maldijo al hombre que sigue viviendo ciego, y en su ceguera ofrece la espalda a los cascos de hierro de sus dioses.

Luego, al fallarle la respiración, se detuvo jadeando. De los tramos inferiores le llegó el rugido de un león y por los ojos de Solomon Kane pasó un destello de astucia. Durante mucho tiempo, permaneció inmóvil como una efigie de hielo y, en su locura, forjó un plan desesperado, mientras se retractaba silenciosamente de su blasfemia; porque si bien los dioses con pies forrados de hierro habían hecho al hombre para que les sirviera de juguete y entretenimiento, también le habían dado un cerebro que eleva su ingenio y crueldad a un nivel superior al de cualquier criatura viviente.

-Ahí habitarás -le dijo Solomon Kane a la cabeza de Goru-. El sol te marchitará y los fríos rocíos de la noche acabarán consumiéndote. Pero yo te protegeré de esas ansiosas aves y tus ojos presenciarán la caída de tus asesinos. No, no pude salvar a las gentes de Bogonda, pero por el Dios de mi raza que puedo vengarlos. El hombre es el juguete y el alimento de titánicos seres de la Noche y el Horror cuyas gigantescas alas se ciernen siempre sobre él. Pero hasta lo maligno puede llegar a su fin... y tú verás ese fin, Goru.

En los días subsiguientes, Kane trabajó titánicamente, comenzando con la primera luz gris del amanecer y continuando hasta después de la puesta del sol, bajo la pálida luz de la luna, hasta que caía derrengado para dormir el sueño de un profundo agotamiento. Tomaba su comida sin dejar de trabajar y no hacía el menor caso de sus heridas, siendo apenas consciente de que se curaban por sí mismas. Bajaba a los niveles inferiores y cortaba

bambú de tallos largos y duros. También cortaba grandes ramas de árboles y duros sarmientos para que hicieran de sogas.

Con estos materiales, reforzó los muros y el tejado de la choza de Goru. Introdujo los bambúes profundamente en la tierra, muy apretados contra el muro, entretejiéndolos rápidamente con los sarmientos duros y flexibles como cuerdas. Colocó rápidamente las largas ramas sobre el techo, atándolas muy juntas. Cuando hubo concluido, un elefante hubiera encontrado dificultades en atravesar los muros.

Los leones habían llegado a montones al altiplano y las piaras de cerditos disminuyeron rápidamente. A aquellos que dejaban los leones, los mataba Kane y se los echaba a los chacales. Esto atormentaba el corazón de Kane, pues era un hombre bondadoso y aquella matanza indiscriminada, aún de cerdos en los que de todas formas harían presa las bestias depredadoras, le apenaba. Pero formaba parte de su plan de venganza y endureció su corazón.

Los días se convirtieron en semanas. Kane trabajaba día y noche, y entre tarea y tarea hablaba con la mortificada y marchita cabeza de Goru, cuyos ojos, de manera bastante extraña, no cambiaban bajo el resplandor del sol ni ante la hechicera presencia de la luna, sino que conservaban su expresión de vida. Cuando el recuerdo de aquellos días de demencia hubo menguado hasta convertirse en una vaga pesadilla, Kane se preguntó si los reseco labios de Goru se habrían movido para formular una respuesta, tal como le había parecido a él, diciendo cosas extrañas y misteriosas.

Kane veía a los akaana volar en círculos, recortados contra el cielo a cierta distancia, pero no se acercaban, ni siquiera cuando él dormía en la gran cabaña con las pistolas a mano, pues temían su poder de dar muerte con el humo y el trueno.

Al principio, se dio cuenta de que volaban con pereza, ahítos de la carne que habían comido en aquella sangrienta noche, y de los cuerpos que se habían llevado a sus cuevas. Pero, a medida que pasaban las semanas, cobraron un aspecto cada vez más delgado, alejándose mucho en busca de comida. Y Kane se reía profunda y demencialmente.

Aquel plan suyo no podía haber funcionado antes, pero ahora no había seres humanos para llenar los vientres del pueblo de las arpías. Y ya no había cerdos. No quedaba en todo el altiplano una criatura de la que el pueblo-murciélago pudiera alimentarse. Kane creía saber por que no se internaban hacia el este de las colinas. Debía tratarse de una región de espesa jungla, como la del país que quedaba al oeste. Los veía internarse volando en el pastizal, en busca de antílopes y veía como los leones se cobraban su precio en ellos. Después de todo, los akaanas eran seres débiles entre los cazadores, sólo lo suficientemente fuertes para matar cerdos y venados... y seres humanos.

Al final, acabaron volando cerca de él por las noches y, al ver el puritano sus codiciosos ojos mirándole fieramente por entre la penumbra, consideró que había llegado el momento. Enormes búfalos, demasiado grandes y feroces para servir de alimento al pueblo-murciélago, habían llegado al altiplano tras extraviarse causando estragos en los desertizados campos de los difuntos Bogondi. Kane separó a uno de éstos de la manada y lo condujo, con gritos y pedradas, hacia la choza de Goru. Tanto la tarea como el tiempo ocupado en ella resultaron largos y tediosos, y de nuevo Kane escapó por los pelos de las repentinas acometidas del arisco toro, pero perseveró y acabó conduciendo a la bestia ante

la cabaña.

Soplaba un fuerte viento de poniente y Kane arrojó puñados de sangre al aire, para que el olor atrajese a las arpías de las colinas. Cortó en pedazos al toro y los llevó al interior de la cabaña, arreglándoselas después para arrastrar el enorme tronco hasta el mismo lugar. Luego se retiró hacia los gruesos árboles de las cercanías y aguardó.

No tuvo que esperar mucho. El aire matutino se llenó de repente con el golpeteo de muchas alas y una horrible manada aterrizó frente a la choza de Goru. Todas las bestias -u hombres- parecían estar allí, y Kane observó asombrado a las altas y extrañas criaturas, tan parecidas a los humanos y, aún así, tan diferentes... los verdaderos demonios de las leyendas y los mitos. Como si fueran capas, plegaron sus alas y hablaron entre ellos con una voz estridente, parecida a un crujido, en la que no había nada de humano.

No, decidió Kane, aquellas criaturas no eran hombres. Eran la materialización de alguna horrible broma de la naturaleza... una especie de parodia de la infancia del mundo, cuando la creación era aún un experimento. Quizás fueran el fruto de una prohibida y obscena unión entre hombre y bestia; aunque lo más probable era que se tratase de una monstruosa ramificación de la línea evolutiva... porque hacía mucho que Kane intuyera vagamente una oscura verdad en las heréticas teorías de los antiguos filósofos, la de que el Hombre no es sino una bestia superior. Y, si la Naturaleza había engendrado muchas extrañas bestias en las edades pasadas, ¿por qué no iba a haber experimentado con variaciones monstruosas de la humanidad? Seguramente el hombre, tal como Kane lo conocía, no sería el primero de su raza en caminar sobre la tierra, ni sería tampoco el último.

Ahora, las arpías vacilaban, con la natural desconfianza que sentían por los edificios, y algunas se subieron al tejado, comenzando a romper el techo. Pero Kane lo había construido bien. Volvieron a bajar al suelo y, al fin, sin poder sustraerse más al olor de la sangre fresca y la visión de la carne que había en el interior, una de ellas se arriesgó a entrar. En un instante entraron todas, abarrotando la gran choza, y comenzaron a desgarrar la carne con voracidad; y, cuando la última de ellas estuvo dentro, Kane extendió una mano, tirando de un largo sarmiento y poniendo en marcha la trampa, sostenida por la puerta, que había creado. Esta cayó con gran estrépito y la barra que había construido cayó quedando encajada en su sitio. Esa puerta aguantaría la carga de un toro salvaje.

Kane salió a descubierto y escudriñó el cielo. Unas ciento cuarenta arpías habían entrado en la choza. No vio más movimiento de alas cruzando el cielo y creyó adecuado suponer que toda la bandada había caído en la trampa. Entonces, con una sonrisa cruel y pensativa, Kane entrechocó pedernal y acero a un montón de hojas muertas que había junto al muro. En el interior, comenzó a sonar un incómodo murmullo, al darse cuenta las criaturas de que estaban prisioneras. Una delgada voluta de humo describió una curva hacia lo alto, seguida de una creciente llama roja; todo el montón estalló en llamas, prendiendo el bambú seco.

Momentos después, todo el lado del muro quedó prendido. Al olfatear el humo, los demonios del interior comenzaron a inquietarse. Kane les oyó graznar salvajemente, arañando los muros. Entonces sonrió con una mueca feroz, desprovista de humor y alegría. Entonces, un cambio de viento extendió las llamas alrededor del muro y por encima del techo... con un rugido, toda la cabaña se incendió estallando en llamas.

Un pavoroso pandemonium llegó hasta él, procedente del interior. Kane oyó estrellarse los cuerpos contra los muros, que se agitaban pero que aguantaron. Los horribles gritos eran música para su alma y, alzando los brazos, respondió a aquellos con gritos espantosos y estremecedoras risas. Aquel cataclismo de horror se elevó imparable, haciendo palidecer el tumulto de las llamas. Luego, al penetrar las llamas y condensarse el humo, decreció hasta convertirse en una mezcla de jadeos y estranguladas jerigonzas. Un olor intolerable a piel humana quemada impregnó la atmósfera y, si en el cerebro de Kane hubiera quedado sitio para algo más que la locura de la victoria, se hubiera estremecido al percatarse de que el olor era el de ese hedor indescriptible que sólo despide la carne humana al arder.

Desde la densa nube de humo, Kane vio algo destrozado y farfullante que emergía por el deshecho tejado y se elevaba lenta y agónicamente, con unas alas espantosamente quemadas. Con toda tranquilidad, apuntó e hizo fuego, y el abrasado y cegado ser cayó de espaldas sobre la llameante masa, justo cuando los muros se derrumbaban. A Kane le pareció que el deshecho rostro de Goru, desvaneciéndose en el humo, se dividía de repente en una ancha sonrisa, emitiendo un súbito grito de jubilosa alegría humana, fusionándose misteriosamente con el crepitar de las llamas. Pero el humo y un cerebro enloquecido gastan bromas extrañas.

Kane estaba en pie, con el bastón ju-ju en una mano y la humeante pistola en la otra, sobre las ardientes ruinas que ocultaban para siempre, a los ojos de los hombres, al último de aquellos terribles monstruos semi-humanos, a quienes otro héroe desterrara de Europa en una era desconocida. Kane se mantuvo allí erguido, como una estatua de victoria desprovista de consciencia... con la mirada fría y dominante del luchador invencible.

El humo se curvó hacia las alturas del cielo matutino y un rugido de leones merodeadores agitó el altiplano. Lentamente, como la luz que irrumpe entre las nieblas, la cordura regresó a él.

-La luz de la mañana de Dios penetra incluso en oscuras y solitarias tierras -dijo sombríamente Solomon Kane -. La Maldad impera en los yermos de la Tierra, pero hasta ella tiene fin. A la medianoche le sigue el amanecer y hasta en esta tierra perdida se hunden las sombras. Extraños son tus designios, oh Dios de mi pueblo, ¿y quién soy yo para cuestionar tu sabiduría? Mis pies se han hundido en malignos caminos, pero Tú me has sacado adelante sin daño y has hecho de mí un azote para las Fuerzas del Mal. Sobre las alturas de los hombres se ciernen las gigantescas alas de monstruos colosales y toda clase de seres malignos hacen presa en el corazón, el alma y el cuerpo del Hombre. Aún así, puede ser que, en un día lejano, las sombras se desvanezcan y el Príncipe de las Tinieblas sea encadenado para siempre en su infierno. Y hasta entonces, lo único que puede hacer la humanidad es resistir firmemente a esos monstruos desde dentro y fuera de su corazón, y, con la ayuda de Dios, aún podrá triunfar.

Y Solomon Kane alzó la vista hacia las silenciosas colinas, sintiendo su silenciosa llamada, así como el de las inimaginables distancias más allá; y, cambiando de sitio su cinturón, Solomon Kane tomó con firmeza el cayado en su mano y volvió su rostro hacia levante.

(Título original: WINGS IN THE NIGHT. Weird Tales, Julio, 1932). Versión en castellano de Juan Carlos GARCIA.

LAS PISADAS INTERIORES

Solomon Kane contempló sombrío a la nativa que yacía muerta a sus pies. Era poco más que una niña, pero sus deteriorados miembros y desorbitados ojos indicaban que había sufrido mucho antes de que la muerte le diera un misericordioso descanso. Kane se fijó en las heridas que las cadenas habían abierto en sus miembros, en las profundas quemaduras entrecruzadas de su espalda, en la marca del yugo sobre su cuello. Sus fríos ojos mostraron una extraña intensidad, delatando helados destellos y luces como nubes que pasaran cruzando abismos de hielo.

-Hasta por estas tierras se extienden -murmuró-. No había pensado...

Alzó la cabeza y miró hacia el este. Unas manchas negras giraban trazando círculos sobre el cielo azul.

-Los milanos señalan su pista -murmuró el alto inglés-. La destrucción les precede y la muerte sigue sus huellas. Avergonzaos, hijos de la iniquidad, pues la ira de Dios caerá sobre vosotros. Los férreos cuellos de los sabuesos del odio están libres de sus ataduras y se ha tensado el arco de la venganza. Sois fuertes y orgullosos, y la gente se lamenta bajo vuestros pies, pero la oscuridad de la medianoche y el fulgor del amanecer traen un merecido castigo.

El hombre se movió el cinturón del que colgaban los pistolones y el afilado puñal, tocó instintivamente el largo estoque que llevaba colgado a la cadera y se encaminó, cautelosa pero velozmente hacia el este. En sus profundos ojos, ardía una cruel ira, como azules fuegos volcánicos ardiendo bajo leguas de hielo, y la mano que empuñaba su largo bastón con cabeza de gato se endureció férreamente.

Tras horas de firme caminar, llegó al alcance del oído de la cadena de esclavos, que se abría un laborioso y tortuoso camino por la jungla. Los lastimeros quejidos de los esclavos, los gritos y las maldiciones de los conductores, y el restallar de los látigos, llegaban hasta sus oídos con toda claridad. El transcurso de otra hora le llevó a darlos alcance y, deslizándose a través de la jungla en línea paralela al camino tomado por los esclavos, pudo observarlos sin peligro. Kane había peleado contra los indios en Darien y había aprendido mucho sobre bosques.

Más de un centenar de nativos, hombres y mujeres jóvenes, avanzaban tambaleándose por el camino, completamente desnudos y uncidos los unos a los otros por una especie de crueles yugos de madera. Estos yugos, ásperos y pesados, se ajustaban sobre sus cuellos y los unían de dos en dos. Los yugos estaban a su vez trabados para formar una larga cadena. De los conductores, quince eran árabes y unos setenta guerreros negros, cuyas armas y fantásticos ropajes mostraban su pertenencia a alguna tribu oriental... una de esas

tribus subyugadas, islamizadas y hechas aliadas por los conquistadores árabes.

Cinco árabes caminaban a la cabeza de la cadena con unos treinta de sus guerreros y otros cinco cubrían la retaguardia con el resto de los guerreros negros. Los demás marchaban junto a los tambaleantes esclavos, impulsándolos hacia delante con gritos y maldiciones, y crueles y largos látigos que, casi con cada golpe, hacían brotar chorros de sangre. Aparte de criminales, aquellos traficantes de esclavos eran tontos, reflexionó Kane... pues no más de la mitad sobrevivirían a las dificultades del viaje hacia la costa.

Se asombró de la presencia allí de aquellos saqueadores, porque aquel país quedaba muy al sur de las regiones normalmente frecuentadas por ellos. Pero, como sabía el inglés, la avaricia podía llevar lejos a los hombres. Llevaba mucho tiempo tratando con aquella gente. Mientras observaba, le escocieron las viejas cicatrices de su espalda... cicatrices producidas por látigos musulmanes en una galera turca. Y el implacable odio de Kane ardió aún más profundamente.

El puritano continuó, siguiendo la pista de sus enemigos como lo haría un fantasma, y, mientras se deslizaba por la jungla, se devanó los sesos en busca de un plan. ¿Cómo vencer a aquella horda? Todos los árabes y muchos de sus aliados llevaban armas de fuego... largos y pesados trabucos de mecha, cierto, pero armas de fuego al fin y al cabo, suficientes para imponer respeto a cualquier tribu nativa que pudiera oponérseles. Algunos llevaban, en sus anchas fajas, largas pistolas engastadas en plata de diseño más efectivo... armas de pedernal de factura turca y musulmana.

Kane siguió como un melancólico fantasma mientras la rabia y el odio devoraban su alma como una gangrena. Cada restallido de los látigos era como un golpe en sus propios hombros. El calor y la crueldad de los trópicos gastan bromas extrañas. Las pasiones ordinarias se transforman en algo monstruoso; la irritación crece hasta convertirse en una cólera demencial; la ira se inflama hasta volverse locura de inesperadas proporciones, y los hombres matan envueltos en una sanguinaria niebla de pasión, sintiéndose después asombrados y horrorizados.

La furia que sentía Solomon Kane habría bastado, en cualquier lugar y ocasión, para estremecer a un hombre hasta los huesos. Ahora, ésta cobró unas proporciones monstruosas, tan grandes que Kane tiritaba como aquejado por un constante escalofrío; unas garras de hierro arañaban su cerebro y veía a esclavos y esclavistas a través de una neblina roja. Aún así, de no ser por un contratiempo, no habría permitido que su locura, hija del odio, se convirtiera en acción.

Una de las esclavas, una chica joven y esbelta, vaciló de repente y cayó a tierra, arrastrando con ella a su compañero de cautiverio. Un árabe alto con nariz de halcón aulló salvajemente y la azotó con furia. Tambaleándose, su compañero consiguió levantarse en parte, pero la joven continuó echada boca abajo, retorciéndose débilmente bajo el látigo, pero evidentemente incapaz de levantarse. Sollozaba lastimeramente por entre sus resecos labios y otros esclavistas se acercaron a ella, con los látigos bajando sobre su carne temblorosa en cortes de sangrienta agonía.

Media hora de descanso y un poco de agua la hubieran revitalizado, pero los árabes no tenían tiempo que perder. Mordiéndose el brazo en busca de control hasta penetrar con los dientes, Solomon le dio gracias a Dios de que hubieran cesado los azotes y se endureció

para soportar el rápido destello de la daga que sacaría a la niña del alcance de aquel tormento. Pero los árabes tenían ganas de divertirse. Ya que la niña no les supondría ningún beneficio en el mercado, la utilizarían para su propio placer... y su sentido del humor era de una clase capaz de transformar la sangre de un hombre en agua helada.

A un grito del primer torturador, acudieron los demás, apolotonándose alrededor; sus barbados rostros se hendieron en sonrisas de anticipado deleite, mientras sus salvajes aliados se agolpaban en una línea más cercana con los ojos centelleando. Los maltrechos esclavos se apercibieron de las intenciones de sus amos y de ellos se alzó un coro de lastimeros gritos.

Enfermo de horror, Kane también se dio cuenta de que la muerte de la niña no iba a ser fácil. Sabía lo que se proponía el alto musulmán cuando éste se inclinó sobre ella con una afilada daga, como la utilizada por los árabes para desollar la caza. La locura superó al inglés. Valoraba en poco su propia vida; la había arriesgado sin pensárselo, por un niño pagano o un animalillo. Aun así, no habría desperdiciado premeditadamente su única oportunidad de socorrer a los desgraciados de aquella cadena de esclavos. Pero su actuación fue inconsciente. En su mano humeó una pistola y el alto carnicero se encontró tirado sobre el polvo del camino con los sesos desparramados, antes de que Kane se diera cuenta de lo que había hecho.

Estaba casi tan asombrado como los árabes, que se quedaron congelados un momento, para luego estallar en una confusión de gritos. Algunos de ellos alzaron sus rudimentarios trabucos de mecha, disparando pesadas bolas que fueron a estrellarse entre los árboles y, el resto, creyéndose sin duda emboscados, llevaron a cabo un resuelto e impetuoso internamiento en la jungla. El carácter audaz e imprevisto de aquella maniobra supuso la perdición de Kane. Si hubieran vacilado un momento más, podría haberse escabullido sin que lo advirtieran, pero tal como estaban las cosas, no veía otra opción que salir abiertamente a su encuentro y vender su vida tan cara como fuera posible.

Y, efectivamente, no sin cierta feroz fascinación, se enfrentó con sus vociferantes atacantes. Estos se detuvieron, repentinamente asombrados, cuando el alto y amenazador inglés salió de detrás del árbol y, en ese instante, uno murió, con una bala de la pistola que le quedaba a Kane, en el corazón. Entonces, con aullidos de rabia salvaje, se abalanzaron sobre su solitario retador.

Solomon Kane apoyó la espalda contra un enorme árbol y su largo estoque dibujó sobre él una relampagueante rueda. Un árabe y tres de sus igualmente fieros aliados intentaban ensartarle con sus pesadas hojas curvas, mientras el resto de ellos se arremolinaba a su alrededor, gruñendo como lobos, buscando acertar con la hoja o la bala sin mutilar a uno de los suyos.

El centelleante estoque desviaba las silbantes cimitarras y un árabe murió ensartado por la punta, que pareció vacilar en su ánimo solo un instante, antes de perforar el cerebro de un guerrero que blandía un hacha. Otro atacante dejó caer su espada y se lanzó a la lucha cuerpo a cuerpo, resultando destripado por el puñal que blandía Kane en su mano izquierda, y los demás retrocedieron repentinamente asustados. Una pesada bala se aplastó contra el árbol, muy cerca de la cabeza de Kane, y éste se tensó para saltar y morir en lo más recio de la batalla. Entonces, su jeque comenzó a azotarles con su largo látigo y Kane

le oyó gritar fieramente, ordenando a sus seguidores que cogieran vivo al infiel. Kane respondió al mandato con un repentino lanzamiento de puñal, que silbó tan cerca de la cabeza del jeque que arrastró su turbante y se hundió profundamente en el hombro de alguien situado tras él.

El jeque sacó sus pistolas, amenazando de muerte a sus propios hombres si no cogían vivo a aquel fiero oponente, y estos volvieron desesperadamente a la carga sobre él. Uno de los guerreros se fue de lleno sobre la espada de Kane y un árabe, situado tras él, empujó de repente al vociferante desgraciado con despiadada habilidad, ensartando su retorcido cuerpo en el arma hasta la empuñadura y obstruyendo la hoja. Antes de que Kane pudiese liberar el arma, la jauría se abalanzó sobre él con un alarido de triunfo, abatiéndole por pura superioridad numérica. Al sentirse agarrado por todos los sitios, el puritano deseó en vano empuñar aún el puñal del que se había deshecho. Pero aún así, dominarle no fue tarea fácil en modo alguno.

La sangre salpicaba y los rostros se hundían bajo sus puños de hierro que astillaban dientes y huesos. Un guerrero salió despedido, dando vueltas, imposibilitado por un atroz rodillazo en la ingle. Incluso cuando le tuvieron completamente tendido e inmovilizado por el peso de muchos hombres, sin poder golpear con manos ni pies, sus largos y delgados dedos se hundieron con fiereza por entre una enmarañada barba para cerrarse alrededor de una nudosa garganta, en una presa cuya anulación requirió el poder de tres hombres fuertes, dejando a la víctima crispada y con el rostro verdoso.

Al fin, jadeando por el terrorífico esfuerzo, consiguieron atarle de pies y manos, y el jeque, volviendo a poner las pistolas en su faja de seda, se acercó a grandes zancadas y se quedó mirando al cautivo. Kane alzó una airada mirada hacia aquella figura alta y delgada, de rostro de halcón, barba rizada y arrogantes ojos castaños.

-Soy el jeque Hassim ben Said -dijo el árabe-. ¿Quién eres tú?

-Me llamo Solomon Kane -gruñó el puritano en el mismo idioma que el jeque-. Soy inglés, gran chacal pagano.

Los oscuros ojos del árabe brillaron con interés.

-Suleiman Kahani -dijo, dando el equivalente árabe del nombre inglés-. He oído hablar de ti... has combatido ferozmente a los turcos y los corsarios berberiscos se han lamido las heridas por causa tuya.

Kane no se dignó responder y Hassim se encogió de hombros.

-Cobraré un gran suma por ti -dijo-. Quizás te lleve a Estambul, donde hay shas que desearían contar con un hombre como tu entre sus esclavos. Y ahora recuerdo a un tal Kemal Bey, con el rostro cruzado por una profunda cicatriz de tu cosecha y que maldice el gentilicio 'inglés'. Me pagará un alto precio por ti. Y date cuenta, oh franco, te concedo el honor de designarte una guardia aparte. No caminarás encadenado al yugo, sino libre salvo por tus manos.

Kane no respondió y, a una señal del jeque, fue puesto en pie de un tirón y liberado de todas las ataduras, menos las de las manos, que fueron atadas con fuerza a la espalda. Le ataron al cuello un resistente lazo cuyo extremo contrario fue puesto en manos de un enorme guerrero que, con su mano libre, asía una gran cimitarra curva.

-¿Y ahora qué opinas de consideración para contigo, franco? -inquirió el jeque-

-Creo -respondió Kane lentamente, con un tono profundo y preñado de amenaza- que cambiaría la salvación de mi alma por la oportunidad de enfrentarme a ti y a tu espada, solo y desarmado, y arrancarte el corazón del pecho con las manos desnudas.

Tan concentrado estaba el odio en su profunda y resonante voz, tan primitiva e indomable era la furia que resplandecía en sus terribles ojos, que el endurecido y valiente caudillo palideció, retrocediendo involuntariamente como ante una bestia enloquecida.

Luego, Hassim recuperó su compostura y, con una breve palabra dirigida a sus seguidores, se encaminó a grandes zancadas a la cabeza de la comitiva. Kane se percató agradecido de que la tregua ocasionada por su captura había dado a la joven caída la oportunidad de descansar y restablecerse. El cuchillo de desollar no había tenido tiempo más que de tocarla y, aunque tambaleándose, podía continuar. La noche no estaba lejos. Los esclavistas pronto se verían forzados a detenerse para acampar.

El inglés se vio obligado a caminar con el grupo, con su guardián a unos pasos detrás de él, con un enorme acero siempre preparado. Con un toque de feroz vanidad, Kane notó también que, pegados a ellos, marchaban tres guerreros más, con los mosquetes preparados y las mechas encendidas. Habían probado su valor y no iban a correr riesgos. Sus armas habían sido recuperadas y Hassim se había apropiado enseguida de todas ellas, excepto el báculo mágico con cabeza de gato. Este había sido arrojado a un lado y recogido por uno de los salvajes guerreros.

El inglés pronto tomó conciencia de que un árabe delgado y de barba gris caminaba a su lado. Este árabe parecía arder en deseos de conversar, pero se mostraba extrañamente tímido y la fuente de su timidez parecía ser, de manera bastante curiosa, el báculo mágico, que había tomado del hombre que lo había recogido del suelo y que ahora daba vueltas en sus manos con gesto inseguro.

-Soy Yussef el Hadji -dijo de repente el árabe-. No tengo nada contra ti. No participé en el ataque contra ti y me gustaría ser tu amigo, si me dejas. Dime, franco, ¿cuál es la procedencia de este báculo y de qué manera llegó a tu poder?

La primera intención de Kane fue la de mandar a su interrogador al infierno, pero cierta sinceridad en la actitud del anciano le hizo cambiar de parecer y respondió.

-Me lo dio mi hermano de sangre, un mago de la Costa de los Esclavos llamado N'Longa.

El viejo árabe asintió y murmuró algo para sí; pronto mandó a un guerrero que se adelantara corriendo para pedirle a Hassim que volviese. El alto jeque no tardó en volver dando largas zancadas, retrocediendo por la lenta columna, con un ruidoso tintineo de dagas y sables, y el puñal y las pistolas de Kane metidos en su amplia faja.

-Mira Hassim -dijo el viejo árabe, adelantando el báculo-. ¡Lo tiraste sin saber qué hacías!

-¿Y qué? -gruñó el jeque-. No veo más que un bastón... de afilada punta y con la cabeza de un gato en el otro extremo... un báculo con extrañas tallas paganas labradas.

El más viejo lo agitó excitado en dirección al otro.

-¡Este báculo es más viejo que el mundo! ¡Tiene una magia poderosa! ¡He leído sobre él

en los viejos libros encuadernados en hierro y el mismo Mohammed -a costa de su propia paz- se había servido de la alegoría y la parábola para hablar de él! ¿Ves la cabeza de gato que tiene en la parte superior? ¡ Es la de una diosa del viejo Egipto! ¡Hace eones, antes de las enseñanzas de Mohammed, antes de la existencia de Jerusalén, los sacerdotes de Bast sostuvieron este bastón ante los inclinados adoradores salmondiantes! ¡Con él, Musa hizo maravillas ante el faraón y, cuando los judíos huyeron de Egipto, lo llevaron consigo. Y fue, durante siglos, el cetro de Israel y Judá, y, con él, Suleiman ben Daoud expulsó a los prestidigitadores y los magos, y encarceló a los afrits y los genios malignos! ¡ Otra vez volvemos a encontrar el antiguo báculo en manos de un Suleiman!

El viejo Yussef se había introducido en un discurso de casi fanático fervor, pero Hassim se limitó a encogerse de hombros.

-No salvó a los judíos de la esclavitud ni a este Suleiman de nuestro cautiverio -dijo-. No le doy tanto valor como a la larga y fina hoja con la que liberó las almas de tres de mis mejores espadachines.

Yussef negó con la cabeza.

-Tus mofas no te llevarán a ningún buen fin, Hassim. Algún día te encontrarás ante un poder que no se dividirá ante tu espada ni caerá ante tus balas. Me quedaré con el báculo y permíteme prevenirte... no abuses del franco, ha llevado el báculo santo y terrible de Suleiman, Musa y los faraones. ¿Y quién puede decir qué magia habrá extraído de él? Porque es más anciano que el mundo y ha conocido las manos terribles de extraños sacerdotes preadamitas en las silenciosas ciudades bajo los mares, extrayendo de un mundo ancestral un misterio y una magia no imaginados por la raza humana. Cuando los amaneceres eran jóvenes, había extraños reyes y sacerdotes más extraños aún, y la maldad existía incluso en su tiempo. Y, con este báculo, combatieron la maldad que era vieja cuando su extraño mundo era joven, hace tantos millones de años que un hombre se estremecería al contarlos.

Hassim respondió molesto y se alejó con el viejo Yussef siguiéndole persistentemente, parloteando en tono quejumbroso. Kane encogió sus poderosos hombros. Lo que sabía de los extraños poderes de aquel báculo, no era suficiente para cuestionar las aseveraciones, del anciano, por muy fantásticas que pareciesen.

Lo que sí sabía era que estaba hecho de una madera que ya no existía en ningún lugar de la tierra. No necesitaba más prueba que la proporcionada por la vista y el tacto para percatarse de que aquel material había crecido en otro mundo. La exquisita artesanía de la cabeza, procedente de una era anterior a las pirámides, y los jeroglíficos, símbolos de un idioma olvidado cuando Roma era joven, eran -intuía Kane-, añadidos tan modernos en relación con la antigüedad del mismo báculo como lo serían palabras inglesas labradas sobre los pétreos monolitos de Stonehenge.

En cuanto a la cabeza de gato... al mirarla, Kane tenía algunas veces una peculiar sensación de desasosiego; una vaga impresión de que el pomo estuvo una vez tallado con un diseño diferente. El arcano egipcio que tallara la cabeza de Bast, se había limitado a alterar la figura original. En cuanto a qué figura habría sido esa, Kane nunca había intentado averiguarlo. Un detallado escrutinio del objeto siempre despertaba en él una intranquilizadora y casi vertiginosa sugestión de abismo de eones, disuasoria de toda

posterior especulación.

El día transcurría lentamente. El sol caía a plomo de manera inmisericorde; luego, al inclinarse hacia el horizonte, quedó velado por la pantalla de grandes árboles. Los esclavos sufrían intensamente por la falta de agua y un constante lloriqueo se alzaba de sus filas mientras avanzaban ciegamente. Algunos caían y continuaban medio a gatas, siendo en parte arrastrados por sus tambaleantes compañeros de cautiverio. Cuando todos estuvieron doblados por el cansancio, el sol se puso, la noche cayó precipitadamente y se ordenó el alto. Se levantó el campamento, destacando puestos de guardia. Los esclavos fueron pobremente alimentados y se les dio agua suficiente para mantenerles con vida - pero sólo eso-. No se les quitaron los grilletes, pero se les permitió tumbarse como podían. Con su sed y hambre terribles algo aplacados, sobrellevaron las incomodidades producidas por los grilletes con su estoicismo característico.

A Kane se le alimentó sin desatarle las manos y se le dio todo el agua que quiso. Los pacientes ojos de los esclavos le miraban beber silenciosamente, y él se sintió profundamente avergonzado de engullir aquello por lo que otros sufrían; dejó de hacerlo antes de que su sed estuviese completamente apagada. El claro que habían elegido era amplio y, a cada uno de sus lados, se alzaban árboles gigantescos. Después de que los árabes hubieran comido y bebido, y mientras los musulmanes negros estaban todavía cocinando su comida, el viejo Yussef se llegó hasta Kane y comenzó a hablar otra vez del báculo. Kane respondió a sus preguntas con admirable paciencia, considerando el odio que albergaba por toda la raza a la que pertenecía el Hadji, y, durante la conversación, se acercó Hassim con sus largas zancadas y se quedó mirándoles despectivamente. Hassim, meditó Kane, era el símbolo mismo del islamismo militante... audaz, temerario, materialista, egoísta y sin temor a nada, tan seguro de su propio destino y tan despectivo con los derechos de los demás como el más poderoso rey de Occidente.

-¿De nuevo divagando sobre ese palo? -se mofó-. Hadji, te vuelves pueril en la vejez.

La barba de Yussef tembló de rabia y agitó el báculo hacia su jefe, como una maligna amenaza.

-Tu sarcasmo no responde a tu rango, Hassim -reprendió-. Estamos en el corazón de una oscura tierra frecuentada por demonios, a donde, hace mucho tiempo, fueron desterrados los demonios de Arabia. Si este báculo que cualquiera, excepto un tonto, puede reconocer como un cetro ajeno a cualquier mundo conocido, ha existido hasta nuestros días, ¿quién sabe qué otras cosas, tangibles o intangibles, pueden haber sobrevivido al paso de las edades? Este mismo camino que seguimos... ¿Sabes la edad que tiene? Los hombres ya lo seguían antes de que los Seljuk vinieran del este o los romanos surgieran en el Oeste. Las leyendas cuentan que fue por este mismo camino por donde vino el gran Suleiman cuando expulsó a los demonios de Asia hacia el Oeste y los aprisionó en extrañas cárceles. Y dirás....

Un salvaje alarido le interrumpió. Surgiendo de las sombras de la jungla, llegó volando un guerrero, como si le persiguieran los sabuesos de la Condenación. Agitando salvajemente los brazos, girando los ojos hasta ponerlos en blanco, y la boca muy abierta hasta descubrir toda su brillante dentadura, representaba una imagen de terror que no era fácil de olvidar. La horda musulmana se puso en pie de un salto, agarrando sus armas, y Hassim

juró.

-Es Alí, al que envié en busca de carne... quizás un león...

Pero ningún león seguía al hombre que cayó a los pies de Hassim, mascullando cosas incomprensibles y señalando obsesivamente hacia la negra jungla desde la que los crispados espectadores esperaban que surgiese algún horror demencial.

-Así que encontró un extraño mausoleo en la jungla -dijo Hassim con un fruncimiento de ceño-, pero no puede decir qué le asustó. Sólo sabe que un gran horror le inundó, haciéndole huir. Ah, eres un idiota y un granuja.

Dio una terrible patada al rastrero salvaje, pero los otros árabes le rodearon con incertidumbre. El pánico se estaba extendiendo entre los guerreros nativos.

-Huirán a pesar de nuestra presencia -murmuró un barbado árabe mientras miraba incómodo a los aliados nativos, que se arremolinaban, farfullaban incoherencias y lanzaban miradas temerosas por encima del hombro-. Hassim, haríamos mejor avanzando unas cuantas millas más. Después de todo, éste es un lugar maligno y, aunque lo más probable es que el tonto de Alí se haya asustado de su propia sombra,... aun así...

-Aún así se mofó el jeque-, todos os sentiréis mejor cuando lo hayamos dejado atrás. Muy bien, mandaré levantar el campo para mitigar vuestros miedos... pero primero tendré que echarle un vistazo a eso. Que se levanten los esclavos; vamos a internarnos en la jungla y pasaremos por ese mausoleo; quizás haya un gran rey enterrado en él. Nadie tendrá miedo si vamos todos armados y en tropel.

Así, los agotados esclavos fueron despertados a latigazos y volvieron a avanzar tambaleándose bajo los azotes. Los aliados nativos obedecían silenciosos, nerviosos y reluctantes a la implacable voluntad de Hassim, pero apiñados cerca de los árabes. La luna, roja y hosca, estaba alta y la jungla aparecía bañada con un siniestro resplandor escarlata que bordeaba de negras sombras los taciturnos árboles. El tembloroso Alí señaló el camino, algo tranquilizado por la presencia de su salvaje amo.

Y así atravesaron la jungla hasta llegar a un extraño claro entre los gigantescos árboles... extraño porque nada crecía en él. Los árboles lo rodeaban de una forma desazonadoramente simétrica y, sobre la tierra, que parecía haber sido marchitada y arruinada de una manera inusual, no crecían ni el musgo ni el líquen. Y, en mitad de ese claro, se alzaba el mausoleo.

Se trataba de una masa de piedra grande y melancólica, preñada de antigua malignidad. Parecía muerta por la muerte de cien siglos y aún así Kane fue consciente de que el aire latía a su alrededor, como la lenta e inhumana respiración de algún gigantesco monstruo invisible.

Los aliados nativos de los árabes retrocedieron murmurando, atacados por la maligna atmósfera del lugar. Los esclavos aguardaban pacientes, un grupo silencioso bajo los árboles. Los árabes se adelantaron hacia la hosca masa negra y Yussef, cogiendo la soga de Kane a su guardián, se llevó consigo al inglés como a un arisco mastín, como si se tratase de una protección contra lo desconocido.

-Sin duda, hay aquí enterrado algún poderoso sultán -dijo Hassim golpeando la piedra con

su vaina.

-¿De dónde proceden estas piedras? -murmuró incómodo Yusef-. Su aspecto es oscuro e imponente. ¿Por qué razón se enterraría un sultán, con el correspondiente lujo, tan lejos de cualquier lugar habitado por seres humanos? Si hubiera ruinas de una vieja ciudad por los alrededores sería diferente...

Se inclinó para examinar la pesada puerta de metal con su enorme cerrojo, curiosamente sellado y fundido. Agitó la cabeza, presagiando algo malo al distinguir los arcaicos caracteres hebraicos tallados en la puerta.

-No puedo leerlos -dijo con voz trémula- y probablemente sea mejor así. Sean quienes fueren los ancianos reyes encerrados aquí, no es bueno que los hombres les molesten. Hassim, vámonos, este lugar está preñado de maldad para los hijos de los hombres.

Pero Hassim no le prestó atención.

-Quien quiera que yazga en el interior, no es hijo del Islam -dijo-. ¿Y por qué no habríamos de despojarle de la gemas y las riquezas que, sin duda, descansan junto a él? Rompamos la puerta.

Algunos árabes movieron la cabeza con incertidumbre, pero la palabra de Hassim era ley. Llamando a su lado a un enorme guerrero que empuñaba un pesado mazo, le ordenó que rompiese la puerta.

Cuando el hombre levantó su almádena, Kane soltó una áspera exclamación; ¿estaba loco? La evidente antigüedad de aquella melancólica masa de piedra probaba que había permanecido sin ser perturbada durante miles de años. Aún así, ¡hubiera jurado que oía el sonido de unas pisadas en el interior!

Sonaban quedamente, yendo de acá para allá, como si algo midiera con sus pasos los estrechos confines de aquella horrible prisión, en una interminable monotonía de movimiento.

Una fría mano tocó la columna vertebral de Solomon Kane. No podía decir si los sonidos eran registrados por su oído consciente o por algún enfermizo abismo de su alma, pero sabía que en alguna parte, en el interior de su conciencia, resonaban los pasos de unos pies monstruosos, desde las entrañas de aquel espantoso mausoleo.

-¡Deteneos! -exclamó-, Hassim, quizás esté loco, pero oigo los pasos de algún demonio dentro de ese montón de piedra.

Hassim alzó su mano y detuvo el descendente martillo. Escuchó atentamente y los otros aguzaron su oído, en un silencio que, de repente, se había intensificado.

-No escucho nada -gruñó un barbudo gigante-.

-Ni yo -respondió rápidamente otro-. ¡El franco está loco!

-¿Oyes tu algo, Yusef? -preguntó sardónicamente Hassim.

El viejo Hadji se removió nervioso. Su rostro estaba intranquilo.

-No, Hassim, todavía no...

Kane decidió que debía estar loco. Aún así, en el fondo, sabía que nunca había estado más

cuerdo, y de algún modo supo que la agudización de sus sentidos más profundos, que le situaban en un lugar aparte de los árabes, procedía de la larga asociación con el báculo mágico que el viejo Yussef sostenía ahora en sus temblorosas manos.

Hassim se rió ásperamente e hizo un gesto al guerrero. El martillo cayó con un estruendo que resonó ensordecedoramente, con vibraciones que cruzaron la negra jungla, extrañamente transformadas en una carcajada. Una... y otra... y otra vez descendió el martillo, impulsado por todo el poder de unos enérgicos músculos y un cuerpo poderoso. Y, entre golpe y golpe, Kane todavía escuchaba aquel pesado caminar y él, que jamás había conocido el miedo como cualquier otro hombre, sintió la fría mano del terror abalanzándose sobre su corazón.

Este miedo se hallaba tan alejado del temor mortal o terrenal como el sonido de las pisadas de los pasos de un ser natural. El horror de Kane era como un frío viento que sopla sobre él desde ulteriores reinos de inimaginable oscuridad, llevándole la malignidad y la ruina de una época desaparecida y de un periodo indeciblemente ancestral. Kane no estaba muy seguro de si oía esos pasos o si los sentía por medio de algún oscuro instinto. Pero sí estaba seguro de su existencia. No eran los pasos de un hombre ni los de una bestia; pero, dentro de aquel negro y espantosamente antiguo mausoleo, algún ser indescriptible se movía con pasos pesados y estremecedores.

El poderoso guerrero sudaba y jadeaba por la dificultad de su tarea. Pero, al fin, el antiguo cerrojo se rompió bajo los fuertes golpes; los goznes se partieron y la puerta se abrió bruscamente hacia dentro. Y Yussef gritó.

Ninguna bestia con fauces de tigre, ni ningún demonio de carne y sangre saltó al exterior desde la negra abertura de la entrada. Pero un pavoroso hedor surgió fluyendo en olas ondulantes y casi tangibles, y, en un único y enloquecedor movimiento, desde el lugar por donde la abertura parecía chorrear sangre, el Horror se abalanzó sobre ellos. Envolvió a Hassim y el temerario caudillo, lanzando inútiles tajos a aquel terror casi intangible, gritó con repentino y desacostumbrado pánico, cuando su endiente cimitarra silbó por entre una materia tan vacía como el aire, y él mismo se sintió envuelto en anillos de muerte y destrucción.

Yussef chilló como un alma perdida, arrojó al suelo el bastón mágico y se unió a sus compañeros que corrían a internarse en la jungla en enloquecida desbandada, precedidos por sus aullantes aliados. Sólo los esclavos no huyeron, sino que permanecieron amarrados a su destino, gimiendo de terror. Como en una delirante pesadilla, Kane vio a Hassim movido por el viento como el junco, envuelto por un Ser latente y gigantesco que carecía de forma y de sustancia terrenal. Entonces, al llegarle el crujido de huesos machacados y doblarse el cuerpo del jeque como una paja bajo una pezuña trituradora, el inglés rompió sus ligaduras con un volcánico esfuerzo y cogió el bastón mágico.

Hassim estaba tendido, aplastado y muerto, desparramado como un juguete roto, con los destrozados miembros retorcidos; y el vibrante ser carmesí se dirigió hacia Kane dando bandazos como una roja nube de sangre en el aire que cambiase constantemente de forma y contorno ¡Y aún así pudiese caminar pesadamente, como si se hallase dotado de unas monstruosas piernas!

Kane sintió los fríos dedos del miedo clavarse en su cerebro, pero se impuso su voluntad

y, alzando el antiguo báculo, golpeó con todas sus fuerzas en el centro de aquel Horror. Y experimentó el encontronazo con una indescriptible sustancia inmaterial que cedió ante el descendente báculo. Entonces se sintió casi estrangulado por una nauseabunda explosión de infame pestilencia que inundo el aire y, en alguna parte, en lo más profundo de los oscuros horizontes de su alma consciente, resonaba intolerablemente un espantoso cataclismo informe que reconoció como el grito de muerte del monstruo. Porque estaba tendido y agonizante a sus pies, con su escarlata palideciendo en lentas ondas, como remedando el subir y bajar de las rojas olas en alguna horrible costa. Y, al palidecer, el silencioso grito menguó, perdiéndose en las distancias cósmicas, como si se desvaneciese en el interior de alguna esfera apartada y lejana, allende el conocimiento humano.

Mareado e incrédulo, Kane posó su mirada sobre una informe e incolora masa medio invisible tendida a sus pies que, sabía, era el cadáver del Horror, arrojado de vuelta a los oscuros reinos, de donde había salido, por un sólo golpe del báculo de Salomón. Sí, el mismo báculo, sabía Kane, que en manos de un poderoso rey y mago encerrase, edades atrás, al monstruo en aquella extraña prisión, para morar en ella hasta que manos ignorantes lo soltasen otra vez sobre el mundo.

Entonces, los viejos relatos eran ciertos, y era verdad que el rey Salomón habla arrojado a los demonios hacia el Oeste, aprisionándolos en extraños lugares. ¿Por qué le había permitido vivir? ¿Sería la magia humana demasiado débil en aquellos oscuros días para hacer algo más que sojuzgar a los diablos? Kane se encogió de hombros, asombrado. No entendía nada de magia, pero aún así había matado al que otro Salomón solo había podido encerrar.

Y Solomon Kane tiritó, porque había visto una clase de vida que no era la que él conocía, y había dado y testimoniado una muerte que no era la Muerte tal como él la conocía. La comprensión volvió a llegarle de manera arrasadora, de la misma forma que en los polvorientos salones de la Atlante Negari, igual que en las detestables Colinas de los Muertos, e igual que en Akaana... la de que la vida humana no era más que una entre el millar de formas de existencia, que dentro de los mundos existían otros mundos, y que había más de un solo y único plano de existencia. El planeta que los hombres llaman tierra había seguido girando a través de las edades sin cuento -Kane se daba cuenta de eso- y al girar producía vida y seres vivos que reptaban por él como gusanos diseminados por la corrupción y la podredumbre. El hombre era, a la sazón, el gusano dominante. ¿Por qué habría de suponer, en su orgullo, que el y sus subordinados eran los primeros gusanos, o los últimos, en regir un planeta hirviente de vida desconocida?

Movió la cabeza, mirando con renovado asombro el antiguo regalo de N'Longa, viendo finalmente en él no una mera herramienta de magia negra, sino una espada de luz y bondad imperecedera contra los poderes de la inhumana maldad. Y se sintió invadido de una extraña reverencia por él, casi rayana con el miedo.

Luego se volvió hacia la Cosa que yacía a sus pies, estremeciéndose al sentir como su extraña masa se deslizaba entre sus dedos, como pesadas volutas de niebla. Empujando con el bastón por debajo, alzó de algún modo la sustancia, empujó la masa, metiéndola de nuevo en el mausoleo, y cerró la puerta.

Luego se quedó contemplando el cuerpo extrañamente mutilado de Hassim, notando la

manera en que lo recubría un horrible limo y cómo la descomposición ya había comenzado a atacarle. Se estremeció de nuevo y, de repente, una baja y tímida voz le arrancó de sus sombrías meditaciones. Los cautivos estaban arrodillados bajo los árboles y observaban con grandes y pacientes ojos. Con un respingo, se sacudió su extraño talante. tomó sus pistolas, puñal y estoque del desmoronado cadáver, sacudiéndolos para librarlos de la adherente suciedad que ya estaba manchando el acero de óxido. También tomó una porción de pólvora y balas que los árabes habían dejado caer en su frenética huida. Sabía que ya no volverían. Podían morir en su huida o podrían ganar la costa atravesando interminables leguas de jungla; pero no regresarían para desafiar al terror de aquel espantoso claro.

Kane se acercó a los desgraciados esclavos y, con alguna dificultad, los dejó libres.

-Tomad las armas que los guerreros olvidaron en su prisa -dijo- y marchaos a casa. Este es un lugar maligno. Regresad a vuestros poblados y, cuando lleguen los siguientes árabes, morid en las ruinas de vuestras chozas antes de dejaros esclavizar.

Entonces, se habrían arrodillado besando sus pies, pero él, lleno de confusión, se lo prohibió con aspereza. Luego, cuando se preparaban para marcharse, uno le habló.

-Amo, ¿que harás tú? ¿No quieres venir con nosotros? ¡Serás nuestro rey!

Pero Kane negó con la cabeza.

-Me dirijo al este -dijo. Y así las gentes de la tribu le hicieron una reverencia y dieron la vuelta para iniciar el largo camino hacia su tierra. Y Kane se echó al hombro el bastón que fuera cetro de faraones y de Moisés y Salomón, y de reyes atlantes sin nombre que les precedieron, y caminó con el rostro vuelto al este, sólo deteniéndose para una mirada retrospectiva hacia el gran mausoleo que otro Salomón había construido con extrañas artes, mucho tiempo atrás, y que se alzaba ahora oscuro y eternamente silencioso hacia las estrellas.

(Título original: THE FOOTFALLS WITHIN. Fanciful Tales, 1936). Versión en castellano de Juan Carlos GARCIA

SOLOMON KANE VUELVE AL HOGAR

Las gaviotas sobrevolaban los arrecifes, la espuma de las olas azotaba el aire del mar, la alta marea ronroneaba por la playa cuando Solomon Kane llegó a su hogar.

Caminaba por la pequeña villa de Devon, silencioso y arrobado; su mirada vagaba por las calles como el espíritu de un resucitado.

La gente le seguía asombrada para contemplar su espectral mirada,
y en la taberna todos se apiñaron en torno suyo con atención concentrada.
Solomon oía como sumergido en sueños el sonido del viejo techo crujiendo;
levantó su jarra y sus palabras sonaron como un fantasma gimiendo:

“Ahí se sentaba Sir Richard Grenville; murió entre llamas y humo,
les devolvimos muerte por muerte, aunque eran cincuenta y tres contra uno.
De rojo amanecer a rojo amanecer, mantuvimos a raya a los dones.
Los muertos yacían por nuestra cubierta, y nuestros mástiles caían ante sus cañones,
les rechazamos con hojas quebradas, hasta que el mar se tiñó de carmesí;
la muerte rugió en el humo de un cañón cuando a Richard Grenville vi morir.
Tendríamos que haberles volado el casco y bajo el piélagos haberles sumergido.”
La gente notó en sus muñecas el suplicio español a que le habían sometido.

“¿Dónde está Bess?”, dijo Solomon Kane. “Seguro que la hice llorar.”
“Estos siete años ha dormido en el tranquilo cementerio cercano al mar.”
El viento marino gimió contra las ventanas y Solomon bajó la cabeza.
“Cenizas a las cenizas y polvo al polvo, y las flores más bellas se marchitan”, dijo con
tristeza.

Sus ojos eran profundos estanques místicos que ahogaban asuntos misteriosos,
Solomon levantó la vista y habló de sus viajes por lugares tormentosos.
“Mis ojos han contemplado la brujería en tierras donde nada puede crecer,
el horror nacido de la penumbra de la jungla y la muerte sobre arenas sin recorrer.

“Y he conocido una reina inmortal en una ciudad antigua como la parca,
donde encumbradas pirámides de cráneos eran testigos de su gloria de monarca.
Su beso era un colmillo de víbora, con la dulzura de Lilith la ardiente,
y sus vasallos de rojas pupilas ansiaban la sangre en aquella ciudad demente.

“Y he matado a un vampiro que se bebió toda la sangre de un rey negro,
y he vagado por horripilantes colinas por donde de noche andaban los muertos,

y he visto en el barracón del negrero cabezas cayendo como frutos maduros,
y he visto volando a la luz de la luna demonios alados completamente desnudos.

“Mis pies están hartos de vagabundear y el tiempo se acerca con rapidez;
de buena gana moraría ahora en Devon, donde está mi lugar, sin marcharme otra vez”,
el aullido del océano vino silbando con el vendaval que agitaba la maleza,
y, como un sabueso que olfatea un rastro, Solomon Kane echó hacia atrás la cabeza.

Con el viento ladraban los sabuesos del mar, como una jauría en carrera,
y Solomon Kane se volvió a levantar y se ciñó su hoja ibera.
En sus extraños y fríos ojos un brillo errante se tornaba caprichoso;
apartó a la gente de su camino y a la noche se dirigió silencioso.

Una salvaje luna cabalgaba las blancas nubes, las olas fluían en blancas crestas,
cuando Solomon Kane se volvió a marchar y nadie supo su rumbo tras la puesta.
Lo vislumbraron perfilado contra la luna, donde se aclaraban las nubes de las cimas;
algunos oyeron un silbido misterioso que repetía su llamada en la brisa furtiva.